BRETÓN DE LOS HERREROS

RECUERDOS

DE SU VIDA Y DE SUS OBRAS



Manuel Breton de los Herreros.

BRETÓN DE LOS HERREROS

RECUERDOS

DE SU VIDA Y DE SUS OBRAS

ESCRITOS POR

Mariano

EL MARQUÉS DE MOLINS

EN VIRTUD DE ACUERDO

DE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

Y PUBLICADOS POR ORDEN
Y Á EXPENSAS DE ESTA CORPORACIÓN

MADRID
IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
Isabel la Católica, 23
1883

PRÓLOGO

ó BIEN

HISTORIA DE ESTE LIBRO.

La Real Academia Española, en sesión de 13 de Noviembre de 1873, me confirió el distinguido honor de escribir el discurso biográfico ó necrológico prevenido por los Estatutos, con el cual se proponía honrar pública y solemnemente la memoria de su celosísimo Secretario, el esclarecido poeta D. Manuel Bretón de los Herreros, cuya pérdida, reciente entonces, lamentaba.

Presumo yo, ó más bien estoy cierto de que ni el Sr. Nocedal, que lo propuso, ni la Academia, que lo acordó, desestimando mis repetidas excusas, lo hicieron porque yo era á la sazón inmerecidamente Director de

este Cuerpo, ni mucho menos porque me juzgasen más que otro cualquiera apto para tan arduo cuanto honroso trabajo; sino porque habiendo yo por largo tiempo conocido á Bretón, y profesádole cariñosa y leal amistad, presumían todos que podría suplir con la memoria la escasez del entendimiento, y que, donde no con la erudición, penetraría con el cariño.

Esta consideración, lo confieso, pesó también en mi ánimo, y al par otra que no he de callar, á saber: el temor de que, excusándome yo del trabajo, quedase, por tal ejemplo ó por otras causas, sin cumplir el precepto reglamentario, y lo que es peor, no se pagase al popular poeta y celosísimo Secretario una deuda sagrada de gratitud merecida.

Acepté, pues, Señores Académicos [1]: pero la política, esa fuerza que tan frecuente y eficazmente ha influido, como habéis vis-

1 Este capítulo fué leido en junta ordinaria de la Academia.

to, en la vida del menos político de nuestros escritores; la política vino á impedir el público y funeral obsequio que la Academia preparaba, y á dilatar asímismo el cumplimiento de mis deseos: y lo estorbó con el más notable y trascendental acontecimiento de nuestra historia contemporánea: con la restauración en España del régimen monárquico y el advenimiento de D. Alfonso XII.

Los preparativos de este suceso, su realización y sus consecuencias, en que tuve pequeña, pero activa y pública parte, llevaron á otros trabajos mi interés, á otros éxitos mi débil cooperación. Antes de su logro, como Decano que era de la Grandeza de España, la cual con su actitud é influencia tanto lo procuró; en el punto del triunfo, como miembro del Gabinete-Regencia, encargado además de traer al Rey, primero de su destierro y luego del ejército; sentado, en fin, S. M. en el trono de sus mayores, como Embajador y Representante suyo en el país menos afecto por su índole á las restaura-

ciones monárquicas, y más influyente por su situación en nuestras guerras civiles.

No creáis, sin embargo, Señores Académicos, que porque el deber me imponía otros cuidados y la ausencia me alejaba de vuestras sesiones, se entibiaba en mi ánimo el deseo ó se borraba de mi corazón la memoria de vuestro encargo. Antes bien, sucedía todo lo contrario; y si viéseis los borradores de este escrito, hallaríais en ellos pruebas inequívocas de que procuraba cumplir vuestro mandato, así en mi casa como á bordo, ahora en el despacho de la Embajada, luego en las quintas y palacios de los magnates y príncipes. Pero pasada la oportunidad, fué cambiando la índole y dimensiones de mi escrito, y lo que debió ser discurso, casi aspiraba á ser historia, á medida que su autor mudaba de empleo y de residencia.

Pero en todas partes y en tan largo lapso de tiempo he procurado evocar recuerdos, consultar testigos, allegar datos que me

permitan cumplir con la Academia; narrando, si no con lucimiento, con verdad, la historia personal y literaria de Bretón, como hombre privado, como funcionario público y, en fin, más principalmente como escritor, especialísimamente como poeta dramático.

Concluido mi trabajo, bien que no perfecto, por ser esto imposible á la cortedad de mis medios, os lo presento, animado ya por la benevolencia con que lo habéis escuchado.

Debo todavía añadir que cuanto en él dice relación con el hombre privado, está calcado sobre noticias fidedignas de sus deudos más próximos, de los pocos antiguos amigos suyos que aún le sobrevivimos, y de su correspondencia más íntima y familiar.

Lo que al funcionario público se refiere, está testimoniado por su filiación y hoja de servicios militares, que no me ha costado poco trabajo descubrir; por su relación oficial de servicios civiles; por su expediente

de jubilación, y en fin, por los públicos nombramientos y diplomas.

Por último, para presentarle (que no juzgarle) como hablista y como poeta, he releido (trabajo agradable pero largo) cuanto él ha impreso, y no poco de lo que en su contra y en su defensa han publicado otros. De todo lo cual acompaño índices expresivos y detallados.

De estas tres diferentes fases de su vida, no se deduce cosa que no sea en su elogio: como hombre privado fué hijo sumiso, dulce esposo, pariente solícito, amigo leal, compañero franco y activo.

Como funcionario fué honrado, laborioso, cumplidor exacto de sus deberes, patriota en el bueno y genuino sentido, constante en sus templadas opiniones, y más solícito de honra que de provecho.

Como escritor, en fin, no debo ni puedo calificarle: sus obras atestiguan su fecundidad; al cabo de diez años unas y de cincuenta algunas (que en los tiempos presen-

tes equivalen á un siglo), aún son oidas con admiración y repetidas con aplauso: vosotros habéis declarado al hablista autoridad en el idioma de Calderón y Moratín, ¿qué puedo yo añadir á esto?

Pero entre estas tres grandes clasificaciones, el particular, el funcionario y el escritor, hay otras que, como eslabones, las unen; y dos de esas profesiones intermedias se descubren en los escritos de Bretón y en las fases de su modo de ser.

En efecto, entre la vida familiar, oculta, casi sagrada del hogar, y la ruidosa, conspicua y agitada existencia del poeta, que vive entre manifestaciones del afecto ó del desagrado popular, aparecen aquellas reuniones literarias y amistosas en que los individuos se tratan con confianza de hermanos, se explican con el estro de inspirados, y se juzgan recíprocamente con la independencia y mancomunidad de espectadores. ¿Quién no verá en las improvisaciones de esta especie de nuestro Bretón, la llaneza

expansiva y franca del amigo en el pensamiento, y en su expresión la fecunda originalidad, y la riqueza rítmica, especial y característica del gran poeta? Por esto hemos consagrado muchos recuerdos á ciertas sociedades, y en especial á las tertulias literarias, en los capítulos XXXVII, XL, XLI y XLII de esta biografía.

Por manera semejante á ésta hay entre la profesión literaria y el ejercicio material del poder público, otra profesión á modo de transición y nudo entre ambas: el periodismo. En él la literatura es medio, y la política es fin; el diarista improvisa sobre los asuntos de cada día, sobre la cuestión de cada momento, como el contertulio literario sobre piés forzados; pero, sin embargo, aspira al triunfo de su sistema y á la perpetuidad y predominio de su doctrina, ni más ni menos que el gobernante. Si el escritor del periódico no es por excelencia el literato de la política, es, en todo caso, el político de la literatura.

Bretón, no sólo dedicó á esta profesión años muy floridos de su vida, sino que lució en ella las más brillantes cualidades de su ingenio; su *vis cómica* en artículos ó escenas, cuyos personajes eran hombres políticos, como el General Moreno, el cura Merino, el Obispo Abarca y el cabecilla Cuevillas; su sal ática en artículos de castiza y festiva prosa; su rica versificación en multitud de letrillas, canciones y romances, no inferiores á las poesías de Beranger.

Justo ha sido, por tanto, consagrar á estos trabajos periodísticos del ilustre hablista los capítulos XVII, XVIII y XIX de este desaliñado escrito.

Uno especial he dedicado á su vida en este Instituto, porque para Bretón la Academia, como para otros la marina, en vez de ser dignidad, carrera, ocupación ó empleo, se torna en segunda naturaleza.

Creo, en fin, en mí un deber de cortesía, de justicia y de gratitud, mencionar aquí algunas de las muchas personas que me han

suministrado noticias y datos importantes. Merece el primer lugar, como era de esperar, la familia misma del ilustre poeta, y en ella singularmente su sobrino el bibliotecario D. Cándido Bretón. Después de él y de antiguos amigos y colegas, como los señores Conde de Cheste, Rubí, Fernández Guerra, Tamayo y otros, he de mencionar al Dr. D. Serapio Escalona, cura de Quel; á los PP. Escolapios de San Antón, singularmente al P. Pompilio Díaz; el Teniente General Marqués de San Román, el Brigadier de Ingenieros de la Armada, habitante en Cartagena, D. Joaquín Togores, y los señores de La Guardia, de aquella vecindad; á D. Diego Roca de Togores, D. Antonio Rodríguez de Cepeda, D. Francisco de Sena Chacomeli, de Valencia; á los jueces y alcaldes de Aguilar de Córdoba, de Calahorra y de Aguilar del Río Alhama; al diligentísimo é inolvidable D. Juan J. Bueno, de Sevilla: todos los cuales se han afanado en aclarar mis dudas, dirigir mis investi-

gaciones y enriquecerme con documentos y autógrafos que quedarán en la Academia.

Concluido todo, autorizado y sostenido con tales noticias y testimonios para que, al menos, aparezca la verdad allí donde la belleza se oculta, os lo presento, Señores Académicos, confiado sólo en vuestra indulgencia; seguro casi de obtenerla, no por mí, ciertamente, que tan inferior he sido á vuestro mandato y áun á mi propio deseo, sino por obsequio y recuerdo del escritor insigne, constante y esforzado, que, habiendo recibido la herencia de Moratín cuando estaban prohibidas *El sí de las niñas* y *La mogigata*, cuando eran aceptadas y aplaudidas *Los vampiros* y *Las cárceles de Lambert*, no decayó de ánimo, ni se desvió de la buena senda: cultivó valiente y religiosamente el arte verdadero y puro por espacio de más de medio siglo, hasta que ya triunfante, pudo entregarlo á los autores de *El hombre de mundo* y de *El tanto por ciento*, pa-

sando antes por el glorioso periodo de *Don Alvaro* y de *Los amantes de Teruel.*

Antepasados ó amigos vuestros eran todos... culpa vuestra será si no habéis encomendado el hablar de ellos, á los émulos y sucesores suyos que aún se cuentan, gloriosa y felizmente, en esta Academia.

CAPÍTULO I.

PATRIA, NACIMIENTO Y FAMILIA DE BRETÓN.

(1796 Á 1812.)

Cerca del Ebro caudal,
linde del suelo navarro,
y no lejos de tu falda,
encanecido Moncayo;
Junto á la vega sombría
donde los muros se alzaron
de la inmortal Calahorra,
patria del gran Quintiliano;
A la sombra de una peña
que desafía á los astros,
se asienta la humilde villa
do ví mis primeros años.
QUEL es su nombre, harto pobre;
bien que de dones colmado
á alguna ciudad soberbia
honrar pudiera su campo.
Las claras hondas le bañan
del apacible Cidacos,
cuyas plácidas riberas
son de Castilla regalo.
Allí viciosa la grama,
de la oveja dulce pasto,
crece en el valle frondoso,
y en el ameno collado.

Allí entre la miés dorada,
que agita céfiro blando,
la tímida codorniz
repite su alegre canto.
Allí do quiera que vuele
la parda abeja zumbando,
mil flores le abren su cáliz
en el monte y en el prado.
Minerva allí sus tesoros,
allí sus delicias Baco,
allí su copa Amaltea
vierten con pródiga mano.
1 Allí me lanzó el destino
que llamar pudiera amargo
. . . .
. . . .
allí nací á tus alturas,
almo Delio consagrado.

Así describe el lugar humilde de su nacimiento D. Manuel Bretón de los Herreros, uno de los mayores y más justamente populares ingenios de nuestra época.

Y esa consagración á Apolo, de que habla en términos paganos y clásicos, parece cosa tan real y efectiva como pudiera ser en el Cristianismo la consagración religiosa del más fervoroso, austero y perseverante anacoreta.

Ni las glorias militares, ni los placeres juveniles, ni los encantos de la Corte, ni los sueños de la política, ni los deberes de la admi-

1 Así terminaba el romance en las ediciones de 1831 y 51: modificólo luego en 1870 para ser colocado en el monumento erigido en su casa natal, como se verá.

nistración pública, ni los estudios de la vida académica, ni nada en fin, fué bastante á que aquel *consagrado* morador del apacible Cidacos, dejase de ser poeta, ni menos á que fuese otra cosa que poeta.

Nació, como habéis oido, en la pequeña villa de Quel, provincia de Logroño, el 19 de Diciembre de 1796, siendo sus padres D. Antonio Bretón y Pérez y Doña María Petra de los Herreros y Abadía, naturales y propietarios de aquella villa [1].

Apenas contaba siete años de edad, y ya, como decían en su casa, *sacaba* versos é improvisaba redondillas sobre cualquier consonante que le daban. Aún no cumplidos diez, lo trajo su padre á Madrid á estudiar en la Escuela Pía de San Antón. Reliquia de su primera enseñanza fué su gallarda letra española, que conservó hasta muy entrado en años; no así la latinidad, que hubo de estudiar de nuevo ya siendo hombre, pareciéndose en esto al gran santo fundador de la Compañía. Por lo que hace á lo que él ha llamado su consagración á Delio, ó sea el cultivo de la poesía, siguió en él con pasión juvenil, y con éxito brillante entre sus condiscípulos, bien que inficionado por el mal gusto. Gerardo Lobo y D. Diego de To-

1 Véase en Apendice su fé de Bautismo.

rres eran sus autores favoritos: por eso, recordando tales composiciones y semejante período de su vida literaria, escribe: «Ya copleaba desde muy niño, y algunos millares de versos había abortado mi no *desbrozada* imaginación... versos de que afortunadamente ni borrador, ni áun fiel memoria conservo, y plegue á Dios que ninguno de ellos se haya salvado del perpétuo limbo que todos ellos, sin duda, merecían [1].»

Mientras que nuestro alumno riojano pasaba gallardamente el puente difícil del *quis vel qui* y tomaba parte dentro del aula en las contiendas de Roma y Cartago, á fuerza de *pretéritos* y *supinos*, y con oraciones de *estando* y *habiendo*; mientras que mejorados los tiempos, traducía las comedias de Terencio y la Eneida de Virgilio, y armaba su memoria con la Gramática del P. Calisto Hornero, y con el Arte poética de Horacio, otras luchas de mayor importancia turbaban el mundo. España realizaba dramas más interesantes y epopeyas más heróicas, y se infiltraba en fin hasta en los colegios y conventos espíritu más ardiente que el del cortesano de Augusto.

Carlos IV había abdicado la corona, más compelido por sus propios errores que por la

1 Nota en *A la vejez viruelas*.

ambición ajena. Fernando VII, su sucesor, estaba prisionero en Valencey; Napoleón había colocado en el trono de España al más digno de sus hermanos, Príncipe (tiempo es ya de decir la verdad) de buena presencia, de irreprensible conducta, de instrucción y talento poco comunes: con todo, pasaba por imbécil, lo acusaban de borracho, y le pintaban tuerto; que el pueblo enamorado del Príncipe legítimo, aunque ausente y desconocido, hasta por esos medios trataba de combatir, y socavaba en efecto un poder que le era odioso.

Los hábiles tenían esta lucha por necia, los calculadores por desastrosa, los sabios por desrazonable... el pueblo continuaba en ella, y la fortuna, adversa al principio, comenzaba á sonreirle y á ponerse de parte de la lealtad y del derecho.

Entre tanto las vicisitudes, la orfandad, el esfuerzo de España se reflejó como en espejo reducido en la familia del joven Bretón. Había venido, como queda dicho, á Madrid con su padre, atraido éste á la corte por el deseo *de procurarse un destino,* y *confiado en el valimiento de parientes poderosos* [1].

Adelantaba el improvisador riojano en sus

1 Apuntes biográficos facilitados por el interesado á D. E. de Ochoa para la edición de París.

estudios en las aulas *públicas* de la Escuela Pía de San Antón; no en el Colegio, como algunos biógrafos han escrito. Que en él no estuvo *se puede asegurar, porque el único colegial interno que desde* 1801 *á* 1809 *figura con ese apellido, es Don Pablo Jiménez Bretón y Landa, que ingresó á principios de* 1806 *y salió en Abril de* 1807 [1]. Fué, pues, externo nuestro D. Manuel, dado que el que allí se educó se comprueba por sus propias afirmaciones y por la certificación de un su maestro presentada en 1834; á pesar de que no existen *los catálogos ó registros de los externos, los cuales debieron quedar en poder de los sustitutos seglares* [2], puestos allí por el Gobierno intruso después del decreto de exclaustración de 14 de Agosto de 1809.

Así debía providencialmente ser: el más popular de nuestros escritores contemporáneos, debía educarse con la generación del 2 de Mayo, y aprender la lengua con el pueblo de D. Ramón de la Cruz.

Al día siguiente de la lectura del decreto exclaustrador (según dice el libro de Secretaría correspondiente á aquel año), ya ningún escolapio se quería comprometer á lo que el Gobierno proponía, es á saber: que permaneciesen los escolapios sin carácter

1 Carta del R. P. Rector de aquel Colegio.

2 Idem id.

de comunidad religiosa, con lo cual cada individuo, además de tener casa en el mismo Colegio, percibiría 20 rs. diarios [1].

Disolvióse, pues, la comunidad; cada religioso tomó rumbo diferente: de algunos respetables maestros y distinguidos poetas y humanistas, como el P. Jorge López, P. Felipe Cebrián, y otros que fueron á Albacete, conservo yo muestras poéticas entre los papeles de mi familia; otros, como el P. Alvarez, se establecieron en Avila, al abrigo de las montañas y de los guerrilleros; cada uno, en fin, fué á donde el viento de la persecución ó del patriotismo le impelía.

He aquí, pues, á nuestro pobre mancebo privado hasta del alimento intelectual que la piedad de los hijos de San José Calasanz prodiga á los hijos del pueblo. Sin embargo, yo no creo temerario el suponer que algunos religiosos vecinos de Madrid, se quedasen en la oprimida villa con sus familias y áun quizá ocultamente con sus alumnos, y que fuese de este número el P. Fernando Peñaranda de San Nicolás de Bari, el cual, joven aún, y antes de ordenarse de sacerdote, se hallaba en el Colegio desde 1.° de Setiembre de 1801, y que había sido destinado á enseñar la clase llamada *de*

1 Libro citado.

mayores [1] desde 27 de Julio de 1808, el cual era entonces maestro de Bretón, y lo certifica en documento oficial en 1.° de Octubre de 1834 [2]. Aún se aumenta esta probabilidad sabiendo que vivía entonces en la próxima calle de las Infantas D. Lope de Peñaranda, deudo ó quizá padre del escolapio y consejero de Ordenes, que muy poco después siguió á Cádiz al Gobierno nacional. Lo cierto es que con él terminó nuestro alumno *con toda perfección sus estudios de latinidad y humanidades* en 1811 [3].

Pero en esta fecha otro más rudo golpe le esperaba. Su buen padre, después que *consumió en la corte su menguado patrimonio, pasado un lustro de afanes y desengaños, falleció de enfermedad en la flor de sus días* [4], asistido por sus hijos Laureano y Manuel, y dejando otros cuatro más, dos varones, Antonio y José, y dos hembras, con su inconsolable viuda. España estaba hambrienta, opresa, huérfana de su rey: la familia del poeta, noble, numerosa, pobre como la patria, hubo de quedar como ella, huérfana de su jefe.

¿Qué hizo? ¿Dónde estuvo? ¿A qué se dedi-

1 Carta citada del P. Rector.

2 Hoja de servicios y certificación presentada por Bretón en 1834.

3 Certificación de D. Fernando Peñaranda.

4 Noticias biográficas de la edición de París.

có nuestro joven desde que se quedó huérfano en 1811, hasta que sentó plaza de soldado en 24 de Mayo de 1812? ¿Experimentó en casa de algún pariente las amarguras que tan vivamente pinta en la comedia de los dos sobrinos, como luego diremos? ¿Es este un triste secreto de familia? Así lo creemos.

No hay, sin embargo, para qué averiguarlo, ni para qué proseguir en este asunto; más urgente es volver los ojos á las cosas públicas, y recordar que tras la victoria de lord Wellington nuestro aliado en Arapiles, y no pudiendo el mariscal francés Clausel, ni el mismo rey José contener á los aliados en Castilla la Vieja, se derramaban ya las huestes españolas del Empecinado por las vertientes del Guadarrama, y amagaban á la corte, aguijando la prisa de los parciales del intruso, que como en tales casos sucede y refiere Toreno, *trataban todos de poner á salvo sus personas y sus intereses, y azorados y previendo su porvenir desventurado, enfardelaban y se disponían á ausentarse.*

Bretón, áun antes de esto, hubo de aprovecharse del público desorden, de la falta de vigilancia de sus maestros ó encargados, quizá de la sobra de patriotismo de alguno de ellos, y huyendo secretamente hasta allende la sierra de Guadarrama, tal vez con recomendación del P. Peñaranda al P. Alvarez, que residía en Avi-

la; se alistó allí como voluntario [1] en *el batallón de á caballo* (así lo reza su filiación) el 24 de Mayo de 1812, y agregándose á las fuerzas del Empecinado, que por aquella parte militaban, regresó á la villa y corte tres meses después.

Llegó al cabo el memorable 11 de Agosto de 1812, y el rey José con los suyos salió de Madrid encaminándose al Tajo. ¡Cómo pintar el júbilo de la población al recibir á los libertadores, al aclamar en entusiastas vivas y canciones al legítimo y ausente soberano, al proclamar el día 13 y al jurar en el siguiente la Constitución promulgada en Cádiz! Hiciéronlo todos con celo vivísimo, *voz alta y espontánea premura*, como quien consideraba en aquel acto, no tanto la Constitución en sí misma, cuanto una prueba de adhesión á la causa de la patria y de su independencia. Las oficinas se cerraron, abriéronse á devotos regocijos los templos, los monasterios mismos de religiosas no perdonaron demostración exterior de júbilo, las escuelas y colegios dieron punto, y derramándose por calles y plazas juntos los maestros y los discípulos, atronaban la población con vivas y con himnos.

1 El Regimiento de voluntarios de Avila quedó prisionero en a capitulación de Ciudad-Rodrigo el 10 de Julio de 1810. Existía, pues, sólo en 1812 una plana mayor y una oficina de enganche en la ciudad que le daba nombre, y en la división del Empecinado.

¡Ah, felices ojos que tal vieron! ¡Feliz aquel que al abrirlos á la razón puede ser testigo de estas resurrecciones de un pueblo! En tal número se contaba el mozalvete riojano, el estudiante de la Escuela Pía, el flamante voluntario recién llegado de Castilla la Vieja, el cual había compuesto para aquellas circunstancias un himno, que no he logrado haber á las manos; pero tengo para mí que tal composición poética distaría mucho de parecerse al himno de Arriaza al 2 de Mayo; y aún sé que su autor la juzgaba muy inferior á la celebérrima inspiración de D. Evaristo San Miguel, conocida con el nombre de Himno de Riego [1].

Con todo bastó para que un aficionado le aplicase unas notas conocidas ó nuevas, y para que maestros y alumnos las cantasen, no sin interrumpir sus estrofas con vivas á la Virgen del Pilar, y de las Maravillas, y de la Paloma, y á Fernando VII, y á la Escuela Pía, y áun al joven poeta y novel *voluntario*, cuya filiación, formalizada al mes siguiente en Alicante, dice así:

1 Dos composiciones impresas en hojas sueltas he hallado en la sección de *Varios* de la Biblioteca Nacional, que no extrañaría fuesen producto de la juvenil y entusiasta inspiración de nuestro voluntario; de una de ellas, en seguidillas, tengo mayores sospechas. Ambas las he copiado, porque cuando menos son pintura exacta de los acontecimientos de aquel día.

«REGIMIENTO INFANTERÍA, PRIMERO DE VO-»LUNTARIOS DE ARAGÓN. BATALLÓN, COMPAÑÍA. »FILIACIÓN DEL SOLDADO *Manuel Bretón Herre-»ros*, hijo *de Antonio y de Petra*, natural de *Quel*, »dependiente del co-regimiento de *Calahorra* y »avecindado en *su pueblo;* su oficio *estudiante*, »su estatura *5* piés, *3* pulgadas, *0* líneas; su »edad *17* años; su religión C. A. R.; sus se-»ñales estas: pelo *castaño claro*, ojos *pardos*, »color *moreno*, cejas *como el pelo*, nariz *regular*, »*barbilampiño. Fué destinado al batallón de vo-»luntarios de Aragón por el tiempo de la guerra »en Alicante, á 3 de Setiembre de 1812.* Se le le-»yeron las penas que previene la Ordenanza, »y lo firmó, quedando advertido de que es la »justificación y no le servirá de disculpa. Sien-»do testigos *los sargentos primero y segundo To-»más Bollant y Esteban Marqués.—Manuel Bre-»tón.—Nota: sentó plaza voluntariamente en el »Batallón de á caballo de Avila en* 24 *de Mayo »de* 1812, *en que ha servido hasta* 5 *de Setiembre del »presente año,»* etc.

No hay para qué seguir á nuestro voluntario en su odisea: basta saber que en 28 de Julio del siguiente año de 1813, ascendió á cabo segundo de la sexta compañía, y que en 1.° de Enero de 1813, subió á cabo primero, cénit de sus ascensos militares. En Abril de 1817, su cariñosa madre, afanosa de verle cerca de

sí, ó solícita de librarle de las penosas marchas á pié por las calurosas tierras de Alicante y Murcia, pretendió su pase á caballería; lo cual obtuvo á principios de Agosto; y así es que en 15 del mismo mes, se le dió de alta en el cuarto ligeros de aquella arma, ó sea cazadores de Madrid.

En 1.° de Julio del siguiente año de 1818, le hallamos aún en Murcia agregado á la sétima compañía del regimiento de la Costa de Granada, también de caballería.

En 1.° de Noviembre del mismo año de 1818, tiene entrada en el regimiento de la propia arma, el Rey primero ligeros; pero no se incorpora, y queda con licencia por enfermo en Aguilar; y *como no justifica* (dice la hoja), se le da de baja en 28 de Mayo de 1819. Preséntase al cabo y es dado de alta en el propio regimiento en 1.° de Agosto de 1819, es decir, casi un año después.

En estas lagunas de los documentos oficiales, coloco yo sucesos importantísimos de la vida privada, y de la vida literaria de nuestro poeta, á saber: la herida en que perdió el ojo izquierdo, la licencia temporal por virtud de la cual, según él dice, se trasladó *á casa de cariñosos deudos*; la lectura allí hecha de Moratín, y su conversión literaria.

Andando el tiempo y proclamada la consti-

tución en Marzo de 1820, obtuvo su licencia absoluta en Mayo; pero no usó de ella hasta el 8 de Marzo de 1822, dejando definitivamente las armas, y volviendo á las letras por el pasadizo algo tortuoso de la Administración pública.

CAPÍTULO II.

POR QUÉ SENTÓ PLAZA.—LOS DOS SOBRINOS.—SU VIDA MILITAR.—SUS EJERCICIOS LITERARIOS.

(DE 1812 ADELANTE.)

En nuestra época incrédula, rebuscadora y egoista, muchos no se contentan con la enunciación seca de aquella juvenil resolución: hay quien no quiere darle por exclusiva causa el entusiasmo patriótico, que á la sazón animaba á todos los españoles; hay, en fin, quien se arroja á buscar en la persona del joven voluntario motivos particulares, ó al menos domésticos, para que, apenas dejados los bancos de la Escuela Pía, y antes de vestir los manteos universitarios, acudiese al cuartel, y empuñase el fusil de soldado.

Estos rebuscadores de cosas pequeñas en los hombres grandes, traperos de vidas ajenas, pueden hallar en la Comedia de *Los dos sobrinos*, indicios bastantes para echar su gancho. Que allí hay parientes despiadados ó injustos, y allí es protagonista un huérfano que, mal-

tratado por ellos, sienta plaza de soldado y exclama:

> El pan que me dan ustedes
> de malditísima gana;
> ese pan, que á todas horas
> me echan ustedes en cara,
> yo me lo sabré buscar
> sin deber á ustedes nada;
> yo lo tendré sin bañarlo
> con mis lágrimas amargas;
> yo serviré; sí, señores,
> pero será sin infamia,
> no á parientes despiadados,
> sino á mi Rey y á mi patria.
> No espero grandes riquezas,
> sino peligros y balas;
> pero tendré pan y gloria,
> que para un soldado basta.
> Yo viviré muy gozoso
> con mis bravos camaradas.

Así lo hizo Bretón por semejantes causas ó por otras. Con sus camaradas vivió cerca de diez años, en efecto: y los que le hemos conocido después, aplaudimos que colgase los manteos, áun antes de usarlos. No era en verdad la índole de su carácter, ni de su ingenio para darse á sutilezas filosóficas, ni á los misterios de la teología, ni á los problemas de la jurisprudencia y de la medicina... No: él había nacido consagrado al numen, como al principio dijimos. Pan y gloria con sus bravos camaradas buscaba ahora, y nada más: si otro partido hubiera adoptado, ¿os podéis figurar al

autor de *A Madrid me vuelvo* ó de *El pelo de la dehesa*, encerrado en la cancillería de una embajada, ó aburriéndose en las antesalas del Congreso de Viena, ó salmodiando en el coro de una catedral, ó enredando en los bancos de un anfiteatro anatómico, ó de un laboratorio químico? ¡Ah! no: para ser el poeta más popular de España, era preciso que viviese como el pueblo español de su época, guerreando y riendo: de día algo en las plazas, de noche en los campamentos; alguna vez junto al brasero de la patrona, no pocas al rededor de la mesa de café y de la hoguera del vivac. Amigo y aliado de los ingleses, sin imitarlos en sus aristocráticos usos, combatiendo las armas francesas, y estudiando sus doctrinas; pero al par de eso, conservando el genio, la lengua, las costumbres españolas como en los dramas de Tirso y en los sainetes de D. Ramón de la Crüz.

Por desgracia (valga la verdad), no eran estos los libros que en aquella época manejaba Bretón: en la misma comedia que acabamos de citar hallamos la prueba. Dice así en el acto 4.°, escena 9.ª:

> Dulce tía, á quien me une
> la simpatía más tierna:
> simpa-tía, que será
> muy en breve simpa-suegra.

¿Cuándo aquí del himeneo
arderá, tía, la tea?

Bravo, contestaremos nosotros con la interlocutora.

Bravo, bravo, muy bien dicho:
¡qué donaire! ¡Qué agudeza!
El mismo Gerardo Lobo
para tí es niño de teta.

Bien sé yo que el autor dice esto en son de crítica; pero no se critican libros que no se leen, y Bretón leía, y áun imitaba á aquellos detestables modelos.

No le culpemos, sin embargo; había tenido que interrumpir por largo tiempo sus estudios; no caían otras obras en sus manos; sus amigos eran los soldados, su mundo el cuartel; tal cual jácara fanfarrona, tal cual romance burlesco ó picante, redondillas improvisadas, décimas y letrillas de pié forzado, eran su ejercicio; el cuerpo de guardia su gabinete de estudio, la cuadra de compañía su teatro, quizá sólo el físico de su batallón su consejero, el aplauso de sus listos y groseros camaradas su sola recompensa.

Pero la Providencia, que manda los hielos para que mejor arraiguen las plantas, y que de abonos inmundos saca el grato aroma y el color esplendente de las flores, dispuso quizá de tal modo los primeros años de Bretón para

que se amaestrase en el manejo del idioma: y con los ejercicios de mal gusto de Gerardo Lobo, de Rengifo y de Torres adquiriese la agilidad y fuerza con que se enseñoreó luego de la lengua, y jugó á su arbitrio con la rima.

CAPÍTULO III.

LEE Á MORATÍN.—ESCRIBE EN PROSA SU PRIMERA COMEDIA «A LA VEJEZ VIRUELAS.»—VICISITUDES POLÍTICAS.—DEJA BRETÓN LA MILICIA Y ENTRA EN LA ADMINISTRACIÓN.

(1817 Á 1823.)

Pero no marchemos tan á paso redoblado. Aún no había Bretón tomado el canuto de licenciado, cuando tuvo la buena suerte de proporcionarse las obras de Moratín, que hasta entonces muy imperfectamente conocía, y quedó, dice él mismo, *poseido de una afición casi supersticiosa á tan insigne cómico.*

Grande vacilación se introdujo entonces en su conciencia y en su vocación literarias: por una parte era su aptitud, su ocupación y su deleite la versificación, y ésta en su aspecto, por decirlo así, más superficial y mecánico; los consonantes raros, la rima artificiosa, los esdrújulos, el equívoco, la paronomasia eran sus encantos, y en cierta manera su gloria. ¡Cuántas veces rió á solas sus gracias, mientras daba bola á su cartuchera, ó dejaba bru-

ñido el cañón del pesado fusil! ¡Cuántas veces le valieron pequeñas exenciones y áun grandes aplausos con sus camaradas esos juegos de palabra, que no abandonó nunca, y que sin embargo veía anatematizados y proscritos por el autor dramático de su predilección!

Que esta era, en efecto, la otra fuerza que le impelía en contrario sentido, á saber: su instinto dramático, el ansia de retratar caracteres cómicos y dar cuerpo y vida á los cuadros de costumbres que su espíritu observador hallaba en el mundo. El versificador ingenioso y el autor dramático luchaban dentro de su inteligencia: felizmente el soldado voluntario intervino en la contienda. En una licencia temporal, que á la sazón obtuvo, se trasladó á casa de *cariñosos deudos*, y allí, dominado por el trato, inspirado con la presencia de argumentos familiares, vencido, en fin, por el ejemplo de Moratín, el dramaturgo hizo callar al versificador y escribió en prosa *A la vejez viruelas*, en 1817, apenas cumplidos veinte años de edad. De esta forzada abstinencia de rimas se desquitaba en las ocasiones que le brindaba la suerte. Aún hay memoria de un célebre partido de pelota, en que contendieron los de Quel con los de Calahorra, como Horacios y Curiacios: representaban á la villa de Bretón un D. Francisco Manuel Herreros,

hermano de su madre á lo que pienso, D. Pedro Oñate y D. Manuel Fernández, que salieron vencedores. Jugábanse diez onzas, y obtenida la victoria, se dieron *cuatro duros por cada onza* (textual) para celebrar un convite en la egregia Calahorra, *patria del gran Quintiliano*, como escribe Bretón. Este, por deudo de un vencedor, y más aún, por Píndaro de aquella hazaña, asistió al banquete, y de sus décimas, ovillejos y brindis, aún queda memoria en aquella comarca.

No estaba á la sazón el teatro ni la propiedad literaria como en nuestros días. No había en Madrid veinte coliseos, sino sólo dos, el Príncipe y la Cruz, y esos poco frecuentados y pobres, partiendo con la ópera sus escasos productos. No usaban los actores carruajes ni don: el Sr. Isidoro Maiquez andaba á pié, y la Sra. Rita Luna compartía con boleras y graciosas; el chirriante y lento Simón, que las traía y llevaba del teatro á casa y de casa al teatro. No podía un poeta, como Zorrilla, ver su *Don Juan Tenorio* trece veces repetido el día de Todos Santos en nueve teatros colmados de espectadores: los autores, pocos y desatendidos, no gozaban, como ahora, merced á la ley de propiedad literaria [1], una ra-

1 Presentada por mí al Senado en la legislatura de 1847, y sancionada después con el refrendo de Pastor Díaz.

zonable parte del producto de sus obras... Trescientos reales ó una onza de oro era buen pagar una comedia, y áun así no había empresario que la comprase, ni gacetillero que anunciase el nombre del poeta, ni público que pidiese á gritos verlo en las tablas.

Siete años nada menos guardó Bretón en su mesa, ó en su maletín, la hija primogénita de su fecundísimo ingenio. ¡Cuántos dramas políticos habían llenado el teatro del mundo en ese breve período! Napoleón deja primero el trono, luego la vida. Deja también el trono español su hermano José. El Rey Fernando, desde su prisión de Valencey, vuelve al reino de sus padres, y áun antes de sentarse en el solio derroca la Constitución de Cádiz y proscribe á sus autores. Una y otros el año veinte recobran su auge, y el Rey, mal de su grado, es llevado á la isla gaditana, y allí el Gobierno representativo de nuevo se derrumba, y Fernando es restituido á lo que se llamaba la plenitud de sus derechos... gracias á los desaciertos de unos pocos y á la intervención de los cien mil hijos de San Luis.

Entre tanto, Bretón, cumplido el tiempo de su enganche, había tomado su absoluta, como queda dicho, el 8 de Marzo de 1822 en Coin, y trocado el maletín y el sable por la taquilla y la pluma del empleado, sirviendo en las In-

tendencias de Játiva y Valencia, y acompañando al Gobierno derrocado hasta Cartagena, su último baluarte.

Esta plaza, aunque defendida por el bizarrísimo y malogrado Torrijos, hubo al fin de capitular con los generales franceses Bonnemains y Viment, que tomaron posesión de la ciudad el 5 de Noviembre de 1823, es decir, más de un mes después que Cádiz se rindiera.

Nuestro compañero se vió forzado á escapar, y eludiendo con mil rodeos, disfraces, pretextos y riesgos la persecución del partido triunfante, llegó mal trecho, hambriento y casi desnudo á su pueblo nativo Quel, ya muy entrado el riguroso Noviembre.

Los detalles y etapas de esta Ulisea se conservan escritos de puño del asendereado poeta: lo que no he podido yo averiguar es, por qué y cuándo abandonó de nuevo las orillas del patrio Cidacos, para volver á las del Manzanares; si fué esto para huir persecuciones del lugar, ó para arbitrar honrados medios de mantenerse con su pobre madre; ó si se propuso prudente y cuerdamente acercarse más al protector amparo de los franceses que, aunque invasores, al cabo no alentaban los reaccionarios desmanes de los realistas de pueblo.

CAPÍTULO IV.

DE CÓMO UN HUNDIMIENTO DE UNA CASA DE HUÉSPEDES INFLUYE EN EL ARTE ESCÉNICO EN GENERAL, Y EN LA CARRERA DE BRETÓN EN PARTICULAR.

Pues ahora bien, es de saber que uno de aquellos cien mil hijos del Santo Rey, empleado por cierto en la Administración militar, y hombre de preclarísimo talento, vivía en un cuarto tercero de cierta casa de huéspedes no distante del teatro del Príncipe [1], y que un día muy de súbito, hundiéndose el piso vino á caer como por escotillón mal herido y bien magullado, al segundo de la misma casa y á la alcoba nada menos que de una lindísima y joven actriz, que, aunque principiante, era ya favorita del público y blanco de lisonjeras esperanzas. Fundábanse éstas en el claro ingenio, en la señoril figura, en la viva y noble fisonomía, en la voz por todo extremo encantadora, y sobre

1 Calle del Príncipe, núm. 11 antiguo.

todo, en la irreprensible conducta y asídua aplicación de la Concepción Rodríguez, que así se llamaba.

Aquel inesperado hundimiento, aquella forzosa hospitalidad, la desgracia del empleado francés, su soledad y desamparo y su talento pusieron á prueba, primero la compasión, luego la simpatía, en seguida el cariño, y al cabo el amor de la virtuosa é inteligente belleza; y él, prendado de tantos atractivos, dejado empleo, patria y porvenir, la dió su mano y su nombre [1]. Era éste D. Juan A. de Grimaldi; el mismo que, andando los tiempos y amaestrado en la lengua de España, ejerció grande y benéfico influjo, no sólo en las artes de la escena, sino en la literatura dramática y en la historia de nuestros progresos teatrales [2].

Dejemos ahora á los nuevos esposos gozar de su luna de miel; y apartándonos asímismo del rumbo que violentamente seguía la reacción política, para anular, como decían, los llamados tres años; y retrocedamos también nosotros en busca del soldado voluntario, que cansado de diez años de penalidades y con un

1 Se casó en la parroquia de San Sebastián en 11 de Enero de 1825.

2 Autor más bien que traductor de *La pata de cabra*, cuyos dichos han quedado en proverbio, y cuyos personajes viven como Otelo ó D. Quijote.

ojo menos, había tomado en 1822 su licencia absoluta.

Un modestísimo empleo en la Intendencia de Játiva fué todo el premio que consiguió su patriotismo y su constancia, su sudor y su sangre. En ese empleo se condujo con honradez y con laboriosidad; no dejó de apasionarse por las ideas liberales, ni de poner al servicio de ellas su fácil numen y su inspiración inagotable... (aún queda memoria entre los ancianos de Játiva y de Valencia de los himnos que compuso y de los discursos en verso que improvisaba).

Así sucedió que cierto capitán del Provincial de Lorca, D. N. Cisneros y nuestro empleado, se comprometieron á hablarse siempre en versos endecasílabos: tenía el lorquino gran facilidad y meridional imaginación; pero, como se acordase que fuera circunstancia relevante la versificación aconsonantada, nuestro Bretón hallaba tal abundancia de rima que siempre llevó ventaja á su competidor, poniendo además de su parte con su gracejo á la gente de buen humor. Cierto día dos jóvenes setavienses leyeron en la reunión del Cisneros sendas poesías á la virtud de la *Caridad*; picóse el amor propio del riojano, y aquella misma noche leyó en el café una Oda al propio asunto, que obtuvo merecido galardón: muchas

reminiscencias de aquel juvenil ensayo se hallan en la Oda que insertó luego el académico en sus obras con el título de *La Beneficencia.* Ni paró en esto aquel certamen; sino que uno de los circunstantes le invitó á componer otra semejante en loor de *El Amor de la Patria*, y Bretón, sin dejar que se lo pidieran segunda vez, se levantó á improvisar una entusiasta composición que fué frenéticamente aplaudida y vitoreada en cada estrofa.

Aquí me cumple hacer una declaración importante. Aquellos raptos líricos de nuestro Beranger riojano no eran interesado fruto de entusiasmo liberalesco, sino instintivo desahogo del numen *á que nació consagrado:* para él *la libertad sacrosanta y la igualdad neta* eran pié forzado, la versificación y el aplauso necesidades absolutas.

Así el rapaz travieso arroja piedras y trepa á los árboles, áun á ciencia cierta de que la fruta está desabrida y verde, sólo por probar su tino ó ejercitar sus fuerzas. Harto alcanzaba ya Bretón que entonces aquellas instituciones no estaban maduras, y con todo las cantaba y se hacía aplaudir, pero no pagar. Cosa que quizá no comprendan fácilmente tantos como en poesía tiran piedras sólo por ver si cae tal cual breva medio madura del árbol del presupuesto.

Bretón fué patriota en el albor d esu vida, político rara vez, ambicioso nunca, poeta siempre. Así y todo hubo de ser arrollado por la reacción, y de quedarse como él decía, á *la luna de Valencia*, más negra para él que para otro alguno. En la milicia, ya veterano, licenciado, inválido, aunque joven; en la administración *impurificado*, á pesar de su purísima conducta; en las letras de todo punto desconocido y novicio, aunque ya muy hombre. Forzado á procurarse decorosa subsistencia, sin patrimonio, sin empleo, sin carrera, á vivir de su pluma, de una pluma que no sabía escribir pedimentos, ni recetas, ni sermones, ni letras de cambio, ni mucho menos delaciones de policía...

¡Su pluma! Esto era para él lo más amargo: conocía bien, por su clarísimo talento, que áun el rumbo que había hasta entonces seguido era errado; había de comenzar otro nuevo; faltábale para ello el punto de partida ya remoto de su primera educación... había olvidado el latín, no sabía el francés, no tenía bien estudiados nuestros clásicos y los modelos que había imitado los reconocía detestables. Se acercaba á los treinta años, y como los antiguos conversos, tenía necesidad de creer y de adorar lo que había ignorado y perseguido, y de huir y abominar cuanto había seguido y

adorado, y lo hizo; él, hombre ya, dió principio y remate á su educación literaria; ejemplo admirable, conocido y justamente alabado, como único, según ya dije, en el Santo Capitán de Loyola; pero á lo que yo entiendo, nuevo en los anales literarios.

Grande y bello espectáculo el de aquel pobre soldado, lisiado é inválido en toda la fuerza de su edad, educándose á sí mismo y formándose para conquistar las olvidadas coronas de Lope y de Moratín; para ser él solo por muchos años el sostén y apoyo de nuestra gloria escénica; para llenar con su ingenio y su trabajo una época entera de nuestra historia dramática.

En esta árdua empresa le deparó la suerte en Madrid dos poderosos auxiliares. Fué el primero aquel caballero francés D. Juan de Grimaldi, de que ya he hablado, y el cual, con pronto y seguro instinto, adivinó en el autor en prosa de *A la vejez viruelas*, el gran poeta; descubrió más en el pobre Herreros (que así se llamaba): descubrió el más adecuado auxiliar para llevar á cabo dos poderosísimos deseos, que llenaban su corazón y su mente: dar gloria imperecedera á la virtuosa y bella actriz, á que había unido su suerte, y restaurar la escena española, que á la sazón entregada á *Asesinos generosos*, á *Hombres de la*

selva negra y á *Vampiros*, yacía verdaderamente aherrojada como en las *cárceles de Lamberg* ó en las *Herrerías de Maremma*. Para lo primero era necesario un hombre de dócil carácter, de fácil inspiración, de incansable laboriosidad, de ingenio y numen propio al cultivo de todos los géneros dramáticos, fecundo como Lope, verdadero como Moratín, castizo como Iriarte, ameno y festivo y popular como D. Ramón de la Cruz... Era necesario, por fin, Bretón.

Para lo segundo, para restaurar el teatro, se necesitaba todo eso, y además actores, actores que continuasen las glorias de Maiquez y Rita Luna, y luego armonía en el juego escénico, propiedad de los trajes, arte en las decoraciones, conjunto y perfección en el todo; y por último, era asímismo necesario tacto, perseverancia, amplitud de miras para no dejar olvidar nuestro antiguo repertorio, y sin embargo, enderezar el progreso del arte por las nuevas vías que Moratín había comenzado, y por el campo que le abrían nuestras costumbres, vicios y virtudes contemporáneas.

CAPÍTULO V.

PRIMERAS COMEDIAS DADAS AL TEATRO Y PRIMERA SOCIEDAD EN DONDE SE INTRODUJO.

(DE 1824 Á 1826.)

No es de este lugar insistir más en semejante asunto; pero fácilmente se comprende cuánta parte tuvieron para *desbrozar* el ingenio de Bretón (según su expresión gráfica), y para amaestrarle en mejor escuela las traducciones de los clásicos franceses y las refundiciones de nuestros antiguos dramáticos. Con el estudio necesario de Lope y de Calderón se purificaba de Gerardo Lobo, y no se empobrecía su versificación. Con las perfectas copias de Racine y de Molière, de Arnault, de Lebrún y Franc de Pompignán, se afirmaba su crítica en aquel gusto clásico, que tan poco conocía antes, y que tan hábilmente cultivó desde entonces. Finalmente, con el contínuo pedido de piezas originales moratinianas completaba, por decirlo así, su personalidad poética. En este número de obras debe contarse en primer

lugar y por confesión propia *A la vejez viruelas*, que por sus diálogos en prosa y por su corte escénico, y hasta por su tendencia moral, recuerda el *Sí de las niñas.* Dióse por primera vez en el teatro del Príncipe el 14 de Octubre de 1824. Uno de nuestros más ilustres compañeros, amigo, émulo y sucesor de Bretón, D. Juan Eugenio Hartzenbusch describe admirablemente aquella solemnidad, en la cual hubo además la rara coincidencia de que se representase la primera obra dramática de otro académico, insigne poeta, Ventura de la Vega, á quien volveremos á hallar en este escrito.

Moratinianos son asímismo *Los dos sobrinos*, comedia escrita ya en largos romances, como el *Viejo y la niña*, *Achaques á los vicios*, en que volvemos á la prosa, como en el *Café* y *A Madrid me vuelvo*, cuya acción pasa en un pueblo, que bien pudiera ser Illescas, y en donde interviene el señorito D. Esteban, de la misma estofa que D. Claudio el de *La Mogigata*, donde grita y disputa la *ilustre Doña Matea*, prima hermana de *Doña Mónica*, pareciéndose mucho todo el poema al *Barón*, aunque aventajándole sin duda en varios conceptos.

Así se afiliaba nuestro autor; y desde sus primeros pasos resuelta, brillante y religiosamente profesaba en la escuela á que (siguiendo su dicho) vivió *consagrado*. En tanto, para

desbrozar su imaginación, para ennoblecer su lenguaje, para adquirir la plena posesión de lo que se llama el dialecto poético, le sirvieron mucho las traducciones en verso de la Andrómaca de Racine, de Ifiginia y Orestes, de Doña Inés de Castro, de Dido. Las cuales producciones no son meramente de *pane lucrando*, sino que contribuían á enseñarle los resortes dramáticos y á acreditar su nombre con los actores y con el público.

En la representación de Andrómaca ocurrió una circunstancia que merece consignarse. Presentóse á desempeñar el papel de Orestes un hermano de nuestro poeta, anunciándose así: *Antonio de los Herreros*, cuyo segundo apellido era el que á la sazón usaba en sus obras el autor de *A la vejez viruelas*. Andando el tiempo (el 7 de Agosto de 1828) se representó en aquel teatro una comedia *La joven india*, y en 22 de Diciembre *Un día en Madrid*, traducidas por el mismo D. Antonio.

Tenemos, pues, á Bretón proponiéndose por modelo á Moratín, y aprendiendo en él los cánones del arte dramático, adquiriendo asímismo en la traducción de tragedias clásicas la elevación y nobleza de la dicción poética, estudiando además en su humildísima morada en la calle del Príncipe las eternas bellezas y los para él ignorados idiomas de Horacio y de

Molière, y procurándose en el teatro honrado y escaso pan para sí y para los suyos, principalmente para su anciana madre, que vivía con él y de que era idólatra. ¿Pero y los otros dos principales y casi peculiares tesoros con que la naturaleza le había dotado, dónde y cómo se explotaban? Me refiero por una parte á aquella incomparable riqueza y gracia en la versificación, y por otra al singular don de descubrir y pintar caracteres, dando más que otro alguno vigor y viveza á las medias tintas de sus retratos.

La refundición y consiguiente estudio de nuestros dramáticos del siglo de oro podía servirle de mucho; pero era necesario una galería más moderna de personajes, se hablaba en el mundo además un vocabulario más usual y corriente y no menos extenso, picante y pintoresco que el de Tirso y Alarcón. ¿Cómo había de aprenderlo? ¿Quién sería su maestro?

Aquí aparece aquel otro auxiliar poderoso que mencioné más arriba, y que la suerte deparó á Bretón para la reforma de su gusto, de su educación, de su entera personalidad literaria, es á saber: la sociedad. Que no basta al ingenio la inventiva, el maestro y el estudio; como ni á la flor la semilla noble, y el hábil jardinero y el esmerado cultivo: necesita además, y quizá principalmente, la influencia de

adecuado clima, el temple de benigna atmósfera.

Eran aquella sociedad y aquella época de las más serias y menos bulliciosa que registra la crónica madrileña. Palacio ocupado por Fernando VII, escarmentado de sus súbditos y receloso hasta de sus hermanos, y por la santa Reina Josefa Amalia, Princesa de austerísima virtud y de ascéticas costumbres, dicho se está que no había de abrir sus puertas á banquetes y bailes; nuestra corte era la más devota, la más ceremoniosa, la más grave de que hacía mención el almanaque de Gotha. Muchos de los Grandes motejados de liberales, como Frías, Santa Cruz, Alba, Oñate, Veragua, Santa Coloma, Alcañices, Montijo, Villafranca, Miraflores y otros no habían de meter ruido con intempestivos saraos; dábanse por contentos con que los dejasen en paz en sus casas, de vuelta del destierro que había pesado sobre los más. Otros, como Medinaceli, Infantado, Villahermosa y los jefes de Palacio, por cuanto no estaban en el mismo caso, se habían de conformar en la gravedad y retraimiento con las costumbres de la dinastía á que servían. Las antiguas compañías de aficionados, que en los palacios de Frías y de Hijar habían en otro tiempo funcionado, representando las primeras damas de nuestra aristocracia las

obras de Lope, Calderón, Moratín y Quintana, no se habían vuelto á formar. Sólo la Condesa Duquesa de Benavente, por su sexo y edad, no se ajustaba á ese retraimiento, y en su casa, como luego en la de Montijo, de sus mismas circunstancias, tenía acogida el cuerpo diplomático y la aristocracia de cuna y de moda. La oficial ó de empleos, los ministros y camaristas, los consejeros y generales vivían modestamente, no siempre bien pagados, calentándose en casa con brasero y esteras, y paseándose fuera de casa en Simón de dos mulas, y ese no costeado por el Estado.

No había entonces Veloz-Club para los elegantes, ni Ateneo para los estudiosos, ni Casino para los trasnochadores, ni Liceo para los artistas; la mesa del café era todo el recurso en las largas noches del invierno, y en las tardes lluviosas del otoño, para los que querían poner en claro las doctrinas de clásicos y románticos, ó los puyazos de Miguez y del Sombrerero, ó las *fermatas* de la Fábrica y de la Cortesi, de la Albini y de la Tossi, y sobre todo, la propiedad y mérito de Luna y Latorre, de la Antera Baus y de la Concepción Rodríguez.

CAPÍTULO VI.

EL PARNASILLO.—LA QUINTA DE HORTALEZA.—QUIÉN ERA LAURA.—LA CENSURA DEL P. CARRILLO.

(DE 1827 Á 1828.)

Al rededor, pues, de una mesa del café del Príncipe, y en el más repuesto rincón de aquel oscuro establecimiento se juntaban no pocos poetas; razón por la que tomó el nombre, ó burlesco ó encomiástico, de *El Parnasillo*, que le dió, á lo que creo, el insigne D. Juan Nicasio Gallego. Algunos de los concurrentes habían sido alumnos del Colegio de San Mateo por los años 20 al 23: cerrado éste, habían continuado, ó sus estudios ó sus prácticas literarias, con D. Alberto Lista, que, animado de irresistible vocación á la enseñanza, había abierto solo y en su modesta habitación, calle de Valverde, cátedras de matemáticas, de historia y de literatura.

De aquel colegio vinieron Espronceda, Vega, Pezuela, Felipe Pardo, Bautista Alonso y

otros, el menor de todos, quien esto escribe. En aquellas cátedras se les habían incorporado algunos, entre ellos Segovia, Usoz y Río, Escosura y Ortiz; y al cebo de su discreción y de su alegría, se acercaban á la mesa poética, Larra, que entonces hacía malísimos versos; Gil y Zárate, ya poeta dramático; Mesonero, autor de bizarros artículos y refundidor de Tirso, y áun otros, procedentes de anteriores tiempos, como Arriaza, el fácil poeta; Carnerero, el incansable traductor; Cambronero, el gran jurisconsulto; Rives, el afamado cirujano; Valdeosera, el juez; Mariátegui, el arquitecto; Marraci, el bullidor, y otros muchos.

La vida fraternal que los jóvenes habían comenzado de mañana en la cátedra, no terminaba de noche en el Parnasillo; sino que, merced á las inmunidades poéticas, gozaban placeres en la sociedad media que estaban, como he dicho vedados á las aristocracias de aquella corte.

En casa del arquitecto Mariátegui se hacían charadas y juegos de ingenio. El mayordomo de semana D. Quirico Aristizabal tenía teatro, en que más de una vez se aplaudió á Vega, el primero de nuestros actores y el más académico de nuestros poetas; á Pezuela, que luego cargaba con los escuadrones liberales sobre Cheste, y á Carlos O'donell, que an-

dando los tiempos murió gloriosamente al frente de la caballería carlista, oficiales ambos á la sazón de la Guardia y autores de tragedias que se han perdido.

En esta sociedad, pues, vino á aparecer nuestro Bretón, trayendo en dote más años que los demás, pero un candor casi infantil en el trato, y una agudeza de ingenio y una facilidad de improvisación no vistas desde Lope; pero un gusto más corrompido que el de Góngora.

Debió, pues, nuestro poeta á aquella alegre compañía los mejores años de su vida y la reforma de su gusto, y el estímulo y guía en su inspiración. ¿A quién no había de aprovechar, en efecto, el elegante y correcto ejemplo de Vega, y la punzante crítica de Larra, y el arranque independiente de Espronceda, y la práctica sesuda de Gil y Zárate? Muchas veces se lo he oido decir, como aspirando al título de discípulo de Lista, que ciertamente no necesitaba; pero aunque no lo dijera, sus obras mismas lo comprobarían elocuentemente, porque á aquel período pertenecen sus mejores poesías líricas, cantos tan dulces, elegantes y sentidos como los mejores del Parnaso español. El que conozca meramente á Bretón como poeta festivo ó como autor cómico, y más todavía aquel que le niegue inspiración lírica

y sensibilidad tierna, no llevará á mal que yo cite en este lugar siquiera una composición que le saque de su error. Importa antes conocer brevemente el sujeto de la inspiración.

Había en aquella época en Madrid un célebre doctor en cirugía (Rives) que tenía tres lindísimas hijas (Laura, Silvia y Rosaura), las cuales á la gentileza de la figura reunían relevantes adornos de educación: la música, el dibujo les eran familiares, y á veces se amaestraban tanto en los ejercicios de equitación como en las estrofas de la poesía. Tenía esta familia una casa en Hortaleza, á donde semanalmente concurría la parte joven del Parnasillo. En una ocasión decía nuestro poeta:

Engancha, zagal amigo,
ese cuadrúpedo ruín:
hoy son los días de Laura,
¡y aún estamos en Madrid!
Vuela por ese camino,
y te daré gracias mil,
y eternizará mi musa
tu trémulo calesín.
Vuela á Hortaleza, etc.

Aconteció un día, que al llegar á aquel ansiado paraiso, en vez de hallar á Laura

A la sombra regalada
del húmedo tamaríz,
durmiendo al blando gorjeo
del tímido colorín

ó ante el cristal animado,
la ayuda Silvia á ceñir
al dulce túrgido seno
corpiñito carmesí.

La encontró armada de escopeta y tirando al blanco; y Bretón, el amante de Silvia, apartándose un tanto, y sin más plazo que el de escribir en su cartera, improvisó la siguiente tiernísima letrilla:

Suelta el arcabuz horrible,
no al lanzar su ronco trueno,
hiera ese mórbido seno
grata mansión del amor.
A su bárbaro estallido,
nuncio de muerte y miseria,
harto las ninfas de Iberia
se estremecieron de horror.
Contra el galo aborrecido,
contra la audaz tiranía,
gloria fué, mi Laura, un día,
gravar el hombro con él.

(Aquí está el soldado de la Independencia.)

Entonces fué noble gala
del español ardimiento;
¡ay! ya es feroz instrumento
de la discordia cruel (1827).
Bella y gentil es Diana
cuando en el bosque nativo
contra el ciervo fugitivo
lanza su rápido arpón.
Empero ¡cuánto más bella
cuando, depuesta la ira,

amor, sólo amor respira
en los brazos de Endimión!
¡Pobre avecilla inocente,
guárdate del plomo airado!
Laura, en pos del bien amado
salir del nido la ví.
¡Oyes en la verde rama
su deliciosa armonía!
Perdónala, vida mía,
que aprendió á cantar de tí.
Tiro al blanco inanimado,
respondes: nací sensible,
mi pecho es inaccesible
al odio y á la crueldad.
Mas si corazón tan tierno,
oh Laura, en tu pecho mora,
¿cómo es sólo quien te adora
indigno de tu piedad?
Callas y la planta afirmas,
y cual guerrero sañoso,
tiendes el párpado hermoso
sobre el hierro matador.
Y el *pedernal centellante*
la negra pólvora prende,
y el plomo helado se enciende
con horrísono fragor.
¡No más! Tu destreza admiro
y tu bizarra osadía;
mas ¡ay! suelta el arma impía
que inventára la traición.
Amor las suyas te entrega,
encantadora zagala,
y por blanco te señala
mi abrasado corazón.

Tiempos felices de lirismo de paz y de amor eran aquellos, no para Bretón solo, sino para toda la pléyade de poetas. Espronceda y Vega

no habían creado aún las sociedades secretas de *los numantinos*; contentábase el primero con las calaveradas de Guardia de Corps, el segundo con los aplausos de los teatros públicos y caseros; aquél no había aún tomado por modelo á Byron, y consultaba en el Parnasillo las magníficas octavas de su Pelayo; Vega, sin la amarga experiencia del corazón y de la política que revela *El hombre de mundo* y *César*, se ocupaba en traducir para el público, y en representar para la sociedad *El Tasso*, *La máscara reconciliadora*, *Shakespeare enamorado* y otras cien obras que le daban alimento y fama. Pezuela no había comenzado la *Jerusalén* y traducía también y representaba tragedias; y de Pardo, el insigne poeta peruano, sabido es lo que cuenta Bretón mismo.

Pardo á un grupo de camellos
la Clitemnestra leyó.
—¿Y quién muere?—preguntó
al concluir, uno de ellos.
Y Pardo le dijo: Yo.

El liberal Bautista Alonso cantaba las bondades del Rey absoluto; el satírico Larra lloraba los terremotos de Orihuela, Mesonero refundía á Tirso, Bretón escribía sus *raptos líricos* en el *Correo literario y mercantil*, y abastecía el teatro, llevando ya dadas á la escena seis comedias originales, y hasta treinta y tres

entre refundiciones y traducciones en verso y prosa: es decir, más, mucho más que Moratín [1].

1 *A la vejez viruelas*, 14 Octubre 1824; original.
Lujo é indigencia, 27 Enero 1825; traducción.
Los dos sobrinos, 30 Mayo 1825; original.
Andrómaca (tragedia), 20 Junio 1825; traducción.
Achaques á los vicios. Compuesta en este tiempo; representada en 24 Julio 1830.
La llave falsa, 6 Diciembre 1825; traducción.
Mitrídates, en este año; traducción.
Valeria ó la cieguecita, 18 Enero 1826; traducción.
Ifiginia y Orestes, 28 Junio 1826; traducción.
Los Tellos de Menceses, 6 Setiembre 1826; refundida.
Doña Inés de Castro, 13 Setiembre 1826; traducción.
La carcelera de sí misma, 14 Octubre 1826; traducción.
Dido, 23 Octubre 1826.
Las tres novias ó el caballero á la moda, 6 Enero 1827; verso.
El aturdido ó los contratiempos, en este tiempo; traducción.
Qué de apuros en tres horas, 6 Octubre 1826; refundida.
Antígona, 1827; traducción.
La codicia en posta (comedia); 1827.
El príncipe y el villano, 5 Mayo 1827; refundida.
No hay cosa como callar, 6 Noviembre 1827; refundida.
A Madrid me vuelvo, 25 Enero 1828; original.
El sitio del campanario, 6 Abril 1828; traducción.
Engañar con la verdad, 15 Abril 1828; traducción.
El legado ó el amante singular, 25 Mayo 1828; traducción.
¡Si no vieran las mujeres!, 20 Junio 1828; refundida.
La autoridad paterna, 22 Junio 1828; traducción.
Un paseo á Bedlam, 16 Julio 1828; traducción.
La joven india, 7 Agosto 1828; traducción.
El rival de sí mismo, 11 Agosto 1828; original.
El suplicio en el delito (drama); 11 Agosto 1828; traducción.
María Estuardo (tragedia), 7 Noviembre 1828; traducción, verso.
El ingenuo, 13 Noviembre 1828; original.
Ingenio y virtud, 24 Noviembre 1828; traducción.

Dicho se está que todas estas obras de todos estos autores no contenían cosa alguna contra la moral y buenas costumbres, ni contra las regalías de S. M., ni chispa de alusión política. Bonito era para consentirlo el R. P. Carrillo, Conventual de la Victoria, que porque en una traducción de Vega vió que un personaje dijo *aborrezco la victoria*, lo quitó escribiendo de su puño este dístico de aleluya: *no consiento—que se aluda á mi convento.*

Cuando el mismo Vega tradujo la primera escena y Bretón toda la tragedia de María Estuardo, el reverendo censor exigió que se enmendara el final.—Pero ¿cómo ha de suceder eso si la reina murió?—dijo el poeta.—Todos hemos de morir.—Ya, pero la reina de Escocia fué decapitada.—Eso no puede ser,—añadió el religioso,—y lo siento, porque la tragedia me gusta; yo le haré otro desenlace. Aterrado Bretón con esta amenaza (porque es de advertir que el P. Mínimo gustaba de poner en los dramas versos de su cosecha, que no eran siempre tan buenos como los de Moratín, y que con perdon de éste

Mucha prosa y muchos versos
que en las comedias están,
son obra de un religioso
de aquí de la Soledad.

Bretón, digo, aterrado con esta sentencia de casación del fraile, modificó el final de la tragedia de Lebrún, que se representó en el teatro del Príncipe, y así corre impresa en las obras del poeta español.

CAPÍTULO VII.

COMENTARIOS Á LOS QUE ANTECEDEN.—TRES PREGUNTAS.

Madrid, 17 de Mayo de 1882.

SEÑORES ACADÉMICOS:

Séame permitido, antes de continuar la prolija lectura comenzada en la junta anterior, dar gracias á la Academia, que tan paciente y benévolamente la ha escuchado; y es para mí no sólo lícito sino debido darlas aún mucho más expresivas al hoy Capitán general Conde de Cheste, en su juventud fraternal amigo de Bretón, que me ha cedido una espada-sable que le fué regalada por aquel soldado voluntario en concepto de haber pertenecido al Empecinado, y la cual viene á ser, por tanto, un comprobante de que en las huestes de aquel caudillo fué donde por primera vez sentó plaza el gran poeta: cosa que nadie sospechaba, y que deja ver bien claro su hoja de servicios, la cual fija su enganche en el batallón de Avi-

la, á 24 de Mayo de 1812, fecha en que Madrid estaba aún ocupado por los franceses, y en que de tal batallón (prisionero en Ciudad Rodrigo en 1810) no quedaba más que una plana mayor ó comisión de enganche incorporada á la *guerrilla* del bizarro D. Juan Martín el Empecinado. Debo, en fin, mostrar especial gratitud á los que me han indicado defectos que corregir ó enmiendas que adoptar.

Tres son las principales que se han apuntado, las cuales pueden formularse en otras tantas preguntas.

1.ª ¿Cuándo, dónde y cómo perdió Bretón el ojo izquierdo y ganó la cicatriz que le señalaba?

2.ª ¿En qué época emprendió ó renovó el estudio de la latinidad?

3.ª ¿Cuántas y quiénes eran las hijas del doctor Rives?

Antes de contestar á estas preguntas, debo advertir que yo tengo muchas noticias de la vida de nuestro autor, de que no he creido deber hacer uso, y que sólo he consignado aquellas de que alcanzo ciencia cierta. Que ésta la he adquirido por uno de estos tres medios: 1.º, porque he sido testigo ó actor de los sucesos que relato, ó los he oido de boca del mismo Bretón; 2.º, porque los hechos ó afectos están consignados en las obras impresas

del mismo ó en las cartas autógrafas que poseo; y 3.°, porque han sido por mí constatados en documentos públicos y oficiales.

He aquí, señores Académicos, por lo que no he sido tan esplícito sobre algunos acontecimientos, y quizá por lo que tengo ahora necesidad de responder á las tres preguntas arriba apuntadas.

Primera pregunta: la herida de Bretón.

En muchas ocasiones, de palabra y por escrito, en sus conversaciones y en sus poesías se ha burlado Bretón de que era tuerto; pero nunca ha explicado la ocasión de su defecto, ni menos, ni mucho menos se ha jactado de él atribuyéndole origen marcial ó patriótico. Alguna persona de su familia me dijo que había el voluntario recibido aquella herida en Lérida en 1818 ó 1819... Con esta indicación procuré ver si había noticia de ello en el Gobierno militar de dicha plaza, ó en las altas y bajas de aquellos hospitales, ó en los partes y estados de la Capitanía general de Cataluña; y no sólo no la ví confirmada, sino que ni áun constaba que hubiesen guarnecido á Lérida los regimientos en que sirvió Bretón.

Otros han dicho que nuestro autor, siendo cabo, hubo de reprimir una cuasi sedición militar en el cuerpo de guardia de prevención, á donde penetró solo y de improviso, y que ape-

lando él y los sediciosos á las armas recibió la herida... pero tal hazaña debería constar en su hoja de servicios, y no hay de ella rastro.

Finalmente, hasta hay quien se da por testigo del hecho litigioso y lo refiere del modo siguiente:

Cuando el año 1823 se aproximaban á Madrid los cien mil hijos de San Luis, y los precedía (según es común en tales casos) una partida, ó facción, ó guerrilla del país, mandaba esta especie de vanguardia el cabecilla Bessieres. Fué esta fuerza el 20 de Junio detenida y ahuyentada con grave pérdida por el general Zayas, que había quedado en Madrid, y que los acuchilló fuera de la puerta de Alcalá.

El duque de Frías refiere este hecho en aquellos versos:

> La ancha puerta que regia y ostentosa
> al vasto circo matritense guía,
> forzada por la gente sediciosa
> fácil entrada al agresor cedía, etc.

Pues bien; según el supuesto testigo, Bretón se halló (no sé cómo) en la escaramuza y perdió el ojo.

Contra esto no hay que decir sino que Bretón había dejado el servicio militar en 1822, y que mientras los hechos referidos pasaban en Madrid, él, Bretón, empleado civil de la In-

tendencia de Játiva, se hallaba sitiado en Cartagena.

Más feliz yo, ó mejor servido que semejantes novelistas por la diligente amistad del general marqués de San Román, pude (después de muchos años de buscarla), hallar la hoja de servicios del insigne escritor, y en ella no consta herida alguna en función de guerra. Hay, sí, hacia el fin, unas notas con fecha de Murcia, que textualmente dicen:

«Tuvo entrada en éste (regimiento del Rey, »1.° de ligeros) en 1.° de Noviembre de 1818, »siendo procedente del contingente de la cos»ta de Granada.—Este individuo, siendo pro»cedente del contingente de la costa de Gra»nada, no se ha incorporado, quedando con »licencia temporal en Aguilas, y como no jus»tifica se le da de baja en 28 de Mayo de »1819.—Huerta.

»Se presentó en el regimiento el día 1.° de »Agosto de 1819, acreditando *suficientemente* ha»ber estado enfermo todo el tiempo que ha fal»tado, desde que fué á disfrutar la licencia tem»poral, por cuya causa no deberá servirle de »ningún obstáculo la nota anterior.—Huerta.»

Hasta aquí lo oficial que en capítulo anterior habíamos extractado, y que está documentalmente probado y que es bien poco, á saber: que no fué herido en campaña; que hay

un espacio considerable de tiempo (desde 22 de Setiembre de 1818, hasta 1.° de Agosto de 1819), en que extralimitándose de la licencia temporal de que gozaba, desaparece de las filas y es dado de baja; que se presenta al cabo de cerca de un año *acreditando suficientemente* (no dice documentalmente, ni por certificación de facultativo) que ha estado enfermo; que esta ausencia y esta enfermedad es tan favorablemente juzgada que no le sirve de nota; y en fin, que todo esto acontecía por el reino de Murcia.

¿Se quiere saber lo extraoficial? Pues (aunque de ello no respondo) diré que corrieron voces de que el galán poeta, que contaba á la sazón 22 años y gallarda figura, hubo de ser demasiado bien quisto con la mujer de cierto síndico: que el tal concejal, aunque quizá no hubiese leido á Calderón, tenía humos de *Alcalde de Zalamea* y arranques de *A secreto agravio secreta venganza*, y aguardó por sí ó por medio de procuradores al galán y autor dramático (no consta en cuál acto del drama ó si después del desenlace, aunque sí se cree que en una *noche buena* que para Bretón fué pésima), y cerrando con él, no á palos, sino á navajazos y riñendo frente á frente con quien, por lo visto, no volvía la espalda, le proporcionó tal *eclipse* (como dice Bretón), que no pu-

diese en todo el resto de su vida mirar con *buenos ojos* (en plural) á la mujer del prójimo, y le obligase á disimular con unas antiparras de oro una horrible cicatriz que descendía desde la sien izquierda hasta la ceja y dejaba inmóvil y cerrado el párpado.

Segunda pregunta.—Latinidad.

Según me indicó, y luego me ha comunicado por escrito un muy antiguo y querido compañero mío de colegio, hoy respetado y erudito colega nuestro, el maligno Gallardo en el número 5.º del «Criticón» (año 1836), página 63, dijo: «¡Qué perlas se le van engastando! (á la Biblioteca Real). ¡Durán, bibliotecario primero, el cual, para hacer un catálogo de los M. S. que hace dos años há, se ha puesto á aprender á leer letra antigua! ¡Bretón, bibliotecario segundo, que si no se le corta la carrera ó se le acorta la vista de tanto estudiar, va á ser *El latino de repente de Palmirano!* En verdad no puedo afirmar si Bretón era latino grande ó mediano; pero que no era *repentino* está probado; porque allá por los años de 1808 al 12 le daban palmetazos en su áula los escolapios de San Antón... y cerca de veinte años después aún se encerraba en un cuarto 3.º, casa números 8 y 9 de la calle del Príncipe, para estudiar los secretos del idioma de Terencio y traducir los versos de Tibulo.

La verdad es que cuando Bretón conoció á Grimaldi y entró en la sociedad que he descrito, lo ignoraba todo (cien veces se lo he oido decir); su trato con Vega y con Pardo le inoculó en lo posible el buen gusto clásico; su amistad con Grimaldi y Gil y Zárate le familiarizó con el francés; vive aún y está presente quien le dió muchas lecciones de geografía antigua y de mitología, entonces más en uso que ahora; y su propia conciencia, y algo don Dionisio Solís, y sobre todo un habilísimo maestro, le hicieron aprender ó recordar el latín, por cierto que con prodigiosa brevedad (que no es lo mismo el estudio forzado de un niño y el espontáneo de un hombre, y de un hombre como Bretón). ¿Adquirió, pues, todo esto con plena posesión?

No lo diré yo: responda por mí en cuanto al francés la traducción de *Los Hijos de Eduardo*, y en cuanto al latín la Elegía segunda de Tibulo, inserta ya en la colección de sus poesías en 1831; esto es, cinco años antes de obtener el empleo de Bibliotecario segundo de que murmura Gallardo.

Tercera pregunta.—Las tres hijas del doctor Rives.—Tres sonetos.

Conservamos mención, y áun sendas descripciones de estas tres bellezas, en el libro titulado *Poesías de D. Manuel Bretón de los He-*

rreros, un tomo en 8.° menor, publicado en Madrid en Noviembre de 1831 en la imprenta de D. Pedro Jiménez de Haro, plazuela de Santa María.

Primera.

Laura (doña Mariana Rives), que cantaba duos de la ópera *Elisabeta* del maestro Carrafa (pág. 9).

Hacía versos, puesto que en el romance II (pág. 100) se lee:

Y ya con tímida lira
que un día será sublime,
osó del alto Parnaso
hollar la senda difícil:

y en el romance *Un viaje á Hortaleza*, dice que piensa hallarla

O bien en rima sencilla,
cerrada en tu camarín,
de la campaña inocente
pintas la vida feliz.
Que también del padre Delio
te inspira el numen á tí,
y te dió su plectro Erato
cual su donoso reir.

A veces también, como referimos en el capítulo anterior, cuenta Bretón (letrilla VI) que tiraba al blanco.

Andaba enamorado de ella Delio, no Apolo, sino Ventura Vega, el cual la dedicó lindos

versos, según consta en el *Correo literario y mercantil*, insertando en su número del 8 de Abril de 1831 el siguiente

SONETO Á LAURA.

Ese trono que Mayo adorna y viste
donde grabas tu nombre idolatrado,
Laura, veráslo pronto deshojado,
que á la furia del tiempo no resiste.
Vendrá el Diciembre con sus lluvias triste
y cubrirá de escarcha el tronco helado,
ó el huracán á desgajarlo airado
arrebatando el nombre que esculpiste.
Templo más digno que tu nombre lleve
donde no lo destrocen vendavales,
ni el invierno lo cubra con su nieve,
un corazón será que te ame ciego.
Dijo, y aquí con rasgos eternales
grabólo Amor con su buril de fuego.

VENTURA DE LA VEGA.

Más todavía: si se ha de creer la tradición y se ha de atender al carácter del buen Ventura, éste estuvo muy cerca de ser su esposo, oponiéndose á su honesto propósito la escasa fortuna del ilustre poeta. Bretón lo indica demasiado ágriamente en la oda 2.ª (pág. 10), donde dice:

En vano de Himeneo el santo nudo
te niega sin piedad torpe avaricia,
de la yerta vejez plaga funesta,
que si te falta el oro,

el labio de una hermosa te sonríe
y plácido repite: «yo te adoro.»

¿En qué acabaron estos honestos amores? Ni yo lo sé ni importa averiguarlo. Vega suspiró por otra y otra; estuvo muchas veces á punto de ir á la Vicaría, siempre vehemente é inactivo, desinteresado y pobre... siempre entusiasta por el canto, siempre buscando una beldad de quien él ó Bretón ú otro pudiera asegurar que si

Acaso tu alma rebelde
de tanto hechizo se libre,
más *cantará* y ¡ay de tí!
que á su voz nada resiste.

(*Bretón*, pág. 100.)

Celebró en imperecederos versos á la Tossi; por eso dió al fin su mano y su nombre á quien ya lo tenía adquirido muy glorioso en el número de las grandes artistas, Doña Manuela Oreiro Lema, que andando el tiempo compartió la gloria escénica con el cisne de Bergamo Rubini.

Segunda hija.

La segunda de estas bellezas, que es de quien nuestro Bretón se muestra más apasionado, era *Silvia* (Mariquita Rives).

Nuestro poeta la pinta de ojos azules y mejillas de *rosa*; y en la anacreóntica IX, refiriéndose á tal flor, escribe:

> Si engalanar deseas
> tu cabellera blonda,
> deja que yo la arranque
> con esta mano tosca.

Consigna asímismo la letrilla V, titulada *El* 8 *de Noviembre* (pág. 38), que era granadina y que hacía un año que andaba de ella enamorado.

> Hoy há un año; cuán rápido ha sido,
> que perdí para siempre la calma,
> y á tus ojos rendí toda el alma,
> Silvia hermosa, primor del Genil.

Y esta noticia la confirma (pág. 182) en el soneto que copiamos más adelante.

En tanto diremos que fué el galán correspondido, y de ello se regocija cuando escribe (pág. 36):

> Mi eterna ventura
> pronuncias al fin
> que al trono me eleva
> del alto Cenit.
> Amantes de Silvia
> de celos morid;
> que ya enternecida
> de verme gemir
> repite halagüeña
> sí te adoro, sí.

Duraron estos amores algún tiempo; así es que la oda IV (pág. 17) dice:

> Vuelvo á la choza de mi Silvia bella,
> mansión celeste de inocencia pura:
> de Silvia bella, que me llama ¡oh gloria!
> bien de su vida.

Aún no se había apagado esta llama cuando hizo el viaje á Sevilla, de que luego hablaremos, y así lo testifica su letrilla VIII cuando refiere (pág. 49), y en ello no le alabo el gusto, que

> Contra el ardiente verano
> tus ondas no busco ¡oh Betis!
> si ayer te miraba ufano
> correr al lecho de Tetis,
> con tedio y horror te miro
> *hoy que es la fiesta de Silvia*
> *y ausente de ella suspiro.*

Fuera muy largo referir todas las poesías, ó meramente las alusiones en que este amor aparece: su terminación y desenlace son los que no constan. Pero nuestro poeta estaba, por lo visto, resuelto (así como Vega á unirse á una *diva)* á buscar él una dama que juntase á las buenas cualidades que pondera en Silvia (romancillo IV, pág. 174) la de ser, como ella, hija de un hábil profesor de la ciencia de Esculapio, y hacer de ella la compañera de su vida: cosa que al cabo logró, como más adelante veremos. Por ahora nos contentaremos

con reproducir el tributo poético que, en competencia de sus compañeros de galanteo, pagó nuestro poeta

Á SILVIA, ZAGALA GRANADINA.

SONETO.

¿Cuál de tus joyas, inmortal Granada,
mayor sorpresa al caminante ofrece?
¿El áureo Darro, que en tus muros crece,
ó tu fecunda vega dilatada?
¿Será Generalife do encerrada
primavera sin término florece?
¿Será el claro Genil quien te envanece?
¿Será acaso la Alhambra celebrada?
¿Será tu cielo plácido y sereno?
¿Será? Dímelo, en fin: así en tus flores
no torne á solazarse el agareno.—
—Guarda, me dijo, admiración y amores
á Silvia hermosa, que nació en mi seno
para abrasar el alma á los pastores.

Tercera.

La tercera hija del doctor Rives, de que queda menos memoria en el libro de Bretón, es *Rosaura* (Doña Juana), y sin embargo la dedica la primera de sus letrillas eróticas, letrilla bien de Bretón, tal cual apareció más adelante.

Del ledo Manzanares
en la galana orilla,
entre olorosos céspedes,
la tierna yerbecilla

pace el cordero cándido,
y con balido trémulo
saluda á la aurora del plácido Abril.

No empero el corderillo,
ni la vid tortuosa,
ni el cefirillo alígero,
ni la encarnada rosa,
ni la espiga benéfica,
ni los gentiles pájaros
subliman la gloria del plácido Abril

Tú, mi gentil Rosaura;
tú, que á Venus afrentas
y hasta el paterno piélago
con tus gracias la ahuyentas,
tú, pastora bellísima,
de tantas almas ídolo,
tú, eres la gala más linda de Abril.

Sabemos, pues, según Bretón, que esta pastora era *ídolo de muchas almas:* y luego en el romance IV, que dedica el poeta á su amigo D. Juan de la Pezuela, y que principia así:

Serena el pecho, Dalmiro,
que crudos celos agitan:
torna á Rosaura: sus ojos
la blanda paz te convidan.

En este romance, pues, enumera el poeta algunas de aquellas *almas* que penaban por Rosaura, y nombra á Alcino y á Belardo, y á Aminta; como pudiera decir D. Martin ó don Agapito, ó etc. etc., y para aleccionar al triste

y celoso Dalmiro, ó como quien dice á Don Amadeo, le dice (pág. 107):

> Deja que dance con todos,
> que es usanza de la villa,
> y hay un pueblo que la juzga
> y una madre que la espía.
> Ni es justo que una pastora
> porque á Cupido se rinda,
> áspera y adusta sea
> la befa de la campiña.
> Amor indulgente y blando
> es el néctar de la vida:
> amor sombrío y austero
> no es amor, es tiranía.

O yo me equivoco, ó en esa pastora que danza con todos sin comprometerse con ninguno está el preludio de Marcela, y en ese zagal de *amor austero y sombrío* se columbra á lo lejos á D. Amadeo. Sea ó no esto cierto, y dejando seguir su respectivo destino á Dalmiro y á Rosaura, nadie desconocerá la influencia de esta sociedad en el porvenir glorioso del gran dramático.

Ni yo sé, ni importa á esta biografía cuál fué el fin de estos amores: el galán siguió por donde le llamaban sus deberes militares: en fecha no muy posterior aparece en Elche como capitan de caballos, y se ejercita como poeta; hoy, llegado á la última gerarquía militar, nobiliaria y académica, sonríe al oir estos sus juveniles recuerdos. La dama, según

cuentan, estaba muy á punto de dar su mano á Belardo, al Curioso Parlante, ó sea á nuestro Mesonero Romanos, que le dedicó ¿quién lo creyera? clásicas églogas y tiernos idilios. Nosotros no los tomamos en cuenta, contentándonos con copiar de las poesías de Olmigto Isaurense (Pezuela) el siguiente

SONETO Á ROSAURA.

Si de mi amor el pensamiento alejas
cuando á tí vuelvo, desleal señora,
¿por qué maligna la risueña aurora
de mi ventura traslucir me dejas?
¡Ah! de tus deudos la opresión, las quejas
en vano opones á tu amante ahora;
que á un tierno corazón que firme adora
no le arredran candados ni altas rejas.
Amor enseña á abandonar el lecho
á la tímida virgen palpitante
por correr de su amado al tierno pecho.
¿Qué mucho que te lleve un corto instante
á abrir las rejas y en sabroso acecho
dar un consuelo á tu cansado amante?

(Correo Literario y Mercantil.)

Abril de 1831.

CAPÍTULO VIII.

GRANDE Y GENERAL CAMBIO POLÍTICO Y LITERARIO.

(1829 Y 1830).

Así corrían en tanto las cosas como querían Dios y el rey, y nadie rebullía del puesto en que le había colocado la suerte. Los cómicos en el teatro, las bellas en el jardín, los poetas en el Parnasillo, los emigrados en el extranjero, los frailes en sus conventos y Fernando VII *en la absoluta plenitud de sus imprescriptibles derechos;* cuando una nubecilla se levantó en Aranjuez hasta el sereno cielo, y amenazó caer sobre la tierra de España, según unos con fecundante lluvia, según otros con desolador granizo, á lo que luego se vió con una y otro; que así vienen los meteoros como la historia, mezclando y alternando lo próspero y lo adverso. Por de pronto, sobre quien descargó la nube, fué sobre las pobres empresas teatrales, que hubieron de suspender la *Pata de Cabra*, y cerrar los despachos, para dar lugar á las pú-

blicas rogativas por la salud de la virtuosa Reina Doña María Josefa Amalia.

El telégrafo visual no paraba de subir y bajar unos bastidores de lienzo pintados, anunciando los *síntomas* que afligían á la augusta doliente: las diligencias del Real Sitio reventaban jacos llevando y trayendo reliquias, remedios, médicos y cortesanos... Al cabo, el estampido del bronce anunció que Dios había llamado á mejor vida á la Reina Doña María Amalia de Sajonia, tercera mujer de Fernando VII. El público dijo, resumiendo los partes de la *Gaceta*, que la Reina había muerto de *síntomas*.

Decretóse el entierro *con el decoro propio de su grandeza, pero sin pompa alguna*, con más, seis meses de luto de Corte y tres de suspensión los teatros y diversiones públicas. La gente, que vive de ellas, hubo de comer de sus ahorros, ó mantenerse de prestado, y Bretón arreció en sus estudios y dió de mano á sus traducciones. Pero aún no había llegado al Escorial el cadáver de la Reina, y ya se hablaba en Madrid de su reemplazo. Ni se ocultó á nadie la gravedad del caso, ni era menester ser profeta para preveer lo inminente del problema de sucesión, y lo probable de que quisieran resolverle por las armas los que dos años antes habían ya alzado pendones en Cataluña,

impacientes de levantar al trono á un príncipe de sus opiniones, vivo aún el monarca legítimo por la gracia de Dios.

Temieron unos, confiaron otros, diéronse á pedir reparaciones los caidos, y fantasear felicidades los poetas. Y en efecto, estos fueron los primeros que sintieron el soplo bonancible, y vieron en el horizonte la luz de una nueva aurora, al ser designada para el trono y el tálamo regios la Princesa Cristina de Nápoles. Quintana la cantó:

Cual la estrella de amor, cuando en el cielo
por los espacios lóbregos se lanza
á abrir la puerta al venidero día,
y brilla con la luz de la alegría:
y es bella, como es bella la esperanza...

Y el retiro y el destierro del gran poeta tuvieron término y pudo volver á la corte á disfrutar de una pensión, que le fué señalada, y la cual logró gozar

sin riesgo al fin de parecer ingrato.

Donoso Cortés, el discípulo predilecto de Quintana, y por su recomendación profesor en la cátedra de Cáceres, y tan liberal á la sazón, como él, puede decirse que apareció entonces por primera vez en la arena poética, hablando el mismo lenguaje que su maestro, y fundando en Cristina iguales pronósticos:

Vedla avanzarse de la paz seguida,
por la esperanza y el amor llevada,
en lecho de jazminez reclinada
y dando en rededor contento y vida.

El Duque de Frías, levantado su largo destierro, vuelve á su casa, pulsa de nuevo la lira,

que ardiendo en fuego santo
de patrio amor arrebató su canto,

y ciñe asímismo, como en otro tiempo, la espada, que sirvió

de espejo á la beldad que el alma adora.

Pero pagando demasiado caro este casi juvenil orgullo, pierde el objeto de su amor, y tiene que contentarse con poner en la tumba de la Duquesa Doña María de la Piedad Roca de Togores, la más bella corona poética que cuenta nuestra rica historia literaria.

Gallego, en fin, más perezoso en escribir, ó más cauto en profetizar, celebra sólo con un soneto el fausto enlace, y también en justa remuneración de su canto, ó en desagravio de sus padecimientos, es agraciado con una canongía en Sevilla.

A aquella ciudad, aunque por muy distinta causa, se trasladó nuestro Bretón, después de haber celebrado, como los demás poetas, la venida de Cristina en una oda menos política que las mencionadas, aunque no menos larga

y clásica, y el regio enlace en una pieza alegórica de circunstancias titulada *El templo de Himeneo*, primera de la larga serie que el autor desterró de la edición de sus obras. Quien hoy á sangre fría repase los versos de una y otra composición, saca por consecuencia, que la supresión fué justa y que el poeta no había nacido ni para la adulación cortesana, ni para los raptos patrióticos y encomiásticos.

CAPÍTULO IX.

VIAJE Á SEVILLA.—EL TEATRO.—«LA FALSA ILUSTRACIÓN.»—LA PLAZA DE TOROS.—ENCUENTRO CON UN DESCONOCIDO.

(1830 Y 1831.)

Se ha dicho, que á poco de la venida de Doña María Cristina, es decir, en 1830, se trasladó Bretón á Sevilla; la ocasión fué esta. Grimaldi, á quien ya conocemos, se malquistó con el Ayuntamiento, dueño de los dos coliseos de Madrid; y queriendo además dar á su administración en lo económico y en lo literario un desarrollo que no le permitieran las trabas que pesaban sobre los teatros de la corte, contrató una escogida compañía y tomó por su cuenta el de Sevilla, de donde era además asistente D. José Manuel de Arjona, hermano del célebre poeta y personaje de reconocida ilustración y probada tolerancia.

En esta compañía, en que fueron la Concepción Rodríguez y La Torre, Bárbara Lamadrid, Matilde Diez y Caprara, asímismo

debió ir como actor nuestro D. Ventura de la Vega, el cual, contratado ya, fué detenido y segregado de la compañía, merced á la intervención de D. Tadeo Ignacio Gil, corregidor á la sazón de Madrid, y en tal concepto superintendente general de los teatros del reino; varón timorato que creía hacer en ello obra de misericordia. Quien sí marchó, fué en efecto como poeta el ya popular autor de *A Madrid me vuelvo*.

Se ha dicho asímismo, y áun se ha probado, que comenzaba un período más apacible para los escritores; sus obras lo experimentaron como sus personas.

En Sevilla se puso por primera vez en escena con no visto lujo y propiedad maravillosa *El Edipo*, de nuestro Martínez de la Rosa, hasta aquella época prohibido *in odium autoris*. Allí también dejó correr la censura la comedia de Bretón *Achaques á los vicios*, inocentísimo cuadro que él había compuesto en 1825, y que los censores madrileños habían emborronado despiadadamente é inutilizado con sus correcciones.

Allí también nuestro poeta escribió y dió al teatro *La falsa ilustración*, cuya fábula muestra tendencias más trascendentales y filosóficas de lo que hasta entonces había usado Bretón.

Allí en Sevilla tuve el gusto de comenzar á

tratarle en sitio, ocasión y traje bien diferentes de estos de ahora, en un tendido de la plaza de toros. Conocí yo fácilmente á Bretón, áun sin haberlo visto anteriormente, por señas particulares de su fisonomía; y prevaliéndome de que la mía le era ignorada, púseme á su lado con ánimo de hacerle hablar. Versaron mis primeras palabras ó frases, como era natural, sobre la corrida, y sobre el ilustre espada D. Rafael Pérez de Guzmán, perteneciente á una noble familia cordobesa. Bretón hubo de decirme que para él el espectáculo eran los espectadores; y en efecto, no me pareció ni instruido ni aficionado en el arte de Pepe-Hillo, y tenté mejor fortuna hablando de la plaza en cuanto á edificio, y lastimándose él de que su bella columnata no estuviese concluida; y sesgando la conversación hacia el asunto que yo buscaba, dije de los mármoles, que quizá pertenecieron á

> Aquel despedazado anfiteatro
> impío horror de los Dioses, cuya afrenta
> publica el amarillo jaramago.

Aún me parece que veo á través de sus gafas la mirada atónita de su único ojo clavarse en mí y mirarme de arriba á abajo, desde el calañés hasta la bota vaquera, pasmado de que quien vestía como un feriante de Mairena supiese de memoria versos de *Las ruinas de*

Itálica.—¿Es V. poeta, caballerito? me preguntó.—No señor; pero conozco á algunos amigos que lo son... y luego, ¿quién no es poeta viendo la Giralda y los botareles de la catedral que por allí encima asoman, y respirando este ambiente de azahar que nos envían los vecinos paseos de Cristina y de las Delicias de Arjona?...—Bretón callaba, sin duda porque su ánimo estaba preocupado de conocer á su interlocutor, y su corazón lastimado con el recuerdo de personas ausentes, y su carácter, en fin (no he de callarlo), era poco sensible á las bellezas de la naturaleza, ni inclinado al estudio de las artes del dibujo.—¿Y á qué poetas conoce V., según me ha dicho? me preguntó.—Pues conozco aquí, á D. Manuel Devos, que ha escrito la oda á Cristina, y á Perico Sotelo, y al Sr. de Mármol, compañero de Lista, y á Donoso Cortés, y á Fernando Motilla.—Yo no conozco á ninguno de esos, porque soy forastero.—¡Ah! ¿viene V. de Madrid?—Sí, señor.—Ya:

. . . . del Prado.
Allí se lucen los trajes,
allí se arman las intrigas,
y se disponen los bailes;
se corteja á las muchachas,
se hace burla de las madres,
se critica á los de atrás,
se pisa á los de delante.

La fisonomía de Bretón, oyendo sus propios versos y riyendo de ellos, tomaba una expresión, no de orgullo, sino de candor inexplicable... —¿Hace V. comedias caseras? me dijo.—No, señor; pero gusto de verlas; por señas que nos habían prometido la venida á nuestro teatro de D. Ventura de la Vega, que pasa por ser el mejor aficionado de España.—No; sino el primer actor.—¿Y poeta dramático, qué tal es?—El primero también, si lo quisiera ser.—¿Cómo es eso?—Porque su pereza es mayor que su talento.—No dirán eso de Bretón,—dije yo apartando de él la vista.—Ya se ve, contestó, como que aprendió desde chico el trabajo y la carga á once voces para ganar el rancho.—¿Á quién prefiere V. de los dos?—¿De Vega ó de Bretón?—Sí, señor.—En gran apuro me pone usted, amiguito.—Yo á Bretón le sé de memoria; pero Vega yo no sé cómo me enamora: yo no sé lo que tiene.—Tiene el buen gusto, la escuela sevillana de Lista; sobre todo, esa facultad de apropiarse ideas ajenas, y mejorarlas con la perfección de su propia naturaleza; aquella simpática elegancia que sin trabajo derrama en su persona, en su trato, en sus escritos. Se pone una levita vieja ó prestada, y parece recién traida de casa de Utrilla. Traduce á Scribe, y pasa por suyo lo que escribe;

no estudia y sabe lo que estudiaron otros para él; no tiene casa ni hogar, y vive en relación con grandes damas, querido en la alta sociedad, mientras que el pobre Bretón (¿V. no le conoce? dijo.)—Le admiro, contesté.—Pues Bretón ha tenido que formarse á sí mismo, y eso en las escuelas públicas, y en los cuarteles, y en los cafés: su lengua es su única pasión y su mejor patrimonio: escribe para comer; pero en cambio él es quien más se divierte, y el que primero se ríe de sus chistes.

Así continuó largo tiempo la conversación, y tuve el gusto de oir con cuánta generosidad y benevolencia juzgaba á los demás; con qué candor, vuelvo á decirlo, pero con qué justicia se sentenciaba á sí propio.

Separámonos al cabo sin darnos á conocer uno á otro. Bretón, á lo que luego dijo, conservando hacia mí un recuerdo, más parecido á simpatía que á curiosidad; yo retribuyendo al ilustre poeta la admiración á su talento, aumentada con el aprecio de su llaneza en el trato, de su agudeza en el diálogo, de la sencillez infantil de su corazón, guardando el uno para el otro los gérmenes de aquella amistad que, á través de humanas vicisitudes, se conservó siempre, se mostró en los actos más santos de la vida privada y en los puestos más altos de la república literaria, y que, consignada

en obras de ingenio, no se encerrará en el sepulcro.

En Sevilla no nos volvimos á ver; y cosa singular: la ciudad reina del Betis, á quien tantas ofrendas han consagrado en sus escritos áun ingenios forasteros, aquella á que corrieron Cervantes, Quevedo, Alarcón, Jovellanos y los dos Duques, apenas inspiró á Bretón; y es que, amarrado á su teatro, ni vagó por los jardines, ni estudió los museos, ni meditó en los templos; quizá tampoco se prestaba mucho á ello, como ya se ha dicho, la índole especial de su carácter. Libróse, y no es poco, de la majo-manía que, como enfermedad contagiosa, prevalece allí siempre, cuyos síntomas son el sombrero calañés y la faja torera en los aristocráticos lores, y la pasión por el *vito* y por las *jácaras* en los sesudos alemanes, epidemia que á veces ha invadido nuestra escena con farsas picarescas y dramas gitanos, como *El tío Caniyitas*, *Los celos del tío Macaco* y otros de la misma calaña [1].

1 En Sevilla y en el teatro principal (calle de la Muela), se puso por primera vez en escena la comedia *Achaques á los vicios*. La función fué en solemnidad de los días de la Reina Cristina, el 24 de Julio, y no pública, sino por convite y mediante papeleta del asistente Sr. Arjona. *La falsa ilustración* se puso por primera vez en escena, á beneficio del galán joven, el 10 de Febrero de 1831. *El regañón enamorado*, comedia traducida, se estrenó el 3 de Enero de 1831. *El suplicio en el delito ó los espectros*, imitación del fran-

cés, se dió el 15 de Febrero de 1830, y ya tenía concluidas en 1829 *La sorpresa* y *El ensayo*, dos juguetes originales de circunstancias. *La astucia contra la fuerza ó los tres presos*, en 27 de Agosto de 1829. *Las paredes oyen*, refundición, 15 de Noviembre de 1829. *El que menos corre, vuela*, también traducida. *El contumaz*, 1.º de Octubre de 1830. *El cómico de la legua*, *Ariadna*, *El Colegio de Tonnquetón ó la educanda*, todas traducidas. *El viaje á Huelva*, original, 4 de Enero de 1831.

CAPÍTULO X.

REGRESO Á MADRID.—YA ES HORA DE DEJAR LA PROSA Y LOS ROMANZONES. — ENTRA BRETÓN EN CUENTAS CONSIGO MISMO.—LA MARCELA.

(1831.)

Mientras permaneció en Sevilla aquella colonia teatral (1830), acaecieron grandes mudanzas en el mundo político y literario. En Francia la revolución de Julio, que derrocó á Carlos X. En España el principio de las reformas con el advenimiento de Doña María Cristina. En literatura la moda del romanticismo; en nuestro pobre Parnasillo, en fin, mil vicisitudes personales. Sin contar á Pardo, que ya estaba en el Perú, Alonso y Ortiz se habían encerrado en el ejercicio de la abogacía. Pezuela andaba fuera de Madrid, de guarnición en guarnición. Espronceda, emigrado por la libertad, acompañaba á Chapalangarra en sus tentativas frustradas. Escosura servía en la artillería de la Guardia, hablaba y galanteaba más obediente á Marte y á Venus que

al Padre Delio. Los demás ponían oido atento á las novedades políticas, y vacilaban en sus dogmas literarios. Dos sugetos, más jóvenes que los demás, se habían presentado de nuevo: D. José Díaz, á quien dieron luego algunos por broma el antonomástico dictado de *El Poeta*, y aquel joven de la plaza de toros de Sevilla. Pero las dos grandes novedades eran la tendencia política de la sociedad en conjunto y el puesto que había conquistado en ella Larra, el cual, dejados sus estudios lingüísticos y sus infelicísimos ensayos líricos, había conquistado gran popularidad con artículos satíricos, y había llevado á la escena con su comedia *No más mostrador*, un espíritu más parecido á Beaumarchais que á Moratín.

Juntábanse por entonces á menudo los poetas del Parnasillo en la habitación de quien esto escribe, donde con más seguridad se podía hablar de política y con mayor vehemencia de literatura.

A todo esto, cuando volvieron de Andalucía Bretón, Grimaldi y los suyos, en honor de la verdad, vinieron los actores más cargados de laureles que el poeta, cuyo genio creador parece que dormitaba.

En efecto, en 1828 había escrito *A Madrid me vuelvo*, *El rival de sí mismo* y *El Ingénuo*, tres comedias originales nada menos; en 1829 y

en 1830 sólo *La falsa ilustración*, de mediano éxito, é iba trascurrido todo el 31 sin que el precoz autor de *A la vejez viruelas* apareciese en los carteles, sin que tampoco el poeta lírico diese muestra de su inspiración. La causa de este silencio puede ser una de estas tres, que expondremos para que elija el curioso: la una afecta al corazón, la otra tiene relación con el bolsillo, y con la historia y la crítica literaria la tercera. Oigamos á Bretón, que en una de las pocas poesías que escribió en Sevilla pide al Guadalquivir, no inspiración, sino únicamente sueño, y le dice:

Mas tu desoyes mis ruegos
¡oh Betis inexorable!
quizá porque no han sonado
en tu gloria mis cantares.
¡Ah! si en mi llagado pecho,
que sólo por Silvia late,
de la pálida tristeza
la garra no se cebase.
Yo te cantara también,
soberano de los valles,
desde la sierra nativa
hasta las playas de Atlante;
Mas donde Silvia no mora
no hay belleza que me agrade,
ni pensil que me embelese,
ni placer que no me canse.
Adios, opulento río,
ya me enojan tus raudales.
¡Ah! ¡Cuál sería tu orgullo
si mi Silvia te mirase!
Otro río más dichoso,

aunque menos arrogante,
vió nacer para mi amor
sus encantos celestiales.
Adios: y pues sólo sirves
de redoblar mis pesares,
la lira que templó Erato
no esperes que te consagre.
Si me robas el tributo
de este llanto inconsolable,
no mi tierno corazón,
que es todo del Manzanares.

De cierto que mis bellas lectoras no conocían hasta hoy á nuestro secretario perpétuo, enamorado lloroso y constante, con una constancia que envidiarían en aquel tiempo muchos galanes románticos desgreñados, y en estos días no pocos pollos peinaditos y encanijados.

La causa económica de aquella aparente infecundidad la revela también Bretón mismo de una manera tan convincente como dolorosa. *Se pagaban entonces, dice, tan mal las obras originales, que para probar cuánto era mísera y precaria la situación de los escritores, basta decir, que* A Madrid me vuelvo, *que en su estreno duró muy cerca de un mes sin interrupción con muy crecidas entradas, sólo me valió mil trescientos reales.*

Mejor, pues, era entonces no gastar la inventiva y traducir á destajo; aunque las sesenta traducciones, ó sean ciento ochenta actos no produjeron en junto lo que *La soirée de*

Cachupín, pieza en uno solo, que lleva redituados á su traductor más de ocho mil duros. Pero ha de tenerse en cuenta que esta razón aritmética existía en 1828, cuando se escribió *A Madrid me vuelvo* y otras dos comedias originales más, lo mismo que en los tres años siguientes, en que no se escribió más que una; por eso me atrevo á apuntar por lo que valga la razón crítica.

El ejemplo de Bretón, acudiendo al desierto teatro en 1824, había sido emulado, ó á lo menos imitado por varios, entre ellos los académicos Gil y Zárate con su *Cuidado con las novias*, Burgos con *Los tres iguales*, Tapia con *La Madrastra*, y otros varios: mantenían todos el sistema moratiniano; sus tendencias, meramente morales, no políticas, ni filosóficas; sus personajes, de clases medias no elevadas ó gobernantes; su lenguaje, la prosa y el romance, no el lirismo calderoniano. Bretón creía y practicaba todo esto con *supersticiosa admiración*: así lo ha dicho.

Pero entre tanto, ya se iniciaban otros sistemas, áun sin hablar del romanticismo. Por una parte, ya algunos comenzaban tímidamente á usar variados metros, y por otra se notaba cierta tendencia política en los argumentos, cierta intervención de las clases elevadas en las fábulas cómicas, ciertas aspira-

ciones filosóficas y sociales en la pintura de caracteres. Ahora bien; nuestro Bretón era el más apto para manejar la versificación y la rima; pero ni era inclinado por su método de vida á la pintura de usos y personajes aristocráticos, ni dado por complexión y estudios á profundizar y describir los fenómenos de la filosofía ó las cuestiones de las ciencias políticas y morales. Tenía, á pesar de esto, sobrado talento para ver impasible aquella revolución que se obraba alrededor suyo.

Además, un suceso, al parecer insignificante, vino á colmar el vaso de sus convicciones. He dicho poco há, que en mi habitación (calle de Alcalá) se reunía á veces el Parnasillo: allí habíamos formado una como Academia; cada concurrente presentaba la obra que había rematado; otro hacía de ella crítica razonada. Así escribí yo *El Duque de Alba* (que muchos años después fué con otro título y con graves alteraciones puesto en escena). Está escrito en variedad de metros. Gil y Zárate hizo su crítica, que aproveché y aún conservo intacta. Leyó Vega admirablemente aquel imperfectísimo ensayo con placer mío y gran contentamiento del buen Bretón, que no se hartaba de recordar nuestro tauromáquico conocimiento en la plaza de Sevilla.

Asistían otros varios, entre ellos Larra. El

poema vale poco; los versos gustaron mucho. Pero es el caso, que en el tal drama hay una escena, en que la hija del Duque, burlada por su amado, cohibida por su padre á dar á otro la mano, casi perdida la razón, y resuelta á entrar en un convento, viene á caer en delirio al sonido temeroso y súbito de una campana. Al llegar á este pasaje, y leyendo Vega esta acotación, se oye el reloj que da las doce: sonaron en efecto en el reloj de la chimenea, y dijo Larra:—¡Qué oportunidad! es la hora de almorzar: sea enhorabuena. — Soltaron los oyentes, como era natural, la risa; enfadéme yo; no con mucha templanza contesté á la interrupción, paróse pasmado Vega, y trabada disputa, Gallego, con voz estentórea, nos impuso silencio, diciendo *Adelante; que calle la cazuela*. Continuó la lectura, y la indulgencia con que Larra procuró indemnizarme de aquella pesadumbre, nos calmó á todos.

En la discusión templada y provechosa que se siguió en la mesa, y volviendo á tomar en cuenta lo del reloj, se le escapó á Bretón este dicho, que puede tomarse por una sentencia histórica: «En lo de las campanadas y el reloj »no me meto; lo que á mí me parece es, que »es ya hora, en efecto, de que dejemos la »prosa y los romanzones, y volvamos á la ver»sificación galana de nuestros padres.»—Sí,

»sí, dijeron otros.—«Por lo que á mí hace, con»tinuó el autor de *Á Madrid me vuelvo*, en la »primera obra, que voy á empezar, pondré »toda la rítmica castellana, y caiga el que »caiga.»

Así lo hizo: «trató de abrir nuevo y más li»bre rumbo á su imaginación. Para las ante»riores comedias no había osado emplear otro »metro que el romance octosílabo, por reco»mendarlo así autoridades muy respetables, y »porque, en efecto, es el que más se adapta á »la viveza y la propiedad del diálogo. Sentía »entretanto una terrible comezón de rimar; »ardía en deseos de permitir á su pluma, de»masiado disciplinada, lozanear un poco en el »campo de la poesía. Estudiando una y otra »vez á Lope, Calderón, Tirso, Rojas, Moreto, »Alarcón, envidiaba en este punto su feliz in»dependencia, tan fecunda en primores. To»dos los poetas contemporáneos aflojaban, y »algunos empezaban ya á sacudir del todo el »yugo escolástico. Constante en su fé litera»ria, hubo, sin embargo, *de entrar en cuentas »consigo mismo*, y tantear sus fuerzas para ver »si era ó no posible conciliar la pintura vigo»rosa de efectos y caracteres, la vis cómica »del diálogo, la naturalidad del lenguaje con »una versificación más artificiosa, más varia»da y más galana, aunque no tanto que peca-

»se de lírica y pintoresca en demasía. Á medida que iba adelantando en este ensayo, »observó que en los versos dialogados no le »obedecía menos el consonante que en otras »obrillas poéticas de distinto género, y que lejos de embarazarle, para que cada interlocu»tor dijese lo que según la situación debía »decir, le ayudaba á formular de un modo »más epigramático sus pensamientos, le suge»ría otros nuevos, daba estímulo y calor á su »fantasía, y á cada momento le demostraba »ser para él una verdad lo de la *rima inspira»trice.*»

De aquella ligera ocasión, dada por mi pobre lectura, de este fundado razonamiento, que copio de las obras mismas de Bretón, y sobre todo de la instintiva y terrible comezón de rimar, fué hija la *Marcela*, que se estrenó el 30 de Diciembre de 1831.

CAPÍTULO XI.

CONTINÚA HABLÁNDOSE DE MARCELA Y DE SUS PRETENDIENTES... ¿QUIÉNES ERAN?

(1831.) [1]

La *Marcela*, que es en concepto de algunos (no en el mío) la mejor comedia de Bretón y que sin duda es la primera en el orden cronológico, en que el autor redujo á práctica la integridad absoluta de su doctrina; *Marcela ó ¿cuál de los tres?* es la fórmula exacta de su sistema estético. Si el hijo de Quel nació consa-

1 Desde que regresó de Sevilla hasta que dió la Marcela se representaron las siguientes:

Los primeros amores. Trad. 15 Mayo, 31.
A la zorra candilazo. Trad. 27 Mayo, 31.
El confidente. Trad. 30 Mayo, 31.
El amante prestado. Trad. 2 Junio, 31.
Querer mandar en casa. Trad. 3 Junio, 31.
El Médico del difunto. Trad. 12 Junio, 31.
Jocó ó el Orangután. Trad. 28 Junio, 31.
El Poetrastro ó la boba fingida. Trad. 11 Julio, 31.
Mi tío el jorobado. Trad. 1.° Octubre, 31.
La morena y la rubia ó la madre fingida. Trad. 15 Noviembre, 31.
Marcela. Orig. 30 Diciembre, 31.

grado á Apolo, el teatro es el templo que eligió; Marcela la pauta, el rito, la liturgia con que le dió culto.

Un argumento sencillo, que permita la cabal, detallada y característica pintura de varios sugetos de la clase media: los caracteres de éstos no movidos por violentas pasiones, que impidan el gracejo y donaire fecundísimo de la expresión.

He aquí la fórmula, el molde de las comedias de nuestro gran escritor.

La profunda filosofía del *Misántropo*, del *Hipócrita* ó del *Avaro;* el artificio sorprendente del *Castigo del pensé que* ó del *Socorro de los mantos;* la grandeza de miras del *Condenado por desconfiado* ó de *La vida es sueño;* los gigantescos caracteres de *D. Juan Tenorio*, del *Tetrarca* ó del *Médico de su honra*, exigen cualidades que no tenía Bretón, y más todavía, excluyen ó por lo menos dificultan la manifestación y cultivo de aquellas, en que no hay escritor *moderno ó antiguo que se mantenga á su altura* (según sentencia de juez competentísimo) [1], á saber: la *dicción cómica*, *el manejo de la lengua*, *el uso del metro*, *la chispa del diálogo*: aquellas dotes, en fin, que más de lleno caen bajo la jurisdicción de esta Academia.

1 D. Juan E. Hartzenbuch.

En cuanto á Marcela, no sólo hace por primera vez muestra de todas esas galas; no sólo reune en sí misma la teoría y la práctica de la doctrina de Bretón, sino que es indisputablemente su obra más popular. No hay pueblo en España, grande ó chico, como tenga un teatro público ó casero en donde no conozcan á Marcela, á D. Timoteo, á D. Agapito, etc.; y sus redondillas son más sabidas y populares que las décimas de *La vida es sueño*, ó que los endecasílabos del *Manolo*.

Un temor concibió Bretón, á saber: que el rigor de los consonantes y la gala de la versificación perjudicase á la verosimilitud de los caracteres; y era tanto más razonable, cuanto que su genio no es inclinado á la pintura en grandes rasgos, escorzos y masas de color, que personifican las violentas pasiones; sino más bien á aquella delicadeza de medias tintas y á aquel esmero en los perfiles y veladuras que es propio de los retratos.

A pesar de esto, tan infundados fueron en este particular sus recelos, que al salir las gentes de la comedia, dieron en decir que todas las figuras eran, no sólo verosímiles, sino reales, tomadas del natural. ¿Qué digo, al salir? En el teatro mismo los oficiales de la Guardia Real se empeñaron en que el locuaz capitán D. Martín Campaña y Centellas era el trasun-

to de un brillante y discreto oficial de artillería de la misma Guardia; fecundo, eso si, tanto que entonces amenizaba todos los salones, y que, andando el tiempo, hizo sentir el influjo de su palabra fácil y elocuente en Liceos, Academias, Congresos y Gabinetes [1]. Aún hubo quien quiso echar la cosa á mala parte, pero sin conseguirlo, porque la pintura no es ofensiva ni mucho menos, y porque el supuesto modelo era además fraternal amigo del poeta. No llegó á tanto, ni eran muchos los que conocían á D. Amadeo Tristán del Valle, el taciturno y amartelado poeta; pero decían los que se daban por enterados, que era otro noble y caballeroso capitán de caballería dado siempre con buen éxito al culto de las musas, y entonces por su edad al de las bellas; y que luego andando el tiempo llegó justamente á los altísimos grados de la gerarquía militar, social y literaria [2].

Menos eran los que afirmaban que cierto joven muy introducido por su afable carácter y grata educación social con las damas, pero que era antipático á Bretón, francote y natural de suyo, había servido á éste de modelo para pintar al goloso D. Agapito Cabriola y

1 D. Patricio de la Escosura.

2 D. Juan de la Pezuela, luego Conde de Cheste.

Bizcochea, más bien agraviando que favoreciendo al sugeto [1].

D. Timoteo era también sacado de un capitán [2] dado, como el barba de la comedia, al uso de los sinónimos y á la cría de canarios, ya que no á la de palomos.

De aquella bellísima Marcela [3], á quien sus amantes llaman *frívola*, *falsa*, *coqueta*, porque daba *buenas palabras á todos*, *su corazón á ninguno*, no hay que decir sino que todos conocían perfectamente el original, y marcaban las señas de su habitación; pero como daba cada cual nombre distinto, y las señas comprendían muchas calles, y todos lo decían en voz baja, parece justo guardar el secreto [4].

Pero en resumen, la demostración era palmaria: 1.°, con un argumento sencillísimo podía hacerse una comedia interesante y bella; 2.°, á pesar de la varia versificación y de la rima artificiosa, los caracteres podían ser verosímiles, á punto de que pareciesen retratos copiados del natural.

1 D. Andres Avelino Clemencín, hijo del erudito.

2 El Capitán Morales.

3 Aún hubo quien quiso que fuese retrato de la señorita doña M. Rives, hija del célebre cirujano.

4 La admirable ejecución de esta comedia, fué desempeñada así: Marcela, Concepción Rodriguez; Juliana, R. González; Don Timoteo, Antonio de Guzmán; D. Martín, Carlos Latorre; Don Amadeo, P. Mate; D. Agapito, Valero.

El triunfo de la Marcela indujo á su autor á continuar el mismo camino: las acusaciones de que aquellos caracteres eran retratos de personas determinadas, fueron causa de que Bretón, con figuras análogas, acreditase que tenía propio caudal para fantasear una risible y verídica galería de personajes, los cuales, sin tocar en las profundidades filosóficas, ni remedar las escenas políticas, que ya principiaban á verse en el teatro del mundo, interesasen viva y agradablemente á los espectadores y acreditasen al poeta.

CAPÍTULO XII.

LAS COMEDIAS HERMANAS GEMELAS DE MARCELA.

(1830 Á 1835.)

Hasta cuatro comedias casi consecutivas, fueron con tal propósito puestas en escena y aplaudidas calurosamente, todas fundidas, por decirlo así, en el mismo molde, aunque con metales distintos, y esmaltadas luego con colores y matices diferentísimos. En todas hay una belleza obligada á casarse, que ha de elegir marido entre tres pretendientes, y estos no son galanes de Calderón, ó amantes y viejos como en Moratín, ó seductores como en Tirso, ó sugetos excepcionales y gigantescos, como los de Moliere ó Shakespeare: pequeñas manías ó debilidades los caracterizan á todos, los sujetan á la jurisdicción cómica y los diversifican entre sí.

Marcela, viuda y discreta, ya lo habéis visto, es compelida á la elección de esposo por su tío D. Timoteo, dado á los sinónimos y á los pichones; y ha de elegir entre un capitán habla-

dor, un platónico poeta y un goloso afeminado: Marcela se queda sin ninguno.

Luciana, que bien puede ser por lo parecido hermana de Marcela, tiene que elegir, como ella, entre sus pretendientes: D. Saturio, hidalgote, presumido y confiado en su amor áun á prueba de desaires, y D. Torcuato, celoso, desconfiado y arisco, áun á pesar de ser amado. El compromiso de Luciana es mayor que el de Marcela, porque un pretendiente está protegido por su padre D. Ciriaco, viejo ridículo, que no se consagra, como D. Timoteo, á criar palomas, sino que se empeña en sobar al prójimo, escribiendo lo que él dice, en la solapa ó en el chaleco de su interlocutor; y el otro amante está apadrinado por Nemesia, ama de llaves y autoridad suprema de la casa. Luciana no se queda sin casar como Marcela, porque no es viuda; pero elige un *Tercero en discordia*, un justo medio, representado por D. Rodrigo, que no es presumido ni desconfiado, y que completa con su persona la trinidad amatoria del drama.

Trinidad hay también en *La casa de huéspedes*. Allí la casamentera es la patrona, madre de la niña Conchita, y los pretendientes son: D. Fulgencio, farolón, entrometido, con sus puntas de parásito y caballero de industria; D. Donato, ricacho, que todo lo cree fácil y lí-

cito porque tiene dinero, y sólo porque lo tiene; y D. Manuel, pobre, trabajador, modesto, virtuoso... que se lleva la novia, como sucede en las comedias, y según allí resuelve uno de esos hermanos, que también vuelven al teatro desde América cargados de amor fraternal, de millones y de moralidad en redondillas.

Pilar, en *Todo es farsa en este mundo*, hereda la coquetería y la gracia de Marcela, de Luciana y de Conchita; D. Rufo, hombre ya exclusivamente político, que no sólo no vive en el palomar como D. Timoteo, sino que se muere cuando no está en la oficina, y que no sólo carece de opinión política, sino que tiene dos ó tres, porque *lo que él quiere es su acomodo*, es el casamentero. La muchacha ha de optar entre D. Evaristo, farsante, proyectista, pretendiente y jugador de bolsa, y D. Faustino, sensible, romántico y soñador. Todos se conducen tan mal, llegadas las circunstancias, que la pobre Pilar se hubiera visto en gran apuro, si no hubiera tenido presente la máxima de sus precedentes heroinas; reservando para el caso un *tercer* novio, oficial bailarín, que sólo ella conocía y que no aparece en escena.

Tenemos, pues, cuatro comedias, cuatro elecciones de novios, y en cada una tres concurrentes ú opositores: total, una docena justa de galanes; ninguno por cierto tan enamorado co-

mo Romeo, tan celoso como Otelo, tan libertino como D. Juan, ó tan santo como San Crisanto; pero en cambio, ¡qué originalidad en la medianía de sus respectivos caracteres! ¡Qué parecido en sus facciones! ¡Qué seguridad en sus contornos! ¡Qué delicadeza en las medias tintas! ¡En las descripciones, qué verdad! ¡En el lenguaje, qué pureza! ¡En la poesía, qué variedad y abundancia! Todos ellos por de contado pertenecen á la clase media, como sin necesidad de analizar los dramas, se prueba por las costumbres que describen.

En el *Tercero en discordia* habla así de la hora de comer [1]:

Esto de comer las gentes
á unas horas tan diversas,
es incómodo á quien vive
en la capital de Iberia.
Sepámoslo de una vez:
¿qué somos en esta tierra?
¿Españoles ó franceses?
¿Se come aquí, ó se merienda?
¿Cuál es mejor reglamento?
No se sabe cosa cierta:
¿qué se entiende por buen tono?
¿Qué se entiende por franqueza?
¿En qué cátedra se aprende
la urbanidad verdadera?
¿Reside en la aristocracia
ó bien en la clase media?
¿Cuáles los límites son

1 Acto 1.º, escena 2.ª

entre esta clase y aquélla?
Ya se ve, los madrileños
se han formado tal menestra
de costumbres nacionales
y costumbres extranjeras,
que aquí ya nadie se entiende,
ni lo conoce su abuela.

De comidas de convite habla también el entrometido D. Fulgencio, que es, como ya se ha dicho, *Un novio para la niña* [1]: su relato puede acreditar el tino para caracterizar personajes, la gala de la versificación y el círculo, de que nunca se apartó el poeta.

D.ª LIBORIA. (*La madre.*) ¿Cómo, se va usted tan pronto?
D. FULGENCIO. Me es preciso. (¿Soy yo tonto?)
D.ª LIBORIA. Según eso...
D. FULGENCIO. No me es lícito
comer con ustedes hoy;
á prevenirlo venía:
¡qué fatalidad la mía!
Ya se ve: vivo en el círculo
de la culta sociedad.
Hoy me esperan en la mesa
un abad y una duquesa...
¿Qué sé yo?... ¿Dejan á un prójimo
comer á su libertad?
¡Nada! Ni valen pretextos,
porque hay hombres tan molestos...
¡Ah!... Por vida... ¿No es hoy sábado?
¡Pues como con el inglés!
gastrónomo y homicida.
Si no asisto á su comida,
va á desafiarme el bárbaro,
como dos y una son tres.

1 Acto 2.º, escena 4.ª

Esto es vivir en un potro;
un convite y otro y otro.
Me precio de aristocrático,
pero esto ya es mucha cruz.
¡Qué! Si un hombre necesita
paladar cosmopolita.

D.ª LIBORIA. ¿Cosmo?...

D. FULGENCIO. Polita y estómago,
¿de qué diré? De avestruz.

Véase ahora la descripción de un baile; y más todavía que en los precedentes cuadros, se echará de ver la mesocracia que Bretón describe, y asímismo lo mucho que, áun en esas clases medias, han variado las costumbres.

Dice D. Manuel en *Un novio para la niña* [1]:

Soy el hombre más fatal,
desde que en Madrid resido;
sólo á un baile he concurrido
en tiempo de Carnaval.
Y no fué así como quiera;
baile de bota y fandango,
que la casa es de *alto rango*,
y gasta arrobas de cera.
¡Qué música celestial!
¡Qué lujo! ¡Qué sala aquella!
Y ninguno entraba en ella
sin billete personal.
Grande ambigú preparado
para la gran sociedad,
aunque yo de cortedad
no probé un triste bocado.
Sólo bailé un rigodón,

1 Acto 1.º, escena 3.ª

y lo bailé de pareja
con una maldita vieja
que parecía un sayón.
Y para mayor tragedia,
antes que á sentarse vaya
en mis brazos se desmaya,
y no vuelve en hora y media;
me retiro amostazado;
voy á recoger el *clac*,
y una copa de *coñac*
se había en él derramado.
Una capa nuevecita
en la antesala dejé,
y sin ella me encontré,
y hasta sin chanclos, Conchita.
Soplaba un cierzo cruel,
y amanezco al otro día
con tan atroz pulmonía,
que hube de soltar la piel.
Mientras en dudosa lid
con el médico luchaba,
¡mísero de mí! exclamaba.
¡Esto es bailar en Madrid!
Buen Dios: sacadme con bien
que ya estoy arrepentido,
y de bailes me despido
por siempre jamás, amén.

CAPÍTULO XIII.

DESAVENENCIA ENTRE BRETÓN Y LARRA. — «EL PLAN DE UN DRAMA.» — «ME VOY DE MADRID.» — EL PERIÓDICO «EL ESPAÑOL.» — «LA REDACCIÓN DE UN PERIÓDICO.» — PACHECO.

(1836.)

Esta analogía en los personajes y esta repetición de los argumentos, no son ahora por vez primera reveladas: ya Larra, á quien conocemos, y que á la sazón ejercía desde los periódicos gran influencia en la crítica, las había denunciado: por cierto, que al analizar el carácter de Luciana, se explicaba en notables términos [1]: decía *que era una de esas muchachas* que no sienten ni padecen, que entran en el mundo con *un temperamento indiferente, y por consiguiente, que se guían en su elección por su propia conveniencia, y nunca á ciegas; de esas que encuentra usted donde quiera;* que empiezan *á co-*

1 Artículo inserto en el periódico *El Español*, incluso en las obras de Fígaro Beaudry.—París, 1866, tomo I, pág. 404.

rresponder á un amante, por hacer algo, por el gusto de tener amante, por cualquier cosa, y que al *volver una esquina le dejan plantado con todo su amor y toman otro: mujeres, en fin, muy buenas, muy perfectas, muy impasibles. En este género Luciana y Marcela son admirables; son dos modelos.*

Esta crítica de *Un tercero en discordia*, es en verdad harto más dulce, como á su tiempo veremos, que la que Bretón había hecho en el *Correo literario y mercantil* de la comedia de Larra *No más mostrador*, cuyo título había calificado de impropio, y cuyos caracteres motejaba de exagerados é inverosímiles; pero el caso es, que ni siquiera era *crítica* del drama, sino de personas vivas y conocidas de todo el mundo, á quienes el infelicísimo *Fígaro* se dirigía. Bretón, que consagrado á Delio, y en el progreso creciente de su devoción, retirado del tráfago del mundo positivo y prosáico, vivía á la sazón, como los emigrados de la Tebaida, en medio de una colonia de creyentes; Bretón, digo, no veía más que á Grimaldi y á la Concha Rodríguez, y Latorre, y Marcela y Luciana y el Parnasillo, etc., etc.; es decir, el mundo dramático y sus comedias: Bretón, que ignoraba, por tanto, lo que pasaba en el mundo político y en la sociedad elegante, tuvo por inmerecido é injusto aquel modo de tratar á Marcela y Luciana, las hijas predilectas de su

ingenio: ni siquiera sospechaba que Larra las hiciese responsables de ajenas culpas, ni por consiguiente entendía las frases harto claras que precedían á las que hemos apuntado.

En efecto, Larra, censurando la facilidad y prontitud con que Luciana deja al celoso don Torcuato para echarse en brazos del justo medio D. Rodrigo, dice: «*una mujer que se dice enamorada de un hombre, no le deja por celoso* (*porque este es acaso el carácter que menos choca á la pasión*); *generalmente se observa, que los amores más duraderos son aquellos en que uno de los dos amantes es extraordinariamente celoso... no es el destino de los amores arrebatados el acabarse pronto, sino el acabarse mal.*» Palabras fatídicas en que todo el mundo, menos Bretón, pudo ver no tanto un juicio literario de la comedia, cuanto un presagio funesto del arrebatado desenlace, que meses adelante dió Fígaro al drama de su vida.

Entretanto parece que Larra mismo se encargó de acreditar que aquel cuadro de criminal coquetería no estaba copiado en su artículo de los originales de Bretón; así es, que analizando el argumento de *Un novio para la niña*, y haciéndose cargo de las tres protagonistas de otras tantas comedias semejantes, dice [1]:

1 Obra y volumen citados, pág. 426.

Una joven sencilla y virtuosa y tres pretendientes de diversos caracteres, forman el argumento de todas ellas.

Pero esta absolución moral de *Marcela, Luciana* y *Conchita* no alcanza en la parte literaria al autor. Bien claro lo manifiesta cuando entre cariñoso y epigramático, añade: *tanto las bellezas como los defectos que quiera encontrar en* UN NOVIO PARA LA NIÑA *el crítico severo, son los mismos que en las demás obras del autor se encuentran. ¿Ofenderíamos la amistad si aconsejáramos al autor que meditase algún tanto más sus planes?* Y termina con este epigrama: *otro se hubiera visto apurado para hacer de aquel argumento una sola comedia. El autor de* UN NOVIO PARA LA NIÑA *ha hecho, sin embargo, con él tres dramas diferentes.*

Estas censuras, más ó menos disimuladas, habían necesariamente de lastimar al principio, quebrantar luego, y romper al cabo la amistad, nunca muy sólida de Bretón y Larra. Declaróse, al fin, la guerra, que hubiera llegado á ser más ruidosa que las de Lope y Cervántes, Quevedo y Montalván, Iriarte y Huerta, Quintana y Sánchez Barbero, á poco que cada cual de los adversarios hubiese llamado en su auxilio á literatos y políticos; porque entonces andaban en su mayor exacerbación las disputas entre clásicos y románti-

cos, y comenzaban las luchas entre absolutistas y liberales. A dicha, cada uno de aquellos dos escritores se mantenían en sus opiniones, ambos en las de un justo medio: ni Larra pasó nunca en la senda romántica del *Macías*, ni Bretón hizo más que *D. Fernando el Emplazado*, y áun eso á duras penas: en política, ambos vivieron y murieron en la comunión moderada, como se llamaba entonces. Aun así, los cizañeros no dieron de mano á sus chismes; y llevando y trayendo epigramas, y rebuscando alusiones en los escritos de cada autor, irritaban al otro.

Un suceso políticamente grande, literariamente pequeño, y que Larra consideró como imperdonable ofensa á su amor propio, vino á dar la señal del rompimiento. Había subido al poder Mendizábal; se había decretado el armamento de cien mil hombres (en el cual, por cierto, fué comprendido el hasta entonces desconocido y hoy insigne autor del Trovador). Organizáronse funciones teatrales *para aplicar su producto á las urgencias de la guerra:* en una de ellas, titulada *El Plan de un drama*, que improvisaron Bretón y Vega, y que se representó en el teatro de la Cruz el 22 de Octubre de 1835, se acababa por leer composiciones poéticas: fueron autores de éstas Gil y Zárate, Roca de Togores, Bretón de los Herreros, Es-

pronceda y Vega. (Nombramos los autores en el orden en que fueron leidas sus poesías): no se contó con Larra y esto le ofendió mortalmente. Llegó en tanto el mes de Diciembre de 1835; Larra hablaba á todo el mundo y escribía en todos los tonos sobre su deseo de viajar. Bretón había dado al teatro del Príncipe su comedia de *Me voy de Madrid;* y aprovechando la coincidencia de estos dos hechos, los maliciosos decían que el viaje del primero era una fuga, y que la comedia del segundo era una sátira. Para prueba de lo uno, contaban historias amorosas más ó menos novelescas y de todo punto íntimas: como prueba justificativa de lo segundo, decían, que Bretón había querido retratar á su adversario en el personaje de D. Joaquín, y leían ó recitaban las redondillas que dice en el primer acto, escena tercera:

D. FRUCTUOSO. ¿Qué hay de nuevo?
D. JOAQUÍN. El mercader
Retorta ha quebrado...; pero
no se trata de dinero;
es quiebra con su mujer.
Y la consorte, que es bella,
y se queja con razón,
ha pedido *intervención*...
yo sé quién se encarga de ella.
También á llamar me atrevo
novedad fresca ese drama
que á D. Luís da tanta fama.
Él dice bien: aquí es nuevo.

A Francia, afirma Garcés,
que lo robó, y de tal modo,
que por ser ladrón en todo,
se lo ha dejado en francés.
¿Qué importa? No me sorprende
un hurtillo literario,
donde hay quien roba al Erario
y por santo se nos vende.
Nuevo es también, lo sé yo,
de Doña Teodora el talle,
tanto, que ayer en la calle
de Carretas lo compró.
Y en toda la vecindad
hace un mes que á nadie mata
el Doctor D. Juan Morata.
Esta sí que es novedad.
Pero me ha dicho esa dama,
que trata con D. Beltrán:
si á nadie mata D. Juan
es porque nadie lo llama.

D. FRUCTUOSO. Siempre punzante y maligno;
mas con gracia peregrina.

D. JOAQUÍN. ¿Qué he de hacer? A esto me inclina
la influencia de mi signo.

Tuvieran ó no razón los maliciosos en sus sospechas, el caso es que la comedia de *Me voy de Madrid* fué representada el 21 de Diciembre de 1835, y el viaje de Larra por Portugal á Francia, se emprendió pocas semanas después: que Bretón mismo, como luego se dirá, confesó á Larra *que le había vencido vencoroso*, y que, en fin, la hipótesis de que la comedia era una sátira personal, contribuyó á su poco éxito y á la severa crítica que hicieron de ella los periódicos. Pacheco mismo, com-

pañero y jefe de redacción del autor, se expresa en estos duros términos en la *Abeja*, en el mismo sitio en que Bretón escribía: «El rever»so de *A Madrid me vuelvo* esperamos muchos »ver en la comedia. Nos engañamos; tuvimos »evidentemente lo que se llama una esperanza »frustrada. Nada de lo que aguardábamos su»cedió, sino la mera partida de Madrid del »protagonista de la pieza. En cuanto á la ac»ción y conducta del drama, termina Pache»co, á mí me parece escasa y débil la prime»ra, y susceptible de mejoras la segunda. Se»guramente no se propuso el autor otra cosa, »que lo que se ha llamado comedia de carác»ter: al de D. Joaquín quiso concretar la pie»za; ese tuvo siempre ante los ojos, y no cuidó »tanto como debiera el enredo [1].»

A los diez meses de ausencia, en Enero del 36, regresó Fígaro de París; entró en la redacción de *El Español*, diario que acababa de fundar D. Andrés Borrego, el mayor que hasta entonces se había impreso en España. En uno de sus primeros artículos, con el título de *Literatura* [2], estampaba Larra esta que parece declaración ó recrudescencia de guerra:

«Rehusamos, pues, lo que se llama en el día »*literatura* entre nosotros; no queremos esa li-

1 *Abeja* de 26 de Diciembre de 1835.

2 Obras del Fígaro. París, Bandry, 1866: tomo II, pág. 61.

»teratura reducida á las galas del decir, *al son »de la rima*, á entonar SONETOS Y ODAS DE CIR»CUNSTANCIAS, que concede todo á la expresión »y nada á la idea.»

Parece que aún no había olvidado Larra la pieza de *circunstancias*; *El plan de un drama*, y la lectura de *sonetos* en que no se le dió participación.

Bretón á su vez, cuyo carácter ya más susceptible, no necesitaba de tanto para darse por aludido, se irritó con estas expresiones, que desde luego tomó para sí; y según todos á la sazón creyeron, contestó á ellas nada menos que con una comedia, *La Redacción de un periódico*, que Larra definió como *Epigrama en cinco actos*, y que á decir verdad fué recibida con harta frialdad, á pesar del calor del 5 de Julio de 1836, en que se estrenó.

Ni la estación, ni la guerra civil, ni los ánimos estaban entonces para guerras literarias y para dramas rimados: con todo este nuevo fué juzgado lo mismo que *Me voy de Madrid*, por el propio Pacheco, y no con más indulgencia. «No hacemos, dice, un motivo de crí»tica al autor de *La Redacción de un periódico*, »por no haber presentado los diversos caracte»res que el periodismo le pudo suministrar; »desde luego conocimos que la índole de su »genio le había de decidir por la comedia de

»costumbres risibles, un poco recargada, un »poco episódica, débil quizá en cuanto á la »acción, pero sin igual en la gracia, en la vive»za, en el halago de los detalles. Concluiremos »este artículo manifestando el sentimiento de »que el D. Agustín, el redactor en jefe, sea en »nuestra opinión el personaje débil, cuando no »equívoco del drama.»

Tan severas y repetidas censuras hechas por los mayores amigos de Bretón, y la frialdad del público, hubieron sin duda de calmarle. En cuanto á Larra, oponía á todo un marcado desdén. Consignábalo meramente con ofensivas pretericiones en sus artículos; por ejemplo, en el que dedicó al estreno de *Catalina Howard*, decia [1]: «Desde Comella hasta nos»otros ni han trascurrido más que veinte y tan»tos años, ni en éstos hemos disfrutado más »que tres comedias de Moratín, otras tantas »de Gorostiza, *alguna de algún otro* y varias »traducciones, no todas buenas.» Preterición esta que ofendió tanto más al autor de *Marcela*, cuanto que Fígaro mismo, en el artículo de la semana anterior, le había alabado como *traductor de Vaudevilles*.

Al cabo, las vicisitudes políticas que alejaban al público de estas refriegas de los litera-

1 Obras del Fígaro. Edición de París: tomo II, pág 93.

tos, el cansancio de unos y las ambiciosas distracciones de otros, y la mediación, en fin, de buenos amigos, calmaron el *genus irritabile vatum* y prepararon la reconciliación de aquellos dos preclaros ingenios, logrando por el pronto que Larra nada dijese de la tal comedia ni de la titulada *El amigo mártir*.

Había á la sazón en lo que se llamaba *Huerta de Bringas,* última manzana entonces á la izquierda saliendo por la calle de Fuencarral, donde están ahora las casas del Duque de Vista-Hermosa, de D. Fermín Lasala, etc., un ameno jardín público y una bien abastecida fonda: establecimiento que se llamaba *Jardín de Apolo*, en donde cabalmente pasa parte de la acción de *El amigo mártir*, comedia que se representó el 10 de Octubre de 1836, poco después del suceso que vamos á referir.

Allí, por invitación mía, y con pretexto de celebrar que á Bretón se le hubiere conferido la plaza de Bibliotecario segundo de la Biblioteca Real, merced á la propuesta del Duque de Rivas y al Decreto de 18 de Julio del mismo año, se reunieron muchos de los escritores más aplaudidos del público, y sobre todo más deseosos de traer á un honroso acomodamiento á los dos adversarios. Eran tantos los concurrentes que no había por qué temer frialdad, ni menos forzoso roce de quien no quisiese

tenerlo con algún otro; era tanto también el deseo de todos de contribuir á la reconciliación de los dos amigos, que no se necesitaba de gran esfuerzo para lograrlo.

Yo (y siento tener que usar el egoista pronombre) al cabo como anfitrión hube de romper la marcha en los brindis, é improvisé (aún estaba en edad en que se improvisa) uno, de que ni puedo ni quiero acordarme... tan detestable era... pero... jamás he hecho ninguno mejor, á juzgar por los efectos... dudo si he escrito ó dicho algo que merezca ser registrado por la historia; de aquello tomó nota la caridad.

Sólo recuerdo que invitaba á todos á la paz... con versos mal corregidos por la mente, pero con aspiraciones bien arraigadas en el corazón, y sobre todo muy en armonía con los sentimientos de los oyentes, que este es el secreto de muchos triunfos oratorios [1].

Callaron todos... mirábanse unos á otros, y paseaban sus miradas de Larra á Bretón y de Bretón á Larra. Al cabo Ventura Vega, que

1 Luego he podido recordar este brindis, era una quintilla, que poco más ó menos decía así:

Amigos, hermanos, brindo
porque Dios en este día
colme la esperanza mía
y trueque en el sacro Pindo
el rencor en simpatía.

estaba frente á mí y que tenía á su derecha á Fígaro, con acento conmovido y con aquella elocuentísima expresión en que nadie le ha igualado, se levantó y dijo:

> Dios oiga tu voz, Mariano,
> todo rencor se deseche;
> el vate es del vate hermano,
> si hay quien alargue una mano,
> yo sé que habrá quien la estreche.

No se había sentado aún, cuando Bretón se levantó. ¿Quién podía en aquel tiempo atajar su vena fácil, una vez puesta á prueba? Y dijo, mirando á Larra:

> No aguardo á que tú comiences;
> quédese el rencor odioso
> para enemigos vascuences.
> Yo te vencí rencoroso,
> tú generoso me vences.

Levantáronse ambos y corrieron uno al otro y abrazáronse entre el aplauso de todos, y (también hay que decirlo) las lágrimas de ternura de algunos.

Así acabó la guerra entre el príncipe de los poetas cómicos y el jefe y modelo de los escritores críticos de su tiempo.

CAPÍTULO XIV.

BRETÓN SE ROMANTIZA.—ELENA.

(1834.)

Algo es forzoso decir de las cosas públicas, que habían cambiado notablemente desde aquellos años, en que el censor P. Carrillo daba que hacer al festivo autor de *No mas mostrador*, y que modificaba el desenlace de *María Stuardo.*

Este cambio se notaba principalmente en las naciones del Occidente de Europa: en Inglaterra había ocurrido la adopción de las reformas... y el triunfo definitivo de los Wighs: en Portugal su secuela, había perdido el trono D. Miguel, y con el triunfo de la Reina doña María de la Gloria prevalecían las ideas liberales: otro tanto sucedía en Francia, derrocado el trono de Carlos X y entronizado Luis Felipe: pues en España con la muerte de Fernando VII, había comenzado á la vez una guerra de sucesión y una revolución política.

La literatura seguía el mismo rumbo. Molière y Racine, los autores de Luis XIV, con gran trabajo imitados por Arnau, Lebrun, Delavigne, etc., tenían que ceder el puesto á Víctor Hugo, Dumas y otros novadores. Pasaban estos la frontera, y casi á viva fuerza invadían el antiguo templo de Calderón y de Lope. Moratín había muerto: Gorostiza, Tapia... estaban vencidos: Bretón sólo se había defendido, y traduciendo el teatro clásico, y refundiendo el antiguo, y dando curso á su propia inspiración, había llenado él solo casi todo un periodo de nuestra historia escénica.

Pero en el que ahora analizamos, mientras en las montañas vascongadas y el Maestrazgo combatían carlistas y cristinos, es decir, estacionarios y liberales; mientras en el café del Príncipe, ó sea *Parnasillo*, disputaban clásicos y románticos, la verdad era que con la amnistía y la apertura de las universidades se nos había inoculado la fiebre de instituciones nuevas; que con la literatura francesa, nos había invadido la sed de una literatura nueva también. Libertad en la política; libertad en el teatro; y sin pensarlo, se había enseñoreado del nuestro la nueva doctrina en todas sus manifestaciones.

En la forma cuasi fantástica como en Catalina Howard; en la pseudo-histórica como

Hernani; en la social ó si se quiere anti-social como Antoni; el justo medio de Delavigne; el lírico de Víctor Hugo; el novelesoo de Dumas; habían puesto en nuestras tablas todos ó casi todos sus frutos.

La invasión no era ya amenaza, sino realidad. ¿Qué remedio? ¿Doblarse al yugo, admitir sin siquiera modificación la invasión extranjera, como los que dictaban decretos y aplaudían traducciones al son de la *pitita*?

No era honroso, ni áun posible, cuando ya ejercían influencia grande los autores de *Edipo* y de *Lanuza*, de la *Hija en casa*, y de *Tanto vales*. ¿Defenderse en literatura con tales armas, en los tiempos que entonces corrían? Era tan anacrónico, como intentar reproducir las milagrosas victorias que consiguieron nuestros padres armados con escopetas y garrochas. Lo prudente, lo hacedero era imitar, ó mejor dicho, repetir hechos de nuestra historia política. Aceptar el género nacido en el norte, como aceptamos al soberano nacido en Gante, para que viviese en Toledo, y muriese en Yuste; para que nos diese Pavía y Otumba, y nos dejase una dinastía, á la que sirviesen Gonzalo de Córdoba y Moncada, Garcilaso y Cervantes. Reconocer el reinado del nuevo romanticismo, como reconocieron nuestros padres al Duque de Anjou, para que venciese en Alman-

sa y Bitonto, y para que vestido á la española, y viviendo á la castellana, restaurase el decoro y la literatura de Castilla.

Esto fué, sin duda, lo que no por resultado de cálculo, ó por acuerdo tras deliberación, sino por patriótico instinto se realizó: y acudieron en el drama de inventiva el Duque de Rivas con *D. Alvaro* (22 Mayo 35): un año después, en el drama caballeresco García Gutiérrez con *El Trovador* (1.º Marzo 36); á principios del siguiente año en el drama sentimental Hartzenbusch con los *Amantes de Teruel* (19 Enero 37), y en el mismo año en el género histórico otro drama y otro autor, que no merecen ser nombrados.

Bretón mismo, á pesar del vigor y fecundidad originales de su numen exclusivamente cómico, se había creido en el caso de *crear situaciones de más vivo interés* y de pintar caracteres de aquellos que no caben en *la comedia propiamente así llamada;* de *llevar también alguna ofrenda á las aras del ídolo nuevo, del moderno romanticismo, que estaba en su mayor auge*, según escribe en la portada del drama *Elena* [1].

1 Desde *Marcela* al drama *Elena* escribió Bretón las siguientes:

La familia del Boticario. Trad. 13 Mayo, 32.
Por la novia y por la dote. Trad. 30 Mayo, 32.
El albañil, ó el vestido hace al hombre. Trad. 24 Junio, 32.
El 2.º año, ó ¿quién tiene la culpa? Trad. 24 Junio, 32.

Pero ¿qué era este ídolo de que hablaba Bretón, y á cuyas aras pretendió llevar una ofrenda? Oigamos á Larra, el hombre mejor dispuesto á hacer del romanticismo su vida y su muerte, al que acababa de ver y estudiar en Francia los apóstoles y los dogmas de la nueva escuela, al autor del *doncel de D. Enrique el doliente, y de Macías.*

Dice así [1]: «Antoni, como la mayor parte de »las obras de la literatura moderna francesa, »es el grito que lanza la humanidad que nos »lleva delantera, grito de desesperación, al en»contrar el caos y la nada al fin del viaje. La

La hermanita (estreno de Teodora). Trad. 24 Junio, 32.
Un año de matrimonio, ó el casamiento por amor. Trad. 1.° Enero, 33.
Valentín. Trad., no se representó
Cómo se pasa el tiempo, no se representó.
Con quien vengo, vengo. Refun. 8 Febrero, 33.
No más muchachos. Orig. 15 Febrero, 33.
La nieve. Trad. 21 Mayo, 33.
El músico y el poeta. Orig. circunst. 30 Mayo, 33.
El templo de la gloria. Orig. 23 Junio, 33.
El triunfo de la inocencia. Orig. circunst. 25 Junio, 33.
La loca fingida. Trad. 5 Diciembre, 33.
Un tercero en discordia. Orig. 26 Diciembre, 33.
La fé de bautismo. Trad. 4 Febrero, 34.
Carolina, ó el talento á prueba. Trad. 24 Abril, 34
Un novio para la niña. Orig. 30 Marzo, 34.
Los carlistas en Portugal. Orig. circunst. 15 Abril, 34.
Elena. Orig. 23 Octubre, 34
Asinus asinum fricat. 31 Octubre, 34.
Los dos preceptores. Trad. 31 Octubre, 34.
Mi empleo y mi mujer. Trad. 19 Noviembre, 34.

1 Obra y edición citada. Tomo II, pág. 116.

»escuela francesa tiene un plan. Ella dice: des»truyamos todo, y veamos lo que sale; ya sa»bemos lo pasado; hasta la presente es pasado »ya para nosotros; lancémonos al porvenir á »ojos cerrados; si todo es viejo aquí, abajo todo »y reorganicémoslo.»

Terrible fórmula ésta, sintetizada por el crítico español, de los escritos literarios de entonces; más terrible profecía aún, cuya verdad el tiempo se ha encargado de demostrar. Pero Larra, por lo que en sí sentía; por el círculo en que había vivido; por la índole misma de su carácter personal y literario estaba en el caso de conocer la doctrina, y desgraciadamente de practicarla. Pero acontecía lo contrario á Bretón: su índole pacífica, su círculo casi familiar, su numen festivo y observador de superficies, no de profundidades, no se prestaba á tal género de literatura. Así es, que, al quererlo cultivar en el tal drama *Elena*, trazó una fábula más parecida á las de Ducange y Bouchardi, que á las de Víctor Hugo y Dumas, sin tener, es cierto, los naturalistas horrores de los primeros, pero ni las románticas bellezas de los segundos.

Un señor de Utrera, que quiere violentamente unirse á su sobrina; un criado hipócrita y santurrón, que le ayuda; una Marquesa de Sevilla, que media en la acción; unos ladrones

de Sierra Morena, que perpetran el crimen, intervienen en el poema; el cual, á pesar de sus aspiraciones políticas, y en cierto modo aristocráticas, no nos puede hacer olvidar ni la sociedad media, de que es Bretón el inimitable pintor, ni la festiva musa, que, áun á despecho suyo, le acaricia siempre. Véase en prueba de ello, cómo la Marquesa con más locuaz espontaneidad que una patrona de casa de huéspedes, admite en su casa como tal á quien no conoce, y en la primera conversación con una supuesta criada, que acaba de recibir, le cuenta su propia vida en estas lindísimas redondillas [1]:

VICTORINA. Bien, sin más información
te ofrezco mi protección:
te trataré como hermana.

. . . .

Ya ves mi linda doncella,
que envidia no cabe en mí;
¡oh! ni tan fiera nací,
que tenga miedo á una bella.
Galanes hay más de tres,
cuya amorosa eficacia
llega al punto... Hoy, verbigracia,
me caso con un marqués.
No es casamiento á la usanza,
de interés, digo: ¡qué horror!
ni casamiento de amor,
ni de estado... es de venganza.
Desde que viuda quedé,

1 Acto 2.º, escena 1.ª

sólo un hombre me flechó:
tuvo celos; me dejó...
buen viaje. No le rogué.
Pido á mi razón auxilio,
dígole adios á Granada,
y ya de mi amor curada,
fijo aquí mi domicilio.
Viuda rica poco aguarda,
si aspira á nuevo consorte:
he aquí, que me hace la corte
el Marqués de Rivaparda.
Me merece buen concepto,
si no amor arrebatado;
aunque poco le he tratado,
me pide la mano: acepto.
Yo no sé si este capricho
me saldrá á la cara un día;
mas no hay remedio, hija mía,
hoy me caso, ya lo he dicho.
¡Eh! Ya ves que sin temor
toda mi historia te cuento,
y es porque ganarme intento
tu confianza y tu amor.

CRIADA. Ah, señora, no merezco
tanta bondad.

Pues si en éste y otros caracteres y diálogos se ve bien al autor de la *Casa de huéspedes* y de *El tercero en discordia*, más marcado está aún su estilo con el sello que le caracteriza, en el diálogo de los ladrones... No se me diga que Schiller puso en escena hombres semejantes, y que Shakespeare sacó al teatro los diálogos de sepultureros... unos y otros usan del lenguaje de su profesión; pero el fondo de las ideas, aquello que es del caudal del autor, es esen-

cialmente distinto. Véase cómo hablan los bandoleros de Bretón [1].

PANCHO. ¡Por Dios que es mucho el afán
de este oficio aperreado!
¿Vela más ningún soldado?
¿suda más un ganapán?
Te juro, mi capitán,
que á veces envidio yo
al que cobarde nació;
y tanto á aburrirme llego,
que en cuerpo y alma reniego
del padre que me engendró.

REJÓN. Si temes, pide el indulto
y huye...

PANCHO. Si otro que no fuera
mi capitán, se atreviera
á decirme tal insulto...
¿Me has visto esconder el bulto
en ningún riesgo?

REJÓN. Jamás.

PANCHO. Ni esconderlo me verás;
mas yo no soy lisonjero.
La vida de un bandolero
es vida de Barrabás.

REJÓN. Pero...

PANCHO. Roba á su placer
con su plata un usurero,
con sus trampas un fullero,
con su vara un mercader;
roba una hermosa mujer
con fingidas convulsiones;
roban los viles soplones;
roba un sastre aún más que miente
¡y á nosotros solamente
nos llama el mundo ladrones!

Luego dice . . . .

1 Acto 4.º, escena 1.ª

PANCHO. Contra mi perro destino,
Tormenta no he de clamar,
si me prohibe agradar
á las mujeres y fiel...

TORMENTA. ¿Qué importa (¡voto á Luzbel!)
como las puedas comprar?
En este mundo embustero,
¡cuántos mejores que tú
espantaran como el bú,
si no tuviesen dinero!
¿Qué ha de hacer un bandolero
del amor y sus perfiles?
Filigranas tan sutiles
en mi reino no entrarán;
no, que harta guerra me dan
escribanos y alguaciles.

Filigranas, en efecto, preciosísimas de lenguaje y de versificación son estas y todas las de nuestro poeta, maestro en ellas, que no ha tenido, ni tendrá fácilmente rival; pero, por lo mismo, la equitativa naturaleza no le prodigó el dón de fundir en su molde los grandes caracteres de dar los terribles golpes escénicos, los contrastes sorprendentes, disonantes y armoniosos á la vez de Shakespeare, de Schiler, de Calderón, del Duque de Rivas, y de otros, que aquí no debo nombrar, y asímismo de Dumas y de Víctor Hugo.

CAPÍTULO XV.

PROSIGUE EL MISMO ASUNTO.—LOS HIJOS DE EDUARDO.—CÓMO SABÍA TRADUCIR.

(1835.)

No se dió, sin embargo, por entendido nuestro poeta, é intentó un segundo ensayo trayendo á la escena española una de las obras que á la sazón más agradaban en la francesa; pero repugnando abordar problemas sociales como el de Antoni, ó misterios psicológicos de la conciencia, como en Catalina Howard, eligió, cosa natural en su carácter, un término medio, y tradujo *Los hijos de Eduardo*, de Casimiro Delavigne, drama también mediero entre la antigua y la nueva escuela [1]. Hízolo el

1 Desde la representación del drama *Elena* hasta la de *Los hijos de Eduardo*, escribió Bretón los siguientes:

El hombre gordo. Orig. 6 Enero, 35.
Mérope. Tragedia orig. 27 Abril, 35.
Todo es farsa en este mundo. Comedia orig. 13 Mayo, 35.
¿Se sabe quién gobierna? Comedia trad. 3 Octubre, 35.
Los hijos de Eduardo. Drama trad. en verso. 4 Octubre, 35.
El plan de un drama. Pieza de circunstancias. 22 Octubre, 35.
Otro diablo predicador. Pieza de circunstancias. 25 Noviembre, 35.
Lo que es y lo que será. Pieza de circunstancias. 5 Diciembre, 35.

poeta español con tal frescura de versificación, con tal viveza de colores, con tal verdad de expresión en los personajes y tal movimiento en el diálogo, que, á mi entender, la versión aventaja con mucho al original.

Para probarlo completamente sería necesario copiar aquí todo el drama original al lado de la traducción; pero para acreditar la fidelidad y soltura de ésta, bastan las siguientes muestras.

Cuando el Regente Glocester, escarnecido por su sobrino el travieso niño Duque de York, lo ve alejarse, dice:

Quand ils ont tant d'esprit les enfans vivent peu.

Bretón traduce (acto 1.°, escena 2.ª):

Estos muchachos que salen
tan agudos, viven poco.

Al ver el traidor que el mismo joven príncipe entra en la torre de Londres, y cae así en la red que le tiene tendida, exclama:

Voila de ces instans
où l'émotion tue, où la joie assassine.

Hed aquí la traducción (acto 2.°, escena 7.ª):

Hay momentos, vive Dios,
en que asesina el placer.

Pero donde más se percibe la fidelidad, y al mismo tiempo la gallardía de la versión, es en el diálogo animado: por ejemplo, cuando en el acto 1.°, escena 6.ª, Glocester quiere seducir al libertino Duque de Buckingham, y éste se atreve á darle consejos de generosidad y al mismo tiempo de conducta política.

BUCKINGHAM.

Prenez lui son pouvoir et laissez lui ses jours.
En régnant sous son nom, vous régnerez toujours.
Mais le trône tient mal et tremble par sa base,
quand il y faut monter sur deux corps qu'on écrase:
le pied vous manquerait; ces degrés palpitans,
pour qu'on ne glisse pas, saigneront trop long temps.

BUCKINGHAM.

¿Qué importa dejarle un nombre
si al fin la corona es vuestra?
Más sobre tumbas alzado
el trono vacila y tiembla,
y el pié resbala en las gradas
si sangre corre por ellas.

Glocester pretende en consecuencia, deshacerse de Buckingham y de los dos hijos de Eduardo, y busca un cómplice y un instrumento en el degradado y abyecto Tyrrel. Veamos esto en el original y en la traducción.

Escena 3.ª del acto 2.º

GLOC. ¿C'est Tyrrel qu'on vous nomme?
TYR. James Tyrrel, Milord.

GLOC. ¿Vous êtes gentilhomme?
TYR. D'assez bonne maison: c'est là mon beau côté:
car des biens paternels mon nom seul m'est resté.

GLOC. Vous avez dévoré plus d'un riche héritage.

TYR. Quatre.
GLOC. Vous en auriez dissipé davantage.
TYR. Je le présume aussi: mais, pour m'en assurer,
je n'ai plus par malheur de parens à pleurer.

GLOC. Vous auriez mis, dit-on, seigneur de haut linage,
pour cent livres sterling tous vos aïeux en gage.

TYR. C'est une calomnie; et Milord le sent bien
vu que sur des aïeux un juif ne prête rien.
GLOC. ¿Voila votre raison?
TYR. Elle est bonne.
GLOC. Vous êtes
décrie pour vos mœurs, écrasé sous vos dettes,
sans principes sans frein...
TYR. Ajoutez sans crédit
et, cela fait, Milord, vous n'aurez pas tout dit.
GLOC. ¡Joueur!...
TYR. ¿Qui ne l'est pas?
GLOC. ¡Joueur déraisonnable!

TYR. Si j'avais ma raison, je serais plus coupable.

GLOC. Le vin, en vous l'ôtant, vous rendit querelleur.

Traducción.

GLOC ¿Tirrel te llamas?
TYR Sí, Jaime
Tirrel, Milord.
GLOC. ¿Eres noble?
TYR. Mucho, y de mi ilustre cuna
sólo me ha quedado el nombre.
GLOC. Parece que has devorado,
por vivir en el desorden,
más de un patrimonio?
TYR. Cinco.
GLOC. Y aún devorarias doce.
TYR. Creo que sí; mas no tengo
parientes ya por quien llore.
GLOC. Por cien libras esterlinas,
dicen que vos gentil-hombre,
á todos vuestros abuelos
empeñaríais.
TYR. Enorme
calumnia. Por esas prendas,
por mucho que las abonen
no presta nada un judío.
GLOC. Deshonrado estáis en Londres
por vuestros vicios. Las deudas
os abruman. No conoce
vuestra alma ni ley ni freno.
TYR. La independencia es mi norte
GLOC. ¡Jugador!
TYR. ¿Quién no lo es?
GLOC. Pero de esos jugadores
sin juicio...
TYR Si lo tuviera
mi falta sería doble.
GLOC. El vino te hizo insolente,
quimerista.

TYR. Il eut donc tous les torts; je n'eus que du malheur.

GLOC. Furieux.
TYR. C'est sa faute.
GLOC. Et meurtrier par suite.

TYR. C'est pourtant là, Milord, que mène l'inconduite.

GLOC. A Tyburn.
TYR. Où j'attends qu'un bond précipité,
me lance dans l'espace et dans l'éternité.
GLOC. Le terme du voyage est fort triste.

TYR. Sans doute;
mais je me suis du moins amusé sur la route.

GLOC. Je vois que les cachots ne vous ont point changé.

TYR. Tant que je n'aurai rien je serai corrigé.

GLOC. ¿Mais si l'on vous pardonne?

TYR. On perdra sa clémence.

GLOC. ¿Et si l'on vous rend tout, Tyrrel?
TYR. Je recommence.

A l'âge respectable où je suis parvenu,

hors la vertu, Milord, rien ne m'est inconnu.
Mais à mourir demain je me soumets d'avance
s'il faut pour me sauver faire sa connaissance.

¡Moi, comme un apostat, renier mes beaux jours!

Jamais, grands airs, grand train, duels, folles amours,

j'avais tous les défauts, qu'un gentilhomme affiche.

TYR. Los licores
son capaces de turbar
una cabeza de roble.

GLOC. Desalmado...

TYR. Es consiguiente.

GLOC. Y homicida en fin...

TYR. ¿A dónde
nos lleva el vicio?

GLOC. A Tyburn.

TYR. En efecto. Allí de un bote
me echarán á los infiernos.

GLOC. Triste es el viaje.

TYR. Conforme.
Pero al fin me he divertido
por el camino.

GLOC. Ni golpes
de fortuna te han cambiado,
ni calabozos...

TYR. Perdone
Vuestra Gracia. ¿Qué ha de hacer
sino corregirse un pobre?

GLOC. ¿Y si te indultan?

TYR. Prometo
no hacer caso de sermones.

GLOC. ¿Y si lo recobras todo?

TYR. Vuelvo á mis mañas entonces.
Soy perro viejo, y excepto
la virtud, nada en el orbe
es nuevo ya para mí.
Más si á vivir como un monje
se me condena, prefiero
que la cabeza me corten.
¿Yo de la hermosa carrera
que me dió tanto renombre
apostatar? ¡Yo! Jamás.
Gastar, triunfar como un prócer.
Un duelo cada semana.
Escandaloso en amores...
Todo con rumbo y nobleza.

¡Et des amis!... jugez: je fus quatre fois riche.

Nous étions beaux à voir autour d'un bol en feu,

Buvant sa flamme, en proie aux bourrasques du jeu.

Quand il faisait rouler sous nos mains forcenées

Le flux et le reflux des piles de guinées.

¡Quelles nuits! beau joueur, et plus heureux amant.

J'eus un fils, bien à moi, je ne sais pas comment,

mais je l'idolâtrais. Il était adorable,

lorsque au milieu des dés, qui parsemaient la table,
il trépignait sur l'or par ses pieds dispersé;
je le prêchais d'exemple; il m'aurait surpassé,
et déjà son enfance, en malices féconde
promettait le démon le plus charmant du monde.
Ce n'est qu'un ange; hélas! Dieu me l'a retiré.

Je l'ai pleuré, ce fils; ah! je l'ai bien pleuré.

J'étais mort à la joie, et j'ai voulu renaitre;

jetant trésors, contrats, regrets, par la fenêtre,

j'y jetai ma raison: il fallait oublier.

Du désordre opulent qui m'était familier,
je descendis plus bas; je bus jusqu'à la lie,
de la taverne en fin la grossière folie,
et d'excês en excês je tombai, je roulai
jusqu'au fond de l'abîme, où, de plaisirs brulé,
mais trop pauvre d'argent pour mourir dans l'ivresse,
en m'éveillant à jeun, je connus ma détresse.

¿Amigos? Una cohorte.
Ya veis: cinco veces rico...
Cosa de alquilar balcones
por vernos, era el valor
con que en torno á un bol de ponche
y tragándolo inflamado,
sin piedad á los pulmones,
en borrascoso garito,
uno con manos veloces
amontonaba guineas
y otro echaba maldiciones.
Entre la crápula, el juego
y el amor, ¡oh cómo corre
rápida y feliz la vida!
Por colmo de sus favores
me dió la fortuna un hijo,
no sé cómo, no sé dónde.
¡Mío! eso sí: cara y genio
lo estaban diciendo á voces.
Mi fama hubiera eclipsado;
tal tomaba mis lecciones;
hubiera sido el demonio
más hechicero... ¡Ay! el pobre
no es más que un ángel, murió.
¡Mucho le lloro! Y un bronce
le hubiera llorado al verle
tan bello y morir tan joven.
Para triunfar de mi pena
busco nuevas sensaciones.
Mi alma impetuosa, ulcerada,
de una vez el yugo rompe
de la razón. No más lujo;
no más soberbios salones;
la taberna es mi elemento;
desalmados malhechores
mis camaradas y amigos;
y entre los vicios más torpes,
caigo en el abismo horrible
donde al fin á los clamores
de la miseria despierto.

Vous parlez de Tyburn; me voilà: je suis prêt.

N'ayant plus un schelling, je n'ai pas un regret.

Que le néant, le ciel, ou l'enfer me réclame,

mon corps est arrivé: bon voyage á mon âme.

GLOC. Convenez en, Tyrrel, vons seriez homme encor

à la vendre au démon, s'il vous offrait de l'or.

TYR. Je ne marchande pas, quelque prix qu'il y mette;
mais il l'aura pour rien, je doute qu'il l'achète.

GLOC. ¿Et s'il fait le marché?

TYR. C'est une dupe.
GLOC. ¡Eh bien!
¿Veux tu la vendre?
TYR. ¿A qui?
GLOC. Je l'achète.

TYR. ¿Combien?

GLOC. Je te rends tout.

TYR. ¡Voyons!
GLOC. D'abord ton innocence..

TYR. ¿Aprés?

GLOC. Ta liberté.
TYR. C'est mieux.

GLOC. Ton opulence.
TYR. C'est assez.

GLOC. Pour Tyrrel; mais stipulons pour moi..

TYR. ¿Que vous faut il, Milord?

Mi corazón no se encoje
porque me habléis de Tyburn
favor me hará el que me ahorque,
si he de vivir sin dinero:
y que el cielo me perdone,
ó en la nada me convierta,
ó me lleven cien legiones
de diablos, ¿qué importa? El cuerpo
listo... ¿El alma?... buenas noches.

GLOC. El alma... si te la paga
bien el diablo, aún serás hombre
de vendérsela.

TYR. ¡Hum! Es joya
que dudo yo que la tome
de balde.

GLOC. ¿Y si el diablo mismo
el mercado te propone?

TYR. Mal negocio hará.

GLOC. ¿La vendes?
No ha de faltar quien la compre.

TYR. ¿Quién?

GLOC. Yo.

TYR. ¿Qué me dais por ella,
Milord?

GLOC. Haré que recobres
cuanto has perdido.

TYR. Veamos.

GLOC. Tu inocencia.

TYR. Si otros dones
no ofrecéis...

GLOC. Tu libertad.

TYR. Eso es algo.

GLOC. Tus honores.

TYR. ¿Qué más?

GLOC. Tu opulencia.

TYR. Basta.

GLOC. Alto ahí. Quedemos acordes
primero... ahora falto yo.

TYR. ¿Qué me queréis?

GLOC. Un plein pouvoir sur toi.

TYR. Vous l'aurez.

GLOC. ¿Aujour d'hui?

TYR. Sur l'heure.

GLOC. Au premier signe: comprends-moi.

TYR. J'ai des yeux.

GLOC. Frappe qui je désigne.

TYR. Mon bras n'est que trop sur.

GLOC. Sans consulter le rang.

TYR. Hors le prix convenu, tout m'est indifferent.

GLOC. Mon amí, si je veux.

TYR. Et le mien s'il vous gêne.

GLOC. A l'oeuvre.

TYR. Commandez, Milord, je suis en veine.

GLOC. Du comte d'Hereford délivre moi ce soir.

TYR. Je ne le connais pas.

GLOC. Bientôt tu vas le voir.

TYR. ¿Où l'attendre?

GLOC. A White-Hall.

TYR. Il est mort s'il y passe.

GLOC. Je l'y ferai passer.

TYR. Bien.

GLOC. Un point m'embarrase.

TYR. ¿Lequel?

GLOC. Peut-on encor te connaitre à la cour.

GLOC. Que me otorgues
pleno poder sobre tí.
TYR. Concedido.
GLOC. ¿Te dispones
á servirme hoy mismo?
TYR. Ahora.
GLOC. Has de comprenderme... ¿lo oyes?
á una mirada.
TYR. Ojos tengo.
GLOC. Segura tu mano y dócil
hiera al que yo le señale.
TYR. No temáis que yerre el golpe.
GLOC. Sea quien fuere.
TYR. No entiende
de gerarquías mi estoque.
GLOC. Mi amigo, si yo lo mando.
TYR. Y el mío á poco que estorbe.
GLOC. Manos á la obra.
TYR. Mandad
que estoy de numen.
GLOC El conde
de Herefórd harto ha vivido.
Líbreme de él esta noche
tu valor.
TYR. No le conozco.
GLOC. Pronto le verás.
TYR. ¿Y dónde
le he de esperar?
GLOC. En White Hall.
TYR. Basta: de mi cuenta corre
si por allá pasa.
GLOC. Yo
le haré pasar.
TYR. Pues que doblen
por él.
GLOC. Me queda un recelo.
TYR. ¿Y cuál?
GLOC. Si alguno en la corte
te conoce todavía.

TYR. J'y parus à vingt ans et n'y restait qu'un jour.

GLOC. ¿Pour quoi?

TYR. Je m'ennuyai, Milord, de l'étiquette.

GLOC. Que sir James Tyrrel anjour d'hui s'y soumette.

TYR. Il le fera pour vous.

GLOC. C'est bien: levez les yeux.

Sur votre front hautain portez tous vos aïeux.

¡Allons, mon gentilhomme, une superbe audace!
¡Un traint de roi! ¡Cet air qui dit: faites-moi place!

¡Des vices de bon gout! ¡De splendides repas!

Vos salons, dès demain, ne désempliront pas

et nul n'ira chercher, s'il s'amuse à vos fêtes.

Qui vous étiez, sir James, en voyant qui vous êtes.

¿Tout vous convient–il?

TYR. Tout.

GLOC. ¿C'est donc fait?

TYR. Je conclus.

GLOC. Moi, je paie: á présent tu net'appartiens plus.

TYR. Jamais on n'eut sur moi de droit si légitime:
vous m'avez acheté plus que je ne estime.

GLOC. On vient; sors (Tyrrel s'éloigne).

Par Saint George, on ne l'a pas flatté

Il me réconcilie avec l'humanité.

TYR. Pisé un día los salones
de Palacio... á los veinte años,
y no he vuelto desde entonces.
GLOC. ¿Y por qué?
TYR. Me fastidiaba
la etiqueta.
GLOC. Pues de mi orden
pléguese á ella sir Tyrrel.
TYR. Lo hará por vos.
GLOC. Bien. ¡Gran porte!
Alta la frente, y en ella
mostrad los cien infanzones
de quienes venís. ¡Audacia!
¡Que envidia os tengan los lores!
¡Que el mundo os parezca estrecho!
Un banquete cada noche;
más de buen gusto, á lo grande,
y yo os juro por mi nombre
que no han de faltar á Tyrrel
amigos y admiradores,
y no irán á averiguar
los que de su fausto gocen
quién fué ayer y quién es hoy.
¿Qué tal?
TYR. Me viene de molde
ese plan.
GLOC. Bien. Ya eres mío.
TYR. Por su dueño os reconoce
Tyrrel, con harto derecho,
pues le compráis en un doble
de lo que vale.
GLOC. Alguien viene,
retírate...
¡Por San Jorge!
Cuanto digan de él es poco.
¡No mintieron los informes!
¡Vive Dios! Me reconcilia
con la humanidad este hombre.

Así, y áun si cabe mejor que esta escena, están traducidas todas las del drama. La dificultad de la versificación y la riqueza de la rima, á que Bretón era tan inclinado, no perjudican aquí nunca á la viveza del diálogo, ni á la cabal y propia expresión del concepto: la grandilocuencia de nuestro idioma no sobrecarga ni abulta el pensamiento vigoroso y conciso de los personajes; y, en mi entender, si nuestro poeta no hubiese dado á la escena más que esta traducción, bastaría ella para acreditarle de versificador facilísimo, de gran hablista, y de profundo conocedor del teatro.

Por lo demás, y amén de esto, el 4 de Octubre de 1835, en que se verificó la representación de *Los hijos de Eduardo*, debe señalarse como una fecha fausta y ejemplar en los anales de la literatura dramática y del arte escénico. La maravillosa traducción de nuestro gran poeta fué puesta en escena por Grimaldi de modo admirable: su esposa, la Concepción Rodríguez (en mi entender) aventajó á mademoiselle Mars, para quien el papel de reina había sido escrito (y cuenta que pude compararlas en la misma semana). Daba la actriz española á su expresión mayor ternura maternal, mayor majestad... La reina y la madre se percibían mejor en la escena española que en la francesa, y esto se explica fácilmente:

la Rodríguez había representado admirablemente *Dido, Yocasta, María Estuardo;* y mademoiselle Mars no había nunca aceptado la tragedia: la actriz española vivió y murió siendo una ejemplar madre de familia; la francesa no se casó nunca. En esta representación además, se reveló por primera vez en todo su esplendor el gran artista y buen poeta Julián Romea, que representó el Glocester sin el amaneramiento de Ligier. En España aceptó el papel de Tyrrel el noble actor Carlos Latorre, cuya figura y cuyos modales cuadraban al opulento *gentleman*, arruinado por deudas y capaz de crímenes, mejor que el aspecto senil y la entonación monótona del viejo Joanny. ¡Glorias escénicas que hoy no se comprenden!

CAPÍTULO XVI.

EL ROMANTICISMO DE BRETÓN PICA YA EN HISTORIA.

(1837.)

Pero volviendo á Bretón, diremos que el brillante éxito de *Los hijos de Eduardo*, la boga persistente en que aún estaba esta clase de dramas, el deseo constante de nuestro poeta de ejercitar su numen en todos los géneros, desde la tragedia heróica hasta la zarzuela y el sainete picaresco, le decidieron á hacer tercera tentativa en el romántico. En la primera (el drama de *Elena*) no había salido de asuntos humildes y familiares, aunque terribles, ni hecho intervenir personajes, sino de clases inferiores ó medias: en el segundo (*Los hijos de Eduardo*), bien que traducido, se agita ya una cuestión política, en la que toman parte Príncipes; pero al cabo acaece el hecho en reino extranjero, y median personas é intereses que no son españoles.

Se decidió, pues, Bretón á referirse á acontecimientos de la historia patria, á catástrofes que han influido en nuestra monarquía, á hechos ó leyendas que se han arraigado en la memoria de nuestro pueblo. Quizá en la elección de asunto para su tercera tentativa del género romántico, pudo influir el íntimo trato que á la sazón mantenía con quien esto escribe. La verdad es, que entre el drama de *Doña María de Molina*, que se representó en Julio de 1837, y el de *D. Fernando el Emplazado*, que fué aplaudido el 30 de Noviembre del mismo año, completan la leyenda altamente romántica de Fernando IV: es el primero su proclamación casi novelesca, el segundo su muerte legendaria; la figura de la gran Regente domina personalmente en el uno y tácitamente en el otro: el vil D. Juan el tuerto, es nudo de unión entre uno y otro argumento tomados de nuestras antiguas crónicas.

El éxito del drama de Bretón fué bastante favorable; pero el gusto del público había adelantado en cierto sentido (si esto es adelantar). Ya no se contentaba con *Hernani* y *Los hijos de Eduardo*: necesitaba *Antony* y *Teresa*. Desde *D. Fernando el Emplazado* había llegado á *Carlos II*.

La última y aún menos feliz tentativa, que llevó á cabo poco después con *Vellido Dolfos*,

acabó de convencerle de que no era el drama histórico *su misión*. Hizo, pues, bien nuestro poeta en tornar á su camino para él tan florido y llano; volver la espalda á las catástrofes de nuestra historia, y saborear en paz las dulces y á la vez picantes delicias de nuestra rica lengua; y colgando en un rincón su bandolín romántico, que no le dió gran provecho, abrazarse á la lira cómica, que adoptó luego hasta por armas en su coche.

Decimos que abandonó Bretón su sendero romántico, y volvió á su florido y risueño camino cómico..., y en verdad hablamos con poca exactitud, porque desde la representación de *Elena* (25 de Octubre 34) hasta la de *D. Fernando el Emplazado* (30 Noviembre 37), lejos de abandonar su género favorito, lo había enriquecido con algunas de las mejores joyas de su caudal, tales cuales *Todo es farsa en este mundo* y *Muérete y verás*, y lo había adornado con juguetes graciosísimos, como *El hombre gordo* y *Una de tantas*. Si se ha de creer á los murmuradores, hasta había sacado á la escena sátiras dialogadas á lo Aristophanes, como *Me voy de Madrid* y *La Redacción de un periódico*. En todo caso, había eternizado el sitio de su reconciliación con Larra, donde puso la acción en el segundo acto del *Amigo mártir*: además, bajo el pseudónimo de Beltrán Mu-

neo, había dado al teatro algunas traducciones, como la *Primera lección de amor;* y en fin, aunque con desgraciado éxito, ensayado el género trágico en la bastarda; es decir, doce composiciones dramáticas en tres años.

Alguno quizá preguntará: ¿por qué, quien tan brillantemente traduce *Andrómaca*, *Dido*, *María Stuardo* y otras tragedias, *Los hijos de Eduardo* y no pocos dramas, no acierta á componer poemas originales semejantes á aquellos? Porque su numen, sus estudios, su modo de vivir, sus afectos, sus instintos, su naturaleza toda estaban formados para la comedia. No le exijáis, ni áun en este género, que profundice y resuelva los problemas de la conciencia ó de la sociedad, como Shakspeare ó Molière; que invada el terreno de la filosofía ó de la política, como Schiller ó Scribe; de la humanidad ó de la teología, como Tirso ó Calderón. Dejadle que goce, y que os haga gozar con las escenas apacibles y festivas de la familia, que eran sus ídolos, ó con las joyas de la lengua, en que era, cual ningún otro, rico y original.

Si á veces (muy raras) trata sucesos históricos, como en *D. Fernando el Emplazado* ó en *Vellido Dolfos*, es, según él mismo confiesa, hablando de las traducciones, por granjearse honesta ganancia, siguiendo la corriente del

gusto, ó más bien, según yo creo, por no rehusar á género alguno el tributo de su fecundidad. Escribió dramas históricos, como comedias de magia, como zarzuelas, como sonetos de pié forzado, ó romances en esdrújulo, para ejercitar (permítaseme decirlo) esa gimnasia de su estro incansable; pero no porque un solo instante dejase de ser *constante en su fé literaria y en su casi supersticiosa admiración á Moratín, á quien rara vez dejó de proponerse por modelo;* no porque tuviese veleidades de mudanza ó *vacilaciones en su vocación* dramática: según él mismo escribe en el prólogo y notas de la edición completa de sus obras publicada en 1850.

Bretón en tales documentos, escribiendo una autobiografía y refiriendo las causas por qué las traducciones abundan al principio de su carrera, omite una principalísima, y no por malicia ciertamente, sino porque, sin duda, no se había dado cuenta de ella. Es á saber, que en tal época, de 1828 á 1836, pesaba sobre él la obligación de escribir en periódicos, primero en *El Correo literario y mercantil*, luego en *La Abeja*, y por último en *La Ley*; y aunque la fecundidad de su ingenio y la facilidad de su estro le hiciera llevadera esta carga; y aunque además no aceptase la de seguir la polémica diaria, ó esclarecer doctrinas y sucesos polí-

ticos, con todo la vida misma de periodista preocupa el ánimo de cualquiera.

Pero asunto es este que por muchas razones merece y necesita ser tratado detenida y separadamente, áun á riesgo de apartarnos algún tanto del terreno dramático.

CAPÍTULO XVII.

BRETÓN, PERIODISTA, DESDE 1831 EN ADELANTE.

Para fijar bien el puesto y examinar la acción de nuestro compañero en la vida periodística, es necesario, ante todo, prescindir de los artículos y poesías que por cortesía, por afecto ó por compromiso insertó en diferentes diarios y revistas de opuestas tendencias y varias opiniones, escritos en aquel fausto período en que su firma era incentivo de curiosidad y sus gracias estímulo á la risa de los lectores. Ni han de tomarse en cuenta los comunicados, con los cuales en época menos feliz se vió forzado á defender, no ya sus escritos, sino hasta sus intenciones. Ni, en fin, hemos de recordar (mengua es decirlo) el tristísimo período en que el insigne poeta tuvo que pedir en los diarios hospitalidad para las hijas de su musa dramática; como, por ejemplo, para *El Carnaval de los demonios* que apareció en el periódico *La Risa* en 1843, *El Peluquero y el ce-*

sante y *Entre santa y santo*, que se insertaron en *El Museo de las familias* en 1861.

Hemos, pues, de concretar nuestro juicio, como es debido, á aquellos periódicos de que fué redactor numerario, retribuido y permanente, y estos no son, en rigor, más que de dos clases aunque con diversos nombres; los primeros, no políticos, á saber: *El Diario Literario y Mercantil* que duró poco en 1825 y *El Correo Literario y Mercantil* que se publicó desde 1828 á 1833: y otros, políticos, que son: *La Aurora de España* en 1833, *El Universal* que principió en 1.º de Abril siguiente y concluyó en 18 de Mayo; su continuadora *La Abeja*, que salió á luz en 10 de Junio de 1834 y concluyó en 31 de Mayo de 1836, y, en fin, *La Ley*, remate del precedente, desde 1.º de Junio del 1836 á 18 de Agosto del mismo año.

El Diario y *El Correo Literario y Mercantil*, continuación de *Las Cartas Españolas*, eran, como aquéllas, dirigidos por D. José María Carnerero, escritor de quien alguno decía: «¡hombre original!... no tiene cosa que no sea traducida.» Afrancesado además, no tenía temple para romper lanzas (aunque el tiempo se lo permitiese), ni por el Ministro Ballesteros, ni por Calomarde; ni por Cea, ni por Martínez de la Rosa; ni por la prohibición aduanera, ni por el librecambio; ni por el clasicismo cuyos

preceptos predicaba, ni por el romanticismo cuyas innovaciones aplaudía.

A él se aplicaban, muchos años hacía, aquellos conocidos versos de Arriaza:

«Pero, hombre, todo no ha de ser Numancia,
la constancia es virtud, pero algo rancia.
Yo siempre, en este género de esgrima,
me voy al lado del que queda encima.
Cuando ví sublevarse al pueblo insano,
prorrumpí: ¡Viva el pueblo soberano!
Siguióse la Central; y yo al encuentro
saliéndola, me hallé como en mi centro.
Vino José Primero, y sin gran pena
de su orden me colgué la berengena.
Y si después, rodando más la bola,
viene á mandarnos un bozal de Angola,
veréis cual con el negro me congracio
y áun hundiré á estornudos el palacio.
Así se vive en puestos y en honores
con sólo en la opinión cambiar colores.»

El periódico *La Aurora*, aunque ya político, se parecía en la forma editorial á los anteriores, y no distaba mucho en su espíritu como influido por Carnerero.

El Boletín de Comercio, costeado por la Junta de Comercio, y en el cual su redactor en jefe D. Fermín Caballero iniciaba ya la oposición progresista, insertó pocos artículos de Bretón, que ni fué recibido con gusto por la redacción, ni lo tenía él en un diario de opiniones contrarias á las suyas.

De índole diametralmente opuesta eran los periódicos *El Universal*, *La Abeja* y *La Ley*, que como queda dicho, se publicaron, poco más ó menos, desde la proclamación del Estatuto Real hasta la resurrección del Código de 1812. Moderados de pura raza, liberales resueltos, doctrinarios batalladores, ambos periódicos contaron por principales redactores políticos á Pacheco, Pérez Hernández, Oliván y otros, y en el folletín escribía nuestro Bretón, Segovia (el Estudiante), y con otros varios el que aquí recuerda ahora tan felices tiempos. Bretón no cedía á sus compañeros de redacción ni en asiduidad de trabajo, ni lo que es más, en ardor en sus opiniones. Publicaba lo menos dos artículos semanales, uno de ellos en verso. Los en prosa que aparecían entre semana eran de una de estas cuatro clases: 1.°, sobre literatura dramática, ó más bien sobre el modo de escribir y de representar comedias, esto es, sobre el *arte escénico*; 2.°, sobre crónica teatral, y crítica y examen de las producciones que se daban á la escena; 3.°, de filología y crítica literaria, dando cuenta de las publicaciones no teatrales; y 4.°, en fin, de costumbres, en artículos ó cuadros de admirable verdad y de inimitable colorido.

Todos estos artículos en prosa explican exactamente sus creencias literarias; y no sólo

acreditan su fé en tales materias, sino (si es lícito hablar así) su caridad con sus hermanos en Apolo.

Por otra parte, en sus composiciones poéticas, que publicaba los domingos, se patentizan sus principios y opiniones políticas, el partido á que pertenecía, los límites de sus aspiraciones, y sobre todo una cuasi historia exacta y festiva de los acontecimientos públicos en aquel periodo.

El primer artículo, que firmado ya con la B, inicial de su apellido, hemos registrado, se halla en *El Correo Literario y Mercantil* de 1.° de Abril de 1831, esto es, cuando terminado el año cómico había regresado de Sevilla. Lo primero que publicó firmado M. B. fué una paranomasia [1]. Con el número siguiente del 4 de Abril de 1831, felicita al público por el principio de la temporada teatral, y pocos días después, en el número del 13 del propio mes, publica con este epígrafe: «¿A cuál de los llamados géneros *clásico* y *romántico* debe darse la preferencia en las composiciones dramáticas?,» un artículo que bien puede tomarse por norma de su crítica, y áun si se quiere por explicación de su conducta. Finge un diálogo

1 Consta por cartas, que insertaremos, que Bretón fué ya en 1830 redactor de este periódico, pero sus artículos no están marcados.

entre varios sugetos aficionados al teatro, y cada cual defiende sistema diverso. D. Fabricio es romántico, D. Timoteo clásico, D. Aurelio amante de las piezas de grande espectáculo, y D. Claudio, que se arroba con las comedias sentimentales. Al cabo interviene D. Prudencio, que formula así la doctrina de Bretón:

«Señores, todos los extremos son viciosos. »Entre seguir al pié de la letra los preceptos de »Horacio y echarse por esos trigos de Dios, sin »más norma que el capricho, hay un medio »prudente que el ingenio ilustrado puede ten»tar con acierto...» Y concluye así: «*El efecto »teatral es lo primero* que se propone un poeta »dramático; es *su ley suprema*, y no ha de renun»ciar á un argumento feliz, porque en la com»binación de su fábula sea imposible sujetarse »á las reglas, si puede prometerse un *éxito glo»rioso*, separándose de ellas sin chocar dema»siado contra la verosimilitud.»

¿Con que *el efecto teatral* es *la ley suprema?* He aquí por qué Bretón en aquella fecha trazaba ya la *Marcela* en variedad de metros, porque andando los tiempos escribió dramas históricos, melodramas, tragedias, zarzuelas, magias, farsas, sainetes, todo.

Algo más que la *Marcela* tenía en ciernes á la sazón para conseguir *el efecto teatral*, *el éxito*

glorioso y saldar de paso su presupuesto doméstico. Así es que leemos el 4 de Julio de 1831, *Jocó*, melodrama arreglado á nuestro teatro, en que aquel interesante *cuadrimano* hace el primer papel. Estaba tal obra traducida por Bretón; por cierto que concluía su artículo en el periódico de esta graciosa manera:

«Tal interés logra (el actor) inspirar por la »alimaña que representa, que generalmente »aflige su muerte. ¿Pero qué otro desenlace »había de dar el poeta á su drama? Póngase »cualquiera en su lugar si tiene valor para tan»to. No era cosa de casar al mono, ni le ha»bían de premiar con una intendencia ó cosa »que lo valga... ¿Qué remedio? Hágote trage»dia, estalle el arcabuz, suene el *tam-tam*, cai»ga el telón, y buenas noches.»

Pero volviendo á nuestro asunto, del cual algún tanto nos hemos apartado, bien podemos asegurar que nuestro periodista, en aquellos artículos en que explicó su doctrina dramática, mostró, como en el que hemos citado, y le sirve de programa, un espíritu ecléctico y conciliador. Cierto que en sus teorías, como en su práctica, ni se remontó á grandes alturas filosóficas, ni penetró á profundidades de la conciencia y de la historia, porque ni lo uno ni lo otro estaba en su índole; pero mostró hablando de la literatura dramática, desde

lo que concierne á la tragedia en el análisis de Edipo [1] hasta lo que pertenece á los sainetes [2], una apreciación justa y un *sentido común*, poco *común* en verdad. *La unidad de acción* [3], *La verosimilitud* [4], *Cuatro consejos á un poeta bisoño* [5], pueden, entre otros infinitos artículos, servir de prontuario y guía á muchos que se tienen por veteranos.

Pues en lo que atañe á los actores, aún es más instructivo y más útil; no afecta escribir un tratado completo y metódico de declamación: pero en multitud de artículos, tales como aquel en que examina los *Diferentes sistemas de los actores para representar el drama* [6], les da lecciones provechosas y les señala defectos vitandos, de lo que son buena prueba los escritos sobre *El Arte escénico* [7], *Cuatro palabras sobre aplausos y desaires* [8], *De los apartes* [9], *Aplausos y silbidos* [10], y otros muchos sobre la declamación en los números de 26 de Marzo de 1832 y siguientes. Siendo complemento de

1 *Correo Literario y Mercantil*, 8 de Febrero de 1832.
2 30 Diciembre 1831.
3 22 Julio 1831.
4 23 Noviembre 1831.
5 *Abeja*, 1.º Abril 1835.
6 *Correo Literario y Mercantil* de 5 de Setiembre de 1831.
7 Idem de 15 de Agosto de 1831.
8 Idem 9 de Mayo de 1831.
9 Idem 26 de Setiembre de 1831.
10 Idem 11 de Noviembre de 1831.

estos trabajos de nuestro autor el artículo que escribió en 1852 sobre los *Progresos y estado actual del arte de la declamación en los teatros de España*, y que insertó en el tomo primero de la Colección de Bandry.

CAPÍTULO XVIII.

BRETÓN CRONISTA TEATRAL, CRÍTICO Y ESCRITOR DE COSTUMBRES.

Pasando ahora de la parte especulativa á la práctica, esto es, al análisis crítico de las piezas que sucesivamente se ponían en escena, á nadie sorprenderá que, por razonable que fuese la doctrina y por tolerante que se mostrase el crítico, encontrase defectos, y que diciéndolos topase con gente que no los tuviese por tales, ni se aviniese á la censura del periodista y menos aún del cofrade en la profesión. Proporcionóle esto á nuestro buen Bretón serios disgustos, entre los cuales quizá el mayor fué el que tuvo con Larra, á la sazón no todavía acreditado como dramático, y menos aún como poeta, pero que se anunciaba ya, cual luego llegó á ser, príncipe de los escritores críticos de su época.

Dió, pues, éste al teatro, después de algunas traducciones, su comedia original *No más mostrador*, que se representó el 29 de Abril, y de la cual escribía nuestro Bretón en *El Correo* de

2 de Mayo de 1831: «*No más mostrador* la titu»la (el autor), y *Más mostrador* quisiera yo en »ella. Desde el acto primero hasta el quinto »progresa la intriga en muchas escenas con »demasiada independencia de la idea capital, »que dicho título parece anunciar; y no sé si »convendría más á la pieza el de *Al mostrador* »*me atengo*. El carácter de Doña Bibiana me »parece exagerado en algunas ocasiones, por »que no se necesitaba mostrarse insensible y »viciosa, para ser vana y extravagante. La ver»gonzosa cobardía del Conde tampoco nos pa»rece muy verosímil. Hay algunas escenas que »no están bien ligadas éntre sí.—En el acto »quinto los interlocutores entran y salen con »poco fundamento, y se buscan sin encontrarse »dentro de una casa donde hay *demasiados* sir»vientes que pudieran ahorrarles tan ímproba »fatiga. El escondite del Conde, para que pue»da saber que otro le ha suplantado, entra en »el número de los *tristes recursos*, y con más ra»zón el olvido de su cartera, que no se justifi»ca, y áun justificado podría parecer repug»nante.»

Como se ve, no era completamente infundado el resentimiento del célebre Fígaro, del cual largamente hemos hablado en otro lugar; y aunque es verdad que Larra contestó á la censura en Mayo de 1831 dando las gracias y áun

prometiendo corregirse, de presumir es que tal azote *Manet alta mente repositum.*

Pero por aquellos días dió más que hacer y que escribir al crítico de *El Correo* la comedia de Flores Arenas, titulada *Coquetismo y presunción*, representada el 6 de Mayo de 1831.

Gustó bastante y no la ponderaron poco los muchos andaluces residentes en Madrid y que eran ecos de los aplausos que la habían tributado en Cádiz. Bretón, después de hacer un ligero y demasiado chancero extracto del argumento, decía: «Leida esta breve explicación de »la comedia, parece natural sacar en conse»cuencia que es muy mala. No la juzgo yo con »tanto rigor...» (y la defiende concluyendo así): «Alguna otra expresión pueril y *chocarrera* »que se ha escapado á la vivacidad ó á la inex»periencia del autor, son pequeños lunares »harto compensados con... etc., etc.»

Como era de suponer, sentó esto mal á los paisanos de Flores Arenas, y así principiaba la carta de uno de ellos, inserta en el *Diario Mercantil de Cádiz*: «No obstante un corto nú»mero de *hambrientos traductores*, cuyo corifeo »es *un tal B*, se esfuerzan en desacreditarla» (la comedia).

Contestó Bretón en 8 de Junio de 1831 en tono, como es natural, poco apacible, y burlándose de quien le llamaba *un tal B* y *hambriento*

traductor, siendo así que en Cádiz mismo habían ya sido representadas con aplauso *A la vejez viruelas*, *Los dos sobrinos*, *Achaques á los vicios* y *A Madrid me vuelvo*, y se había en ellas dado á conocer el ya célebre nombre de Bretón de los Herreros. Replicó de nuevo el mismo Flores Arenas, y en un artículo de 1.° de Julio se despidió de la polémica nuestro autor.

Atribuyó éste á cábalas y revanchas de los paisanos de Flores Arenas el mal recibimiento que tuvo en aquellos días (30 de Mayo de 1831) la comedia original *La falsa ilustración*; pero la verdad es que tal drama, estrenado pocos meses antes en Sevilla (el 10 de Febrero), no obtuvo más que un cortés recibimiento, y eso que lo ejecutaron los mismos primeros actores, y que fué ensayado por Grimaldi.

Estas y otras razones empleamos los amigos para consolar al afligido poeta, en cuyo ánimo por primera vez aparecía el espectro de aquella negra *cábala* que no le abandonó hasta la muerte. Por lo demás, véase cómo daba cuenta el articulista de *El Correo* de la desgracia del autor dramático: «Concluyo confesan»do que terminada la comedia *La falsa ilus»tración*, han pugnado por espacio de algunos »minutos los aplausos y los chicheos. No soy »de los que todo lo interpretan á su favor, y »que si experimentan algún desaire en el tea-

»tro lo atribuyen á preocupaciones de la igno»rancia ó á *cábalas* de la envidia. Por haber te»nido la desgracia de encontrar defectos en »otras comedias» (aquí se entrevé al crítico de *Coquetismo*), «no soy tan fátuo que me parez«can perfectas las mías. Me consuelo con ha»ber agradado á mucha parte del concurso: y »en cuanto á los desaprobadores, ¿qué puedo »yo decir? Que no les ha parecido bien la co»media.» (*Correo Literario y Mercantil*, 1.° de Junio de 1831.)

Esta severidad de juicio era en efecto en él, no mal querencia ó envidia del rival, sino honradez del diarista, que se creía en el deber de juzgar las obras dramáticas según su conciencia, y de cooperar en el periódico; y no con libertad para vender sus elogios ó para grangearse con ellos el favor ajeno. Así es que trataba con igualdad á amigos y á desconocidos, á ausentes y á consocios. Buena prueba de ello es lo que decía pocos días después á su íntimo amigo D. Dionisio Solís autor de la notable tragedia *Camila*: «El estilo, escribe Bretón en 22 de Ju»nio de 1831, nos parece digno del coturno; »pero en ocasiones algo sobrecargado de tras»posiciones y otros giros poéticos que le ha»cen penoso y poco inteligible á nuestros es»pectadores.»

Años adelante y refiriéndose á Gil y Zárate,

uno de sus mayores amigos, el mismo de cuyo ingreso en la Academia fué principal agente, y cuya tragedia de *Guzmán el Bueno* no se cansa de alabar dice en el artículo sobre *Blanca de Borbón* (*Abeja* de 9 de Junio de 1835): «Trastamara es un declamador, un temerario »á quién debería matar su hermano tantas veces como abre la boca. Más cauto y más prudente lo pinta la historia, etc., etc. Quisiera »yo también que D. Pedro se mostrase en esta tragedia ganoso de bienquistarse con la »plebe á expensas de la aristocracia, como »historiadores y poetas lo han retratado hasta »ahora, y no rabioso verdugo de nobles y plebeyos, etc. Quisiera también que el envenenamiento de Blanca no se anunciase tan de »antemano, y que una vez consumado el crimen hablase menos D. Pedro y desapareciese más pronto de la escena...» Alaba luego situaciones, escenas, diálogos, y añade: «El »estilo es digno de la tragedia, y aunque floja »y descuidada á veces la versificación, hay trozos muy floridos y armoniosos.»

Nuestro autor era, como se ve, franco, más bien que severo en la crítica de las obras ajenas, que estaba obligado á hacer; pero no por eso creía intachables las propias. Prueba de ello se halla en *Marcela*, la más aplaudida si no la mejor de sus producciones, y que acu-

sada de los mismos defectos que hasta el fin de su carrera se echaron en cara á los dramas *bretonianos*, no por eso obtuvo de su autor obstinada defensa; antes por el contrario, se apresuró á corregir cuantos pudo. «Las frases mal »sonantes que existían en la carta del Capitán »y en algún otro lugar (escribe Bretón en el »*Correo* de 9 de Enero de 1832) tengo la satis»facción de advertir al Sr. Carnerero que han »desaparecido desde la tercera representación, »y algunas desde la segunda: en lo cual he ma»nifestado mi justa deferencia á las observa»ciones de algunos amigos ilustrados que tam»bién las reprobaron.»

De agradecer es esta modesta docilidad que no todos usan: si tiene otros defectos de que se le acusa, si á pesar de ser por él reconocidos y confesados no se enmienda de ellos, es por que estaban identificados de manera invencible con su numen. ¿Quién conseguiría de Quevedo que fuese menos maligno en el pensamiento, ó menos juguetón y oscuro en la expresión? ¿Quién pretenderá que Melo sea más español en el fondo, ó menos afectado y sentencioso en el estilo?

Pocos renglones bastarán para referir la tercera clase de asuntos sobre que escribió como periodista, á saber: sobre *la filología y la crítica literaria*, dando cuenta de algunas publicacio-

nes no teatrales; y esto por dos causas, objetiva la una, subjetiva la otra, como ahora se dice. Porque el caso es que el movimiento literario apenas iniciado entonces se había principalmente manifestado en la literatura dramática, siendo por tanto muy escasas las publicaciones de otros géneros; y por otra parte, no habiendo Bretón tomado á su cargo el examen de más novedades que las teatrales, no tenía deber de analizar las de otra clase, ni propensión á atraerse compromisos nuevos sobre los que ya le creaban los autores y actores de comedias.

Escribió, pues, sobre tal cual asunto de filología, como sobre *Los progresos de la lengua castellana* [1], sobre *El abuso de ciertas palabras* [2] y otros semejantes; bosquejó algunas biografías de actores, como la de Bernardo Gil [3] y Rita Luna [4], y cuando más extendió su crítica á publicaciones cuyas bellezas podía elogiar con justicia, como las poesías de D. Serafín Calderón (*El Solitario*) [5], las de Julián Romea [6], la oda á las artes del Duque de Frías [7], las de

1 *Abeja* del 16 de Enero de 1835.
2 Idem de 29 de Junio de 1836.
3 *Correo Literario y Mercantil* de 23 de Mayo de 1832.
4 Idem, 21 de Mayo de 1832.
5 Idem, 10 de Junio de 1831.
6 *Abeja*, 22 de Mayo de 1835.
7 *Correo*, 21 de Mayo de 1832.

D. Juan Bautista Alonso [1], ó en fin, aquellas otras cuyos defectos podría disculpar su amistad, como las del autor de estos recuerdos [2].

Pero en donde se revela ya su espíritu observador, ligero y festivo, su viveza y verdad en la pintura de caracteres, su riqueza y maestría en el manejo de la lengua, su *vis cómica*, en fin, que le habían de ganar, si ya no lo obtenía, el cetro del teatro cómico de su época, es en la numerosa serie de *artículos de costumbres* que insertó en aquellos periódicos. Algunos de ellos ha publicado al fin del quinto tomo de sus poesías, otros como *Placeres de la amistad* [3], *Una comida de campo* [4], *Lo que es vivir en buena calle* [5], *Los hombres amables* [6] y *Una nariz*, sirvieron de fundamento á otras tantas comedias *El amigo mártir*, *Un día de campo*, *La Minerva*, *¡Qué hombre tan amable!* y *Lo vivo y lo pintado*.

En fin, otra multitud de artículos de costumbres le mantuvieron en igual estimación que al *Curioso Parlante*, *El Estudiante*, *Abenamar*, *El Solitario* y los demás escritores *humoristas* de aquella edad. Coleccionados hoy darían idea completa de los usos, caracteres y

1 *Abeja*, 18 de Febrero de 1835.
2 *Correo*, 23 de Mayo de 1835.
3 *Abeja*, 1.º de Julio de 1836.
4 Idem, 19 de Marzo de 1835.
5 Idem, 25 de Junio de 1835.
6 Idem, 30 de Julio de 1835.

costumbres de ella, y bastarían á cimentar la fama del ilustre académico. No alcanzaron sin embargo á contentarle porque les faltaba ostentar la principal cualidad de su talento, la versificación; y porque la previa censura sujetaba en el periódico más si cabe que en el teatro á los escritores: bien que en cambio daba más valor á sus chistes, y hacía, por decirlo así, más sabrosos los pocos granos de sal qne pasaban por el arnero censorio.

CAPÍTULO XIX.

PERIODISMO POÉTICO-POLÍTICO DE BRETÓN.

(1835 Y 1836.)

Mucho habían cambiado los tiempos en España desde el corregimiento del absolutista D. Tadeo Ignacio Gil hasta los años que corrían, en que eran Gobernadores de la provincia Viluma y Olózaga, y Corregidor Pontejos; y la mudanza venía desde más altos lugares, y se extendía á regiones más grandes. Al trono que antes ocupaba el valetudinario y absoluto Fernando VII, había ascendido una niña de trece años y una Regente ilustrada y liberal; el Gobierno de autocrático se había tornado parlamentario; por el poder antes encomendado á Calomarde y á Cea, habían pasado sucesivamente Martínez de la Rosa, Toreno, Istúriz, con Rivas y Galiano, es decir, oradores, poetas, historiadores, tribunos. ¿Qué mucho que el incoloro y opreso *Correo Literario* de Carnerero, hubiese sido sustituido por periódicos como *El Eco de Comercio*, en que escribía Gil y

Zárate, y *La Abeja*, que dirigía Pacheco? Ni hay para qué sorprenderse de que Bretón, buscado antaño para redactar la crítica dramática, sin olor siquiera de política, fuese subvencionado ahora para escribir letrillas archi-políticas, militantes, satíricas, agresivas si se quiere; y la elección era acertada, porque el benévolo autor de *Los dos sobrinos* y de *A Madrid me vuelvo* era el isabelino autor de *El triunfo de la inocencia* [1], el liberal improvisador de *Los carlistas en Portugal* [2], que ponía al servicio de la causa parlamentaria las eminentes dotes poéticas del autor de *Marcela*.

Queda anteriormente dicho que Bretón patentiza con sus folletines en verso sus principios y opiniones en política y el partido á que pertenece, y sobre todo que escribe en ellos una casi historia exacta y festiva de los acontecimientos públicos de aquel periodo. Para probar esto último fuera menester reproducir la colección completa de sus letrillas dominicales, es decir, *la letrilla obligatoria*, de que él se burla y se lamenta [3], y reproducir la tal colección íntegra y no entresacada y corregida, según él ha hecho en la edición de 1850. Para acreditar lo primero, esto es, su opinión y su

1 Representada en 25 de Junio de 1833.

2 Idem en 15 de Abril de 1834.

3 Pág. 241, tomo V de sus obras.

partido, bastaría una sola composición y quizá una estrofa.

Preferimos con todo reproducir unas cuantas para dar idea á la vez de ambos extremos: y estas composiciones elegidas principalmente entre el número de las que más aplausos le valieron al denodado redactor de *La Abeja* en 1835, y de las que luego el escarmentado y prudente académico de 1850 no quiso insertar en sus volúmenes.

Perdónese en tanto algún retacillo de historia explicativa. Había llegado D. Carlos á las Provincias Vascongadas: sus partidarios ocultos esparcidos por todo el reino, y singularmente en Madrid, decían que venía con el apoyo de las potencias del Norte; que cierto Mr. de Villemur, delegado y representante de aquellos gabinetes, era su confidente; que se proponía el Pretendiente adoptar un sistema liberal y parlamentario; que daría una carta constitucional; que reuniría las antiguas Cortes en Burgos; y otras cosas en igual sentido.

A este propósito publicó Bretón en *La Abeja* de 22 de Febrero de 1835 la siguiente

LETRILLA.

Diz que á la santa alianza
fía Temis su balanza;
y el sensato
triunvirato
nos ama ya con exceso.
A otro perro con ese hueso.

Diz que el griego Villemur,
que su honra juega á un albur;
más codicia
la justicia
que los tesoros de Creso.
A otro perro con ese hueso.

Diz que no echará sermones
contra libres opiniones
por las calles
y los valles
ningún motilón profeso.
A otro perro con ese hueso.

Dicen ya que Carlos quinto
piensa de un modo distinto,
y que en Burgos
de Licurgos
piensa tener un Congreso.
A otro perro con ese hueso.

Que triunfante en la batalla
no armaría la canalla
de arcabuces,
ni las luces
sufrirían retroceso.
A otro perro con ese hueso.

Diz que si al alto dosel
ascendiera de Isabel,
amnistía
nos daría;
y un Estatuto amén de eso.
A otro perro con ese hueso.

Que por decir la verdad
á su augusta majestad
cara á cara,
lisa y clara,
á nadie pondría preso.
A otro perro con ese hueso.

Y que por primera vez
en España todo juez,
¡oh, qué gusto!
fuera justo
al sentenciar un proceso.
A otro perro con ese hueso.

Dulce es como una jalea...
la prueba es que le rodea
tanto tuno...
y á ninguno
cuadra de Judas el beso.
A otro perro con ese hueso.

Al mismo tiempo que los partidarios del Pretendiente esparcían voces de concordia y de tolerancia mal conciliables con la guerra sin cuartel que continuaban; los revolucionarios apelaban á los motines, acusaban de traidores á los gobernantes, incendiaban los conventos, asesinaban á los religiosos y cometían, en fin, todo género de desórdenes en Madrid y en di-

ferentes capitales de provincia, siendo muy de mencionar Zaragoza, en donde un mal fraile se puso á la cabeza de los revoltosos, y Murcia, en donde persiguieron al Obispo, Sr. Azpeitia, que tuvo que huir y refugiarse en Hellín, habiendo en su palacio sido muerto un criado de S. I.

Bretón publicó en aquella semana (1.º Abril 1835) la siguiente

LETRILLA.

Mal van las cosas; muy mal que van;
tran, tran:
los bullangueros las compondrán.
¿Qué es un Gobierno de hombres de bien?
Tren, tren:
mejor se manda de somatén.
¡Viva el tumulto! ¡Viva el motín!
Trin, trin...
se ha de armar una de San Quintín.
¿Qué importa Carlos y su facción?
¡Tron, tron!
Salvemos antes á la nación.

Nada de jefes; nada de plan.
¡Tran, tran!
Basta que horrendo truene el volcán
y lluevan balas den donde den,
¡tren, tren!...
cuando la tropa no haga retén.
Acá una grita y allá un pasquín
¡trin, trin!
y tiemble Europa del Duero al Rhin:

Basta llamarnos de mogollón
¡tron, tron!
libertadores de la nación.

Guerra en los montes es mucho afán.
¡Tran, tran!...
Sobran soldados en el Bastán.
Antes el cuello caiga á cercén
¡tren, tren!
del indefenso fraile mostén.
Quizá del bueno causando el fin
¡trin, trin!
libre dejemos al fraile ruin;
más sin desorden y confusión
¡tron, tron!
no nos cansemos, no habrá nación.

Y allá en el Ebro (luego dirán)
¡tran, tran!
á un fraile hicimos primer galán.
Mande asonadas, no importa quien,
¡tren, tren!
todos diremos; amén amén.
Héroes proclamen parche y clarín
¡trin, trin!
á los que otorguen sangre y botín;
aunque reprueben su rebelión
¡tron, tron,
los Estamentos de la nación.

Los que sin tino mandando están
¡tran, tran!
vayan á Murcia y aprenderán.
¡Oh qué de tiros! ¡Oh qué Belén!
¡tren, tren!
dígalo el pobre de la sartén.
Si huyó el Prelado, cayó por fin
¡trin, trin!
de sus cocinas un galopín.
Pero á deshoras un chaparrón,

¡tron, tron!
¡Mojó la gloria de la nación!

¡Fuera Ministros! ¡Voto á Satán!
¡Tran, tran!
¡Oh! no hay cuidado, que ellos caerán;
y los que sigan caerán también
¡tren, tren!
aunque aplaudidos ahora se ven.
Todo el que mande será un malsín,
¡trin, trin!
Bogue sin remos el bergantín.
Con esta nueva Constitución
¡tron, tron!
¡eche usted guindas á la nación!

¿Por qué esos hombres leyes no dan
¡tran, tran!
que hagan un prócer de un ganapán?
¿Leyes que gratis al pueblo den
¡tren, tren!
el pan y el vino de un almacén?
¿Leyes que premien al paladín
¡trin, trin!
que es de asonedas fiel comodín,
haciendo alarde de su pulmón
¡tron, tron!
en honra y gloria de la nación?
¡Así beodo como un atún
Marat hablaba del pro-común.
¡Tran, tran! ¡Tren, tren! ¡Trin, trin! ¡Tron, tron! ¡Trun, trun!

Entre tanto, otros acusaban á los gobernantes de estacionarios; decían que el *Estatuto* era ilusorio sin una *tabla de derechos*, y que ni en el orden constitucional ni en el administrativo se había hecho cosa alguna.

En contestación á esto y relatando graciosamente lo ya realizado, insertó nuestro poeta el 1.° de Noviembre de 1839, la siguiente

LETRILLA JOCO-FÚNEBRE.

Deja profanos asuntos
alma cristiana. Hoy es día
de rezar por los difuntos;
ven á su morada umbría:
ven, alma cristiana, ven,
dí conmigo en tono lúgubre
Requiescant in pace, amén.

Yace Don Servilio el zafio
debajo de aquella albarda,
y le sirven de epitafio
un buho y una avutarda.
Requiescat: allí está bien,
y con él su odioso régimen
por siglos sin cuento *amén.*

Allí *in pace* ó *sine pace*,
que eso no está averiguado,
muerto de *cólera* yace
Don Despotismo ilustrado.
¿Quién no siendo esclavo, quién
no dirá viendo su túmulo
Requiescat in pace amén?

Allí yacen los Consejos
que aconsejaban tan mal.
Los mató de puro viejos
su pecado original;
y pues fueron el sostén
del gobierno más despótico,
Requiescant in pace amén.

Allí yacen en un nicho
llorados de iluso bando
el caballero *Capricho*
y el Señor Don *Yo lo mando*.
que con su orgulloso tren
escarnecieron al público.
El diablo los lleve, *amén*.

Allí el voto de Santiago,
sabroso á idiotas perversos,
yace; y el montón aciago
de los *índices inversos*
yace quemado también.
Ya no han de costar más lágrimas.
Requiescant, amén, amén.

Yace en aquel panteón
el *Oficio pseudo-Santo*
de la horrenda Inquisición;
y aún da á los hombres espanto
bien que enterrado lo vén.
¡Oh! ¡mónstruo! *Per omnia sécula*
maldito seas: *amén*.

Allí en aquél matorral
yace otra fiera alimaña,
la capucha monacal
langosta un día de España,
y dándose el parabién
claman millares de víctimas:
descanse en la nada, *amén*.

En aquella sepultura,
bajo aquél ciprés funesto,
yace ó yacerá muy presto
la regañona *Censura*,
y en sus honras más de cien
redactores de periódicos
cantaran: *amén amén*.

Allí en fin muerta te veo,

década de maldición,
aunque pese á Don Tadeo
Calomarde y Retascón,
y desolados estén
los del partido retrógrado
que confunda Dios, *amén*.

Es condición necesaria de los partidos medios haber de defenderse de los que en opuestos sentidos les mueven guerra desde los extremos: así es que el redactor de *La Abeja* un domingo alegaba hechos internos positivos para contestar á los impacientes progresistas, y otro domingo siguiente tenía que aclarar sucesos exteriores para desmentir las intencionadas interpretaciones de los absolutistas.

Estos, aprovechando la reunión que los soberanos de Rusia, Austria y Prusia, habían tenido en Tœplitz á fines de Setiembre de 1835; colocando en Priestan la primera piedra del monumento conmemorativo en honor de la guardia rusa en el combate de 1813, esparcían voces de intervención, de protocolo y de mil quimeras que se disolvieron ó desmintieron áun antes que los monarcas se separaran el 3 de Octubre del mismo año. Bretón dedicó á esto el domingo 8 de Noviembre la siguiente letrilla á

EL CONGRESO.

Suena un látigo .. ¡Alegría!
Celebrad la dicha mía.
Esto es hecho. Carlos quinto
rey absoluto será en el español recinto.
¡Qué tardar!... ¿No llegará?
¡Oh!—Ya está aquí.—Es un espreso
que me envían del *Congreso*.

¡Gran Señor!...—¿Qué dice Alcudia [1],
ese hombre que tanto estudia
para que triunfe mi causa?...
¿No respondes?—El heraldo
se apea con grande pausa,
toma una taza de caldo
y le responde muy tieso:
«ni hay Alcudia, ni hay *Congreso*.»

El autócrata de Rusia,
y el soberano de Prusia
y el emperador de Viena,
con su familia y su tropa,
se dieron la enhorabuena
dejando en paz á la Europa
y á cada cual con su hueso...
y ahí está todo el Congreso.

¿No me ampara el moscovita?
—No, señor.—Eso me irrita;
y el tudesco ¿qué dispuso?
—Que con su pan se lo coma
Vuestra Majestad.—¿Y el ruso?
—«Bien está San Pedro en Roma.»
—¿Tanto ruido para eso?
Pues se ha portado el *Congreso*!

1 D. Antonio Saavedra, Conde de Alcudia, Ministro de Estado, y luego agente de D. Carlos en las cortes del Norte.

No hicieron eso en Laybach,
¡voto al profeta Isaac!
No hicieron eso en Verona,
que entonces con grande ahinco...
—Perdone esa real persona,
como entonces eran cinco,
y ahora... ¡pues!... el contrapeso.
—Gracias, augusto *Congreso!*

Ya que me niegan su auxilio,
he de juntar un *concilio*
que, á falta de oro y de brazos,
lo que es curas, no me faltan,
y por peñas y ribazos
trinan de coraje y saltan.
Los juntaré y *ex-profeso*
excomulgaré al *Congreso*.

El monarca trashumante
con mal gusto y peor talante,
así exhalaba su bilis:
el gran *Córdova* 1 entretanto
que entiende bien el *busilis*,
avanza, y lleno de espanto
huye el príncipe travieso
renegando del *Congreso*.

Pasemos al año siguiente, omitiendo la lindísima letrilla *El Protocolo* y otras que completan la historia de aquellos agitados meses. Al cabo, tras los gabinetes genuinamente moderados subió al poder el Ministro Isturiz, antiguo exaltado, y que parecía constituir ministerio de transacción; acompañábanle el Duque

1 D. Luis Fernández de Córdova, general en jefe del ejército constitucional.

de Rivas y D. Antonio Alcalá Galiano, de su mismo partido, y fué nombrado Ministro de Hacienda D. José Ventura de Aguirre Solarte, caballero vizcaino, Procurador á Cortes por aquel Señorío y hombre de gran crédito en negocios financieros, residente á la sazón en París, el cual no aceptó por desgracia el cargo, porque entre otras razones no aprobaba la disolución de aquellos Estamentos. Acordóse ésta al cabo; convocáronse Cortes revisoras del Estatuto Real, y entonces, como en otro lugar decimos, tuvo nuestro poeta veleidades de candidatura para diputado. De la carta en que me lo confesaba se da en otro capítulo razón suficiente: he aquí ahora en verso su profesión de fé:

Á LOS ELECTORES.

Ya que tienes privilegio
para entrar en el colegio
de elegidos electores,
¡no te alucinen, José,
las profesiones de fé!
Obras, obras son amores,
no bambolla y aparato.
¡Ojo avizor al candidato!

Alguno habrá que te diga:
«doy al poder una higa;
»mis patrióticas virtudes
»jamás empañó un empleo.»
¡Y ya presentó el Proteo
cuarenta solicitudes!

Más tiene fama de gato...
¡Ojo avizor al candidato!

¡Otro que habla de gobierno
tiene en su casa un infierno!
¿Pero ni aquí ni en Sicilia,
ni en Nápoles ni en Egipto,
será buen *Padre Conscripto*
un mal padre de familia?
Quien tal crea es un pazgüato.
¡Ojo avizor al candidato!

Inocente desahogo
llamaba aquel demagogo
al incendio, á la matanza;
y hoy se está haciendo el devoto
para que le den el voto;
mas ¡qué pronto si lo alcanza
le oirás tocar á rebato!
¡Ojo avizor al candidato!

Quiere otro tomar asiento
en el honrado Estamento
tan sólo por vano orgullo.
Déjale que en la tribuna
nos diga enfático alguna
simpleza de Pero Grullo,
y votará... *el triunvirato.*
¡Ojo avizor al candidato!

Tal hay, de verlo me pasmo,
que en patriótico entusiasmo
como fósforo se enciende,
y votar jura una carta
más libre que la de Esparta,
cuando en secreto nos vende,
como nos vendió Regato 1.
¡Ojo avizor al candidato!

1 Regato, fingido liberal exaltadísimo de 1820 á 1823, que era agente secreto de Fernando VII, y luego fué intendente de policía.

Otro, á falta de conciencia,
con ampulosa elocuencia
seduce á la plebe incauta.
No quiere tirano Rey,
mas sin respeto á la ley,
sea pito, sea flauta,
todo lo mete á barato.
¡Ojo avizor al candidato!

Talento, arraigo, cordura,
opinión ilesa y pura
que ni al interés se doble,
ni al miedo, ni á las pasiones;
un hombre que á las facciones
oponga pecho de roble...
eso busque tu conato.
¡Ojo avizor al candidato!

Las ilusiones de nuestro candidato riojano, si acaso existieron, y las esperanzas de muchos buenos españoles, comenzaron á disiparse con los huracanes revolucionarios que aquel mismo verano arreciaron furiosamente en algunas provincias, y que en la Granja dieron al traste con la disciplina militar, y con la dignidad del trono. Sintiendo todos los efectos de aquella tempestad, dábanse á investigar la causa: unos la atribuían á falta de prudente *cordura* en los partidos dominantes, y reclamaban como remedio supremo una dictadura militar aún no madura: otros materializaban más sus cálculos y veían el origen del mal en la falta de recursos pecuniarios, esperando

el remedio de las mágicas y halagüeñas promesas de Mendizabal.

Bretón compendia estas dos opiniones en el nuevo periódico *La Ley*, número del 8 de Agosto de 1836 en la siguiente

LETRILLA.

¿Qué falta á los liberales
para labrar su ventura
y dar término á sus males?
Cordura.

Bien: me gusta esta franqueza,
mas presumo que primero
hace falta... una simpleza:
dinero.

—¡Qué dinero! Es falsedad.
Lo que nos falta es gobierno.
¡Si hay uno en cada ciudad!
¡Qué infierno!
Unanse todos en fin
bajo una enseña segura...
Pero eso no se hace sin
cordura.

Al ver tantos disparates,
el que diga no se engaña
que es una casa de Orates
España.
¿Y qué doctor la chaveta
curará de un reino entero?
Yo solo sé una receta;
dinero.

¡Santo Dios, misericordia!

Contra Gómez y Basilio 1
¿nos servirá la discordia
de auxilio?
¿Y Carlos? ¿Y el protocolo?
No temiera esa amargura,
si tuviésemos tan sólo
cordura.

Cuando afiance á la nación
de la libertad el goce
la usada Constitución
del doce 2
¡muy bien venida y muy bella!
No la acataré el postrero,
y más si viene con ella
dinero.

Pero ¿y si el nuevo pendón
nos enajena la Europa,
y aumenta de aquel Nerón
la tropa?
Peligro de tres bemoles
lleva en sí la travesura.
Vamos con tiento, españoles.
¡Cordura!

Y no es cordura de siervos
la cordura de que os hablo,
donde hay feotas proterbos,
¡un diablo!
Si viniera el Rey faccioso,
yo perdería el primero
familia, patria, reposo,
dinero.

Pero es locura tocar
tan azarosos resortes,

1 Gómez, general carlista que mandó la expedición que recorrió España.—Basilio, guerrillero carlista.

2 La Constitución de 1812; fué proclamada en la Granja.

cuando se van á juntar
las Cortes,
y nueva Constitución
conveniente al pueblo ibero
hallarán, y con la unión
dinero.

Al patriotismo eminente
y al honor y á la bravura,
no se opone la prudente
cordura.

Y guerra al que use librea
del príncipe guerrillero,
y nunca su cara sea
dinero.

Basta, á lo que entiendo, con tales muestras para conocer este periodo y este género de nuestro poeta, que en ellas da noticia completa, auténtica y paladina de sus opiniones, y hace reseña de los acontecimientos contemporáneos. Por lo demás, estas composiciones están hasta olvidadas por muchos, ignoradas por los más, y poco apreciadas sin causa bastante por el autor mismo.

Muchos escritores conozco yo dentro y fuera de España, que con menor número de poesías y esas menos buenas, han adquirido fama de eximios poetas, y lo que es más, empleos y goces de hombres de Estado.

Bretón no fundaba para lo uno sus esperanzas en tales juguetes; y en cuanto á lo otro,

esto es, á su fama *política*... nunca pensó sériamente en ella.

Si además de esto he de decir francamente mi opinión, no en vista de estos solos sino del conjunto de sus escritos de esta índole, mi fórmula es la siguiente:

Otros pusieron sus poesías buenas ó malas al servicio de la política: Bretón puso la política como toda su vida al servicio de la poesía. Las letrillas *Polignac*, *El Protocolo*, el *Tran tran*, y otras infinitas, están manifestando que no tanto eran para él tesis de doctrina como *problemas de rítmica.*

CAPÍTULO XX.

GRANDES MUDANZAS.—INGRESO EN LA ACADEMIA ESPAÑOLA.

(1837.)

Otros dos diferentes problemas se presentaban en aquella época (1837) á su ánimo y á su corazón. ¿Había de dejar el medio en que vivía, el terreno en que, por decirlo así, crecía su numen y su fama, la atmósfera en que respiraba? ¿Había asímismo de renunciar á su libertad de soltero y de observador nómada en la sociedad, para fijar en la intimidad del hogar y en la estrechez del yugo conyugal su punto de observación? ¿Había de trocar el Parnasillo por la Academia? ¿La casa de huéspedes por el hogar de familia?

En el café del Príncipe (vulgo Parnasillo) los murmuradores comenzaban á abundar y á bullir más que los apasionados; condición, no sé si humana ó meramente española, cansarse sin motivo de lo que se aplaudió sin medida, criticar hoy nada más que por desquitar-

se de lo que se alabó ayer. Los mismos que habían roto guantes palmoteando á *D. Esteban* y á *Marcela;* los mismos que sabían de memoria las pedantescas relaciones de *D. Abundio* ó los sinónimos de *D. Timoteo*, decían ahora, ó repetían acusaciones y cargos, que no hay para qué consignar aquí, dado que Bretón mismo los ha tomado ya en cuenta y refutado victoriosamente en su edición de 1850. Pero el hecho es que esto comenzaba ya en la época á que nos referimos; que luego, como veremos, llegó á tal punto, que el fecundo y aplaudido autor se vió en el caso de poner trabas á su inspiración, ó de presentar al público disfrazados, anónimos, expósitos los hijos de su ingenio.

Buena ocasión era ésta para que Bretón se presentase á las puertas de la oscura y casi ignorada casa de la calle de Valverde. La Academia entonces, fuerza es confesarlo, ni abundaba en las doctrinas que estaban de moda en el Parnasillo, ni ejercía en la opinión pública la influencia que él. Dos solos miembros pertenecían á una y otra compañía: Arriaza, que frecuentaba poco la primera, y el que esto escribe, que bullía en ambas, pero que por su edad pesaba poco, y por su escasísima antigüedad ni áun tenía voto en la docta asamblea: él fué, sin embargo, quien se constituyó

medianero... porque su amistad á Bretón le hacía atropellar por todo, y su gratitud á la Academia le dictaba este medio de acreditarse.

Contaba allí Bretón con poderosos partidarios: el Director Marqués de Santa Cruz, gran apasionado del teatro, antiguo actor aficionado en los ya lejanos tiempos de su juventud, y que al presente celebraba y sabía de memoria muchos chistes del autor de *Marcela;* Musso, de corazón tan grande como su erudición, y á quien poco antes había Bretón dedicado su letrilla *Los Abusos*, y que ansioso de dar á la Academia una vida que á la sazón le faltaba, reclutaba el elemento joven; Gallego, que abundaba en los mismos sentimientos, y que estimaba en Bretón al hombre casi tanto como al poeta; el que esto escribe, en fin, que por lo mismo que valía poco, se movía mucho; porque casi se avergonzaba de verse en tal sociedad, sin que en ella le precedieran Bretón, Vega, Espronceda y otros. Pero no debo callar, que casi todos estos se prestaban de mal grado á mis insinuaciones; alguno no condescendió con ellas nunca; otros las contestaban con epigramas. Bretón no era en verdad de este número, pero más de una vez me respondió que, puesto que Moratín y áun Gorostiza no le habían dejado silla vacante, bien podía él no entrar en la Academia.

Era costumbre, á la sazón ineludible, que el candidato presentase memorial, y esto aumentaba la dificultad. Por no sujetarse á tal formalidad, no tomó asiento en la Academia Española el historiador Conde de Toreno. En verdad, tal memorial, si por una parte demostraba inmodestas aspiraciones, quizá por otra era como indicio de poca notoriedad en quien necesitaba de semejante arbitrio para darse á conocer.

Nuestro autor mismo no se hubiera allanado á ello, si no estuviese ya de antes puesto en práctica una especie de subterfugio á esta exigencia consuetudinaria. Consistía esto en que en cada caso un amigo, digamos padrino, escribía de su letra el memorial, que el pretendiente meramente firmaba, las más veces sin leerlo. ¡Cuántos, incluso el mío, escribió el celoso y amable Musso! De letra mía fueron escritos los de Bretón y Vega, y presentado el primero en 1.° de Junio de 1837, fué unánimemente votado el jueves siguiente 8 de Junio.

No ha de olvidárseme otra costumbre, que existía entonces, y que se guarda aún el día de hoy en la Academia francesa. Después de presentar su memorial, el interesado y *su padrino* hacen juntos sendas visitas á los académicos. De esta formalidad en la vecina Fran-

cia no se prescinde nunca, y por cierto que el Príncipe Duque de Aumale no se creyó rebajado solicitando personalmente los votos del legitimista Conde de Falloux, del republicano Jules Favre y del bonapartista Olivier; ni Jules Favre dejó de presentarse en casa de Mr. Thiers, del Duque de Broglie y de Dufaure.

Hicimos, pues, padrino y ahijado las ceremoniosas visitas, y se me ha de perdonar que recuerde dos de ellas. Vivía á la sazón D. Manuel José Quintana en el entresuelo, casa número 3, plaza de Santa Catalina, hoy de las Cortes; en el recibimiento nos hicieron esperar largo rato: al cabo nos dejaron pasar á la sala: aguardamos no poco, y al fin abrióse la vidriera del gabinete y apareció el gran poeta con aire tal, que recordamos el verso de la sátira de Sánchez Barbero: *En patet incessu majestas celsa Visei.*

Mostró alguna extrañeza de nuestra visita, y cuando le hube yo dicho el motivo, volviéndose á Bretón, le dijo con cierto aire desdeñoso: «Puesto que V. aprecia eso en algo, yo le felicito.» Quedóse un poco cortado mi compañero, que no tenía tan pronta la réplica como la improvisación poética, y que veía por primera vez al autor del Panteón del Escorial: yo, que le conocía algo más, y que tenía la pe-

tulancia de la juventud, contesté: «Siempre estimará el autor de *Marcela* sentarse donde se sentaron Jovellanos y Meléndez y junto al autor de Pelayo.» Sonrió benévolamente el anciano, y dijo: «Siento que eso último no se verificará, ni podré tampoco darle mi voto, porque mi salud no me permite salir de noche, y há muchos años no voy á la calle de Valverde.» Así era parte de la verdad; pero la otra parte consistía en que se había resentido con la Academia desde que ésta, quizá injustamente, y sin atender á que Quintana desempeñaba interinamente la Secretaría, y á la sazón necesitaba de la comodidad del alojamiento, había elegido Secretario perpétuo á Martínez de la Rosa, el cual cuando entró Bretón desempeñaba tan honroso cargo. ¿Acertó la Academia en la elección? Es más que dudoso, consultando las actas. En cuanto á Quintana, su resentimiento pasó los umbrales del sepulcro, legando, no á la Academia de la lengua, sino á la de la Historia, la corona que, como poeta, había obtenido, siendo llevado á las gradas del trono por el mismo Martínez de la Rosa, Director á la sazón de nuestra Corporación.

Harto diferente fué el recibimiento que nos hizo D. Alberto Lista: tratóme (y esto era natural) como discípulo; pero como Bretón insinuase que por sus relaciones amistosas, por

el estudio que hacía de la doctrina y de los ejemplos del gran preceptista, aspiraba también al título de su discípulo... el buen viejo se conmovió; y tomando á Bretón de la mano, nos hizo entrar en su despacho, en cuyas paredes, al par que los retratos de Reinoso, de Blanco, de Vega, y lo que es más, de Lope y de Calderón, tenía el de Bretón (por cierto que muy bien litografiado), y al pié del mismo escritas de puño de Lista estas palabras de Ovidio:

Et quot tentabat dicere, versus erat.

Como si este lema, que Lista había puesto en el retrato de Bretón, inspirase á éste, tomó por asunto del discurso gratulatorio, que leyó á la Academia Española el jueves 15 de Junio de 1837, el lenguaje en que se debía escribir la comedia, si la prosa ó el verso: se resolvió por el último, y concluyó afirmando que «si no es *indispensable*, es necesario;» designando además como la versificación más adecuada los romances, áun los agudos y las redondillas.

Fué aquella recepción, para lo que á la sazón se acostumbraba, una verdadera solemnidad: asistieron nada menos que diez y siete académicos, cosa no vista hacía años, y entre ellos se contaban á Martínez de la Rosa, Navarre-

te, Musso, Lista, Gallego, Castillo y Ayensa y otros.

Dejémosle, pues, á nuestro nuevo académico entre los plácemes de sus compañeros, buscar desquite á los epigramas del café y preparar en los bancos de la Academia anticipado refugio á venideros contratiempos, y pasemos á presenciar otra mayor y más íntima mudanza de su método de vida.

CAPÍTULO XXI.

BODAS DE BRETÓN.

(1837.)

Para bien apreciarla, sin embargo, es necesario volver la consideración á dos años atrás, y fijarla en el de 1835. Frisaba ya Bretón en los cuarenta: había pasado la época que él llama *la edad de los ímpetus*, y nadie hablaba de que pensase en casarse; no se decía ciertamente que abusase de su libertad, pero no pensaba en sacrificarla. Él mismo, en el periódico *La Abeja*, en que á la sazón escribía folletines, había publicado el 22 de Mayo de 1835 la siguiente letrilla:

NO ME CASO.

Que es el mejor estado,
dijo cierto doctor,
el casto matrimonio
si lo bendice Dios.
¿Pero y si el diablo al mío

le echa su maldición?
Que se case quien quiera:
yo no me caso, no.

¡Ay, que de todo tiene
la viña del Señor!
Y ello es, que el susodicho
doctor no se casó.
Por si acaso me sale
calabaza el melón,
que se case quien quiera;
yo no me caso, no.

No bien se casa el hombre,
la libertad perdió;
y á ellas las hace libres
la santa bendición.
Reciben, entran, salen
sin riesgo y sin rubor,
y... cásese quien quiera;
yo no me caso, no.

Si es la mujer celosa,
¡qué mortificación!
Respirar no te deja
ni á la sombra ni al sol.
¿Y sabes si sus celos
son de orgullo ó de amor?
Que se case quien quiera;
yo no me caso, no.

Si infiel... ¡Ah! Los cabellos
se erizan... de terror;
¡y hay tantas de esa laya!
¡tantas conozco yo!...
Ellas ríen y gozan;
tú pierdes el honor...
que se case quien quiera;
yo no me caso, no.

Si al lujo se aficiona,
ó á ser *ciervo* de Dios
te expones, ó la casa
te echa por el balcón.
¿Sí? pues, amigo mío,
aquí para inter nos,
que se case quien quiera;
yo no me caso, no.

Mas doy que humilde sea,
que sea casta doy,
¿y si te encuentras luego
con que come por dos?
¿Y si te sale puerca?
¡Cielos! Eso es peor;
que se case un demonio;
yo no me caso, no.

Si en casa te la dejas,
la hostiga un seductor;
si al Prado la conduces,
¡qué posma, qué cabrón!
Si al baile, te la soban;
si á las máscaras, ¡oh!
que se case quien quiera;
yo no me caso, no.

Y todo esto no es nada,
que aún falta lo mejor.
Falta el primito alférez,
que con ella creció:
falta la suegra adusta;
falta el cuñado hambrón.
¡Ah! cásese quien quiera;
yo no me caso, no.

Luego el preñado viene...
¡Ay, Virgen de la O!

Y el parto, y con el parto
el zafio comadrón;
y la voraz nodriza...
¡Basta! ¡No más! ¡Qué horror!
que se case quien quiera;
yo no me caso, no.

Todo el mundo sabe, y yo no ignoro, que los poetas, y áun menos los poetas cómicos y satíricos, no son responsables de lo que ponen en boca de sus personajes: las letrillas y romances no son profesiones de fé, pero sin embargo, hay que distinguir entre el trozo de poesía más ó menos largo, que se inventa para dibujar, por decirlo así, una situación dada ó un personaje escénico, y el que un autor, sin exigencia ni necesidad alguna del arte, produce espontáneamente en tiempo y ocasión absolutamente libres. Por estas razones, pues, y por otras que yo me sé, la letrilla precedente acredita que en aquella época Bretón no pensaba en casarse. No en manera alguna, que tuviese inquebrantable vocación al celibato; antes bien, estaba dispuesto á abandonarlo, cuando hallase una compañera que respondiese al ideal que él se había formado de la esposa, y sobre todo de *su* esposa.

Cómo era este ideal, nos lo tenía dicho en la comedia *Me voy de Madrid*, que dos años antes había dado á las tablas; importante trasunto de su carácter y testimonio de su vida.

Hay en la tal comedia dos damas: una, Manuela, soltera, y si no con grandes vicios, que no creía Bretón propios para la comedia, al menos con los defectos que en aquel tiempo más abundaban, y que á él le eran más antipáticos; marisabidilla, romántica, algo coqueta; la otra, Tomasa, casada, con todas las cualidades que nuestro poeta buscaba en la compañera de su vida; ahora veremos cuáles eran. Un mismo galán, aquel que suponían que el autor había querido anatematizar y arrojar de Madrid, galanteaba á ambas para casarse con la una y para seducir á la otra. La escena es magistral, como muestra del poeta y como documento psicológico del hombre. Oigámosle [1]:

MANUELA. Yo no soy
para una vida tan sosa,
tan monótona...
TOMASA. ¿Qué dices?
¿Pues qué hemos de hacer nosotras
si no arreglar nuestras casas?
Si las mujeres no toman
á su cargo esos cuidados
que á tí tanto te incomodan,
¿en qué quieres tú ocuparlas?
¿En la milicia, en la toga?
¿En cazar por esos montes,
y en remar por esas olas?
MANUELA. ¿Y por qué no? Si leyeras
en las antiguas historias,
las proezas te asombraran

1 Acto 1.°, escena 9.ª

de las fuertes amazonas
de aquella Pentesilea,
que allá en el sitio de Troya...
¿Verdad, D. Joaquín?

JOAQUÍN. Sí, es cierto.
(Entre dos fuegos ahora.)

TOMASA. Sin duda la educación
de esas mujeres heróicas,
sería muy diferente
de la que hoy rige en Europa.
Pero tú... ¿De cuándo acá?
Manolita... Eras muy otra
dos meses hace. En mi ausencia
te has trasformado.

MANUELA. ¡Oh! la aurora
de un nuevo sér ha brillado
para mí. La piedra tosca
de mi antiguo natural,
tomó la sublime forma...
Explique usted, D. Joaquín,
los grandes prodigios que obra
la emancipación mental.

TOMASA. ¡Qué lenguaje! Estoy absorta...

MANUELA. En una palabra, soy
romántica.

TOMASA. Deja bromas.
¿Qué romántica, ni qué?...
¡Si tú no has nacido en Roma!

MANUELA. No, mujer. Tú no comprendes...
Pero abra usted esa boca,
D. Joaquín: explique usted...

D. JOAQUÍN. Es inútil. La señora
gusta del *statu quo*
y hacerla entrar en la norma...

MANUELA. ¡Norma! ¡Sublime mujer!

TOMASA. Mucho me gusta esa ópera.

MANUELA. ¡Con qué placer fuera yo
gran sacerdotisa!

TOMASA. (Boba.)

MANUELA. Si el cielo me ha condenado

á existencia tan penosa,
tan oscura, tan servil,
¿por qué en mi pecho no ahoga
la susceptibilidad?
¿Lo he dicho bien?

D. JOAQUÍN. Sí, señora.

MANUELA. ¿La palpitante energía
que me consume?

TOMASA. ¿Estás loca?
Yo creo que estas ideas
sublimadas no son propias
de un sexo débil, amante,
apacible. Con las tocas
mal se avienen varoniles
arranques. No es tan odiosa
la suerte de la mujer
en un país donde goza
de racional libertad,
porque los hombres blasonan
de muy galantes... ¡Parece
que estás en Constantinopla!
Y tú que no eres Duquesa...
yo no sé adular. Perdona.
¿Por qué temes degradarte
haciendo lo que hacen otras
no de peor condición
que tú? Para mí la joya
que, después de la virtud,
más á la mujer adorna,
es ser mujer de su casa.
Tengo rentas que me sobran
para dejarme servir,
y sólo pensar en modas
y en placeres; pero soy
por afición hacendosa,
y por placer... y por cálculo:
porque de esas que abandonan
los domésticos deberes,
dice el vulgo tales cosas...
Y no basta ser honradas

cuando el vulgo no nos honra.

D. JOAQUÍN. *(En voz baja.)* ¡Bien! ¡Divina!

MANUELA. ¿Conque quieres
reducirme á ser fregona?

TOMASA. No, amiga mía. No es esa
tu condición; pero á todas
nos está bien el mirar
por la hacienda mucha ó poca;
nunca estoy yo más ufana
que repasando la ropa,
ordenando la despensa,
cuidando de que la alcoba
se ventile, reprendiendo
á criadas remolonas;
tomando la cuenta al mozo;
despidiéndole, si roba...

MANUELA. ¡Santo Dios! Eso es vivir...
¡Qué se yo!... Vivir en prosa.
¡Oh clásica servidumbre!
¡Y hay mujer que la soporta!

D. JOAQUÍN. *(A Manuela en voz baja.)*
Bien dicho.

TOMASA. A mí me daría
vergüenza de estarme ociosa,
reclinada en un sofá,
y oyendo necias lisonjas
de almibarados galanes,
ó echándola de doctora
en política, y leyendo
con comentarios y glosas
El Catalán, *El Vapor*,
y La Revista Española,
y El Manifiesto de Cádiz,
y La Proclama de Córdova;
yo siempre me ocupo en algo:
ya plancho una camisola
sólo por avergonzar
con ella á mi planchadora;
ya bordo... y si es necesario
cojo también una escoba;

muevo yo misma un colchón,
doy un vistazo á la olla...

MANUELA. Calla, mujer... Si no callas,
me va á dar una congoja.

TOMASA. ¡Es posible!

MANUELA. Y yo que anoche
estuve en *Lucrecia Borgia:*
quiero decir, en el drama
que de este modo se nombra.
¡Aquella sí que es mujer!
No porque yo me proponga
imitarla en sus maldades;
pero ¡qué alma tan hidrópica
de agitaciones sublimes!

D. JOAQUÍN. (¡Y que quiera yo á esta tonta!)

TOMASA. Apuesto á que esa mujer
no hacía punto de blonda,
ni supo en toda su vida
cómo se hace una compota.

MANUELA. ¡Ay! ¡Por Dios! ¿Quieres matarme?
Ya se ve, como vosotras
las clásicas no sentís,
ni tenéis nervios.

TOMASA. ¿Te enojas?
Yo lo siento: mi franqueza...
¡Ah! ¡Qué pícara memoria!
Ustedes comen en casa:
no gusto de ceremonias,
pero sí de regalar
á los amigos que me honran.
Hay un plato que te agrada,
y ese lo he de hacer yo sola
si ha de salir á mi gusto.
Me lo enseñó la priora
de la Encarnación... Adios.

MANUELA. ¡Guisar también! ¡Ah!

TOMASA. ¿Qué importa?
Hasta luego... Que no tardes.

En la escena siguiente la romántica Manue-

la reconviene á su novio ó pretendiente el libertino D. Joaquín, porque no había tomado su defensa, y le contesta éste:

D. Joaquín. No es ella de nuestra masa.
¿Y que ha de entender de amor
mujer que tiene valor
para llamarse Tomasa?

Extraña coincidencia. Tomasa se llamaba una señora, que á la sazón no conocía Bretón, y que en el año á que hemos llegado, es decir, 1837, había de unirse á él, reuniendo, entre otras virtudes, las calidades con que el autor dramático había adornado á la dama de su comedia en 1835. Poco después, por lo tanto, de publicar la letrilla que hemos copiado, y cuando ya había escrito *Me voy de Madrid*, resolvió dejar el celibato. No tardó en dar parte de su nueva resolución á la familiar y doméstica musa que le inspiraba, y por la letrilla inserta en *La Abeja* de 7 de Junio de 1835, vino el público en conocimiento de su proyecto de próximas bodas. He aquí la

LETRILLA.

Harto estoy, viven los cielos,
de andar á salto de mata:
aunque dé con una ingrata,
y más que rabie de celos,
y haga en Madrid el payaso;

esto es hecho: *yo me caso.*
Se me atreve la fregona;
me calumnia la tendera;
me roba la lavandera;
me cuida mal la patrona,
y eso que nada le taso.
Está visto: *yo me easo.*
No hay gozo para un soltero;
sin afán, sin inquietud;
hoy naufraga su salud,
y mañana su dinero:
y pues ya de niño paso,
decidido estoy... *me caso.*
Si soy después de las bodas
lo que otros... ¡cómo ha de ser!
Me engañará una mujer;
pero ahora me engañan todas.
¡Ah! quiero apurar el vaso
de una vez; ea, *me caso.*
No me la echará de monja,
al menos, mujer ya mía:
ni estudiaré noche y día
frases de necia lisonja,
suspiros de Garcilaso:
¡nada, nada! *Yo me caso.*
¿No es mejor con mi consorte
dormir, como Dios lo manda,
entre sábanas de Holanda,
sin temor al Sur ni al Norte,
que pasar la noche al raso
por una... ¡Zape! *Me caso.*
Mas me dicen los vecinos:
¿y el hijo, que ensucia y llora?
¡Qué! no estoy lidiando ahora
con un ciento de sobrinos,
que devoran cuanto amaso?
¡No más sobrinos! *Me caso.*

No me pesa haberme extendido algún tanto

en tales coplas, porque Bretón dió tanta importancia á estas letrillas, que no contento de haberlas dado al público en periódicos el año 35, y de haberlas insertado en dos ediciones de sus obras, las puso inocentemente, citándose á sí propio en boca de dos personajes dramáticos en su comedia *Cuando de cincuenta pases*, representada en el teatro del Príncipe en 1864; y por otra parte, tales composiciones, no sólo son importantes para la biografía de nuestro poeta, sino que muestran clara y elocuentemente la sociedad en que vivía, y cuyas costumbres, lenguaje y caracteres retrataba, no sólo con maestría, sino con íntimo placer.

Al cabo verificóse el matrimonio de nuestro poeta con la señora Doña Tomasa Andrés, hija de un acreditado profesor de Medicina de esta corte, el día 23 de Junio de aquel año de 1837. Vivían á la sazón sus padres en la calle de la Cruz, núm. 14, y dióles la bendición nupcial el insigne poeta D. Juan Nicasio Gallego, juez del tribunal de la Rota. Yo tuve la honra de ser su padrino, como lo había sido en la Academia; y entre los pocos que asistieron á la boda, se contaba D. Ventura de la Vega, compañero y amigo del festivo y fácil poeta.

Me duele en verdad no recordar los correc-

tos y sentidos brindis con que Vega felicitó al nuevo esposo, y alguno con que Bretón contestó: ellos bastarían para manifestar la diferencia que existía entre el autor de *El Hombre de mundo* y el de la *Marcela*. El estro de éste corría fácil y abundante, pero turbio; lleno de flores, pero asímismo de otros *detritus*, como arroyo que serpea por inclinado valle. El otro fluía lentamente cristalino y depurado, como agua destilada en precioso filtro.

A decir verdad, Bretón no estuvo en aquella ocasión tan expansivo y decidor como á la sazón acostumbraba á aparecer en convites familiares. ¿La emoción le embargaba? ¿La Academia, el amor, el matrimonio comenzaban á modificarle? Me acuerdo únicamente de una décima de Gallego, que por ser de él, y por no haber aparecido nunca impresa, me atrevo á reproducir. Había brindado ya el respetable padre de la novia: creo que yo mismo había, como padrino, pagado mi tributo de afecto, ya que no de ingenio: Bretón, según digo, se mostraba más conmovido que inspirado; y como suplicaran todos á Gallego que le diese ejemplo brindando, el insigne lírico se levantó y dijo:

Ir con versos á Bretón,
fuera no menor demencia
que ir con chufas á Valencia

ó llevar cal á Morón;
mas por distinta razón
desmayo y no me propaso;
que no quiero en este caso
juntar con profano celo,
las bendiciones del cielo
con los chistes del Parnaso.

NOTA. Las comedias que Bretón dió á las tablas desde fines de 1835, en que escribió *Los hijos de Eduardo*, y los juguetes de aquella Navidad hasta fin de 37, son:

Me voy de Madrid, de que ya se ha hablado; original: 21 Diciembre 1835.

El espía sin saberlo, traducción: 27 Abril 1836.

La redacción de un periódico, de que se ha hablado; original: 5 Julio 1836.

El desertor y el diablo, traducción: 28 Setiembre 1836.

El amigo mártir, de que se ha hablado; original: 1.º Octubre 1836.

La improvisación, original; 30 Enero 1837.

Una de tantas, original; 2 Marzo 1837.

Muérete y verás, original: 26 Abril 1837.

La primera lección de amor, traducción: 12 Julio 1837.

D. Fernando el Emplazado, de que se ha hablado; original: 30 Noviembre 1837.

Medidas extraordinarias, original: 24 Diciembre 1837.

CAPÍTULO XXII.

MÁS MUDANZAS.—CATALINA HOWARD Y «MUÉRETE Y VERÁS,» APOGEO Y TRIUNFO DE BRETÓN.

(1836 Y 1837.)

Si se computaran los años por los sucesos, y no por los meses que contienen, el que pasó Bretón de novio desde Junio de 1836 hasta igual mes de 1837, contaría en su vida por más de doble, porque en él no sólo, como dicen los marinos, montó el cabo cuarenta; no sólo, según queda también referido, trocó la casa de pupilos por el hogar conyugal, y el Parnasillo por la Academia española, sino que realizó otras dos mudanzas importantes en su carrera política y literaria. Desde tiempos atrás, en Marzo de 1834, por nombramiento del Ministro D. Javier de Burgos, ocupaba un puesto en la Subdelegación de Fomento de la provincia de Madrid; le habían mantenido en aquel Gobierno Civil sus amigos particulares Viluma y Olózaga, hombres eminentemente

políticos; ocupaba un puesto político también, y por tanto antipático á su complexión é inclinaciones: ahora por decreto de un su colega en la literatura, hombre esencialmente literario, el autor de *D. Alvaro*, pasó á empleo literario también, siendo nombrado Bibliotecario segundo de la Biblioteca Nacional (18 Julio 1836), suceso que él y los suyos celebraron con banquetes y versos. He aquí unos:

En la escasez del Erario,
ved si la Reina es discreta,
le da por premio á un poeta
biblioteca y monetario.

Porque en efecto, este departamento, unido á la sazón á la Biblioteca pública, fué el que le tocó presidir.

Pero el más importante suceso, desde nuestro punto de vista, que ocurrió en aquel período de su vida, fué la trasformación, ó por lo menos la esencial modificación de su dogma dramático.

No en vano había visto la invasión romántica; y no con las manos vacías volvió de sus excursiones al campo del sentimentalismo. Adquirió en él la convicción (si no permanente por lo menos eficaz) de que era necesario dar á la política mayor intervención en los asuntos dramáticos, no por ser *política*, sino por

ser la preocupación dominante en la sociedad contemporánea; que su influjo en la fábula no debía limitarse á ser accidental, dando meramente color y fisonomía á determinados caracteres como á D. Fulgencio en *La casa de huéspedes*, ó á D. Fructuoso en *Me voy de Madrid*, sino que podía y áun debía ser el principal resorte de dramas concebidos ó copiados en una sociedad esencial y apasionadamente agitada por aquella pasión. Vió además que si las grandes bellezas de lenguaje, las maravillas de versificación entretenían y deleitaban al público; éste exigía, ó por lo menos, agradecía aún más que se penetrase hasta su corazón con la pintura de afectos tiernos, de pasiones verdaderas, de gozos ó penas semejantes á los que cada cual encuentra en su vida real. Esto se halla como indicado en la lindísima pieza *Ella es él*, y admirablemente esplanado en la comedia *Muérete y verás*, que es la manifestación de aquella nueva convicción del autor de *Marcela;* y en mi juicio, y en el de muchos más autorizados que yo, una de las obras más perfectas del fecundo dramático. *Muérete,* y si revives ó resucitas, *verás* amarguísimos desengaños.

Bizarra coincidencia. Los dos mayores dramáticos de la época, Dumas y Bretón, tratan este mismo asunto; el uno coloca la acción siglos atrás, el otro en nuestros días: aquél en

Londres, éste en Zaragoza: el primero en la forma, según dice, *extrahistórica*, el otro en la de costumbres familiares: el francés en prosa, el español en galanísima versificación.

Lo mismo el noble lord Ethelwood, marqués de Derby, par de Inglaterra; que el honrado D. Pablo, oficial de la milicia de Zaragoza, por vicisitudes políticas del tiempo en que cada cual vive, arriesgan la vida, y en efecto pasan por muertos. Llega para ambos el día de las alabanzas áun en boca de sus émulos: de Ethelwood dicen los suyos entregando al Rey la llave de su sepulcro: *Elle a separé hier pour toujours, du monde des vivans l'un des plus nobles cœurs qui aient jamais battu dans une poitrine anglaise* [1]: y de D. Pablo dicen, saliendo del funeral: *Mi lengua siempre elogiará á D. Pablo. ¡Qué talento aquel! ¡Qué amena conversación, qué donaire, qué nobleza de sentimientos* [2]! La amante del noble Lord y la enamorada del patriota aragonés, se explican en los mismos términos una que otra; y cuando los dos redivivos vuelven á la escena, pueden formular el argumento de ambos dramas con las palabras que Dumas pone en boca de Ethelwood.

«Había dos mujeres: la una á quien yo no

1 Acto 3.º, escena 2.ª

2 Acto 3.º, escena 4.ª

»amaba y de quien era yo amado; ésta se lla»maba Margarita; la otra, á quien yo amaba, »y por quien no era amado; ésta se llamaba »Catalina. Estas dos mujeres han cambiado sus »papeles: la que debía acordarse de mí, me »ha olvidado, y la que debía olvidarme, se ha »acordado... de tal manera, que al abrir yo los »ojos, he encontrado junto á mi sepulcro la »una mujer en vez de la otra, y nada más: »voilà tout» [1].

Sustitúyanse los nombres de *Margarita* y *Catalina* del drama francés con los de *Isabel* y *Jacinta* del español; y el *sepulcro* en que estuvo Ethelwood por el catafalco erigido en sufragio de D. Pablo, y la situación es idéntica.

Una vez vueltos á la vida los desengañados amantes, ambos parece como que se entretienen en dar sustos á sus infieles amadas. La figura terrible de Ethelwood es la encarnación del remordimiento, la personificación de la conciencia de Catalina: y la voluble Jacinta al ver á Pablo exclama:

La imagen de mi conciencia
veo en su rostro fatal [2].

Dumas ha puesto nombres á sus cinco actos:

1 Acto 3.°, escena 6.ª
2 Acto 4.°, escena 9.ª

1.° Sir John Scott de Thirlstane. 2.° Ethelwood. 3.° Enrique VIII. 4.° El Conde de Sussex. 5.° Catalina Howard.—Bretón bautiza también sus jornadas: 1.ª La despedida. 2.ª La muerte. 3.ª El entierro. 4.ª La resurrección.

Sin embargo, aunque sea el mismo el asunto de uno y otro cuadro, é igual el número, la edad, y el afecto de los personajes, el ademán de cada grupo es tan diverso, y tan distintas las épocas y las gerarquías, como si dijésemos el dibujo y el colorido, que es desrazonable toda comparación entre uno y otro pintor. Con todo, en caso de hacerla, tengo por cierto que no había de resultar en perjuicio del ingenio español.

Dumas no confronta nunca á las dos damas rivales, quizá no se atreve; quizá no convenía á la marcha y desarrollo de su acción; sea como quiera, Bretón las pone frente á frente, y no sólo sale triunfante en esta difícil prueba, sino que es en mi entender una de las más bellas escenas de su copioso repertorio.

Veámosla, y admiraremos la belleza y verdad con que están dibujados los dos caracteres: la olvidadiza y versátil Jacinta, la reservada y amante Isabel. (Acto 3.°, escena 14.)

JACINTA. ¡Tú, Isabel, llorando así!
Me admira tu amargo duelo,
¿habrá de darte consuelo

quien lo esperaba de tí?

ISABEL. Viendo en mi frente la pena,
dices que admirada estás...
Yo debo admirarme más
de ver la tuya serena.

JACINTA. ¡Ah! que es mucha mi aflicción,
aunque ves mi rostro enjuto.

ISABEL. Cuando en el rostro no hay luto
no hay pena en el corazón.

JACINTA. Sabe el cielo...

ISABEL. Sabe el cielo
que en desesperado amor
no es verdadero dolor,
dolor que pide consuelo.
No hipócrita al cielo implores.
¡Aún el cuerpo no está frío
del que te dió su albedrío,
y de otro escuchas amores!

JACINTA. Siempre me amó D. Matías;
y aunque en tan mala ocasión
me recuerda su pasión,
yo no sé hacer groserías.
No es culpa mía, Isabel,
que ese muchacho me quiera,
ni porque Pablo se muera
he de enterrarme con él.
Yo le amé mientras vivió;
si el cielo cortó sus días,
y no ha muerto D. Matías,
¿puedo remediarlo yo?
No es decir que esté dispuesta
á admitir amante nuevo,
aunque en justicia no debo
darle una mala respuesta.
D. Pablo, que era su amigo,
le dijo, que si él moría,
y yo en ello consentía,
se desposase conmigo.
Harto en mi dolor demuestro,

cuán de veras he sentido
que se haya ¡ay de mí! cumplido
aquel presagio siniestro;
más yo ahora te pregunto:
si al otro llego á querer,
¿hago más que obedecer
la voluntad del difunto?

ISABEL. ¿Su voluntad? ¡Impostura!
¡Maldad! Quien de veras ama,
con el amor que le inflama,
desciende á la sepultura.
Si el pago que tú le das,
sabido hubiera al morir,
pudiérate maldecir;
pero ¿olvidarte? ¡Jamás!
¡Así tu lengua le infama!
¿Qué amante, si de este nombre
es merecedor, á otro hombre
deja en herencia su dama?
No, que es la dulce mitad
de su alma, y en la agonía
tras sí llevarla querría
á la inmensa eternidad.

JACINTA. Tanta exaltación me asombra
y tan extraña amargura;
¿le amabas tú por ventura,
que así defiendes su sombra?

ISABEL. Le amaba... ¿Qué digo? Le amo,
le idolatro todavía,
y él sólo me arrancaría
las lágrimas que derramo.
Él ignoró mi tormento.
¡Triste ley de la mujer!
y ni aún pude merecer
cortés agradecimiento.
Ahora, sin rubor quebranto
del silencio la cadena,
¡ahora que la dicha ajena
not urbaré con mi llanto!

Ya no temo adversa suerte,
ni rivales, ni baldón.
Sagrada es ya mi pasión.
¡La divinizó la muerte!

JACINTA. ¿Tú le amabas, Isabel?
Absorta me dejas.

ISABEL. ¡Cielos!
Sin esperanza... con celos,
¿hay suplicio más cruel?
Y otra vez lo sufriría,
aunque penando muriera,
porque á la vida volviera
el dueño del alma mía.
Yo infeliz no borraré
su imagen de mi memoria;
y tú que fuiste su gloria,
¡le guardas tan poca fé!

JACINTA. Deja ya reconvenciones.
No porque celos te dí
te quieras vengar de mí
con importunos sermones.

ISABEL. ¡Jacinta!

JACINTA. ¡Calla por Dios!
Amar sin consuelo, es duro;
más también es fuerte apuro
el verse amada por dos.
Mujeres hay más de diez,
que á dos suelen contentar;
pero yo no puedo amar
más que uno solo á la vez.
Pues basta con un esposo,
querer á dos es punible;
pero mi pecho es sensible...
y no puede estar ocioso.
Iguales galanterías
debí á los dos de que te hablo;
más mientras vivió D. Pablo,
no quise yo á D. Matías.
¿Y no será un desacierto

si ahora de amarle me privo,
matar sin piedad al vivo,
porque no se ofenda el muerto?
Su especial filosofía
cada cual tiene en secreto,
y pues la tuya respeto
déjame en paz con la mía.

Con semejante desenfado la ingrata Jacinta deja á su hermana en la escena, suspensa, indignada y llorosa. En *El Español* del 4 de Mayo de 1837, decía su ilustre crítico hablando de este diálogo, «que es superior á todo »elogio: no nos acordamos, añade, de haber »oido versos tan bellos en el teatro moderno, »como no sean los del precioso drama titulado »*Los amantes de Teruel.*»

Isabel termina el acto con esta admirable redondilla, digna de Calderón, y que vale ella sola por un acto de Catalina Howard:

ISABEL. ¡Alma á quien el alma dí,
si á las dos nos escuchaste;
mira á que mujer amaste!
¡Júzgala y júzgame á mí!

Y en efecto, Pablo como Ethelwood, vuelven á la escena para juzgar á sus respectivas amadas: el implacable inglés para acusar á Catalina y degollarla por su mano en el patíbulo: el generoso español para unirse á la constante Isabel, abandonando á la voluble Jacin-

ta á los brazos de su no muy fiel amigo (tal para cual) y

Nada de rencor, Matías;
querer á una dama hermosa
más que á un fiel amigo, es cosa
que se ve todos los días.
Siempre amor en tal pelea
ha de triunfar; esto es cierto;
y más si el amigo ha muerto
y la dama pestañea.
Yo la quise, tú la quieres,
tuya debe ser la bella,
que yo he muerto para ella
y tú por ella te mueres.
Ni á tí, Jacinta del alma,
culparé. ¿Con qué derecho
pidiera yo á tu despecho
una tumba y una palma?
Se olvida al galán más pulcro,
vivo, lozano, fornido,
¿y no ha de echarse en olvido
al que yace en el sepulcro?
El amor en nuestros días
como el Fénix se renueva,
que ya no hay almas á prueba
de balas y pulmonías.
Yo te creía más firme;
mas si otro me reemplazó,
la culpa me tengo yo:
¿quién me mandaba morirme?

Y luego al fin de la comedia:

El mundo es un estremés,
D. Pablo.—Es cierto.—Así es;
para aprender á vivir

no hay cosa como morir
y resucitar después 1.

Convengamos en que esta lección es más moral, y sobre todo más útil, más aplicable, que la del pavoroso drama de Dumas. Castíguese con el desprecio á la mujer cuyo corazón *no puede estar ocioso;* y el amigo, que no respeta la dama de su amigo, harto tormento recibirá con la mano de quien tan fácilmente ama y olvida. ¿Dónde iríamos á parar si la versatilidad femenil para ser punible hubiese de llegar hasta enterrar vivos á los amantes, á quienes quisiese dar reemplazo? ¿Ó si los abandonados galanes, para desquitarse, tuviesen que sentar plaza de verdugos?

En mi entender, esta comedia señala el apogeo del estro dramático de nuestro autor. Riqueza y pureza de lenguaje, gracia, facilidad y armonía en la versificación, verdad y contrastes en los caracteres, viveza y donaire en el diálogo, vis cómica irresistible, buena y económica distribución de efectos escénicos, rapidez y verosimilitud en la acción y en el desenlace, las dotes, en fin, en que abundan las comedias de Bretón, brillan con mayor esplendor en ésta. Al par que ellas, alcanza profundidad no frecuente en el pensamiento car-

1 Escena última.

dinal, y sensibilidad verdadera é inusitada en los afectos. Por carecer de lo primero, no tuvieron buen éxito *Me voy de Madrid* y *la Redacción de un periódico*. Por faltarle lo segundo, no llega en mi entender *Todo es farsa en este mundo* á tan alto grado de perfección, y eso que contiene bellezas de primer orden: sólo el verso *no hay patria para un cesante*, que ha quedado en proverbio, vale por una comedia entera.

Son políticas todas estas; inspiradas y reclamadas por la sociedad moderna, y el público supo apreciar las nuevas calidades que el autor mostraba, y el tributo que pagaba á su gusto dominante en *Muérete y verás*, llamando á las tablas por primera vez al veterano poeta, que tantas horas de risa y de placer le había ya procurado. Demostración ésta de hacer comparecer al autor, que se había introducido un año antes en obsequio de García Gutiérrez en la primera representación del *Trovador* el 1.° de Marzo de 1836.

CAPÍTULO XXIII.

INFLUJO DE LA POLÍTICA EN BRETÓN Y SU TEATRO.

(1837 Y 1838.)

Ni fueron sólo domésticas y literarias las novedades, que en el ánimo y la vida de nuestro autor introdujeron las cosas políticas de 1836 y 37, la caida del Estatuto, el motín de la Granja, la proclamación del código de 1812, y el cambio de tantos ministerios, que llevó al poder, como ya hemos dicho, ora la influencia del Duque de Rivas, ora la de Viluma, ora la de Olózaga, la disolución en fin de las Cortes del Estatuto, y la convocación de otras y otras.

En esta sola ocasión, bien que efímeramente, vemos á nuestro autor inclinarse á la vida pública y á las luchas electorales: así es, que me escribía desde Madrid en 5 de Setiembre de 1837: «Mi querido padrino: Con la apreciable de V. he recibido la satisfactoria noticia »de haber desaparecido la desagradable causa

»de su viaje (una enfermedad) y la para mí »nada grata, de que piensa V. prolongarlo »por un mes. Ya que me prive ese tiempo más »de su amable compañía, no fuera malo que »lo emplease V. en trabajar para que las elec»ciones de ese país (Valencia) salgan como la »gente honrada desea; ¡y ojalá vuelva V. por »acá con la noble investidura de Diputado! »Algunos parientes y amigos (entre ellos qui»zá Olózaga) de mi tierra, se proponen favore»cerme con sus votos, y valga lo que valiere, »*yo no rehuso la candidatura*, porque creo de»ber hacer este sacrificio más (si lo es) por la »buena causa. Ya sabe V. que á nuestro pobre »Vega le ha dejado en la calle el nuevo minis»tro de la Gobernación [1], cuyas doctrinas son »bien conocidas.

»Los partidos bullen y se agitan para triun»far en las elecciones. Parece que el de la le»galidad no se descuida, y hay esperanzas de »que salgan buenas.»

Sin engolfarnos más en la narración de la política militante, basta lo copiado para dar noticia de la *única tentación* de éste género, que padeció el autor de *Muérete y verás*. Con añadir que no fué elegido, podremos volver al te-

1 D. Diego González Alonso, Ministro de la Gobernación desde 23 Agosto hasta 1.° Octubre 1837.

rreno literario, y ver cómo en él influyó también el diablejo político.

Si la misión, como ahora se dice, ó el oficio, como antes se decía, de los escritores cómicos es retratar la sociedad de su tiempo con sus vicios y virtudes, sus personas y clases, sus creencias y preocupaciones, el impulso que las guía y el fin á que se encaminan, fácilmente se deduce que la política ha de ocupar gran lugar en la comedia moderna, trasunto de una sociedad y de una época, en que la política todo lo invade, dirige y trastorna. De aquí que el drama de esta clase haya aparecido en la literatura contemporánea, y alcanzado tanta boga á expensas de los demás; de modo, que si no se le puede clasificar de género nuevo, bien se puede afirmar que se ha apoderado de los tres antiguos, á saber: el de costumbres, el de carácter, y el de enredo. *Bertran et Raton* de Scribe, *La Popularité* de Delavigne, y otras muchas, son comedias de *costumbres políticas: Rabagas*, *Daniel Rauchat* de Sardou, son *caracteres políticos*; *Divorçons* y *le Panache*, aunque de menor importancia, son argumentos de enredo político.

Bretón ciudadano, empleado, periodista en medio de una revolución política y de una guerra civil, no podía sustraerse á semejante influjo, por más que lo resistiese su voluntad,

su razón, y casi estoy por decir su naturaleza, instintivamente refractaria al movimiento político; pero este, como el del globo terráqueo le llevaba, áun sin que él razonablemente lo conociera, ó físicamente lo sintiese: prueba de ello acabamos de tener en su dimisión de la candidatura para diputado por Logroño. Así es, que en sus comedias al principio usa de alusiones políticas por mero gracejo, quizá por lucir una rima difícil ó por emplear una alusión festiva: habla de las cosas públicas como de las pastillas de Majaderitos, ó de la epidemia de Rusia, ó de la manía filarmónica.

Andando los tiempos, ya emplea los colores y contornos políticos para marcar más y caracterizar mejor la fisonomía de un personaje, como en D. Fulgencio en *La casa de huéspedes* ó en D. Fructuoso en *Me voy de Madrid*. Bien que ya esta comedia por su personaje de D. Joaquín, como la del *Hombre pacífico* por el D. Benigno, cuyas figuras, por decirlo así, son retratos de cuerpo entero, pueden entrar en la categoría de las llamadas de *carácter*.

En otras de las que el mismo Bretón califica de políticas en el prólogo de sus obras, no entra tal elemento, sino como concausa auxiliar en la demostración de la tesis general. En *Todo es farsa en este mundo*, el liberalismo

versátil de D. Rufo, ni más ni menos que la supuesta importancia de D. Evaristo y el romántico amor de D. Faustino, son otras tantas ficciones para probar que, como dice el título, *Todo es farsa*. Otro tanto sucede en *Muérete y verás*, aunque pase la acción en la alarmada Zaragoza, en medio de las vicisitudes de la guerra civil, y entre sugetos vestidos de uniforme nacional; el hecho es, que el protagonista D. Pablo, pasando por muerto, ve, experimenta la versatilidad de su novia Jacinta, el fiel amor de su amante Isabel, la falsa amistad de su confidente D. Matías, el fingido dolor de su heredero D. Froilán, y no ve ni experimenta verdad ni desengaño alguno de orden político.

Otro tanto puede decirse de la lindísima comedia *La batelera de Pasajes*, cuya versificación admirable, cuyos caracteres verdaderos é interesantes, la colocan entre las primeras de nuestro poeta, y cuyos delicados y tiernos sentimientos la elevan del común nivel de las suyas, poniéndola al lado de la de *Muérete y verás*.

Como ella, se refiere á un episodio de la guerra carlista... pero así y todo no se la puede considerar (diga lo que quiera Bretón) como una comedia política.

Esto no se logra por el trage de los actores,

ó por el lugar de la escena, sino por la índole misma del asunto, por el sentimiento que se inspira ó la verdad que se demuestra.

En *El sí de las niñas* tenemos ya á D. Carlos de uniforme de teniente coronel; pues si además hubiese supuesto Moratín que su tío, el viejo D. Diego, fuese un teniente general veterano, y que Doña Irene fuese viuda de un brigadier, y que el criado Simón fuese un inválido asistente como es Calamocha, y que Doña Paquita, en vez de haberse educado en un convento, hubiese sido alumna del colegio de huérfanas de Aranjuez (suponiendo que existiese en la época á que se refiere la acción uno como el de la Legión de Honor), y que la comedia, en vez de pasar en una posada de Alcalá de Henares, aconteciese en los pabellones del Colegio militar de Segovia... habría poco que cambiar; pero hecha la modificación, el drama no por eso sería *militar*.

Nuestro Hartzenbusch, en su magnífico drama de *El mal apóstol y el buen ladrón*, poniendo en escena personajes casi evangélicos, no hace con todo un Auto Sacramental. Para lo uno como para lo otro es necesario: que el resorte principal de la fábula, su nudo, su espíritu, por decirlo así, sea político ó bélico ó teológico, que en el poema se inspire un sentimiento ó se demuestre un principio de semejante índole.

En *Bertrán et Ratón* se prueba que rara vez las revoluciones aprovechan á quien las hace. En la *Popularité* se demuestra que esta no sirve más que para ser en ocasión oportuna sacrificada al bien general, y al grito de su conciencia. Por el contrario, *Daniel Rochat* personifica al candidato y diputado, que sacrifica su propia conciencia á las exigencias de la populachería. *Rabagas*... es la encarnación del falso tribuno, que engaña al pueblo para satisfacer sus personales apetitos. *Divorçons* testifica que el divorcio civilmente obtenido, es un mal y una ridiculez. *Le Panache* saca á la vergüenza las intrigas electorales de lugar, y las necias alcaldadas de los gobernantes improvisados.

¿Por qué Bretón, que pone en escena todas las categorías políticas, no consigue tanto ni mucho menos? El honrado elector D. Benigno, el candidato D. Joaquín, el periodista D. Agustín, el diputado Almeida, el ministro Marqués... poco ó nada demuestran: ¿por qué?

Me atreveré á decirlo... porque para escribir dramas políticos es menester que sea político el autor, como para escribir Autos es menester ser teólogo, y Bretón (bien lo sabemos los que le conocimos), á pesar de su efímera candidatura, era refractario á la política, y huía de estudiarla y de profundizar en ella.

CAPÍTULO XXIV.

CONTINÚA EL MISMO ASUNTO.—«FLAQUEZAS MINISTERIALES.»—«EL HOMBRE PACÍFICO.»—«LA INDEPENDENCIA» Y OTRAS COMEDIAS QUE BRETÓN LLAMA POLÍTICAS.—CORONAS DE ESPINAS.

(1838.)

Y sin embargo, la maldita política influía en él y le movía y le molestaba como el movimiento de la nave influye en el pasagero, aunque no sea marino, y blasone de profano y áun de refractario á las cosas de mar. Influyó además en aquella ocasión en la administración teatral.

Apartóse de ella Grimaldi, gran partidario de la Reina Cristina, que había sido atropellada en la Granja. Terminaron, pues, á la vez (risa da decirlo) la Regencia verdadera, aunque no la aparente, de la Reina Madre, y la dictadura teatral provechosa del marido de Concepción Rodríguez. Una empresa particular, cuyo capitalista era Remisa, tomó el teatro, y se puso á su frente el hombre público y

economista, muy conocido tiempos adelante, D. Luis María Pastor. Organizóse para la admisión de las piezas dramáticas, un Comité de lectura compuesto de autores y actores, cuyas votaciones eran secretas é inapelables; y á este Comité presentó Bretón su comedia eminentemente política, *Flaquezas ministeriales*, sobre la cual me decía en 25 Setiembre de 1838: «Concluí la comedia que tenía entre manos y »con el título de *Flaquezas ministeriales*, y apro»bada *nemine discrepante* por el Comité, queda »en poder de la empresa para ser representada »cuando la llegue su turno, que será lo más »pronto, á fines de Octubre proximo» (lo fué en efecto el 26 del mismo mes). Antes (en 26 de Junio) me había escrito, y á eso alude el párrafo anterior: «Llevo ahora entre manos una »comedia en cinco actos de *costumbres políticas*, »ó si se quiere *ministeriales*, á la cual no he pues»to título todavía, porque no me satisface nin»guno de los que hasta ahora me han ocu»rrido.»

Tuvo, pues, propósito deliberado de pintar *costumbres políticas*, y á mi juicio hizo mal en buscar en la política (que no conocía ni estudiaba) el resorte principal, el motor único y fundamental asunto de dramas, como *Flaquezas ministeriales*, *El hombre pacífico* y *El Editor responsable*. El que titula *La Independencia*,

escrito en prosa, y privado por tanto del encanto que sabía dar á los diálogos en verso, tiene sin embargo caracteres más naturales é interesantes, algún más movimiento en la acción; pero no puede llamarse comedia política, por el mero hecho de que medie en el argumento el levantamiento de *Las Cabezas de San Juan*, y en el desenlace la jura de la Constitución por Fernando VII.

En casi todos estos dramas nuestro poeta, en lugar de recoger rosas y laureles, no obtuvo más que punzantes espinas. Las que más le lastimaban eran las críticas de los periódicos, quizá porque á la sazón le cojían de nuevas. Ya hemos extractado las que le dirigió por sus comedias *Me voy de Madrid* y *La redacción de un periódico*, su mismo amigo íntimo Pacheco en el diario que dirigía, y que contaba á Bretón como redactor. Veamos ahora cómo trataron los diarios de oposición aquellas comedias que más podían lisonjearles, porque censuran á los electores inactivos y á los ministros arbitrarios. He aquí lo que se escribía sobre la comedia *El hombre pacífico*.

Se lee en *El Eco de Comercio* de 17 de Abril de 1838: «No titubeamos en asegurar que es»ta es una de las pobres producciones de su »autor, el cual, si no tuviera otros títulos, »*como los tiene*, á la gloria escénica, se queda-

»ría muy bajo en el catálogo de nuestros dra»máticos.

»*El hombre pacífico* no es comedia, ni sainete, »ni nada; es un juguete escrito, sin saber en »qué acabará; es ponerse á escribir versos en »forma de diálogo, y cortar cuando se han es»crito tantos ó cuantos pliegos. Ni áun el tí»tulo nos parece propio, pues el hombre pací»fico más podría llamarse hombre interrumpi»do y contrariado que pacífico.»

Pues no está menos severo en el número de 31 de Octubre de aquel año con *Las flaquezas ministeriales*. «La comedia, dice, no es comedia, »sino una rica colección de diálogos y situa»ciones, con lo cual podría componerse una »comedia cuando más, de un par de actos... »He aquí su argumento:

»Un ministro que mantiene relaciones con »una que se titula condesa, y no lo es; pero que »á la sombra del título y de sus gracias, tiene »embaucado á S. E., y entre primos y contri»buyentes no deja empleo á vida. El ministro »Panarra conoce todos los inconvenientes de »ceder á las instancias de su Violante, y en »seguida hace todo cuanto le pide, cerrando »los ojos al qué dirán... Así le salió, porque »un jefe de policía, que anda, que bebe el »viento por *ministrar*, acoge y explota sus fla»quezas, que al fin dan con el ministro en tie-

»rra, valiéndose de una asonada, que él mis»mo manda improvisar, y de que se aprovecha »el jefe de los soplones ayudado por el clamor »de las viudas pensionistas, y por un voto de »censura, que todo se reune para dejar el pues»to vacante.» Pero á vueltas de estos defectos en la parte intrínseca del poema, en su parte extrínseca ¡qué inimitable galanura, qué gracia y riqueza en el decir, qué verdad, movimiento y vida en el dibujo de los caracteres, y cuánta riqueza de color en la castiza y fácil versificación!

Se quiere un retrato del ciudadano verdaderamente pacífico, pues oigamos cómo contesta á uno que le argüía porque

ese señor repugnaba
no há mucho, pertenecer
á la Milicia...

D. BENIGNO. Ya he dicho
que me exceptúa la ley.
Yo puedo amar á mi patria
y á Cristina y á Isabel,
sin dar que reir al pueblo,
en la guardia, en el retén,
con mis remos de galápago
y mi panza de tonel.
Pago mis contribuciones,
que no lo hacen más de seis;
si comercio, abono siempre
los derechos de arancel;
respeto á la autoridad;
de nadie recibo prest;
voto según mi conciencia;

no consagro en el papel
sentimientos filantrópicos,
que he de desmentir después:
ni voceo, ni conspiro;
pero no adulo al poder;
por la causa nacional
cualquier sacrificio haré;
pero despojar no puedo
de las canas á mi sien,
de la tos á mis pulmones,
ni de la gota á mis piés;
ni puedo volverme mozo
siendo ya Matusalén;
ni para ponerme flaco
me he de quedar sin comer [1].»

. . . .

Se quiere ver el contraste de este bien retratado personaje, pues oigamos en *El Editor responsable* á un joven cajista, á quien le preguntan *si hay asonada*, y él responde [2]:

MARTÍN. No: todo está
tranquilo, y harto me pesa;
que yo me chupo los dedos
cuando hay jarana y marea,
y patrullas, y tumulto,
y rebullicio, y se cierran
los almacenes, y tocan
á rebato, y desempiedran
las calles y...

CIUDADANO. Qué demonio
de chico.

MARTÍN. Entonces se huelga,
se tira el componedor,

1 *El Hombre pacífico:* escena 20.
2 Acto 2.º, escena 4.ª

se abandona la galera,
se confunde la glosilla
con la atanasia; se mezclan
las comas con los cuadrados,
los números con las letras;
se pierde el original,
no se corrigen las pruebas;
se corre en *abreviatura*
de la puerta á la escalera,
de la escalera á la calle,
y anda la marimorena,
y gima la redacción,
que harto ha gemido la prensa.

Ni es menos perfecto el siguiente retrato del empleado improvisado. Pretende Violante en la comedia de *Flaquezas ministeriales*, que den un empleo á cierto pariente suyo, y el ministro le pregunta [1]:

MARQUÉS. ¿En qué carrera?
VIOLANTE. ¡Qué diantre!
Si le dais un buen empleo,
y así... de cierto carácter.
No tengáis cuidado que él
sabrá salir adelante,
que teniendo subalternos,
en cuyos hombros descanse
el peso de los negocios,
y aprendiendo cuatro frases
de rutina expedientil;
poner decretos al margen,
firmar como en un barbecho,
quitar la vara á un alcalde,
imprimir una proclama

1 Acto 1.º, escena 7.ª

patriótica cada martes,
cobrar el sueldo corriente,
ir á la oficina tarde,
exigir el tratamiento
á porteros y oficiales,
y mandar sin ton ni son,
y no obedecer á nadie,
no es cosa del otro mundo;
eso cualquiera lo sabe.

En la comedia de *Flaquezas ministeriales*, entre el autor y los críticos se entabló gran litigio; los folletinistas escribían censuras; Bretón contestaba de palabra, diciendo que buena parte de los que aspiraban á ser jueces eran partes en el pleito. Desgraciadamente para Bretón, el público, tribunal en tales asuntos, si no infalible, inapelable, dió la razón á los críticos, y al caer el telón en *Flaquezas ministeriales*, no escaseó las desapacibles muestras de su fallo. La comedia representada el 26 de Octubre, no duró más que cuatro días, y hubo que reemplazarla el 30, con lo que se llama *un remedión*, es decir, una representación no anunciada, compuesta en aquel caso de las piececitas *El dómine consejero* y *Quiero ser cómico*, y de no sé cuáles y cuántos bailes nacionales.

Extendiendo más la vista, y tomando más en grande la medida, resulta que las comedias

propiamente políticas dieron las entradas siguientes:

Me voy de Madrid, 21 Diciembre de 1835: cuatro representaciones.

La redacción de un periódico, 5 Julio 1836: tres noches.

El hombre pacífico, 7 Abril 1838: dos noches.

Flaquezas ministeriales, 26 Octubre 1838: cuatro noches.

El Editor responsable, 3 Mayo 1842: seis funcionales.

La Independencia, 19 Enero 1844: tres noches.

No cuento expresamente *Todo es farsa en este mundo*, *Muérete y verás* y *La batelera de Pasajes*, porque en ellas la política no es el fin principal de la acción, ni de la enseñanza dramática. Total, veintidos representaciones; menos que una de sus comedias de costumbres poco aplaudidas.

CAPÍTULO XXV.

1.° DE OCTUBRE (1840).—«TOLE, TOLE.»—«LA PONCHADA.»

Ni fueron de esta especie sola los contratiempos y amarguras que la política descargó sobre nuestro autor: otros de índole diferente vinieron á su ánimo, poco dado al bullicio y á la lucha de los partidos. Uno de tales sucesos es necesario referir.

Sabida es por cuantos conozcan la historia de nuestras revoluciones modernas la que se realizó en 1.° de Setiembre de 1840, que puso fin á la regencia de María Cristina. Los que la ignoren, no han de venir á este libro á aprenderla, pero en resumen, se reduce á pocas palabras, y éstas necesarias para el asunto de que tratamos.

Terminada la primera guerra carlista por el convenio de Vergara, y apartado de la escena política el partido absolutista, quedaron frente á frente los dos bandos del liberal, el moderado y el progresista: el primero ocupaba el

poder, el segundo lo ambicionaba; ambos aguardaban ocasión en que darse batalla decisiva. Para ella suministró motivo ó pretexto la ley de Ayuntamientos, discutida y votada por las Cortes de 1840, contra la cual habían protestado las municipalidades y representado el general Espartero. La Reina Gobernadora la sancionó en 14 de Julio: y alzada en armas la milicia de Madrid el 1.º de Setiembre, y luego todas las de España, apoyadas por el Duque de la Victoria, tuvo al cabo que ceder la Reina Gobernadora embarcándose en Valencia para el extranjero, y dejando el poder al vencedor Espartero.

Entró éste triunfante en Madrid, y para festejarle, dispuso el Ayuntamiento funciones teatrales. En una de ellas, celebrada en el coliseo del Príncipe el 1.º de Octubre, se representó la pieza improvisada, según decían los carteles, por Bretón y Romea con el título de *La Ponchada*. Romea al siguiente día comunicó á los periódicos que no tenía más parte en ella que la de los brindis patrióticos con que termina. El teatro estaba iluminado y adornado con laureles; en el palco principal el retrato de la Reina niña y una gran inscripción: «1.º *de Setiembre*.» En los inmediatos se sentaron el Duque de la Victoria y el Ayuntamiento: en todas las localidades, repartidas por convite,

empleados recién nombrados, oficiales, milicianos y gentes de la situación vencedora.

Pero copiemos la relación de aquel hecho de un periódico del día siguiente: «La pieza »(*La Ponchada*), como todas las de su clase, »no tiene gran mérito literario. Su argumento »se reduce á un matrimonio dividido en opi»niones: el marido, carlista acérrimo, cree »que los preparativos para recibir al Duque de »la Victoria se hacen para la entrada de Don »Carlos, y áun en el momento de oir los vivas »y la algazara, como distinguiese confusamen»te un grito de viva *el héroe de Morella*, atribu»yendo á Cabrera este dictado, dispone, en ce»lebridad de acontecimiento tan fausto para »él, una *Ponchada*. Desengañado después por »su mujer, liberal de lo más neto, y por sus »mismos ojos convencido ya de su error, el »ponche sirve para un destacamento de nacio»nales, de los que están en la calle, y han su»bido á la casa á descansar invitados por el »ama de ella, los cuales brindan al invicto »Duque, á la milicia, á la Constitución, y á todo »lo demás que se les ocurre.

»La pieza está sembrada de alusiones, cuya »calificación no es de nuestra incumbencia. »Muy luego de empezarse la representación, »se notaron señaladas muestras de disgusto, »que tomando por instantes mayor movimien-

»to, terminaron por voces y silbidos horroro»sos. El ruido que hacía el público no dejaba »oir á los actores, llegando hasta el extremo »de gritar algunos que no se concluyese. Cal»mada un tanto la borrasca, y no sabemos si »áun antes del momento oportuno, se cantó »el himno del Sr. Carnicer, que puso á la fies»ta fin, no sin que después hubiese grandes »grupos de gente en la puerta, discurriendo »cada cual á su modo sobre el suceso. Tal ha »sido el éxito de la más infeliz *Ponchada* de »cuantas hemos visto en nuestra vida [1].»

Mientras esto pasaba en el teatro y en la calle; mientras en las puertas los grupos *discurrían cada cual á su modo sobre el suceso*, gentes de buena fé intimidadas, otras malignas y algún estafador, se acercaban al pobre Bretón entre bastidores y le traían alarmantes noticias de los tales grupos. «Que quieren venir: que van á asaltar el tablado: que aguardan á la puerta al autor para arrastrarlo.» Y en tanto le hacían correr de vestuario en vestuario, y de callejón en callejón: uno le pide un duro, otro le encasqueta un morrión, otro le fuerza á disfrazarse con su capote nacional. ¿Pero cuál es el crimen, la falta, la imprudencia que

1 *El Cotidiano*, diario de anuncios de instrucción y recreo, número 3, sábado 3 de Octubre de 1840.

tan severa corrección merecía? La comedia está impresa, y cierto que no es un gran florón de la corona dramática de nuestro poeta, pero menos aún parece que sea un desacato ni una herejía política.

El Eco de Comercio, periódico progresista constante y acreditado, no le acusa más que de que *sacase á relucir informalidades en el modo de llenar el servicio, que están exageradas y cargadas de ridículo*. Pecado levísimo es éste, si se compara con los burlescos *Veaudevilles* que en el Palais Royal, en Varieté y en todos los teatros de París se ponen en escena, sacando á las tablas á los beneméritos ciudadanos armados.

Pero no hay para que nos cansemos en defensas y comentarios. El mismo *Eco de Comercio* da la clave del motivo, que no es literario ni político, *sino personal*; *la culpa*, dice, *es el no haber encomendado la composición del drama á persona poseida del espíritu dominante y mancomunada con el alzamiento, que hubiese hablado en el sentido popular de abundancia de corazón*.

Pero el caso es que este *Eco del Comercio* no lo era en aquella ocasión ni de *los grupos que discurrían en la puerta*, ni de los que recordaban las letrillas políticas de Bretón en *La Abeja*, ni quizá de los que codiciaban su puesto.

Otro *Eco de la milicia nacional* (periódico del

día 2 de Octubre), le acusaba de *una tendencia política maliciosa y ruín, poco digna de un ingenio español*. ¡Nada menos! Y añadía: *sin embargo, sólo el respeto al Duque de la Victoria, allí presente, fué la causa única de que la función no hubiese dado un resultado desagradable*. Este resultado es el que le anunciaban á Bretón entre bastidores.

«*La milicia nacional*, concluye el citado diario, *se halla groseramente ofendida, y nosotros somos los primeros á pedir para ella el más solemne desagravio.*»

Resultado de todo esto, fué que Bretón, disfrazado y escarnecido, tuviese que abandonar el teatro, donde tantos aplausos en 115 obras dramáticas, que á la sazón llevaba ya representadas, había recibido: 46 originales, y las demás traducidas ó refundidas; que tuviera que ocultarse en casa de un amigo, y que pasase una noche meditando quizá cuán poca era su disposición, y cuánto menor su fortuna para tratar argumentos políticos; ó quizá deduciendo que si la censura de antaño ejercida por los frailes de la Victoria era exigente, también era quisquillosa la que ogaño ejercían los milicianos nacionales.

Al día siguiente volvió á su casa... y el solemne desagravio de que hablaba el *Eco de la milicia nacional*, no se hizo esperar mucho,

porque al mes inmediato (28 Noviembre 1840) recibió su cesantía de la plaza de Bibliotecario.

Este periodo de su permanencia entre los libros y los retratos de nuestros grandes escritores fué el más fecundo de su fecundísima musa. Nada menos que 25 obras dramáticas dió al teatro, de las cuales dos solas, *El desertor y el Diablo* y la *Primera lección de amor*, eran traducidas: las otras originales, y entre ellas quizá las mejores de su caudal, son á saber: *El amigo mártir* (10 Octubre 1836); *Las Improvisaciones* (30 Enero 1837); *Una de tantas* (2 Marzo); *Muérete y verás* (26 Abril); *D. Fernando el Emplazado* (30 Noviembre); *Medidas extraordinarias* (24 Diciembre); *Ella es él* (15 Febrero 1838); *El poeta y la beneficiada* (15 Marzo); *El pró y el contra* (24 idem); *El hombre pacífico* (7 Abril); *Flaquezas ministeriales* (26 Octubre); *El qué dirán y el qué se me da á mí* (29 Noviembre); *Un día de campo* (4 Marzo 1839); *El novio y el concierto* (24 Marzo); *No ganamos para sustos* (12 Mayo); *Una vieja* (30 Noviembre); *Vellido Dolfos* (30 Diciembre); *El pelo de la dehesa* (13 Febrero 1840), una de las obras maestras del autor. *Lances de Carnaval* (21 Mayo); *Pruebas de amor conyugal* (8 Abril), que se representó en el Liceo. *El cuarto de hora*, preciosa comedia, que estaba ya anunciada y se dió el 10 de

Diciembre, doce días después de su separación de la Biblioteca. *Dios los cría y ellos se juntan*, concluida también á la sazón, y representada el 11 de Febrero siguiente, y la infelicísima *Ponchada*. En todo, 62 actos originales; hay que agregar á esto las poesías líricas y los artículos críticos ó de costumbres.

CAPÍTULO XXVI.

PERSECUCIÓN.—PROYECTOS DE EMIGRAR.—EL LICEO.

(1840.)

El disfavor con que habían sido recibidas por el público algunas de sus últimas comedias, singularmente *Las flaquezas ministeriales* y *El hombre pacífico*; la acritud con que las había juzgado la prensa, echando por tierra la reputación y la autoridad, que á tanta costa había conquistado Bretón; la algarada que el 1.° de Octubre se había armado con la representación de *La Ponchada*, amenazando su misma seguridad personal; la injusta medida que le había arrojado de la Biblioteca, mal pagando sus antiguos servicios; las mismas bromas imprudentes de los que pretendían divertirse á costa de su candoroso carácter, amargaron de tal modo su existencia y *laceraron* tan hondamente *su corazón*, que llegó á concebir ideas y á formar proyectos, que hasta en-

tonces nunca había siquiera ligeramente imaginado... Dejar la escena y abandonar á España... condenarse á voluntaria y dolorosa expatriación.

No tenía, en verdad, bienes raices que abandonar, ni hijos que educar, ni numerosa familia que llevar consigo... Su patrimonio era la rica lengua de Calderón, la fecundidad rítmica de Lope, la viveza del diálogo de Tirso, la difícil facilidad de Moratín... pero todo ello había venido á darle larga cosecha de abrojos y espinas; sus hijas eran sus comedias; pero desde que se habían ido tras de periodistas y milicianos, no le traían más que sustos, desengaños, insultos. Su proyecto, pues, era huir como Moratín, y repetía á menudo los versos de éste:

> Pues para tí los méritos han sido
> culpas; adios, ingrata patria mía.

Este intento estuvo muy adelantado, y quizá se hubiera llevado á cabo, si dos cosas al parecer pequeñas, pero muy influyentes en su carácter casi infantil, no lo hubieran estorbado.

Fué la primera el Liceo; y aquí es forzoso decir brevemente algo de lo que era material, social y literalmente aquella institución.

Un literato de no gran nombradía, D. José

Fernández de la Vega, concibió el proyecto de reunir en su humilde aposento (un cuarto segundo de su casa, calle de la Gorguera), literatos, pintores, músicos, que unidos amistosamente cultivaran sus artes respectivas. Tanto incremento tomó á poco aquella pequeña tertulia, que se organizó una numerosa y brillante Sociedad, y que no bastando á sus espléndidas sesiones el vasto local á donde se había trasladado en la calle de Atocha, fué preciso y posible alquilar para ella todo el piso principal del palacio de Villahermosa [1], que entonces no estaba como ahora dividido, y que contenía un magnífico salón capaz de dar espectáculos dramáticos á un auditorio de cerca de mil personas cómodamente sentadas. Los gastos se sufragaban por suscrición mensual. Esto en cuanto á su parte material: en cuanto á su organización, la Sociedad del Liceo estaba puesta bajo la protección de la Reina Cristina, que no por fórmula, sino en realidad de verdad, la protegía, asistiendo á menudo á sus sesiones, llevando á ellas á sus augustas hijas, alentando á los artistas con sus elogios, á los aficionados con su ejemplo. Eran

1 Estos locales fueron en los que más brillantes reuniones se celebraron; pero antes estuvo provisionalmente el Liceo en la calle del León, núm. 36, y en la de las Huertas, frente á la plaza de Matute.

socios casi todos los hombres distinguidos en ciencias, literatura y artes, cuantos además de ellos sentían complacencia en presenciar la amenidad de sus sesiones.

Presidíalo por honor y no en realidad un personaje, que por su caudal é influencia pudiera contribuir al principio á su desarrollo, después á su brillo: el Marqués de Remisa, luego el Duque de Osuna, D. Pedro Girón; pero quien en realidad lo dirigía era una Junta presidida por un primer consiliario, Bretón en 1838, Escosura en 1840, el que esto escribe en 1841, D. Alejandro Oliván más adelante. Dividíase en tantas secciones como artes: poesía, pintura, escultura, arquitectura, música y declamación, y todas ellas, sobre deliberar y trabajar separadamente, celebraban juntas, asambleas generales, ó *sesiones de competencia*.

Tal fué el esplendor de éstas, cual no se había visto en España, ni yo sé que fuera haya existido Sociedad más brillante.

En tiempo de Bretón y Escosura se formaron los reglamentos, y en su discusión apareció como en anuncio con el mismo Escosura aquella pléyade de oradores jóvenes, que tanta reputación había de adquirir luego en los parlamentos.

Fundóse el teatro que dirigió D. Ventura de

la Vega, tanto ó más actor que poeta, y para ese teatro expresamente escribieron Martínez de la Rosa *El español en Venecia*, Gil y Zárate *Rosmunda*, el Duque de Rivas *Solaces de un prisionero*, Bretón *Pruebas de amor conyugal* y Vega *La tumba salvada*: además de haberse representado con magistral ejecución lo más escogido de nuestro repertorio antiguo y moderno.

El que esto escribe, siguiendo las huellas de su predecesor, logró traer á Madrid al primero de los tenores contemporáneos, Juan Bautista Rubini; el cual, en compañía de artistas españoles, singularmente de la gran cantante Doña Manuela Oreiro Lema (esposa de Don Ventura de la Vega), puso en escena las óperas *Lucía* y *Sonámbula*; ejecutó parte de otras, como *Marino Faliero* y *Otelo*, y no sólo con ellas dió á Madrid un espectáculo de perfección hasta entonces no visto, sino que desempeñó á la Sociedad del Liceo, harto atrasada á la sazón, y áun pudo socorrer á las infelices religiosas que, perseguidas y mal pagadas por la revolución triunfante, vivían á expensas de la caridad pública.

Fundáronse asímismo certámenes ó torneos artísticos semanales, en que se improvisaban obras sobre asuntos echados á la suerte, de que eran jueces las damas, y que alcanzaban

por premio un ramo de flores naturales. Otros más formales se celebraban dos veces al año: en primavera *Los juegos florales*, en los cuales se ganaban flores de oro, y en otra estación *Grandes concursos*, en que se aspiraba á medallas de oro ó plata. En aquellos juegos florales consiguieron los envidiables ramos Vega por su perfección escénica, y Bretón por su epístola moral *Sobre las costumbres del siglo*, logrando el accésit D. P. de Madrazo. En aquellos *Grandes concursos* obtuvo la medalla de oro, por su poema de *Felipe II*, el Duque de Frías. Estas solemnidades, como ya se ha notado, teníán á menudo un fin benéfico ó patriótico, por ejemplo: perdió la vista el ilustre pintor Esquivel, uno de los más celosos apasionados del Liceo, y en beneficio suyo se organizó el 8 de Abril de 1840 una sesión solemne. Para ella escribió Bretón la comedia *Pruebas de amor conyugal*, que fué admirablemente interpretada por Vega y por la señorita de Monje, colmando de aplausos aquella Sociedad, compuesta de bellezas y de inteligencias, á los actores y al autor: en tal sesión, por último, recitó Zorrilla una de sus más bellas leyendas, Espronceda su canto del *Cosaco*, y Hartzenbusch, Campoamor y Romero Larrañaga bellísimas composiciones.

Con los productos de otra sesión del 18 de

Abril de 1841, contribuyó el Liceo á trasladar decorosamente los restos de Calderón; y para ello escribió Vega la loa *La tumba salvada*, y Gallego un admirable soneto, representándose además *Casa con dos puertas*, y leyéndose poesías de otros autores.

Pero no eran estas grandes solemnidades el mayor beneficio que entonces reportaba el Liceo, sino el mantener, en medio de las terribles vicisitudes de una guerra civil recién apagada y de una revolución aún encendida, refugio seguro y asilo apacible al pacífico culto de las letras y de las artes; invernáculo donde creciesen y perfumasen y viniesen á madurez aquellas delicadas flores y dulces frutas, sin que el ardor de la política las quemase, ni los huracanes de la revolución las deshojase; sino que al contrario, prosperasen halagadas por aquella atmósfera de simpatía, de emulación y de aplauso, que es necesaria á las producciones del ingenio. Tanto era esto así, que el alejamiento de la política que allí reinaba vino á atribuirse á hostilidad. A ello contribuyó mucho la grata memoria que conservaba el Liceo de su augusta protectora, desterrada á la sazón; y la poesía de Campoamor á la Reina Cristina, al partir *para su destierro*, en que dice:

¿Por qué con pecho fiero
da á sus hijos la tórtola por padre
al infiel ballestero,
que amargó carnicero
la blanca sien de la inocente madre?

fué esto interpretado como una alusión harto poco disimulada á Espartero, entonces en el apogeo de su gloria y de su poder; y tales versos, aplaudidísimos primero é insertos luego en la edición que de las obras del joven poeta costeó el Liceo, atrajeron á la Sociedad el desdén y las iras de los entonces prepotentes.

No impidió esto que los grandes escritores que hemos nombrado y otros muchos, á ejemplo suyo, se complaciesen en pagar al Liceo copioso tributo de ingenio, y que hayan dejado en la colección de sus obras testimonio imperecedero de su afecto y recuerdo inmortal de aquel instituto placentero y civilizador.

Nadie en este punto ha aventajado á nuestro autor: apenas había sesión en que su fecundo ingenio no recogiese abundante cosecha de aplausos.

Cuando en 1839 el Liceo regaló un magnífico *album* á su augusta protectora, en el cual solas seis composiciones debían tener cabida, Bretón, bien que cubierto con el velo del anónimo, obtuvo lugar preferente con su bello romance

Por tí de la ciencia los próvidos templos.

Al año siguiente, según ya hemos visto, da á su teatro, en beneficio del pintor Esquivel, su comedia *Pruebas de amor conyugal.* No basta esto. Si la insigne artista Oreiro Lema, memorable tanto por su propio mérito como por el nombre de su esposo Ventura Vega, aparece en la escena cantando la *Lucía*, la *Sonámbula* y el *Otelo*, Bretón lo consigna y escribe:

En la tribu filarmónica
no hay, tocaya, quien te iguale;
y así es justo que la crónica
en sus fastos lo señale.
Desde la tribuna al foro,
aún se escucha en el Liceo
el grato víctor sonoro
que hizo inmortal tu trofeo.
El mismo sublime bardo,
con quien emular alcanzas,
va por el reino lombardo
cantando tus alabanzas.
No hay en Madrid, cara amiga,
si grato le fué Bellini,
quien á la par no bendiga
tu nombre y el de Rubini.

Ni hablando de las célebres cantatrices, á quienes el Liceo fué pedestal, puedo resistir la tentación de mencionar á la egregia artista Doña Antonia Montenegro, y de insertar la letrilla que le dedicó Bretón, una de las que mejor retratan la índole y estilo de su fácil numen. Dice así:

¡Ay, Antonia, Antonia, Antonia!
¡Y cuánto me haces sentir!
Te digo sin ceremonia
que no te puedo sufrir.
No vayas á donde voy;
ó por huir del peligro,
si te vuelvo á ver, emigro;
por vida de San Eloy.
Que tus ojos son venablos,
y tientan como los diablos
á donde clavas la vista...
¡Dios nos asista!

Díme, Judas femenino;
¿por qué con aire gachón
nos haces perder el tino...
si todo es conversación?
¡Quita! No inclines la frente
con voluptuoso desmayo:
no te sonrías... ¡Mal rayo!...
Que algún zagal inocente
lo convertirá en sustancia;
y si da en la extravagancia
de soñarte su conquista,
¡Dios nos asista!

Cierra el pico. Calla, calla:
que cada palabra tuya,
como tiro de metralla,
no hay alma que no destruya:
ó por el bien general,
dí siquiera alguna vez,
Antoñuela, una sandez
entre tanta y tanta sal:
y más que arrugue las cejas,
y tapando las orejas,
clame un pedante purista,
¡Dios nos asista!

¡Cantas! ¡Ay Virgen de Atocha!
Ardo, sudo, me horripilo;

y el alma estática y chocha
está pendiente de un hilo.
Esclavo de tu gorjeo
y girasol de tu labio
cuando te enfureces, rabio,
y cuando lloras, moqueo.
Si cantas una aria bufa,
cien grados marca mi estufa.
¡Válgame San Juan Bautista!
¡Dios nos asista!

Así doquiera que estás,
amor mueve tanta gresca,
Antonia de Barrabás,
¿y tú te quedas tan fresca?
Tanto tu gracia me estruja,
y á tal punto me enloqueces,
que he dudado muchas veces
si eres bruja ó no eres bruja.
¡Como mujer! ¡Qué mujer!
¡Qué maldita de cocer!
¡Y como artista! ¡Qué artista!
¡Dios nos asista!

Ahora bien: como estas composiciones podrían atribuirse á exigencias del trato social, ó á inspiración de circunstancias pasajeras, conviene alegar pruebas más íntimas, y ha de perdonárseme la inserción de algunos extractos de correspondencia, que poseo, en la cual se verá más claro lo persistente del afecto de Bretón al Liceo desde su creación hasta su decadencia: afecto tanto más sincero, cuanto no desconoce ni oculta los defectos de aquel instituto; por donde se adquirirá mejor conocimiento de su índole é influencia.

En Febrero de 1838, estando yo en Valencia, me escribía dándome cuenta de sus trabajos literarios, y añadía: «Todo esto sin perjui»cio de mis tareas numismáticas (estaba em»pleado en el gabinete) y de las que me im»ponen el Liceo cada día más brillante, el »Ateneo, la Academia Española, que me pide »cédulas á toda prisa, y hasta la Sociedad de »Amigos del país, donde me han incorporado, »quieras que no quieras.»

El Liceo, pues, salía de su primer periodo, como se ve, y Bretón me escribía en 30 de Abril de 38: «Después de mil excisiones y »reyertas, cuya explicación sería larga; y apro»badas tras largos y enfadosos debates, las »constituciones, que una comisión nombrada »por este Liceo proyectó para la reforma del »mismo, y al cabo de la tercera ó cuarta elec»ción, y de varias renuncias, y de nuevas »disputas y nuevas discordias, me he visto »precisado á aceptar el cargo de primer consi»liario en la Junta gubernativa creada para el »dicho Liceo; y con más disgustos en pago de »mis buenas intenciones, que esperanzas de »encarrilar debidamente una Sociedad brillan»te y numerosa; pero minada por elementos »en diferente sentido destructores, he dado »principio á mis espinosas tareas en unión »con Remisa (Presidente), Torremegía (des-

»pués Valgornera) y otros sugetos, que en mi »concepto deben inspirar confianza, y realmen»te la inspiran á todo el Liceo, menos á cuatro »díscolos ignorantes. Habremos de luchar con »estos; habremos de luchar con Fernández de »la Vega que quiere indemnizarse, exigiendo »crecidas sumas, del disgusto de que el cetro »escapó de sus manos, y también con algu»nos buenos señores, que nunca se habían »propuesto otra cosa que pasar el rato en las »sesiones de competencia, como simples es»pectadores, aunque algunos pudieran y de»bieran hacer algo más. Estos caballeros opi»naban, y tal vez opinan todavía, por el *sta»tu quo* y por el despotismo ilustrado, sin con»siderar que más de doscientos artistas y li»teratos ó pseudotales, gente de suyo bulli»ciosa é independiente, no podían resignarse »por mucho tiempo á ser, digámoslo así, los »histriones, de que un especulador se sirvie»se *gratis* para divertir *por dinero* á otro cente»nar de criticones desocupados: que hecha la »*revolución*, prevista por mí y por muchos que »no la deseaban; pero no por el que impru»dente la precipitó y no supo dirigirla, ningún »hombre tiene poder, ni Dios mismo, para ha»cer que las cosas no hayan sucedido: y sin »considerar por último, que el buen Vega no »tiene, ni con mucho, todo el prestigio que

»há menester la dirección de semejante insti»tuto. Si Vega modera sus pretensiones pecu»niarias, contento con lo que es razonable y »con el honorífico título de fundador, asiento »al lado del presidente y voto en la Junta gu»bernativa, así como en todas las de las sec»ciones y no sé qué otros honores y privile»gios; y si desisten de pretensiones igualmente »absurdas los dos partidos extremos, se podrá »hacer algo. Embarcado ya, trabajaré por mi »parte en lograr la suspirada concordia, y con »ella la prosperidad de tan ameno é intere»sante establecimiento, y cuando vea que mis »esfuerzos son inútiles, me echaré en el »surco.»

En 28 de Junio del mismo año me escribía: «Mi querido amigo: En Juntas gubernativas »del Liceo, casi todas vicepresididas por mí, »por indisposición de Remisa, se me van casi »todas las noches, y ando con esto tan ape»rreado, que ni cunden mis tareas literarias, »ni tiempo casi me queda con esas y otras »impertinencias, para mantener con V. co»rrespondencia más activa.»

Hízose, pues, la reforma, en que tanta parte tuvo nuestro Bretón; vinieron luego los sucesos que hemos referido, y las trasformaciones políticas del 40, que arrojaron de España á Doña María Cristina, y el refugio que

en el Liceo hallaron las letras y las artes, sus cultivadores y apasionados.

No es, pues, extraño que Bretón silbado en el teatro, insultado en la calle, amenazado en su casa, retraido hasta de su amada Academia, á donde contra su costumbre dejó de asistir por aquel tiempo, buscase abrigo en semejante puerto seguro y amigo, en el Liceo, cuyos miembros le eran fieles, y en cuyos salones no había penetrado *el cierzo de Setiembre*, como le llamaba Gallego. Allí con el recuerdo de sus triunfos y con el amistoso trato de las bellas, cobraba aliento, y poco á poco se enfriaba su arrebatado propósito de alejarse de España para siempre. ¿Cómo había de separarse de amigos tan fieles, de sus hermanos en Apolo? ¿Cómo había además de llevar consigo á su anciana y enferma madre? ¿Cómo, en fin, había de dejar abandonada y expósita la última y por tanto la más amada hija de su ingenio?

CAPÍTULO XXVII.

LA REPARACIÓN.—CONFIESA BRETÓN SU PROYECTO Y DESISTE DE ÉL.—CONVITE.—OJEADA RETROSPECTIVA.—LA HIJA ABANDONADA.

Era esta la comedia *El cuarto de hora*, la cual confió, como la mayor parte de las suyas, á la compañía del Príncipe. Tanto era el temor del pobre autor, que ni áun le había puesto su nombre, ni leyó á los actores el manuscrito, ni pareció por los ensayos; y el día mismo del estreno andaba escondido como si hubiese cometido un delito.

Vanas precauciones: la viveza del diálogo, la facilidad de la versificación, la gracia del lenguaje, la verdad de los caracteres, el fondo y la forma de los chistes y las alusiones... todo revelaba quién era el autor; corría de boca en boca su nombre desde el primer acto, y los aplausos no se hicieron esperar, ni cesaron tampoco con la caida del telón. El autor de *La Ponchada* estaba indemnizado con creces; el mantenedor constante y leal de nuestra es-

cena estaba premiado; el infantil enojo de Bretón estaba apaciguado; sus proyectos de emigración abandonados, y hoy es el día en que casi podría ponerse en duda que hubiesen existido, si él mismo, en un romance dedicado á la célebre actriz Matilde Díez (la Carolina de *El cuarto de hora*), no hubiese escrito refiriéndose á la representación de aquella comedia:

Yo, que lacerado el pecho
con amarguras sin fin,
hoy acaso gemiría
en extranjero país,
si al influjo de tus rayos
no luciera para mí,
tras tantos días de duelo,
un *cuarto de hora* feliz.

Alude aquí el poeta (dice una nota de la edición de 1850) á la primera representación de su comedia *El cuarto de hora*, en Noviembre de 1840. Equivocación sin duda, porque la verdad es, como en la misma edición lo confirma, que fué estrenada en 10 de Diciembre del mismo año 1840.

Por cierto que cuatro días después de su lisonjero estreno, fueron interrumpidas sus representaciones para dar lugar á un beneficio del Colegio de Huérfanas de la Unión, ejecutado por aficionados pertenecientes á un batallón de la milicia nacional.

El mismo día 14, y para congratularnos del triunfo de nuestro amigo, nos reunimos en la casa de quien esto escribe, y allí se improvisó una carta felicitando á Gallego, cuyo cumpleaños era también aquel día; epístola que comenzó Bretón con este terceto:

Al salir de un espléndido banquete,
en que ha habido de todo, inclusos dátiles,
y leche de las Navas por sorbete...

Tan olvidado estaba ya el insigne poeta de las amarguras pasadas, de aquellas que le habían *lacerado el pecho*.

Gallego contestó con mas brillantez, principiando sus tercetos con estos versos:

Roca, Vega, Bretón, Díaz, Romea,
recibí vuestro métrico billete,
de prisa escrito en reunión pimplea, etc.

Ambas composiciones andan impresas en las obras del insigne poeta zamorano, y son recuerdo de la unión y armonía que reinaba á la sazón en la familia literaria, á pesar, ó quizá á causa de la intransigencia, que al mismo tiempo impelía violentamente á los partidos.

Por lo demás, la comedia en cuestión es como una muestra del género preponderante en nuestro autor, medida de sus fuerzas, y casi debiera haber sido patrón y regla para sus ve-

nideras producciones. Nada de profundidades filosóficas, menos aún de intentos políticos ó sociales: argumentos sencillísimos, acción contemporánea, personajes de las clases medias, caracteres medios también, y pintados no con enérgicos colores ó violentos contrastes de claro oscuro, sino con medias tintas apacibles y delicadas, y con rasgos maestros, que dan verdad y parecido á los retratos, sin aspirar á producir fuertes impresiones en quien los mira. Examinando Vega esta comedia en *El Correo nacional* de 21 de Diciembre de aquel año, se admira de la facilidad con que Bretón había llenado cinco actos con sólo cinco personajes, y esto nos trae á la memoria lo que años atrás escribía Larra: «Otro (que Bretón) »se hubiera visto apurado para hacer de aquel »argumento una sola comedia: el autor de *un* »*novio para la niña* ha hecho, sin embargo, »con él tres dramas diferentes.» Este dicho que Bretón tomó por una ofensa, y el de Vega, que agradeció como un elogio, son, sin embargo, la afirmación de una misma cualidad, la fecundidad del numen bretoniano para producir obras bellas dentro de la atmósfera que le era favorable, y en el terreno que le era conocido.

Vega añadía allí mismo lo siguiente: «La »calidad distintiva de Bretón es el diálogo rá-

»pido, suelto, chispeante, con quien no sufre »comparación ninguno de los modernos, y en»tre los antiguos sólo alguna vez el de Tirso »de Molina. Además de este mérito de primer »orden, tiene Bretón en no mucho menor gra»do el de la pintura de caracteres... Tenemos »*El cuarto de hora* por una de las mejores obras »de este autor; él argumento es quizá el más »sencillo de todas ellas, pero hay escenas tan »delicadas, rasgos tan finos, como nunca has»ta ahora habían salido de su pluma.»

Tiene razón el elegante y clásico Vega en calificar *El cuarto de hora* como una de las mejores obras de nuestro amigo; pero no ciertamente por *la mejor* que á la fecha hubiese escrito: no es mejor que *Muérete y verás*, de que ya se ha hablado; ni que *Ella es él*, la cual el mismo Vega admiraba en un artículo más detenidamente escrito, y que yo propio he oido aplaudir en la más culta sociedad de París; ni que *La vieja*, que Hartzenbusch elogia; ni, en fin, es mejor que *El pelo de la dehesa*, que aún subsiste en el repertorio de todos los teatros de España.

Recordando á este propósito el catálogo de dramas suyos escritos en este periodo y mencionado en la página 242, y prescindiendo ahora de *D. Fernando el Emplazado* y de *Vellido Dolfos*, de que ya se ha hablado en el capítulo XV,

y asímismo de *Muérete y verás*, *El hombre pacífico*, *La Ponchada* y *Flaquezas ministeriales*, que hemos tomado en cuenta al examinar el influjo de la política en el teatro de Bretón, influjo que no pudo evitar áun haciendo preceder á sus obras anuncios como este: «Viernes 26 »de Octubre de 1838.—Teatro del Príncipe, á »las siete de la noche, se ejecutará la comedia »(no historia) de costumbres (no de partidos) »nueva, original, en cinco actos y en verso, »titulada *Flaquezas ministeriales:*» prescindiendo, digo, de mayor examen, es notable el número considerable de piezas cortas que comprende este periodo. «Ahora me ha dado por »escribir *comediejas* en uno ó á lo sumo en dos »actos (me decía en carta de 9 de Febrero de »1838). Bien es verdad que sólo así podría »complacer á las actrices, que á porfía me pi»den algo de mi capricho para sus funciones de »*beneficio*.» Á este propósito creo conveniente insertar aquí la mayor parte de otra carta de 16 de Marzo del mismo año, en la que se verá la doctrina del autor dramático sobre este género de composiciones. Dice así:

«Mi querido amigo, padrino y compañero: »Dando lugar á que se verificase la primera »representación (próxima siempre) de *El poe»ta y la beneficiada* para comunicar á V. su »éxito, bueno ó malo, he dejado pasar tantos

»días sin contestar á su muy amistosa de 16
»de Febrero.

»Anoche se realizó por fin la tan esperada
»representación, y el público acogió mi fabu-
»lilla con suma benevolencia, como lo hizo
»una quincena antes respecto de la titulada
»*Ella es él*. Los peritos dan más importancia
»á ésta y la atribuyen más mérito que á aqué-
»lla; yo creo que es muy escaso el de una y
»otra; y como después he compuesto otras
»dos, *El pro y el contra* y *El hombre pacífico*, y
»doy tan pocas treguas á mi imaginación, le
»aseguro á V. que aún no he tenido tiempo
»para formar mi propio juicio acerca de nin-
»guna de ellas. V. me dará su parecer con la
»franqueza que yo apetezco, dispuesto á ver
»siempre en sus consejos una sana crítica y
»una amistad verdadera.—Aplaude V. que
»me dedique á estos juguetes dramáticos, si-
»guiendo el sistema de Scribe, porque supone
»V. que han de serme provechosos; pero en es-
»to padece V., amigo mío, dos equivocaciones:
»1.ª, suponiendo que es idea propia lo que no
»tiene otro fundamento, que mi propensión á
«ser complaciente: 2.ª, creyendo que trabajos
»de esta especie han de reportarme mayor
»utilidad, que los emprendidos por mí ante-
»riormente. Ha de saber V., y me parece ha-
»bérselo ya insinuado, que instado, ó por me-

»jor decir perseguido por los actores, y áun »más por las actrices, para que escribiese »algo, con el objeto de representarlo en sus »respectivos *beneficios* (funciones que se han »hecho ya el pan de cada día), y no pudiendo »desentenderme de tantas solicitudes, que »podría llamar impertinentes si no fuesen tan »lisonjeras para mí, no hallé otro arbitrio pa»ra contentar á mayor número de pretendien»tes, que el de hilvanar esa série de sainetí»llos, dando de mano forzosamente á tareas »más graves, aunque no más árdüas, cuya »elección era toda mía. Ha de saber V. tam»bién que sobre no pagar la empresa por tres »ó cinco piezas en un acto, tanto como por »una comedia en igual número de actos, el »trabajo en menudo, digámoslo así, viene á »resultar mayor que hecho en uno solo, pero »más ancho molde, y si V. considera que ca»da uno de esos dramitas, requiere una ac»ción tan interesante, tan única y tan cómica»mente desenvuelta, y acabada como otro de »grandes dimensiones, aunque sea el Cromwel »de Víctor Hugo, no podrá menos de darme »la razón. La misma estrechez de límites con»cedidos á semejantes poemitas, dificulta su »composición, y además obliga al poeta á »que todo viva, á que nada huelgue en ellos, »al paso que en los de larga materia y grueso

»volumen se disimulan, y áun se necesitan »acaso escenas y hasta actos enteros, que sólo »sirvan de preparación y tránsito á las situa»ciones de mayor interés. No digo esto por »dar á mis últimos pasatiempos más impor»tancia que la poca que en sí tienen, ni por »estar pesaroso de haberme dedicado á ellos, »pues antes me alegro de ejercitar mi pobre »talento cómico en todo género de combina»ciones, y siempre es bueno evitar el fastidio »de la monotonía; lo digo, porque todo se »debe decir á amigos tan buenos como V., y »porque sé también, que conociendo V. tan á »fondo mi carácter y costumbres, no achaca»rá á miras de sórdido interés, que en este »sempiterno párrafo hile yo tan delgado, co»mo *Delgado* pudiera hilar.»

De estas cartas aparece la modesta opinión que tenía el autor sobre su propio mérito, y sobre el de esas producciones que llama *comediejas*, *fabulillas*, *juguetes*, *sainetillos*, *dramitas*, *poemitas y pasatiempos*. Se deduce asímismo sana doctrina sobre la naturaleza y forma de tales obras, y se coligen dos cualidades especiales del talento de su autor; primera, mayor facilidad en agrandar y ensanchar la expresión de un argumento sencillo, que en concebir y combinar uno complicado y de enredo: segunda, su empeño en *ejercitarse en todo géne-*

ro de combinaciones dramáticas. Por lo que hace á mí, saqué una provechosa enseñanza de legislación literaria, que aproveché andando el tiempo en la redacción del proyecto de ley de propiedad intelectual. El equívoco con que termina la carta aludiendo al editor D. Manuel Delgado, es harto característico de Bretón, y de este sugeto hace referencia en la pieza *El plan de un drama ó la Conjuración,* que escribió con Vega en Octubre de 1835.

Sobre la comedia *El qué dirán y el qué se me da á mí,* de argumento sumamente importante en el orden moral y áun en el social, comprendida también en el periodo que examinamos, creo digno de advertirse lo que me escribía en 25 de Setiembre del 38: «Entre tanto iré »trabajando en otra titulada *El qué dirán y el »qué se me da á mí,* reducida á poner en con»traste y ridiculizar los vicios, que de ambas »muletillas se derivan, ó escudan neciamente »con ellas la miseria humana. Sabe V. que de »mucho tiempo atrás fermenta en mi imagina»ción este pensamiento cómico, del cual de»sistí en otro tiempo, porque Larra, que nada »dejó escrito sobre él, me dijo que también »se ocupaba en dramatizarle. Creo que ya me »será lícito hacer uso de mi propiedad, y que »en este punto nadie podrá aplicarme con jus»ticia la primera parte del título mencionado.»

Propio ó ajeno el pensamiento, profunda ó superficial la pintura, la verdad es que el colorido es tan natural y grato, que valió á su autor uno de sus más bellos triunfos.

Pero tiempo es ya de volver al curso de nuestra relación, examinando los efectos que en el ánimo de nuestro poeta produjeron el descalabro de *La Ponchada* y el triunfo de *El cuarto de hora*.

CAPÍTULO XXVIII.

CESANTÍA.—RECURSOS PARA VIVIR SIN PRETENDER NI PERIODIQUEAR.

Aquellas contrariedades y sustos, acusaciones y amenazas, tan inmerecida persecución y tan injusta cesantía, sirvieron sólo para poner más de manifiesto las honradas cualidades del ciudadano y las admirables prendas del poeta.

Una como infantil y cándida sensibilidad, con que tan fácil y prontamente sentía, como olvidaba las ofensas á su amor propio; tanto, que ayer meditaba afligido la expatriación, y hoy con mayor ahinco, y con festiva gracia fantaseaba nuevos dramas; y una innata é invencible aversión á la política, un como horror de mezclarla en sus obras, de dedicarle su vida, de sacrificarle su inspiración; tanto, que en su juventud, ni los atractivos de la popularidad, ni el cebo de la ambición le habían llamado á la vida pública, y que á la sazón

no podían lanzarle en ella el aguijón del despique ó los deseos de venganza.

A estos dos rasgos característicos del buen ciudadano, se juntaban otros dos que distinguen al escritor: primero, aquella incansable laboriosidad, que tan candorosa y llanamente explica el escritor en el prólogo de sus obras cuando dice: *me apliqué á traducir, porque sin patrimonio, y sin empleo, de algo había de vivir un hombre honrado, que nunca fué gravoso á nadie;* y segundo, la prodigiosa facilidad con que cultivaba todos los géneros de la comedia, en tiempos (nadie puede negarlo) en que el gusto público, si pagaba mejor, también exigía mucho más á los autores dramáticos, que no en otras edades de nuestra historia literaria.

Pero así y todo, pocas épocas de su vida habían sido para él más difíciles; de más privaciones muchas, de mayores compromisos ninguna. El puesto á que le había elevado su propia notoriedad, su posición académica, hasta el trato que frecuentaba á la sazón en la sociedad de los Duques de Frias y de Rivas, en las reuniones que en casa de Escosura y en la mía se celebraban, le ponían en la imposibilidad de volver á su vida estudiantil y á su trato, como él escribe, *modesto* y *parco*: además de esto, recién casado con una dama

joven y bella, tenía atenciones que, si bien la virtud de la esposa no hacían necesarias, el amor y el decoro del esposo presentaban como indispensables. No era él de temple para fijar sus tiendas en las antesalas de los nuevos ministros, ó para plantar sus baterías en periódicos de oposición; no le faltaron halagos para inducirle á uno ú á otro extremo: él se apartó de ambos, pidiendo á su laboriosidad y á su estro los medios de vivir sin transigir con su conciencia, ni *ser gravoso á nadie*. Veintep oemas dramáticos nada menos escribió en los tres años de su cesantía; sólo uno de ellos traducido, *La Mansión del crimen*, en un acto (*La mansard du crime*), los diez y siete en verso y dos en prosa, sumando en conjunto cincuenta y tres jornadas: obra bastante para acreditar de fecundos á muchos poetas.

He aquí la lista por orden cronológico:

Dios los cría y ellos se juntan, 3 actos, 11 Febrero 1841.

Cuentas atrasadas, 4 actos, 6 Marzo 1841.

Mi secretario y yo, un acto, 1.° Abril 1841.

¡Qué hombre tan amable!, 3 actos, 3 Mayo 1841.

Lo vivo y lo pintado, 3 actos, 23 Octubre 1841.

La pluma prodigiosa (magia), 3 actos, 3 Noviembre 1841.

La mansión del crimen (traducción prosa), un acto, 24 Diciembre 1841.

La Batelera de Pasages, 4 actos, 13 Enero 1842.

La escuela de las casadas, 4 actos, 1.º Abril 1842.

El Editor responsable, 4 actos, 3 Mayo 1842.

Los solitarios (zarzuela, verso y prosa), un acto, 3 Enero 1843.

El Carnaval de los demonios (fantástico, en verso), un acto, 3 Enero 1843.

Estaba de Dios, 3 actos, 19 Enero 1843.

Un novio á pedir de boca, 3 actos, 23 Marzo 1843.

Un francés en Cartagena, 2 actos, 28 Abril 1843.

Por no decir la verdad, un acto, 30 Mayo 1843.

Finezas contra desvíos, 4 actos, 2 Noviembre 1843.

Una noche en Burgos, 3 actos, 19 Diciembre 1843.

Pascual y Carranza, un acto, 24 Diciembre 1843.

La Independencia (prosa), un acto, 19 Enero 1844.

Tal prontitud y tal fecundidad en las producciones dramáticas, es cosa incompatible con una detenida y madura concepción de los planes, con un trascendental y filosófico designio en los meditados argumentos, y dado que

todo eso fuera (como yo creo), ajeno á la índole misma de Bretón, era inasequible en las honrosas, pero difíciles vicisitudes de su trabajosa vida y en sus circunstancias del momento. Así es, que para lograr su intento apeló á otros medios, poniendo en actividad todos los recursos de su fácil ingenio y de su tenaz voluntad. Fueron estos medios: primero, agrandar y extender la galería de caracteres ridículos y de cuadros de costumbres, que con tal bizarría y originalidad había pintado antes; segundo, presentar nuevas copias, ó vivas imitaciones de sus grandes modelos Moratín y Molière; tercero, reproducir el enredo complicado y los imprevistos lances de nuestros antiguos dramaturgos; cuarto, evocar los recuerdos militares y afectivos de sus primeros años; quinto, abandonando el género trágico y el histórico, que con poca felicidad había ensayado, persistir no con mayor ventura en el político; y finalmente, probar hasta la comedia de magia, que entonces daba grandes productos en los *Polvos de la Madre Celestina* de Hartzenbusch, y la zarzuela que restaurada á la sazón de nuestro teatro antiguo por poetas contemporáneos, y popularizada por el *Duende* de Olona, dejaba entrever la altura á que había de llegar en *Jugar con fuego* de Vega, y en otras de García

Gutiérrez; prestarse en suma, en un todo, á satisfacer pronta y bizarramente las exigencias de las empresas teatrales, el gusto del público, y la exuberancia misma de su fácil ingenio, resultando de aquí comedias de carácter que pueden con más propiedad llamarse *bretonianas*; de costumbres, que no desdeñaran el apelativo de *moratinianas*; de enredo, casi *calderoniano*; de argumento, personajes y hábitos *militares*; y en fin, de tendencias *políticas*, sin contar las de magia y la zarzuela.

CAPÍTULO XXIX.

GRUPOS DE COMEDIAS.—LAS BRETONIANAS.—«DIOS LOS CRÍA Y ELLOS SE JUNTAN.»

Los dramas que hemos mencionado se dividen, por tanto, atendidos sus argumentos y factura, en diferentes grupos: el primero lo componen aquellos de cierto género que, como hemos dicho con propiedad, pudiera llamarse *bretoniano*, porque la idea fundamental que en ellos domina, la esfera social en que la acción se desenvuelve, la índole casi siempre festiva y poco profunda de las pasiones y personajes, el dialecto especial (si es lícito llamarlo así) que usan los interlocutores con más viveza que intención, con más chiste que cortesanía; y finalmente, la riquísima, viva é ingeniosa versificación de sus diálogos, dan al autor y á sus obras un carácter que le eleva de muchos, y le distingue de todos los dramáticos antiguos y modernos.

A este género *bretoniano* puro pertenecen en este periodo: *Dios los cría y ellos se juntan*, *Cuen-*

tas atrasadas, *Un novio á pedir de boca*, *Mi secretario y yo*, y *Por no decir la verdad*.

La primera, *Dios los cría y ellos se juntan*, representada el 11 de Febrero de 1841, recuerda mucho *A Madrid me vuelvo*: costumbres campesinas, groserías lugareñas, amores palurdos, pedantería dominesca; tiene, sin embargo, una idea filosófica más comprensiva é importante que *A Madrid me vuelvo*, porque en tal comedia sólo se demuestra el error de los que creen más morigerados y pacíficos los lugares que las grandes ciudades, y concretamente preferibles los villorrios de España á la villa y corte, y por eso dice D. Bernardo:

¡Qué horror! A Madrid me vuelvo,
donde hay más educación.
Si los vicios no son menos;
y entre gente racional
no viviré tan expuesto
á morir de un trabucazo,
ó á consumirme de tedio [1].

La comedia de *Dios los cría* tiende á combatir y podría patentizar error más grave; ataca un vicio más general: sus dos protagonistas lo explican así [2]:

D. LUIS. Es cierto.
Me cegaba la pasión:

1 Escena última.
2 Acto 3.º, escena 1.ª

ahora conozco mi yerro;
mas ya que no era posible
conseguir en un momento
la grata conformidad
de costumbres y deseos (la educación),
sin la cual no hay matrimonio
venturoso; ya que al tiempo
era fuerza remitir
lo que no curan los médicos,
los vicios de educación
y los resabios de pueblo,
¿era acaso algún absurdo
juzgarme yo con derechos
al amor de una mujer
sacada por mí del cieno
de la nada? ¿Dónde hallar
honor, fé, agradecimiento,
si hasta en la paz de una aldea
los busco y no los encuentro?

D. Antonio le responde:

¡Mentecato, que en el año
de gracia mil ochocientos
y cuarenta, aún esperabas
tropezar por esos cerros
con aquella pobre Astrea
que se refugió en el cielo!

Por donde se ve, que para resolver el problema de la felicidad conyugal, es factor necesario, no sólo una edad proporcionada (véase *El viejo y la niña*), unos bienes de fortuna regulares (véase *Contigo pan y cebolla*), igualdad, ó á lo menos tolerancia recíproca de ideas religiosas (véase *Daniel Rochat*), y en fin, mútua, recíproca y sincera simpatía (de eso están llenos

los repertorios teatrales), sino iguales principios de educación en los dos contrayentes, como dice el desengañado D. Luis. Asímismo demuestra el drama, y formula D. Antonio, que la corrupción de costumbres y los interesados apetitos no son plaga exclusiva de ciertas poblaciones ó clases, sino mal general y extendido en todas las esferas y por todos los pueblos en nuestro siglo.

Que esta fábula dramática es por excelencia *bretoniana*, lo confiesa el autor en la edición príncipe de sus obras, y allí también da cuenta de su desgraciado estreno. «Era, dice [1], opi»nión casi unánime entre las muchas personas »á quienes se había leido esta comedia, *que las »dotes características del autor brillaban eu ella »más que en otra alguna de las que ya había dado »á luz*, y no faltaban sugetos inteligentes que »la preferían á todas las demás. Los actores »se prometieron también el éxito más comple»to, y así parecían anunciarlo los aplausos que »en el día de su estreno iban obteniendo las »principales escenas. Al final, sin embargo, »hubo espectadores que de un modo inequí»voco tuvieron á bien manifestar que eran de »distinto parecer... ¡Y ellos mismos habían »antes reido y palmoteado!... Hay hombres

1 Nota de Bretón.

»á quienes, por lo visto, se infiere una grave »injuria con hacerles *reir*. Pero ¿cómo lo ha de »remediar un poeta cómico, si esa es su *misión* »sobre la tierra? ¡Es un sainetón! decían lue- »go por los pasillos y en el café; y no faltaron »periódicos que condenasen la comedia, sin »hacer apenas otra cosa, para fundar su tre- »mendo fallo que repetir aquella enfática y »augusta frase: ¡Es un sainetón! y decir que »pecaba contra las leyes del *buen tono*... ¡Vál- »gate Dios por *buen tono*! este es otro comodín »muy cómodo para ciertos aristarcos melin- »drosos y superficiales. Pero si estos censores »displicentes se dignasen de examinar con al- »guna imparcialidad las obras que tan ligera- »mente reprueban; si no llevasen al teatro si- »niestra prevención, quizá la juzgarían de otra »manera. Verían, por ejemplo, que en *Dios los* »*cría y ellos se juntan* se propuso el autor pre- »cisamente combatir y escarnecer ese mismo »*mal tono*, que tanto les horripila; que para lo- »grarlo, era preciso darle un poco de relieve, »poniendo en contraste á las personas, que de »tal defecto adolecen, con las de buena educa- »ción y de trato más culto que en la misma »pieza figuran; que si estas alternan con aqué- »llas, porque así lo requiere el argumento, »bien á las claras ha mostrado el poeta, que »no se ha propuesto laurear la maliciosa sim-

»pleza de *Manuela*, la desvergüenza de *Balbi-*
»*no*, la grosería de *Macaria*, la ridícula sufi-
»ciencia de *Ciriaco*, sino todo lo contrario.
»Verían también, si desdeñasen menos el es-
»tudio de tan difícil arte, que en la esfera de
»la comedia caben interlocutores de todas
»clases y categorías, y que sólo cuadra el apo-
»do de *Sainetón* á aquellas farsas arlequines-
»cas, en que se excita la risa del auditorio sin
»ningún designio moral, y tal vez á expensas
»de toda moralidad y de toda decencia, no á
»las que inspira un pensamiento filosófico, y
»que, á través de situaciones festivas y áun *gro-*
»*tescas*, si se quiere, inculcan máximas salu-
»dables y provechosas lecciones, como acon-
»tece con esta fábula cómica, y sería fácil de-
»mostrarlo.

»La comedia fué aplaudida sin la menor
»contradicción en las sucesivas representacio-
»nes. ¿Serían acaso gentes de *mal tono* las que
»asistieron á ellas? En las provincias fué aco-
»gida, y sigue siéndolo, con suma benevolen-
»cia. Bueno es que haya tribunales de segun-
»da instancia.»

Son de admirar varias cosas en esta irrita-
da respuesta, que daba Bretón á sus críticos
nueve años nada menos después de la censura
hecha: primero, que el autor y otros muchos
de sus amigos y personas inteligentes colocan

la comedia en el número de las que llamamos *bretonianas*, ó de aquellas en que abundan las dotes *características del ingenio del autor;* lo segundo, que esté en la espontaneidad inconsciente y en el candor fecundísimo de su numen, casi no se da cuenta del alcance inmenso de sus creaciones, piensa que no hace más precisamente que *escarnecer y combatir el mal tono* (cuestión de estilo), mientras en realidad de verdad se eleva á una cuestión moral y pone en punto de evidencia los inconvenientes de los matrimonios entre personas que carecen de...

La grata conformidad
de costumbres y deseos,
y que pretenden curar
lo que no curan los médicos:
los vicios de educación
y los resabios de pueblo.

Así, cuando se nos vienen á la vez y á la memoria aquella importantísima cuestión moral de la desigualdad en el matrimonio, y la otra doctrina literaria de la mezcla de estilos y personajes; y recordando el fracaso de la comedia, y viendo á Bretón clamar entre irónico y ofendido: «válgate Dios por buen tono,» nos ocurre contestarle á modo de Moratín:

¡Válgate Dios por buen tono!
—¡Qué! señor, no dais en ello!
Si es que no puede hacer migas
lo noble con lo *grotesco.*

Ni matrimonios desiguales en moral, ni estilos tan inconciliables en literatura.

Ahora falta sólo para dilucidar el asunto en cuestión, que es en verdad de los más importantes en la vida literaria del gran poeta, y para fallar en justicia, traer aquí la pieza principal de este proceso, ó sea el artículo á que se refiere Bretón en la anterior nota. Es este un folletín del *Correo nacional* del 2 de Marzo de 1841, periódico de la mayor importancia, á la sazón, de las mismas opiniones que Bretón, y que no podía por tanto ceder en su apreciación á enemistades políticas; dice así:

«Fundaba la empresa grandes esperanzas »en esta producción *(Dios los cría)* del fecun»do y original Bretón de los Herreros, tanto, »que la eligió nada menos que para el benefi»cio de la perla de la compañía, para el benefi»cio de Matilde... La comedia fracasó en el »arrecife del buen gusto público, como diría »cierto autor. Esta vez el público y los periódi»cos han estado conformes (excepto el diario »ministerial progresista *La Constitución*). Si en »lugar de anunciarse en los carteles *Dios los »cría y ellos se juntan, comedia en tres actos*, se hu»biera anunciado *sainete* en tres actos, el pú»blico hubiera estado más indulgente... Los »personajes son caricaturas... La pieza está »plagada de palabras y frases mal sonantes,

»muchas de ellas no admitidas entre personas »decentes ó de *buen tono*. La ejecución fué muy »buena. Matilde, Teodora, La Llorente, Guz»mán, Romea, Sobrado.»

Por último, añadiremos, que se dieron sólo cuatro representaciones, reemplazándola el quinto día *El cuarto de hora* del mismo Bretón, prueba de que no había contra él ni cábala ni mala voluntad personal.

CAPÍTULO XXX.

«CUENTAS ATRASADAS.»—«UN NOVIO Á PEDIR DE BOCA.»—«MI SECRETARIO Y YO.»—EXIGENCIAS DE LA CRÍTICA.—DOCILIDAD DE BRETÓN.—«¡QUÉ HOMBRE TAN AMABLE!»—ENREDO Á LA ANTIGUA, Y FILOSOFÍA Á LA MODERNA.

(1841.)

Creía éste firmemente que una bandería política y una cábala de sociedad pseudo-elegante, eran motores de sus últimos fracasos escénicos: en vano sus amigos le contradecíamos, en vano los empresarios y actores aducían la convincente prueba de que al día siguiente de ser desairada una comedia suya, como *Dios los cría*, era estrepitosamente aplaudida otra como *El cuarto de hora*. Nada bastaba á serenar el tímido numen del fecundísimo poeta: la escena de *La Ponchada* se le presentaba como prólogo y como epílogo de cada obra que componía.

Así, al terminar, á ruego de la inteligente

actriz Jerónima Llorente y para beneficio de la misma, una comedia *bretoniana*, también la segunda de este periodo y del primer grupo que hemos indicado, y darla casi por fuerza al teatro, puso en el anuncio del diario y carteles del 6 de Marzo de 1841, esta extraña advertencia: «Como este título *Cuentas atrasadas* »puede dar lugar á interpretaciones, bueno es »advertir que las cuentas de que se trata no »aluden á negocios de administración pública, »y que ni el autor ni la beneficiada se propo»nen ajustar cuentas á nadie.»

La fábula, que así se anuncia, recuerda caracteres y escenas de *Marcela* y de otras antiguas obras de Bretón; hay una novia pretendida por D. Leoncio, ricacho como D. Donato de *Un novio para la niña*, y por un D. Pedro —coronel ordenanzista—*para el cual todo es cuartel*, que habla como hablaría el D. Martín Campana y Centellas de la *Marcela* cuando llegase á viejo; además está la protagonista Doña Sebastiana, que siendo hija de un dómine, inserta en cada frase un latinajo, de donde infiero que el tal dómine era indudablemente D. Abundio, el de *Á Madrid me vuelvo.*

Por desgracia los temores de Bretón no fueron infundados, y la comedia estrenada el 6 de Marzo de 1841 no se representó más que

tres noches, siendo reemplazada por los *Solaces de un prisionero*, del duque de Rivas.

La prensa no fué más indulgente que el público, y arreció en los ataques que había dado á *Dios los cría*. *El Correo nacional*, que ya hemos citado, monárquico-constitucional, habló el último, y como mal su grado, y en su número de 30 de Marzo escribía: «No podemos menos de decir que la comedia no correspondió á esa idea ventajosa que el público se forma cuando es llamado para asistir á una producción del Sr. Bretón de los Herreros.

»Este es un gran versificador, admirable en sus diálogos y por las dificultades que en ellos vence; pero pobre en lo general en sus argumentos, etc., etc... todos tienen un mismo fondo de filosofía... No pinta bien la sociedad de *buen tono:* sus gracias no son siempre del género más escogido, etc., etc... En *Cuentas atrasadas* los caracteres, en especial el de Doña Sebastiana, están en extremo exagerados, y algunas gracias hay que disuenan, y que no anotamos por no repetir lo ya dicho en otros periódicos.»

No sería, pues, oportuno, ni útil, ni justo siquiera transcribir aquellas *gracias disonantes*, según el dicho de los críticos, y áun también creo intempestivo discutir sus censuras; pero

cualquiera conocerá que pecan de severas, comparando las anatematizadas escenas, *gracias* y frases con otras análogas, no ya de Tirso ó de nuestros antiguos ingenios, sino del mismo Molière, cuyo nombre parece que no es lícito pronunciar sino inclinando la cabeza. Pues bien, ¿qué ha dicho nunca Bretón tan provocante y salpimentado, que pueda compararse con todo el *Amphitrión* y áun con algunas escenas de *Les femmes savantes?*

Dejando esto aparte, conviene anticiparnos á decir que al género, que por antonomasia hemos llamado *bretoniano*, y áun á la reproducción de argumentos ya tratados por el autor, corresponde asímismo *Un novio á pedir de boca*, escrito en este periodo de su vida de cesante, y que se representó en 23 de Mayo de 1843 [1].

Semejante en el título á *Un novio para la niña*, recuerda en su argumento á aquella comedia, á la *Marcela*, *El tercero en discordia*, etc., etc. Trae á la escena á una viudita y á tres pretendientes, uno ricacho, otro fanfarrón, otro presumido, y un tercero, no, un cuarto, que se lleva la novia fingiéndose dócil, humilde, cuitado, hasta consentido y pazguato.

Es curiosa la advertencia de Bretón, en que

1 Con fecha 12 de Setiembre, en carta de que me haré cargo más adelante, me avisaba que había dado la última mano á aquella comedia en la expedición veraniega de aquel año, 1842.

se manifiesta el estado alarmado de su ánimo [1].

«Que con esta producción desea el autor »agradar al público, á cualquiera se le alcan»za; lisonjearse de antemano con la esperan»za de conseguirlo, *sería una temeridad;* expo»nerse á defraudar las del espectador, prome»tiéndole en el cartel lo que acaso no haya de »cumplir, sería imperdonable; anticipar dis»culpas acerca de los defectos en que cierta»mente, bien que á su despecho, habrá incu»rrido, sería lo que llamamos *enseñar la horca »antes que el lugar;* pero es costumbre anunciar »los dramas nuevos con una nota más ó me»nos extensa y erudita; y ni el poeta ni la »empresa pueden reclamar sobre este punto »el *privilegio* de invención. Por otra parte, el »no conformarse con la práctica constante »equivaldría á condenarla, cosa que no les es»tá bien ni al uno ni á la otra, y acaso al ver »anunciada esta comedia con solo su título, »pudieran muchos decir: ¿qué tal será ella, »cuando amanece tan escueta y desampara»da? y se abstendrán de asistir á su represen»tación. En tal conflicto, y para no ser acusa»dos de indiferencia ni de presunción, no »queda otro arbitrio á los interesados que el

1 *Diarios de avisos* de Marzo de 1843 y carteles.

»de estampar, como lo hacen, la presente no»ta... y no decir nada en ella.»

Pero sin quererlo, y arrastrados por la clasificación crítica de las obras, hemos adelantado los tiempos y olvidado las vicisitudes biográficas.

Aquellas acusaciones de amigos y enemigos, aquella frialdad y alejamiento del público le eran tanto más sensibles, cuanto más respetuoso y tenaz empeño había puesto siempre en seguir el gusto general, sacrificándole á veces el suyo propio. Allá por los tiempos en que el corte moratiniano estaba de moda, escribió *Á la vejez viruelas:* cuando obtenían aplausos *Andrómaca* y *Camila*, acudía con *Mérope;* si llenaban los teatros *La Huérfana de Bruselas* ó *La Cieguecita de Olbruch*, Bretón escribía *Elena;* si se resucitaba la historia de *Doña María de Molina* ó de *D. Fernando de Antequera*, él evocaba los recuerdos del *Emplazado* ó de *Vellido Dolfos;* á *Miguel y Cristina* y á las piececitas de Scribe, contraponía ciento de las que él llamaba *Comediejas*, á la *Redoma encantada* le preparaba el duo con *La Pluma prodigiosa;* y ni á la Zarzuela negaba el tributo de *Los Solitarios*, sellándolas empero á todas con aquella contramarca *bretoniana*, que las distingue y avalora. ¿Por qué se le había de exigir, como vemos en los artículos críticos de

aquella época, mayor enredo en sus fábulas, más intención filosófica en sus argumentos, y *tono* más atildado en su lenguaje?

Sin embargo, cuando se repasan aquellas reiteradas exigencias, y aquella paciente laboriosidad, con la cual, según el dicho de nuestro Hartzenbusch, tras una comedia «de pen»samiento grave, cual *Muérete y verás*, obra de »las mejores de nuestra época, produce dos ó »tres piececitas en un acto, como *El pro y el* »*contra*, *Ella es él* y *El hombre pacífico*, junto á »un cuadro de costumbres campestres, como »*Dios los cría y ellos se juntan*, nos da en *El* »*cuarto de hora* una pintura elegante de costum»bres urbanas.» Cuando todo esto, digo, se toma en cuenta, no se sabe qué admirar más, si la ingrata versatilidad de los censores, ó la dócil condición del preclaro ingenio.

Este, en verdad, como ha dicho Hartzenbusch, tras una piececita en un acto *Mi secretario y yo* [1] (1.° de Abril de 1841), que no cede ni en gracia de caracteres ni en pintura y belleza de versificación á lo mejor de este género, y que aún no se ha suprimido del reper-

1 He aquí cómo se explica el *Correo nacional* de 15 de Mayo siguiente: «*Mi secretario y yo*, es uno de los más graciosos juguetes »dramáticos del inagotable Bretón. Pieza versificada con la facili»dad admirable, dialogada con la natural maestría y salpicada con »los chistes y las gracias características del autor.

torio, acudía á satisfacer las excitaciones de sus censores.

La última demanda formulada por ellos, era la de *mayor riqueza*, esto es, mayor *enredo* en los argumentos, y *fondo filosófico* más vario y profundo.

Quiso, pues, Bretón satisfacer estas dos exigencias con la comedia *¡Qué hombre tan amable!*, á la que dió la intriga y movimiento de nuestras comedias de capa y espada, y que recuerda *La Dama duende*, intentando además ridiculizar ó castigar la hipocresía de la amabilidad, el egoismo zalamero. Nueva, pues, era la manera, trascendental y filosófica la idea; el consejo, por tanto, había sido atendido.

Pero sea que del mismo modo que en política, las concesiones pasan las más veces por debilidad, en literatura las complacencias se interpretasen por ignorancia, el caso es, que la nueva comedia *¡Qué hombre tan amable!* no fué más benévolamente recibida ni tratada que las anteriores.

«La intriga de esta comedia, dice el crítico á que en este párrafo nos referimos, es de »las más complicadas é ingeniosas del Sr. Bre»tón; pero el mérito que tiene en esta parte, »no basta á salvarla de una sentencia muy du»ra. Manifiesta Bretón claramente el intento

»de desarrollar en ella una idea moral y de ca»rácter relevante. Y sin embargo, este carácter »ó (el personaje principal), sería más bien que »hipócrita, tonto. Todos los caracteres de *¡Qué »hombre tan amable!* son unas caricaturas; y »cuando se trata de presentar á buena luz las »acciones humanas, la caricatura deja de ser »la exageración de la verdad, para convertirse »en la falsificación de la verdad...» y concluye: «¿Por qué el Sr. Bretón, cuando le ocurre un »pensamiento capaz de producir una de esas »obras, que no vinculan su éxito en las cir»cunstancias y convenciones de actualidad, »no ha de meditarlo y madurarlo [1]?»

El público dió también la razón á los impugnadores: sólo tres noches duró la comedia, y fué reemplazada de remedión con *D. Álvaro*.

1 *Correo nacional* del 15 de Mayo de 1841.

CAPÍTULO XXXI.

BRETÓN NO EMIGRA PERO SE AUSENTA.—BELTRÁN MUNEO.—CARTA Á ROMEA.—LOS JUEGOS FLORALES.

El mal éxito de la comedia filosófica *¡Qué hombre tan amable!* volvió á abrir la herida que *La Ponchada* había inferido, y que los golpes siguientes habían emponzoñado; pero, ¿qué remedio emplear? ¿Cuál bastaría á cicatrizarla? ¿Cuál era la causa del disfavor del público, ó (dando crédito á las sospechas de Bretón) del odio de una pandilla? La política no podía ser: satisfecha ya y vengada con la cesantía del empleado, hasta había tomado la defensa del poeta en los periódicos de la situación triunfante; toda idea, por tanto, de emigración, estaba abandonada. Rencores literarios no existían; calmados ya los bandos romántico y clásico, y muerto Larra, el cual, aun después de su reconciliación, le inspiraba recelos. En todo caso, ¿qué convenía hacer? Para emprender nuevo camino era ya tarde; abandonar aquel en que tantos triunfos había obteni-

do, era insensato además de imposible. En medio de estas vacilaciones ocurrieron dos arbitrios, al parecer insignificantes, pero que bastaron á calmar el ánimo, siempre infantil, del atribulado Bretón.

Si el público ríe siempre las gracias del escrito al mismo tiempo que los críticos azotan al escritor (según él creía *in odium autoris*); estudiaré, dijo, el gusto del público, y escribiré comedias de enredo, ó de capa y espada, de monos ó de perros, zarzuelas ó magias, y las daré anónimas ó con anagramas, primer arbitrio; y el segundo sugerido por su buena y amable compañera... una ausencia, visitar un país exento de las cábalas de Madrid, ó quizá animado y palpitante de costumbres más puras y de impresiones más hondas. En él, decía Bretón, quizá el *buen tono* no tenga tantos *bemoles;* quizá no se ofendan las gentes de que las hagan reir.

Resultado de esta deliberación fué el viaje á las Provincias Vascongadas y la resurrección del anagrama de Beltrán Muneo, con que años anteriores (como se ha dicho) había dado algunas traducciones, y con que en San Sebastián escribió la comedia de magia *La Pluma prodigiosa*, dando de mano á la de enredo *Lo vivo y lo pintado*, que tenía comenzada y que apareció primero en las tablas.

Es curiosa la siguiente carta, en que da cuenta de su vida en aquella ocasión: romance que quizá no insertásemos, si sólo del análisis de sus obras se tratase, y no más principalmente del autor. Dice así:

San Sebastián de Guipúzcoa
á cinco de Julio *(cinqüe)*.
Querido amigo Romea:
Con placer indefinible
recibí vuestra apreciable
de treinta del que no rige.
Huélgome de que *Los Perros* 1
den largos maravedises,
y que de avieso ganado
el Circo ambicioso limpien.
Ojalá el próvido drama
(que puedo llamar bilingüe,
pues algo dirán los canes,
ora ladren, ora chillen),
ojalá dure en la escena
quince días y otros quince,
mientras dan otros á luz
Venturas, Rivas y Giles.
Yo en la magia consabida 2
voy trabajando de firme,
y espero llegar muy pronto
al *opus coronat finis*.
Si sale flojo, paciencia;
á bien que allá en los Madriles
faltas de Beltrán Muneo 3

1 *Los Perros del Monte de San Bernardo*, drama traducido por Vega, que daba cuantiosas entradas, mientras que los lindos versos de Bretón eran silbados.

2 *La Pluma prodigiosa*.

3 Anagrama.

suplirá Paco Lucini 1.
Lo paso como un patriarca
en esta ciudad insigne,
aunque tres días no más
he visto el sol sin melindres.
Ora se espacia mi vista...
y no digo—¡ay de mí triste!—
mis ojos, porque hasta en esto
soy singular *(suum cuique)* 2.
Ora, como iba diciendo,
mi vista que no es de lince,
tiendo por el ancho mar...
desde tierra, no en esquife.
Ora Pírene me muestra
sus cumbres inaccesibles,
ora vestigios lamento
de nuestras bárbaras lides.
La ría me da salmones
si la vega codornices,
y el mar sabrosas sardinas,
que aún bullen cuando se fríen.
Limpia mesa, muelle cama,
trato cortés y apacible...
sólo á mi ventura falta
ver el teatro del Príncipe.
Con esto no canso más;
beso los piés á Matilde;
memorias á los amigos,
con un extenso *inclusive*.
No demoréis contestarme
con buena dosis de chismes
dramáticos, y mandad
al que ufano se repite
vuestro amigo verdadero,
Manuel Bretón.

1 Pintor escenógrafo.

2 Con qué gracia aquí, como en otros escritos, se burla de ser tuerto.

No se olvide
en la nómina de amigos
á Ceriola y Carriquiri [1].

En esta carta familiar, ingénua, humorística, resaltan no pocos rasgos de su carácter; ni una palabra se habla de *Lo vivo y lo pintado*, que había ya comenzado y traido de Madrid; ni aparece idea alguna de la que en las playas concibió... á todo había dado de mano el poeta; *trabajaba, sí, de firme*, en la *magia*; pero no como inspiración de artista, sino como labor de artesano, que se emprende y realiza con *escasa independencia*. A pesar de eso, ó disimulando su resentimiento, ó cediendo á su festiva genialidad, hasta llega á burlarse de su propio defecto corporal: *es tuerto*, y de ello ni se queja, ni se alaba, sino se ríe. Sin embargo, en esa misma comedia de magia, *La pluma prodigiosa*, deja hartos indicios de la situación de su ánimo resentido, contristado, descontento de su suerte. Para él es muy adversa la de un poeta; así es que dice [2]:

¿Ignora
la suerte que predestinan
inexorables los hados
al que la musa cultiva?
Perseguidos donde quiera

1 D. Jaime Ceriola y D. Nazario Carriquiri, á la sazón empresarios del teatro del Príncipe.

2 Acto 2.º, escena 6.ª

por la ignorancia ó la envidia,
visten mal, comen peor,
duermen en una boardilla,
mueren en un hospital...
¡Deliciosa perspectiva!

Así es que, en concepto del autor, el deseo más desrazonable, antinatural y punible que puede concebir un hombre, es el de ser poeta.

El argumento de esta fábula estriba en que un mágico da á su favorecido una *pluma tan prodigiosa*, que con sólo escribir en el aire un deseo, queda realizado. Exceptúanse sólo tres (que en aquel paraiso de los apetitos hay tres frutos vedados): los ignora el mortal favorecido; la experiencia se los hace conocer: el primero es, pues, el de ser *poeta*, y son los otros *ser inmortal* y *convertirse en mujer*. Ser poeta, pues, en concepto de Bretón, era gran desgracia; quererlo ser, máxima necedad; tanto más, cuanto que, según dice el mágico reprendiendo á su protegido Gonzalo,

nos cansan, ya nos fastidian
los poetas, sin salir
de la corte de Castilla;
hay peste de ellos; pululan
lo mismo que las hormigas;
y cuando fuera preciso
por bando de policía
y buen gobierno acabar
con esta raza maldita,
¿quieres aumentar su número?

Ni es este el único rasgo de mal humor que al lacerado poeta se le escapa. Buitrago, criado de D. Gonzalo, oyendo hablar á un dromedario, en que iba caballero, exclama:

BUITRAGO. ¡Ay! ¡Qué es esto, cielo santo!
¡Habló la cabalgadura!
GONZALO. No te extrañes ni te azores,
que en España, como en Francia,
hoy día hay grande abundancia
de animales habladores [1].

Sin embargo, aquellas correspondencias de Madrid y otras más lisonjeras noticias, iban poco á poco calmando el mal humor y devolviéndole el apacible temple y la festiva inspiración de sus mejores tiempos.

En este á que nos referimos, se habían instaurado en el Liceo los juegos florales: el tema propuesto por la sección de literatura para ganar la rosa de oro, era *una sátira ó epístola moral sobre las costumbres del siglo;* y entre los muchos contrincantes, un severo, justo y competente tribunal adjudicó el premio á la composición cuyo lema era...

Y aún no cabe lo que siento
en todo lo que no digo.

Abierto el pliego, se supo que su autor era nuestro Bretón.

1 Acto 1.°, escena 19.

No fuí yo testigo del gozo que le causó esta noticia; presumo que fué grande: estaba de Dios que el Liceo derramase siempre bálsamo reparador sobre las heridas de su amor propio.

Lo que ciertamente no olvidaré nunca es la grata impresión que me hizo la solemnidad de la adjudicación de aquellas flores que presidí el 11 de Julio de 1841, en que no parecía sino que el inmenso y selecto concurso tomaba á pecho desagraviar al insigne y maltratado poeta. Cuando el secretario general Sr. Colomer, leyendo el fallo del jurado, pronunció el nombre de Bretón, aplauso unánime sancionó el acuerdo; por ausencia del autor, y para leer la epístola premiada, subió á la tribuna Espronceda, cuya hermosa figura parecía radiante, contribuyendo al triunfo de su amigo; y al leer el primer verso que dice: *¡Oh siglo del vapor y del buen tono!*, de tal modo acentuó la última expresión *buen tono*, que se repitieron aún más intencionados y calurosos aplausos; pero donde éstos, mezclados con risa fueron más marcados, fué en el terceto que dice:

> Y hoy, que tanto se *ríe en la tragedia*,
> no es maravilla, si se queja alguno,
> de que le hagan *reír en la comedia*.

Expresiones son estas, que muchos años adelante repetía Bretón en su edición comple-

ta al frente de *Dios los cría y ellos se juntan*... «Hay hombres, dice, á quienes, por lo visto, se infiere una grave injuria con hacerles *reir*.»

De esto no hay para qué hablar de nuevo ahora: ya se ha hecho en lugar oportuno; lo recordamos sólo para comprobar cuánto penetraba esta herida en el ánimo de Bretón, y al par de ello, cuán caritativa obra fué en su desconsuelo el premio del Liceo, y las circunstancias que lo realizaron; no siendo la menor que al recibirle de mi mano, á nombre del ausente laureado el insigne poeta D. Juan Nicasio Gallego, dijese estas justas y memorables palabras:

«Acepto gustoso este encargo, así por la amistosa confianza que me demuestra el fecundo escritor que ha merecido esta joya, como por la ilustre corporación que con tan nobles estímulos fomenta el cultivo de las letras y las artes [1].»

Amparado, pues, nuestro autor por tan gran maestro, coronado por la sociedad literaria á la sazón más influyente, echado de menos por los actores, los empresarios y el público, no es mucho que viniese convalecido y contento de las playas guipuzcoanas, y que, reparado en

1 Distribución de los premios florales. Acta de la sesión de 11 de Julio de 1841.—Madrid: establecimiento tipográfico, calle del Sordo, núm. 11.

breves días su ánimo, diese término á la comedia *Lo vivo y lo pintado*, pusiese *La pluma prodigiosa* en estado de necesitar sólo leves retoques, ó por mejor decir, convenciones con el escenógrafo; y lo que es más, trajese el plan, el comienzo y la entonación de una de las más bellas joyas de su repertorio.

CAPÍTULO XXXII.

BRETÓN NO ES POLÍTICO.—OCTUBRE DE 1841.—MORTIFICACIÓN POÉTICA.—LA MAGIA.—CONSUELO Y TRIUNFO.—«LA BATELERA DE PASAJES.»—PASCUAL Y CARRANZA.

Mientras nuestro autor en las risueñas playas vascongadas ó en su pacífico hogar de la calle del Príncipe, de Madrid, escribía, ó como él dice, «manufacturaba *La pluma prodigiosa*, inventando súbitos cambios de decoración, tramoyas sorprendentes, luchas terroríficas y triunfos maravillosos; mientras que en dicha manufactura, dejando correr su inspiración propia, cometía un acto de indisciplina»... alrededor suyo, en aquellas mismas provincias vascongadas, al parecer tranquilas, y en aquel Madrid, exteriormente sometido y contento, se preparaban mutaciones más costosas, tramoyas más grandes, escenas más terribles, triunfos más imprevistos, actos de indisciplina más dolorosamente expiados. Organizábase el alzamiento en contra del Gobierno de Espar-

tero, y en demanda de la restauración de la regencia de María Cristina; caballeresca y mal combinada tentativa que estalló en Octubre, y que costó la vida en Vitoria á Montes de Oca y en Madrid al general D. Diego de León y sus compañeros. Fué el primero fusilado el 15 del mismo Octubre, y los demás en los siguientes días.

Cosa verdaderamente notable: aquel proyectado levantamiento, que era el secreto á voces, se hacía á nombre de una reina, á la cual nuestro poeta había tributado repetidas alabanzas; en su buen éxito (si se obtenía), hallaría Bretón el triunfo de sus personales opiniones y la reparación de la injusticia de que era víctima; mediaban en esto sus amigos más íntimos: aquellos que en el romance ó carta de San Sebastián comprendía en el *extenso inclusive*, tomaban parte principalísima, tanto que alguno de ellos (una vez abortado el movimiento), escapó del patíbulo ganando la frontera de Portugal á través de sierras y guiado por contrabandistas. Sin embargo, el *consagrado* poeta parecía como que todo lo ignoraba, no ciertamente por indiferencia á opiniones que eran las suyas, ó por mal disimulado egoismo, sino porque tal fué su vida entera, la abstracción de su espíritu en el cultivo de las musas. Que el austero cenobita en su

celda no ignora ni menosprecia las agitaciones de la sociedad, como no desoye la furia de las tempestades; pero de unas y otras se abstrae en la contemplación á que vive *consagrado;* y para ello, según los místicos, redobla mortificaciones, evoca recuerdos del fervor de los primeros años, y pone, en fin, ante sus ojos el ejemplo de los varones perfectos.

Todo esto y mucho más practicó Bretón, dócil á las exigencias del público, á los consejos de sus amigos, á las insinuaciones de la crítica. Si de mortificaciones literarias se trata, ¿cuál mayor que aquella que él mismo describe y pondera hablando de *La Pluma prodigiosa?* «subordinar las inspiraciones de Talía á las leyes de la mecánica; el estro á la *óptica*; el sentimiento á la *perspectiva*; el corazón á los *sentidos*; la trama á la *tramoya*; la verdad al *absurdo*, y la gracia del diálogo á la *severidad* del presupuesto [1].» Si á recuerdos de sus primeros tiempos nos referimos, ahí está *Lo vivo y lo pintado*, en que hasta pone en escena un lance que en su juventud le ocurrió en un baile de máscaras, por cierto que en mi compañía y en el ya destruido palacio del duque de Hijar. Si, según el ejemplo de los grandes maestros antiguos, se le exije dar mayor enredo y mo-

1 Prólogo á *La Pluma prodigiosa*.

vimiento á la acción, esa misma comedia no es otra cosa que una imitación de las de capa y espada. Estrenóse el 12 de Octubre de 1841, es decir, en la semana misma en que sangrientas ejecuciones alejaban del teatro á la sociedad consternada, y sin embargo, el éxito no fué desfavorable; y calmados luego algún tanto los ánimos, logró, así como *La pluma prodigiosa* dada el 3 de Noviembre, sostener sin gran quebranto el teatro del Príncipe, que pudiera llamarse *la casa de Bretón*.

A las dos comedias *¡Qué hombre tan amable!* y *Lo vivo y lo pintado* que, como hemos dicho, parecen hechas para satisfacer la exigencia crítica de que explanase pensamientos más filosóficos y emplease mayor enredo, á la manera de nuestros antiguos ingenios, hay que agregar en este periodo dos comedias más: *Estaba de Dios*, y *Finezas contra desvíos*. Anunció Bretón la primera, dada el 19 de Enero del 43, diciendo que participaba del género de las comedias de *enredo* y de las de *costumbres*, y el público notó que tenía alguna analogía con el drama de Vega titulado *Los Partidos*, pasando la acción de ambas durante la guerra de sucesión (1709); y el tutor D. Tadeo, que figura en la comedia de Bretón, recuerda en lo cachazudo y casamentero á D. Timoteo de la *Marcela*. La segunda comedia de este grupo,

dada el 2 de Noviembre de 1843, *Finezas contra desvíos*, es franca y paladinamente una imitación de las de capa y espada, mediando en ella el mismo Felipe IV.

Pero en donde más cumplida y bizarramente aparecen dos nuevas evoluciones de su estro, subjetiva la una, objetiva la otra, á saber: la manifestación de su propio y general sentir, y la imitación de los grandes maestros; los recuerdos de su juventud, quizá involuntarios, quizá instintivos; pero íntimos, profundos, sinceros; y la pintura animada y exacta del tiempo y del país en que escribe, donde todo esto se ve por manera admirable, es en el drama que había trazado y casi escrito en las playas de Guipúzcoa; una de sus obras más aplaudidas, y en mi entender mejores y más características de su numen.

El segundo día de Navidad de 1841, muy de mañana, recibí una esquela concebida en los términos siguientes: «Hoy 26 Diciembre. »Querido padrino: á las doce de esta mañana »leemos en casa de Romea, por ser también »la de la protagonista, mi nuevo drama *La »Batelera de Pasages*. Honre V., le ruego, con »su asistencia, y ayude á sacar de pila á este »hijo de mi imaginación, ya que otros no pro»duzca su ahijado... Manuel Bretón de los He»rreros.»

En efecto, dicho sea de paso, uno de los pesares de aquel *hombre de bien* era no tener hijos: jugar con un pequeñuelo sobre sus rodillas le preocupaba más que dejarle heredero de un nombre que él había hecho célebre; ser amado de un hijo como él amaba á su anciana madre: he aquí su deseo más vehemente.

En cuanto á *sacar de pila* á la *Batelera*, se promovió, en efecto, cuestión sobre si darle el nombre de *drama* ó de *comedia*.

La calificación de drama, que allí se adoptó á propuesta de Bretón, fué disputada luego por la prensa.

«¿Por qué el poeta, que ha llamado comedia »á *Muérete y verás*, llama drama á la *Batelera* »como á *Elena?*» Discurrían sobre esto críticos y periodistas. *El Independiente* de 19 de Enero del 43, daba sobre el particular este fallo: «En cuanto á si la pieza es ó no drama, esta»mos por la negativa; pero nada nos importa, »porque en cambio los personajes de ella es»tán muy bien retratados, y es la producción »que más ha enriquecido su autor con sus »acostumbradas sales cómicas.» Se estrenó el 13 de Enero del 42 y se hizo nueve noches seguidas, cosa entonces extraordinaria. Lo merece, en verdad, si es mérito en un poema poner á descubierto el modo de ser y de sentir del poeta, y hacerlo tan vivamente, que se

atraiga las simpatías de quien le lee ó le escucha; pocas obras de nuestro gran dramático reunen en tal grado esas calidades. Quien la lea, puede decir que ha conocido y tratado al joven riojano voluntario de la guerra de la Independencia, y que le ha acompañado en las guarniciones y campamentos, y que ha oido en los vivacs y cantinas los nobles arranques de su corazón y los inimitables rasgos de su ingenio. Por otra parte, toda obra de imaginación ha de llevar tácitamente la fecha en que se escribe; pero desgraciado el escrito que no es más que una fecha: pasa *con las circunstancias;* desgraciado asímismo el que no deja traslucir nada del país y de la época en que fué producido. Pues bien, *La Batelera de Pasajes* de tal manera amalgama sentimientos, que son eternos, de amor, de venganza, de abnegación, de patriotismo, de marcial pundonor, con las condiciones locales y eventuales de nuestra guerra civil, que siendo una fotografía de ésta, es, sin embargo, una alta y bella lección humana, documento histórico á la vez y joya literaria.

No sé por qué *La Batelera de Pasajes* me recuerda *El Alcalde de Zalamea*, no por el servilismo de quien copia ó por la vacilación de quien imita, sino por aquella semejanza armónica que resulta entre dos ingenios, cuan-

do animados de análogos sentimientos, elijen para expresarse parecidas palabras. En una y otra composición está la pintura de *costumbres locales* y de *licencia militar;* quizá recuerdos de la juventud marcial de los dos poetas.

Hay en una y otra una inocente joven lugareña, ultrajada por un capitán libertino. El gran dramático antiguo hace intervenir la violencia (feliz diferencia de los tiempos). El poeta contemporáneo hace intervenir la supersticiosa creencia en sueños y agüeros, harto común de cierta gente y en ciertas provincias. En uno y otro drama muere el delincuente: en Zalamea en el patíbulo; en los campos de Lodosa en un duelo. La cantinera Chispa, mujer del soldado Rebolledo en *El Alcalde de Zalamea*, recuerda mucho á la cantinera Teresa, mujer del sargento Briones de la *Batelera;* éste es harto más honrado y no menos gracioso que el que nos pinta Calderón. En la escena entre Faustina y el capitán Bureba, su seductor, abunda el mismo espíritu de honradez, de abnegación, de energía y de verdadera *nobleza*, que en la famosa del alcalde Crespo y el capitán D. Alvaro, forzador.

De mí sé decir que cuando en compañía de Bretón, el voluntario riojano, entro en la cantina del ejército del Norte y oigo á la batelera Faustina que le dice al capitán:

Allá para tí, habrás dicho,
es hija de un ganapán;
no se atreverá á pedirme,
siendo á mí tan desigual
satisfacción de su honra,
y se morirá de afán;
ó si yo la desamparo
otro la consolará...
¿Qué entiende de honra una moza
que se ha criado en el mar 1?

recuerdo involuntariamente el diálogo entre el otro capitán D. Alvaro de Ataide y el labriego de Extremadura, que discurren sobre la honra ú opinión y que nos refiere Calderón de la Barca.

CAPITÁN. ¿Qué opinión tiene un villano?
JUAN. Aquella misma que vos;
que no hubiera un capitán
si no hubiera un labrador 2.

Asímismo, cuando *La Batelera* exige á su seductor la mano de esposo en reparación de la honra, dice:

Tengo aliento que me sobra
para obligarte... sí tal,
á cumplirme la palabra
que me distes á la faz
del cielo, y á que me vuelvas,
¡que nada tuyo me das!
la honra que me robaste 3.

1 *La Batelera de Pasages:* acto 2.°, escena 9.ª
2 *El Alcalde de Zalamea:* acto 1.°, escena 16.
3 *La Batelera de Pasages:* acto 2.°, escena 9.ª

Y este mismo argumento emplea el Alcalde Crespo con el forzador de su hija.

¿Qué os pido?... Un honor os pido
que me quitásteis vos mesmo,
y con ser mío, parece,
según os lo estoy pidiendo
con humildad, que no es mío
lo que os pido, sino vuestro 1.

Por último, ni Inés ultrajada, ni Faustina burlada transigen con su desgracia, prefiriendo la muerte á la deshonra; pero no imaginando siquiera un momento el crimen del suicidio.

Así Inés dice á su padre:

Antes que me des la muerte
te he contado mis desdichas:
y ya para que me mates
aquestos lazos te quitan
mis manos: alguno de ellos
mi cuello infeliz oprima.
Tu hija soy, sin honra estoy
y tú libre: solicita]
con mi muerte tu alabanza
para que de ti se diga...
que por dar vida á tu honor
diste la muerte á tu hija 2.

Faustina hace análoga súplica á su burlador, á quien ella, á diferencia de la joven de Zalamea, ama apasionadamente:

1 *El Alcalde de Zalamea:* acto 3.°, escena 8.ª
2 *El Alcalde de Zalamea:* acto 3.°, escena 2.ª

Y si aún ausente de tí
en mi pobre oscuridad
te estorba acaso mi vida
para algún ilustre plan...
dame un veneno. ¡Cruel!
pon á mi cuello un dogal...
que como yo muera honrada
¿qué me importa lo demás? 1.

Por donde se ve, habida consideración á las distintas índoles del teólogo poeta de *Los Autos* y del festivo autor de la *Marcela*, que si tienen la semejanza que hemos notado, es porque felizmente el concepto del honor no ha variado en nuestro pueblo, desde el tiempo de los Felipes y de Calderón hasta nuestros días; porque su culto es el mismo en todas las clases de nuestra sociedad, y porque se encuentra igual desde la orilla del Bidasoa hasta la desembocadura del Guadiana.

Examinadas así ligeramente las semejanzas de uno y otro drama, exige la justicia apuntar someramente alguna esencial diferencia, que no sólo caracteriza á uno y otro autor, sino que quizá más que nada ha contribuido á la que podemos llamar *resurrección* de *El Alcalde de Zalamea*. Marca aquel drama el predominio del poder civil sobre el militar, propio de la política en España seguida por la dinastía de Austria; la lucha aún no extinguida hoy

6 *La Batelera de Pasages:* acto 2.°, escena 9.ª

entre nosotros del principio municipal, que disgrega, con el central, que oprime; y sobre todos ellos soberano el monárquico, *Deus ex máquina*, que administra personalmente justicia, y á veces encarna y realiza el voto público.

Nada de esto hay en la comedia de Bretón, no gustaba él de generalizar y elevar sus argumentos. El suyo se limita á un caso particular, á la ambición supersticiosa de una batelera que quiere ser capitana, y al inocente amor de ella y de un hombre del pueblo. Pinta Calderón la nación y el siglo. Bretón fotografía las provincias y la época; casi meramente la ensenada de Pasages y el año 1835. Tiene en fin, esta comedia, no tanto como las del Príncipe de nuestros dramáticos; pero más que otras de Bretón, una energía de caracteres, una delicadeza de pensamientos, una sensibilidad y un *arranque*, que la distingue y la ennoblece. Pablo, Briones, Bureba, Faustina dan de ello pruebas en cada escena.

En punto á versificación, creo difícil hallar en nuestro teatro antiguo ó moderno escena superior á la última del primer acto.

La linda é inocente batelera Faustina, que en sueños se había visto esposa de un capitán, y que creía en este presagio, convida á entrar en su batel al capitán Bureba, que desde luego se propone seducirla, y dice:

BUREBA. ¡Bien haya una y mil veces
la playa de la Herrera,
que cría entre sus peces
tan linda batelera!

FAUSTINA. Vamos al bote.

BUREBA. Es pronto.
Así como tú eres,
debió surgir del Ponto
la Diosa de Citeres.

FAUSTINA. ¡Vaya! Me da vergüenza
tanta lisonja. ¡Calle!

BUREBA. Con esa rubia trenza
sobre el airoso talle,
y el sombrerillo leve,
que amor formarle pudo
y albo como la nieve
el bello pié desnudo.

FAUSTINA. ¡Ah! señor, no comience
á usar esos... lenguajes.
Más claro es el vascuence
que hablamos en Pasages.

BUREBA. Aunque la espada ciño,
tengo algo de poeta.

PETRA *(otra batelera)*. (¿Poeta? ¡Buen aliño!
no tendrá una peseta.)

BUREBA. ¿Y quién no lo sería
luego que te mirara?
Que hay mucha poesía
en tu donosa cara.

FAUSTINA. Poeta es el maestro
de la vecina escuela,
y á diestro y á siniestro
miente que se las pela.

BUREBA. ¿Quién, á no ser un zote,
negaría... (¡Qué alhaja!)

PETRA. Vamos, vamos al bote
que la marea baja.

BUREBA. ¿Cabe ser embustero.
con tan gentil doncella?
Pues ¡qué! ¿Soy el primero

que te ha llamado bella?

FAUSTINA. Juan me lo llama, y Bruno
el hijo del tendero,
y Luis. (¡Pero ninguno
con tanto resalero!)

BUREBA. Y pongo por testigo
al cielo. ¡Oh mi tesoro!
que la verdad te digo,
si digo que te adoro.

FAUSTINA. ¡Tan pronto!

BUREBA. Así lo quiso
el hado...

FAUSTINA. Esa no cuela.

BUREBA. Verdad es... Con permiso
del maestro de escuela.

FAUSTINA. No creo yo en la llama
de amor tan repentino,
que tengo mucha escama
y usted va de camino.
Suelen así en tinieblas
dejar los horizontes,
mi capitán, las nieblas
que engendran estos montes,
y el sol antes que llueva
las borra con su influjo,
ó un viento se las lleva
contrario al que las trujo.

BUREBA. Si tú mi dicha labras,
no temas sinsabores...

FAUSTINA. ¿Quién fía de palabras?

BUREBA. Pero...

FAUSTINA. Obras son amores.

BUREBA. Obras, mi amor sincero,
si alivias tú mis penas
hará...

FAUSTINA. Lo creo, pero...
¡falta que sean buenas!

PETRA. ¿Qué esperas? Ven, Faustina.

FAUSTINA. Ya voy...

PETRA. ¿Quito la amarra?

FAUSTINA. Vamos, Señor.
BUREBA. (*Queriendo tomar una mano á Faustina.*) ¡Divina!
FAUSTINA. ¡Quieto! No soy guitarra.
BUREBA. ¿No me has de dar siquiera
la mano que te pido,
preciosa batelera?
FAUSTINA. ¿La mano? ¡A mi marido!
BUREBA. ¿Lo tienes ya?
FAUSTINA. Yo llamo
marido al que lo sea.
BUREBA. ¡Respiro! Porque te amo.
PETRA. ¡Que baja la marea!
BUREBA. Sí, batelera mía,
y si el amor te humana,
bien puede ser que un día
tu seas capitana.
FAUSTINA. No es digna una barquera
de tan ilustre dueño.
(¡Ay Dios, si se cumpliera
mi regalado sueño!)
BUREBA. No tanto te rebajes,
que eres...
FAUSTINA. Un pino de oro;
¡eh! vamos á Pasages
á ver al Comodoro 1.
BUREBA. Partamos. No te inquietes.
PETRA. (¡Poder de un uniforme!)
BUREBA. Pero, en fin, ¿me prometes?...
FAUSTINA. ¿Yo? Según y conforme.
¡Al bote!
(*Entra de un salto en el bote.*
BUREBA. ¡Espera! Temo...
Ligera es como pluma.
FAUSTINA. Vamos, que ya mi remo
riza salobre espuma.

1 Lord John Hay, jefe de la escuadrilla inglesa auxiliar en la guerra civil carlista.

BUREBA. Yo de su rudo peso
te aliviaré, bien mío.
FAUSTINA. ¡Calle! Él no entiende de eso.
Entre acá y ¡al avío!
BUREBA. ¡Tan bella criatura
remar como un galeote!
FAUSTINA. ¡Eh! Somos gente dura,
y es ligerillo el bote.
. . . .
BUREBA. ¿Y he de estar yo en el ocio
cuando...
PETRA. Entre y no replique.
FAUSTINA. Haremos buen negocio
si usted nos echa á pique.
BUREBA. Entro, pues.
FAUSTINA. No le marre
el pié.
BUREBA. (De amor me quemo.)
Dame la mano.
PETRA. Agarre
la punta de este remo.
FAUSTINA. *(Alarga su mano, y tomándola Bureba, entra en el bote.)*
Tome y entre en el barco.
BUREBA. ¡Ay mi vida!
FAUSTINA (*A Petra*). Es tan porro,
que se caerá en el charco,
si yo no le socorro.
Siéntese aquí.
BUREBA (*Sentándose á popa.*) ¡Faustina!
PETRA. No se maree. ¡Tieso!
(*Bureba se acerca cuanto puede á Faustina.*)
FAUSTINA. Iremos de bolina
si no hace contrapeso. (*Preparándose para remar.*)
PETRA. (¡Ay, Capitán!) ¿Bogamos?
BUREBA. ¡Faustina! Yo te adoro.
FAUSTINA. ¡Chit! (*á Bureba.*) Boga, Petra y vamos
á ver al Comodoro.

Confieso que esta escena, por la dulzura de

su versificación me recuerda la armonía de Mozart en el duo entre D. Juan Tenorio y Zerlina; y el gracioso estribillo del *Comodoro* me trae á la memoria el otro *Arre que echa pullas* de *La villana de Vallecas* de Tirso. No sé si es afecto mío, ó si en verdad contribuye á ello el mayor estudio que de nuestros clásicos hacía en aquel período nuestro autor.

Al drama de *La batelera* hay que agregar el lindo juguete *Pascual y Carranza*, que se estrenó el 24 de Diciembre de 1843, y que es una magistral *acuarela* del mismo país y de personajes semejantes á los representados en el admirable cuadro de *La batelera;* y una y otra pintura, aunque inspiradas por las circunstancias de lugar y tiempo, serán estimadas en mucho por la verdad de los caracteres, la exactitud de las costumbres, la ternura y nobleza de los sentimientos, y la magia y propiedad del estilo y de la versificación. Por lo que tiene de militar y de profundamente cordial, los tengo por recuerdos de la juventud, de quien fué soldado, y los clasifico en grupo aparte de las demás obras del académico.

CAPÍTULO XXXIII.

COMEDIAS MORATINIANAS.—PRONUNCIAMIENTO.—TERMINA EL PERIODO DE DISFAVOR DEL POETA Y LA CESANTÍA DEL FUNCIONARIO.—CUÁNTO Y CÓMO SE VENGÓ DE SUS ADVERSARIOS.

(1841 Á 1843.)

Cuando al terminar el capítulo XXVIII (pág. 271) intentamos clasificar ó agrupar á lo menos las obras dramáticas, que nuestro autor se propuso escribir y escribió en efecto durante este periodo de su persecución política, llamamos *moratinianas* á aquellas que se enderezan, más que á presentar retratos de individuales caracteres, á dibujar y colorir agrupados cuadros de costumbres. En lo primero es fecundísimo maestro y original nuestro autor, bien que sus figuras no alcanzan la grandiosidad de las de Molière y Calderón; en lo segundo, es decir, en la reproducción de costumbres, la cual como en la pintura necesita mayor número de personajes, más estudio en las

agrupaciones y más importancia, ó trascendencia moral en los argumentos, no se ejercitó tanto; pero sí lo bastante para legarnos, como preciada herencia, joyas dramáticas que perpetuarán á un tiempo la gloria del poeta y las fotografías exactas y vivísimas de las costumbres de su tiempo.

En este número se han de contar, en el periodo que historiamos, *La escuela de las casadas*, *Un francés en Cartagena*, *Por no decir la verdad*, *Errar la vocación* y *Una noche en Burgos*.

La escuela de las casadas dista mucho de parecerse á *L'ecole des femmes*. Molière demuestra en esta comedia, que en materia de amor

Une sotte en sait plus que le plus habile homme,

esto es, la misma tesis que *La niña boba*.

En otro orden de ideas tiende á probar, que el exceso en guardar á las mujeres acelera más bien que evita sus faltas, el cual es el mismo fin que Bretón se propuso en *A lo hecho pecho*.

Molière pinta en su comedia cierto Crisaldo amigo del celoso Arnolpho, que usa contra él de los mismos argumentos con que D. Pablo en la comedia de Bretón combate las excesivas precauciones de su hermano D. Tadeo. Los caracteres de estos dos guardadores burlados y los de las dos pupilas, Agnes francesa é Inés española, son tan parecidos como sus nombres;

por cierto que la niña en la comedia de Bretón no usa expresiones tan crudas como la damisela del drama de Moliere, la cual

> L'autre jour (pourroit on se le persuader?)
> elle etoit fort en peine et vint me demander,
> avec une inocence á nulle autre pareille:
> si les enfants qu'on fait se *fais aient* par l'oreille 1.

Ni tampoco la comedia española tiene escenas tan llenas de equívocos provocativos, como aquella en que el tutor francés quiere averiguar de su pupila hasta qué punto han llegado las libertades eróticas que Horacio su amante se ha tomado 2.

Así es que la admirable obra de Molière fué acusada *de ir abiertamente contra la razón*, de estar *plagada de vulgaridades* y afeada con expresiones de *mal tono*, como *tarte á la creme*, *potage*, etc. 3, y otros conceptos que ponían en contínua alarma al pudor. Calificábanse asímismo sus comedias *de bagatelas* 4, como quien dice de *sainetones:* decíase que su estilo *se encanallaba.*

Molière habla también de gentes que se *enojarían* de que les hicieran reir 5, no más ni menos que lo que Bretón refiere en su nota á *Dios los cría y ellos se juntan.*

1 Acto 1.º, escena 1.ª
2 Acto 2.º, escena 6.ª
3 *La critique de l'ecole des femmes*, escena 3.ª
4 Idem, escena 7.ª
5 Escena 6.ª

Puede, pues, consolarse nuestro autor de haber sido tratado como tan insigne modelo, y quizá con menos motivo.

Por otra parte, Bretón se propone fin más modesto; extiende menos sus miras; habla con auditorio menos numeroso, y da consejo más práctico y casero, no á todas las mujeres, sino á algunas, las cuales

> Todas, en fin necesitan,
> y las casadas mejor,
> un poco de ese inocente
> artificio, de ese don
> que llaman coquetería,
> grato á los hombres y á Dios,
> cuando el uso es moderado
> y piadosa la intención 1.

Representóse el 1.° de Abril de 1842 con grande aplauso del público y de la prensa. *El Independiente*, que por cierto no había sido indulgente, ni áun mirado con nuestro autor, decía en su número de 6 del mismo mes: «*La »escuela de las casadas* es la comedia que más »abunda de los graciosos chistes y sales cómi»cas que el Sr. Bretón, sólo el Sr. Bretón, de»rrama en la escena con tanta profusión; qui»siéramos decir con oportunidad,» (aquí pone algunas censuras no todas justas) y concluye: «pero esas son pequeñeces, que señalamos, por-

1 Acto 2.°, escena 8.ª

»que no quisiéramos ver ningún lunar junto á »los sublimes destellos del *primer poeta cómico »contemporáneo.»

¡Cuánto dista este modo de juzgar de aquellos terribles cargos y denigrativos epítetos que se le prodigaban algunos meses antes! Esta paladina confesión, en que se le proclama el *primero de nuestros poetas cómicos contemporáneos;* ¡cómo debía indemnizarle de las sátiras en que se le motejaba de *mal criado* ¡y hasta de mal ciudadano! La verdad es, que la desgracia le había sido provechosa; el infortunio es como el arado, que hendiendo la tierra, la abre á las influencias superiores, y la hace más fecunda; así el poeta que salió de Madrid herido y descorazonado, volvió de las playas vascongadas trayendo consigo aparejados tres dramas, el uno de enredo y corte calderoniano *Lo vivo y lo pintado;* el otro de su propio y personalísimo caudal *La batelera de Pasages*, y este de *La escuela de las casadas* de hechura moratiniana; tres géneros distintos y tres triunfos completos y merecidos.

Á esta última clase, de pintura de *costumbres urbanas*, pertenece asímismo el lindo juguete *Un francés en Cartagena*, que más pudiera llamarse *La boda entre extranjeros.*

Ya en el capítulo XXIX tratando de *Dios los cria y ellos se juntan*, y examinando el difícil

problema de la felicidad conyugal, notamos que Bretón, casi de un modo inconsciente, ponía en punto de evidencia (pág. 276) el inconveniente de los matrimonios entre personas que carecen de

> la grata conformidad
> de costumbres y deseos.

Ahora bien; en la comedieja (así la llama Bretón) que examinamos, y en la cual, según el anuncio, «tenía meramente por objeto combatir y ridiculizar la inexactitud con que juzgan del carácter y de las costumbres de los españoles ciertos viajeros superficiales,» se plantea además una más importante y trascendental cuestión moral, á saber.

Para la resolución del difícil problema del matrimonio, ¿es factor importante la nacionalidad? O de otro modo: ¿conviene para fundar el pequeño estado autonómico, que se llama familia; soberanía á veces absoluta, á veces templada, aquí parlamentaria, allá intrusa, no pocas veces insurrecta... conviene, digo, que ambos soberanos procedan de una misma de esas inmensas familias que se llaman naciones, que sean hijos de la misma raza, criados en el mismo suelo, aleccionados en la misma lengua, herederos de la misma historia, y encaminados hácia el mismo porvenir?

Por lo visto Bretón tiene en esto opinión resuelta, pues nos dice en el final de la comedia

> Que vengan modas de Francia;
> pero... ¿maridos también?
> No, por Dios. Hermanos sean
> el español y el francés;
> más cada uno en su casa
> y Dios en todas. Amén.

Pero el caso es, que en vez de explanar convenientemente este interesante problema, se distrae el poeta con las equivocadas opiniones que de nuestro país trae concebidas el novio francés; divierte al espectador con los chascos y cuitas que le suceden, y hace de este argumento, digno por cierto de más sério examen, un delicioso, pero ligerísimo juguete en dos actos como *El hombre gordo*, ó *Una de tantas*.

Bizarro, singular, exuberante ingenio, al que bastaba un sencillo argumento, como *El cuarto de hora* para llenar cinco actos, y aun cinco dramas, y que encerraba un gran problema moral en un cuadro tan reducido como *Ella es él* y *Un francés en Cartagena*.

El 28 de Abril de 1843 se estrenó *Un francés en Cartagena*; el 30 de Mayo el juguete *Por no decir la verdad* [1]; y para el 3 de Junio, es

1 Escritos ambos en el verano de 1842, en San Sebastián.

decir, para cuatro días después, anunciaba *el* Diario *una comedia en tres actos y en verso, producción de uno de nuestros primeros literatos* (de esta frase se infería que era obra de Bretón), y continuaba el cartel *titulada «Errar la vocación,»* de lo que deducían algunos que sería del número, no por cierto grande, en que el autor trata de desenvolver un pensamiento filosófico, trascendental é importante.

En efecto, no sólo describe en *Errar la vocación* el mal camino que sigue, los escollos en que tropieza, la sima en que al cabo se hunde quien no consulta suficientemente las disposiciones de su ánimo, de su inteligencia y de su corazón en la carrera ó profesión que adopta, sino que nos pinta, como dice un interlocutor, una verdadera *casa de locos*, en que cada cual, malgastando sus aptitudes individuales, y abandonando su posición de familia, corre á estrellarse en quiméricas aspiraciones. Así exclama con justicia D. Ramón [1]:

¡Cielos! ¿qué casa de Orates
es esta? Al diablo la doy,
que harto y aburrido estoy
de oir y ver disparates.
Delirando á troche y moche
la hija, el imbécil padre
gozando de Dios; la madre
en el juego día y noche.

1 Acto 2.°, escena 4.ª

Tiene razón, porque D. Máximo, el padre, que para tal contaba con dulce carácter y respetabilidad suficiente, se empeña en ser filósofo despreocupado, y llega á convertirse en cómplice de las ilusiones de su hija Facunda. Ésta, joven de ingenio y maña para ser una señorita distinguida, hacendosa y amable, da en ambicionar laurales escénicos; la echa de trágica y quiere calzar el *coturno de Rita Luna.* Doña Hipólita, la madre, virtuosa y entendida, cuanto debe ser una ama de casa, se pierde en el juego por hacer fortuna. D. Sandalio, cadete, primo y novio de la muchacha, quiere seguir la carrera de las armas, mientras es pusilámine como un novicio. D. Serapio, en fin, abandona la medicina, que con honra y provecho profesaba, por lanzarse á empresas mineras, que como enfermedad contagiosa reinaba en la época en que el drama está escrito. Es fama que esta última figura le atrajo á Bretón el desafío de cierto doctor que se creyó retratado.

Bretón llama á esto *enfermedad*, y le da el nombre de *minomanía*; y áun quizá por exceso de aprensión y temor al contagio, no habla de otra epidemia entonces, y áun ahora reinante, la *político-manía.* Pero es el caso que si el poeta huía de la política, la política perseguía encarnizada y fatalmente al poeta: prueba de

ello es que esta comedia, anunciada en carteles para el 3 de Junio de 1843, no pudo representarse hasta tres años adelante.

No estaba en aquellos días para comedias ni para estrenos el público de la coronada villa. Recibióse la noticia de que Narváez, Pezuela, Mazarredo y otros varios generales, que estaban en el extranjero, habían desembarcado en Valencia, insurreccionado la población, alzado banderas contra Espartero, aclamado á Serrano y á D. Joaquín María López; que Prim, González Brabo y otros diputados tomaban parte en el movimiento; que Málaga se había pronunciado en el mismo sentido, y que hacia allí, por mar, se dirigía para ponerse al frente D. Manuel de la Concha con otros militares sus amigos; que Figueras en Sevilla, Schelly en Alicante, Ros de Olano en Murcia, habían hecho su pronunciamiento; que se aguardaba á Pavía en Cataluña y Valencia; que, en fin, el drama fracasado en 1841 se reanudaba amenazador, triunfante, aunque variando actores, título y escenario.

En cuanto al de nuestro poeta *Errar la vocación*, yo lo he clasificado entre los moratinianos, no sólo por su estructura y tendencia, sino porque observo que los mismos dramas tremebundos, que se dedicaba á escribir Don

Eleuterio Crispín de Andorra, son los que gustaba de representar la ilustre Facunda; y por desgracia de uno y otra el éxito de ambas vocaciones y el desenlace de ambas comedias son iguales, esto es, los silbidos del público, que no sufrió que *pidiese pan* el personaje de que habla Moratín, ni que se arrojasen coronas á la actriz que pinta Bretón.

Sea de ello lo que quiera, quitóse del cartel el anuncio de la comedia, dejando su estreno para mejores días. En aquellos que entonces corrían no se hablaba más que de pronunciamientos, de adhesiones, de fugas y de batallas. La decisiva de Torrejón de Ardoz y el triunfo de la coalición contra Espartero trajo al poder á los amigos de Bretón. Volvieron á Madrid Pezuela y González Brabo, como Olózaga y Escosura, como Prim y Ros de Olano. Reanudáronse las reuniones literarias, que á la sazón más eran políticas; el cuarto de Romea en el teatro del Príncipe parecía á un tiempo academia, en que se discutía el mérito de autores y dramas, y lonja en que se daban noticias militares y políticas. Allí concurrían Gallego, Gil, Vega, Rubí, Pérez Vento, Lorenzo Milans, Escosura, Esquivel, Díaz y muchos más que no recuerdo.

Quien estos renglones escribe estaba ausente, porque habiendo tomado mucha parte en

los alzamientos de Murcia y Valencia, andaba aún ocupado, con el ejército de Roncali, en someter á los alzados en Alcoy, Alicante y Cartagena, que no querían restaurar el poder real, sino reunir una especie de convención nacional con nombre de Junta central, por lo cual se apellidaban *centralistas*.

Igual y áun más revolucionario movimiento se verificaba en Cataluña por los llamados *jamancios*, contra los cuales marchó el general Prim, otro de los concurrentes habituales al cuarto de Romea. Dirigiéronle los contertulios un lindo romance agudo en *i*, en el cual, claro está, tuvo mucha parte nuestro autor, y una principalísima D. Tomás Rodríguez Rubí, á la sazón en el apogeo de la gloria escénica y amigo íntimo del joven general.

Había el mismo poeta leido á los concurrentes una magnífica composición; y como naturalmente sucede, á los comentarios que inspiraba el poema se mezclaban datos biográficos y áun detalles domésticos, Bretón, mezclando lo uno y lo otro, exclama:

> ¿Y el que ha escrito tal engendro
> de tan bella poesía,
> ha de vivir todavía
> en la calle del Almendro?

A este propósito no es importuno recordar

otro hecho: era la noche de Todos Santos, en la cual, según costumbre de aquellos tiempos, no se daban funciones teatrales, y también, según uso, que aún dura, se comían buñuelos. La tertulia de Romea los regaba con buenas botellas del rancio de Jerez y del ruidoso Champagne, y los acompañaba con pastelillos, jamón y nueces y castañas.

En lo más alegre de la reunión llegó presuroso y sofocado un oficial de artillería (creo que el Sr. Ceballos), y trajo una carta de Sarriá, junto á Gerona, fecha 25 de Octubre, en que se decía que: «Cansado nuestro Prim de »tanto ir y venir bases y capitulaciones entre el »ejército del Gobierno sitiador, y los centralis»tas, encerrados en la ciudad, mandó romper »el fuego á las cuatro de la tarde contra los »*jamancios*; que la artillería estuvo muy acer»tada contra la torre de San Juan, arrojando »no pocas granadas en el barrio de la Puerta »de Francia, y que la rendición de los rebel»dès era segura é inminente [1].»

Como era natural, convirtióse la reunión artística en gaudeamus político: brindis, discursos, vítores brotaban de todos los labios, y cuando ya el cansancio en hora avanzada había puesto término al bullicioso festín, aún

1 Esta carta se insertó en el periódico *El Bien del País*.

había unos cuantos que se regodeaban con los restos. Bretón entonces, para cerrar la sesión, se levantó, y con voz estentórea dijo:

> Viva Prim una y mil veces,
> y acabe con los velitres,
> como acaban esos buitres
> con el vino y con las nueces.

Carcajadas y aplausos respondieron á esta redondilla, y así terminó la tertulia.

Entre las personas que volvieron á la corte por aquel tiempo, y en virtud de aquel cambio político, fué una el antiguo Ministro y Presidente del Estamento, insigne autor de *Don Alvaro*. Un artículo suyo, *El hospedador de provincia*, inserto en el libro titulado *Los españoles pintados por ellos mismos*, inspiró á nuestro poeta la comedia, por todo extremo de *costumbres*, *Una noche en Burgos*. Dedicóla, agradecido y franco, al noble prócer, confesando que «el »Duque de Rivas le había sugerido el pensa»miento de ridiculizar la pasión abusiva y des»ordenada de hospedar al prójimo.» Representóse el 19 de Diciembre de 1843 con singular contentamiento del público, que aplaudió en ella un drama de costumbres, según hemos dicho, de *caracteres*, que algo participaba del género llamado de *figurón*, y sobre todo, que recuerda los mejores días de Bretón, y que,

perteneciendo á su personalísimo estilo, no participaba de los defectos que tanto le censuraba la crítica.

A este propósito, decía el periódico entonces más acreditado: «Todo el mundo sabe que »hemos exigido siempre del Sr. Bretón más »detenimiento, más fondo y solidez en sus »planes; y áun cuando todavía no hemos vis»to satisfecha esta exigencia justa de nuestra »crítica hasta el punto que quisiéramos y de »que es capaz el talento de este poeta, esta»mos en la firme seguridad que cuando el se»ñor Bretón limite algún tanto su asombrosa »fecundidad y se tome más tiempo para me»ditar y disponer los asuntos de sus come»dias, nuestras exigencias, que son también »las del público, quedarán cumplidamente sa»tisfechas. *Por razones que no son de este lugar*, »creemos cercano este momento, y esperamos »con fé que las obras sucesivas del *primero de »nuestros poetas cómicos* se igualarán con algu»nas pocas debidas á su pluma, en que brillan »cualidades que echamos de menos en otras. »Tenemos también que alabar (añade luego) »el no haber encontrado en esta comedia, á »pesar de ser, en nuestro juicio, una de las »más abundantes en chistes de cuantas ha es»crito el autor, ninguna de esas frases de *mal »tono* que hemos tachado en otras suyas, y da-

»mos las gracias al Sr. Bretón por si algo han »contribuido á esto nuestras humildes, pero »francas advertencias.» (*Heraldo*, 23 de Diciembre de 1843.)

Para que nada faltase á la satisfacción de nuestro poeta, la víspera misma del estreno de esta comedia, es decir, el 18 de Diciembre, era repuesto en la carrera activa, y se le confiaba un puesto importante, nombrándole administrador de la Imprenta nacional y Director de la *Gaceta* del Gobierno.

Quizá á esto aludía el articulista en la frase que no podía tener *lugar* en la crítica de una comedia.

Terminó así aquel periodo de persecución y de prueba, no sólo política, sino literaria. Al comenzarlo en 1840, decía en defensa de su comedia *Dios los cría y ellos se juntan*: «Hay »hombres á quienes, por lo visto, se infiere una »grave injuria con hacerles reir,» y en tal supuesto ha de confesarse que, en el trienio de la cesantía de Bretón, éste se vengó cumplidamente de tales sugetos, y les hizo muchas y graves injurias, porque se dieron 233 representaciones de obras suyas, á saber: 169 originales y 64 traducidas; y lejos de abandonar el culto de las musas, *á que nació consagrado*, dió al teatro en esos tres años 20 comedias (una tan sola traducida), ó sean 53 actos, de ellos

48 en verso [1]. No sé que la historia del teatro presente ejemplo más laudable de fecundidad y de constancia.

1 COMEDIAS DE BRETÓN «ORIGINALES» REPRESENTADAS DE 1841 Á 1843.

	NOCHES.		NOCHES.
Los dos sobrinos	3	Mi secretario y yo	16
A Madrid me vuelvo	1	¡Qué hombre tan amable!	4
Marcela	1	Lo vivo y lo pintado	10
Un tercero en discordia	3	La pluma prodigiosa	17
Una de tantas	1	La batelera de Pasages	11
Medidas extraordinarias	4	La escuela de las casadas	5
Ella es él	8	El editor responsable	6
El qué dirán y el qué se me da á mí	10	Los solitarios (zarzuela)	4
Una vieja	1	Estaba de Dios	2
El pelo de la dehesa	15	Un novio á pedir de boca	10
Lances de Carnaval	4	Un francés en Cartagena	3
Pruebas de amor conyugal	2	Por no decir la verdad	3
El cuarto de hora	6	Finezas contra desvíos	4
Dios los cría y ellos se juntan	4	Una noche en Burgos	4
Cuentas atrasadas	3	Pascual y Carranza	4
		Total	169

TRADUCCIONES DE BRETÓN REPRESENTADAS DE 1841 Á 1843.

	NOCHES.		NOCHES.
El amante prestado	2	Un agente de policía	1
A la zorra, candilazo	1	La primera lección de amor	1
Mi tío el jorobado	2	La mansión del crimen	21
La familia del boticario	25	*Total*	64
No más muchachos	5		
¿Se sabe quién gobierna?	10		

RESUMEN.

Representaciones de piezas originales	169
Idem de traducidas	64
Total de representaciones de 1841 á 1843	233
De ellas, compuestas en ese periodo	17
Y traducidas	1

Desde 28 de Noviembre de 1840 á 18 de Diciembre de 1843, van 36 meses y 20 días: escribió 20 dramas nuevos, ó sean 53 actos, de ellos 48 en verso, á saber:

DRAMAS.	ACTOS.	REPRESENTADA.
Dios los cría y ellos se juntan, verso.	3	11 Febrero 1841.
Cuentas atrasadas, idem.	4	6 Marzo 1841.
Mi secretario y yo, idem.	1	1 Abril 1841.
¡Qué hombre tan amable!, idem.	3	3 Mayo 1841.
Lo vivo y lo pintado, idem.	3	23 Octubre 1841.
La pluma prodigiosa, idem.	3	3 Noviembre 1841.
La batelera de Pasages.	4	13 Enero 1842.
La escuela de las casadas.	4	1 Abril 1842.
El editor responsable.	4	3 Mayo 1842.
Los solitarios, zarzuela, verso y prosa.	1	9 Enero 1843.
El Carnaval de los demonios.	1	19 Enero 1843.
Estaba de Dios.	3	19 Enero 1843.
Un novio á pedir de boca.	3	23 Marzo 1843.
Un francés en Cartagena	2	28 Abril 1843.
Por no decir la verdad.	1	30 Mayo 1843.
Errar la vocación.	3	3 Junio 1843.
Finezas contra desvíos	4	2 Noviembre 1843.
Una noche en Burgos.	3	19 Diciembre 1843.
Pascual y Carranza.	1	24 Diciembre 1843.
La independencia, prosa.	4	19 Enero 1844.
La mansión del crimen, traducción, prosa.	1	24 Diciembre 1841.

Total, 20 piezas: las 19 originales, 1 traducida; 17 en verso, 1 en verso y prosa y 2 en prosa.

CAPÍTULO XXXIV.

BRETÓN CON SUS AMIGOS, CON LA SOCIEDAD, CON LA FAMILIA: EL PERIODISTA Y EL CAPITÁN.

Para completar la historia de este periodo y adelantar algún tanto el retrato de nuestro poeta, conviene que digamos algo de su vida en la sociedad y en la familia; y como para tratar asunto tan íntimo nunca hay competencia bastante en el escritor, apelaremos á testigos irrecusables, dos de ellos vivos aún, y copiaremos además algunos trozos de la correspondencia de Bretón para que valgan como declaraciones ratificadas, y den al par á la Academia una muestra de su estilo epistolar amistoso. Presente tenemos, sin duda, aquel celoso y amartelado Dalmiro, cariñoso amigo de Bretón, que compartía con él y con Vega los placeres de la quinta de Hortaleza y los encantos que allí ejercían Laura, Silvia y Rosana: este tal es el mismo Olmisto que, andando los tiempos y según el malicioso decir de algunos, había servido de modelo al D. Ama-

deo de la *Marcela*, y no es otro que nuestro digno director, el cual, en la época á que nos referimos (1830), se hallaba, como capitán de caballería, en el cantón de Elche, la villa insigne de los seculares olivos y de los fenicios bosques de palmeras.

Allí seguía Pezuela, como en todas partes, el culto de las musas y la correspondencia con nuestro poeta, redactor á la sazón del *Correo Literario y Mercantil*. Habíale enviado para su inserción un artículo y algunos versos, y he aquí cómo le contestaba el periodista:

«MADRID 17 DE JUNIO DE 1830.

»¡Caro Pezuela! Te incluyo dos números del »*Correo* en que se han insertado el artículo y »versos que me enviaste, sintiendo en el alma »que el cernícalo de Rementería, á pretexto de »tener pendientes materiales de más urgen»cia, se haya dejado en la cartera uno de tus »sonetos. ¿Cómo ha de ser? Ya sabes que yo »no mando soberano en la redacción. A bien »que tu principal objeto se ha cumplido: el de »ser galante con esa beldad, presentándole en »letras de molde su composición, que si no es »perfecta, á lo menos mucho mejor es que mu»chas de su clase, escritas por cálamo mascu»lino.

»Mil afectos de los amigos. Ya sabes que te »quiero. La Juana tan bellota. El día de San »Antonio bailé con ella un rigodón. Diviérte»te, come muchos dátiles y manda á tu apa»sionado, *M. Bretón.*»

Como es natural en el comercio de tan sincera amistad, al favor pedido y obtenido por Pezuela en 1830, correspondió otro favor reclamado por Bretón al año siguiente, cuando ya su amigo se hallaba en Zaragoza; y de ello curiosamente nos informa la carta de

«MADRID 14 DE DICIEMBRE DE 1831.

»Querido Juan mío: Has de saber que he »impreso y publicado de mi cuenta mis poe»sías sueltas en un tomito; has de saber que »he mandado á esa ciudad, librería de Polo, »unos cuantos ejemplares para su venta; has »de saber que me convendría mucho su pron»to despacho, para ayuda de los enormes gas»tos que me ha ocasionado la dicha impre»sión: digo enormes, porque sin ser excesivos, »lo son para mí pecador, que no he nacido »hijo de un Duque. Te supongo muy introdu»cido en la capital de Aragón, y siendo el al»ma de las sociedades, porque, sin adularte, »tienes sobradas prendas para ello. Por lo »mismo, te será muy fácil contribuir á la venta

»de mi pobre obrilla, que si todos los amigos, »incluso tú, no me han lisonjeado en demasía, »no merece ser despreciada. Item. Me haría »muy al caso que en el diario de esa ciudad »hicieras insertar algunos rengloncitos tuyos »en alabanza de los versos que te parezcan »mejorcillos. En fin, recurro á tu amistad para »que hagas por mí los buenos oficios en cuya »práctica te has complacido siempre. Aquí va »muy regular la venta y gustan generalmente »mis ocios poéticos, si así pueden llamarse las »tareas de un hombre que trabaja como un »galeote.

»Los amores de alguna césar-augustana te »hacen descuidar demasiado la correspondencia con tus amigos; pero nadie ignora que »sabes serlo como nadie, y van dos nadies y »este tres.

»Dime si haces algo para los premios de la »Academia; yo, nada, ni ninguno de los ami»gos. Estoy seguro de que todos te estiman, »y sentirán no haber sabido con tiempo que »yo te escribo para encargarme sus afectuosas »memorias. Siempre te tiene con particular »predilección en la suya, tu apasionado *M. Bre»tón*. Vivo en la calle del Príncipe, números »8 y 9, cuarto tercero.»

Vése por estos renglones que la asociación de elogios mutuos no es invención de nuestra

época parlamentaria, y áun de ello hallaremos luego prueba reiterada. También se columbra el primer destello de aquel amor á la Academia que le alumbró hasta el ocaso de su vida. En el certamen de que habla obtuvo el premio el barón de Bigüezal.

La siguiente carta aún contiene datos más curiosos de nuestra vida literaria por aquel tiempo:

«MADRID 16 DE JUNIO DE 1832.

»Te remito, caro Juan, un ejemplar de *La »familia del Boticario*, y ¡ojalá la sirva para »apresurar sus adelantos á esa tu linda toca»ya!

»Te doy las gracias por lo mucho que sin »duda has contribuido al buen éxito de mi »*Marcela* en la capital de Aragón.

»Este teatro está mal ogaño, porque carece»mos de la irreemplazable *Concha* Rodríguez y »de la dirección grimaldea. Se indispuso Don »Juan Aquiles con este Excmo. Ayuntamiento, »porque quiso tomar los teatros por empresa, »y le faltó muy poco para conseguirlo. Es pro»bable que lo consiga para el año que viene.

»El imperceptible Larra está en Bermeo »con su padre; el versátil Vega como siempre; »el dulcísono Alonso idem; el sochantreo Ro-

»ca de Togores con un brazo dislocado mer»ced á la fogosidad de un bridón; del nefando »Pizarro nada sé, y la demás canalla sin no»vedad. Los amigos á quienes he comunicado »tu carta la han celebrado mucho, y sobre to»do la graciosa y oportuna ocurrencia de fir»marte *El Coronel D. Josef de Cadalso. C' est »un trait digne de Scribe.*

»Yo estoy algo deteriorado de salud, pero »siempre á tus órdenes, Juan mío.

»Por Dios, no vuelvas á ponerme en el so»bre *poeta cómico*... ¿Qué diran los oficiales de »correos?

»Adios, recibe mil afectos de tus hermanos »en Apolo, y del más apasionado tuyo entre »todos ellos, *Manuel Bretón de los Herreros.*»

La tocaya de que habla es la discreta y graciosa actriz *Juanita Pérez* que había brillado en el papel de Marcela, cuya comedia ensayó y dirigía el mismo D. Juan de la Pezuela.

De los epítetos con que califica á sus mejores amigos, no hay que decir sino que son pintorescos y en cierto modo exactos: si el que á mí me regala alude á que defendía con buen deseo y excelente pulmón ciertos principios religiosos que yo á despecho de muchos creía compatibles con las instituciones parlamentarias, debo decir, que esto es lo único quizá en que no he envejecido; me siento ahora como

á los veinte años; y si me fuera lícito diría con Calderón:

> Por esa tesis luchaba,
> y que es verdad creo yo
> en que todo se acabó
> y esto solo no se acaba.

Ahora si lo de *sochantreo* se refiere meramente á mi voz, doy gracias á Dios que al cabo de medio siglo aún me la conserva capaz de leer á la Academia las obras literarias y los justos elogios de mi amigo.

El accidente de que habla me acaeció en Aranjuez y fué parte á que desde entonces no emprendiese la carrera diplomática en puesto harto ventajoso que sin merecerlo se me ofrecía.

Pero la más interesante de las preciosas cartas que debo á la fina amistad del entonces subalterno y hoy Capitán general Conde de Cheste, es la fechada en

MADRID Á 22 DE SETIEMBRE DE 1832.

Dice así: «Amigo Juanito: Cierto es que Puchol ha venido aquí echando venablos contra tí y contra mí; parece que en efecto ha presentado una demanda al Corregidor, pero ignoro en qué términos, y el aprecio que hará de ella su señoría. Lo que puedo decirte es

»que hasta ahora ni al editor ni á mí se nos ha »hecho comunicación alguna por parte de la »autoridad. Tu primo Jacobo acaba de verme »y pedirme que le instruya del particular. No »he podido contestarle otra cosa que lo que »digo arriba; pero le he aconsejado que él mis»mo ó algún otro individuo de tu familia vea »al Corregidor y le entere de la razón que te »asiste, así como de la inculpabilidad del pe»riódico, por si acaso ha sido sorprendido. »Existe la Real orden á que se agarra Puchol, »según parece; pero ni se ha llevado siempre »tan al pié de la letra que hayamos compren»dido en ella á los cómicos de provincia, ni »creo que en justicia pueda reclamar su ob»servancia un hombre á quien pareció un acto »muy legítimo su violación cuando se dió lu»gar á un artículo firmado por él, que es có»mico. Yo no tengo relaciones con el Corregi»dor, ni he creido oportuno el visitarle con »este objeto, mientras nada se me intime por »parte de dicho magistrado, á quien por otra »parte considero ocupado actualmente en co»sas más serias é importantes que dar oidos á »la impertinente queja de una sabandija tea»tral. Sin embargo, bueno es que tú no te des»cuides, y que al defender tu causa no olvi»des la mía, pues las dos son una sola.

»Te agradezco la oferta que me haces de un

»artículo sobre mis poesías, y puesto que se»gún me anuncias te es fácil también hacerlo »poner en el *Diario de Barcelona*, te estimaré »mucho que lo hagas así, porque también las »tengo de venta en aquella ciudad, *librería de* »*Piferrer*; circunstancia que te ruego no dejes »en el tintero, para que sepan los barcelone»ses que lo ignoren á dónde pueden ir á com»prar mis susodichas poesías.

»Parece que S. M. sigue mejorándose; pero »los médicos no se atreven á declararle toda»vía fuera de peligro. Los teatros continúan »cerrados, no sin angustia de mi pobre bolsi»llo. Adios, mi Juanito, pásalo bien y manda »á tu fiel amigo, *M. Bretón.*»

El hecho á que se refiere esta carta está consignado en tres números del *Correo Literario y Mercantil*, y es el siguiente, según lo refiere Bretón en el mismo diario:

«Dando noticia en 3 de Agosto último del drama nuevo titulado *El último abencerraje*, que »se representó en Zaragoza, dijimos que un »corresponsal nuestro de aquella ciudad cul»paba al actor Nicanor Puchol de no haber »estudiado, ni áun sabido de memoria, el pa»pel que en dicho drama le cupo. Puchol se »resintió de aquella reconvención, y en artícu»lo que insertamos en nuestro número de 22 »del mismo Agosto, procuró sincerarse para

»con el público, y como en despique censuró »amargamente el citado drama. Su autor, el »capitán D. Juan de la Pezuela, se vindica y »defiende en la carta que antecede, y uno y »otro contrincante deben quedar satisfechos de »nuestra imparcialidad; pero como es de creer »que esta vindicación produzca nuevas con»testaciones sobre un asunto que ofrece poco »interés á la generalidad de nuestros lectores, »no se ofendan el cómico ni el poeta si decla»ramos que en lo sucesivo no insertaremos »ningún otro artículo concerniente á su dispu»ta. En Zaragoza hay un diario: allá se las »hayan con su redactor *cegríes y abencerrajes*.»

A pesar de esta inhibición de nuestro Bretón, el actor Puchol no se dió por desauciado y vino á los tribunales especiales de la corte á entablar su demanda, según reza la carta.

El primo D. Jacobo, de que habla la misma, es el Académico de la Historia: el Corregidor de Madrid, *Juez protector* de los teatros del reino, era D. Domingo María Barrafón, protegido él y partidario de la Reina Cristina y uno de los más ardientes defensores de aquella augusta señora y de la sucesión directa y regular de su hija; asunto que en aquellos días y durante la peligrosa enfermedad de Fernando VII ocupaba al activo magistrado, á la corte y áun á España toda.

Ni paran en esto las pruebas de recíproco afecto de ambos ingenios; así como Pezuela procuraba la fama y producto de las obras de Bretón en las sociedades, éste daba publicidad en su periódico á las poesías del capitán poeta: así es que en *El Correo* de 6 de Febrero de 1833 inserta la letrilla escrita en Zaragoza, casi en un cuerpo de guardia, por el futuro traductor del *Tasso* y del *Dante*.

MI PRIMERA GUARDIA.

LETRILLA Á ROSANA.

No siempre amor prepara
de rosas sus cadenas,
ni están de fruto llenas
las ramas del placer.
De tí ya me separa
crudo deber tirano;
tu rostro soberano
no he visto desde ayer.
En vigilancia activa,
junto al arnés y espada,
sólo el pensar me agrada
que atiendo al común pro;
Y mientras que festiva
pasas la noche ufana,
velando por Rosana
paso la noche yo.
Mi pecho apesadumbra
del sitio la aspereza,
si alivian mi tristeza
los brazos de esa cruz.

La negra estancia alumbra
del que rendido te ama
la vacilante llama
de moribunda luz.
Sitial de tablas duras
y capas protectoras,
confortan pocas horas
del día que ayer ví.
Y entre armas y armaduras,
caballos y guerreros,
dos fieles compañeros
descansan junto á mí.
¡Descansan!... ¡Ah! Su pecho
está de amor vacío,
y yo siento en el mío
abrasador volcán.
¡Descansan, y en mi lecho
yo agito mi quebranto,
y turbo con mi llanto
los sueños que tendrán!
Si cede al sueño, un eco
de pronto me despierta,
y del cansado *¡alerta!*...
escucho el largo son;
O el relinchido hueco
del alazán brioso,
que aumenta estrepitoso
el cóncavo artesón.
Al que apartado gime
de tus divinos ojos,
la vida es toda enojos
y á aborrecerla voy,
Si tu beldad no imprime
en mi ánimo la calma;
si, como teme el alma,
no vuelvo á verte hoy.
Mas ya á mi lecho duro
su rayo el sol envía;
ya dora el nuevo día
mi lóbrega prisión:

Y del recinto oscuro,
donde penando mora,
á tí vuela, señora,
mi amante corazón.

OLMISTO.

Zaragoza 26 de Enero de 1833.

Ahora bien: ¿se quiere ver, muchos años adelante, la correspondencia á estas finezas periodísticas? Pues véase la dedicatoria de las poesías líricas de Bretón, dirigida en 1850 al Capitán general de Puerto-Rico, que concluye así: «Admite, queridísimo Juan, ésta muestra »de mi sincero cariño, harto débil si la compa- »ro con las muchas que del tuyo has dado á tu »invariable, *Manuel Bretón de los Herreros.*»

CAPÍTULO XXXV.

CONTINÚA EL EPISTOLARIO DE BRETÓN Á SUS AMIGOS.—DIME CON QUIÉN ANDAS Y TE DIRÉ QUIÉN ERES.—BOSQUEJO ANTICIPADO DE SU RETRATO MORAL.

Después de haber historiado las amistosas relaciones de aquel subalterno hijo de un virey del Perú, á quien acompañaba Bretón en la quinta de Hortaleza, y cuya protección obtuvo en Puerto-Rico cuando ejercía un cuasi vireinato; justo será recordar la amistad contraida con un desconocido en la plaza de toros de Sevilla, ennoblecida luego en la Academia y casi santificada en el altar.

Séame lícito comenzar por el romance que escribió en el álbum de mi primera mujer, composición que podría pasar por una noticia biográfica mía, si el afecto á mí le hubiera permitido ser más imparcial, y si la gracia del estilo y la difícil facilidad de la versificación no presentasen esta obrilla inédita como un verdadero modelo de su género.

ROMANCE.

Nació de pié tu marido,
según el dicho común,
porque hombre más venturoso
no nació del Norte al Sur.
Con ser hijo de Albacete
le alienta genio andaluz,
y no desdeñara Rioja
los sones de su laúd.
Antes que por cinco lustros
viera, clásico, la luz,
en la calle de Valverde
gana la silla curul.
Se inclina al romanticismo,
invención de Belcebú,
y ¡oh maravilla, oh portento!
goza de buena salud.
Le ocurre escribir un drama,
y apenas dice *ego sum*,
disputa la palma á Gil
y la corona á Hartzenbusch.
Tropezando casualmente
con un *Calasguris Jul...*
le da por ser numismático,
¡lástima de juventud!
Y cate usted que un pariente,
diciendo á este mundo: abur,
de *anversos* y de *reversos*
le deja henchido un baúl.
Quiere ser legislador,
y apenas cunde el rum, rum,
le multiplica sufragios
la murciana juventud.
Llega al Congreso y le nombran
Secretario en un Jesús,
y no le hacen Presidente
porque es jovencito aún.
Perora, y á Calatrava,

que solía hacer el bú,
con razón y con razones
le pone de oro y azul.
Se casa, y el matrimonio,
que para tantos es cruz,
es el colmo de su dicha
y de su gloria el *non-plus*.
Que ¿dónde ó cómo, Teresa,
hallaría el muy gandul
una esposa tan amable
y tan bella como tú?

1.º de Abril de 1840.

Pocos meses después (tan efímeros son los goces humanos) había bajado al sepulcro aquella belleza, y trocádose en luto aquella alegría.

Los esfuerzos de Bretón para consolarme y distraerme fueron reiterados é ingeniosísimos, y no lográndolo, llegó á ofrecerme venir personalmente á procurarlo, y en 10 de Marzo de 1842 me escribía á Valencia lo siguiente: «Y supuesto que V. decide no mudar por ahora de residencia, yo me propongo cumplirle »mi palabra de ir á visitarle con Tomasa este »verano, si alguna imprevista circunstancia ó »malos tiempos no lo impiden.

»Ya sabrá V. la extraordinaria aceptación »que con suma justicia ha tenido el drama de »nuestro Gil, titulado *Guzmán el Bueno*. Todo »su ingenio y todo su conocimiento de la es»cena eran menester para desempeñar victo»riosamente tan árdua tarea; y es tanto más

»meritorio su triunfo, cuanto que no ha em»pleado para alcanzarle ninguno de los bas»tardos recursos á que todos apelamos algu»na vez para captarnos á cualquier precio la »benevolencia del espectador.

»Si lee V. papeles públicos, habrá V. visto »anunciada en ellos la próxima representación »de una comedia nueva, su título *La escuela de »las casadas*. Es otra producción mía, que ha»bía principiado poco antes de salir V. de Ma»drid (Enero del mismo año). Los amigos que »la conocen no opinan mal de ella; plegue á »Dios que el público la mire con la misma in»dulgencia.

»Como ya quedan pocos días de tempora»da y siguen concurridas las representaciones »de *Guzmán el Bueno*, es muy probable que la »de mi comedia no tenga lugar hasta después »de Pascua.» (Se representó en 1.° de Abril.)

«MADRID 12 DE SETIEMBRE DE 1842.

»Mi querido padrino, amigo y compañero: »Llegué á su tiempo felizmente á las orillas »del Urumea, después de saludar de paso las »del Ebro, las del Arga y hasta las del Cida»cos, no por Quel, sino por Olite y Tafalla: »pasé un mes en San Sebastián, sin otro pla»cer que el de ver á Tomasa contenta con sus

»baños de mar, no del todo infructuosos para
»sus achaquillos, si bien hasta ahora de todo
»punto inútiles para el principal; y á su padre
»enteramente restablecido de la grave enfer-
»medad que le obligó á mudar de aires: me
»trasladé luego á Bayona para volver de allí
»á pocos días con vehementes deseos de avan-
»zar á París en la próxima primavera, y dí la
»vuelta á mis lares el primero del corriente,
»sin haber sufrido en el camino ninguno de
»los contratiempos á que se expone el que via-
»ja por España. He aquí, en resumen, la his-
»toria de mi vida física desde que escribí á us-
»ted mi última carta.

»La literaria no ha sido del todo inactiva;
»pues durante el viaje he dado la última mano
»á una comedia que intitulo *Un novio á pedir*
»*de boca*, y he compuesto además dos piezas:
»la primera en dos actos, con el título de *Un*
»*francés en Cartagena*; la segunda en un acto,
»con el de *Por no decir la verdad*. Sobre todas
»ellas tendré mucho gusto en oir el parecer
»de V., si ha de ser en Madrid, y tomar fre-
»cuente y verbalmente sus acertados consejos.

»A mi vuelta he leido la bella y sentida
»epístola que ha dirigido á V. nuestro común
»amigo Vega, la que principia así:

»Hay en la vida lágrimas, Mariano...

»En Vega parece despertarse ahora su afición »á la poesía, por lo cual debemos darle y dar»nos el parabién, los que conocemos y apre»ciamos su talento.

»¿Y V. qué se hace, amigo mío? ¿Ha reñido »con las musas como con el género humano? »¿No ha de tener nunca término, ni tregua »siquiera, esa misantropía?...

»Adios, mi querido padrino: la ahijada sa»luda á V. con el mayor afecto, y yo le ruego »que en cuanto su vida nómada y ocupaciones »se lo permitan escriba V. como sabe, y man»de como puede á su entrañable amigo...»

«3 de Enero de 1843.

. . . .

»Paralizada la representación de obras nue»vas originales en el teatro del Príncipe, para »el cual escribo las mías, á causa de los innu»merables beneficios concedidos por la empre»sa, y de haber destinado para todos ellos co»medias traducidas, no puedo decir á V. nada »del éxito de las mías. Espero, no obstante, »que para fines de semana próxima se pondrá »en escena la que hace muchos meses entre»gué, y se titula *Estaba de Dios* [1]. Veremos có-

[1] Se representó el 19 del mismo mes.

»mo la recibe el público, con cuyo caprichoso »gusto es cada día más difícil atinar.»

«Madrid 14 de Febrero de 1843. . .

. . . .
. . . .

»Ya que desea V. que le hable del Liceo, le »diré que ha recobrado mucho de su anima»ción y atractivo desde el nombramiento de la »nueva Junta, que aunque algo heterogénea, »se compone de individuos á quienes alientan »los mejores deseos, y cuyos nombres no digo »á V. porque ya le supongo informado de »ellos [1]. Harto ha sentido la Corporación, y »particularmente los muchos amigos que cuen»ta V. en su seno, y yo aun más particular»mente, que la obstinada y ya absurda ausen»cia de V. nos privase de haberle puesto al »frente del establecimiento, ya que el señor »Duque de Osuna declaró que no le era posi»ble continuar en la presidencia que *ha desem»peñado* con general satisfacción y en que ha »dado pruebas de su generosidad é ilustra»ción. A mí me cabe en el presente año el ho»nor de presidir la Sección de literatura, esto

1 Eran estos: Presidente, el Duque de Frías, que como luego se verá, había ganado la rosa de oro; Vicepresidente, Pastor Díaz; Consiliario, Hartzenbusch; Secretario, D. P. Madrazo.

»es, á los cuatro ó seis individuos de ella, que »llegan á reunirse en las grandes solemnida»des. Pero si la experiencia me ha convencido »de lo poco que puede esperarse de esta Sec»ción en cuerpo, como de casi todas las que »componen el Liceo, ofrezco prestar y espero »obtener servicios personales que justifiquen »en cierto modo el título de *literaria*, que con »el de *artística* califica á la sociedad. Siempre, »por supuesto, habrá en ella más de espectácu»lo que de ciencia.

»Las últimas sesiones fueron brillantes, dos »de ellas favorecidas de la Reina, y todas con »la *ausencia* y animadversión de *Monsieur un* »*tel* (Espartero).

»Ya sabrá V. que el premio último floral, »por la sección literaria, cupo á nuestro buen »Duque de Frías, y á mí el honor de adjudi»cárselo con Gallego y Hartzenbusch. Este sir»vió de padrino al agraciado como Presidente »accidental de la sección, circunstancia sin»gular que el agraciado no echó en saco roto, »epigramatizando con ingenua satisfacción so»bre la fusión fraternal del escoplo y el toi»són, menos inverosímil y nefanda que otras »y otras fusiones de que vamos siendo testi»gos. Excuso decir á V. que el autor de *Feli*»*pe II* está con su rosa de oro como chiquillo »con zapatos nuevos, y se desespera por lo que

»tarda el Liceo en publicar su bella, aunque »algo rara composición, en letras de molde.»

No toda la correspondencia del insigne poeta, que religiosamente conservo, versa sobre asuntos literarios, ni está escrita en tono tan apacible; porque así como su consagración á la poesía no le hizo invulnerable á los tiros de la política; ni menos, según hemos visto, su amor idólatra á su hogar le tornó insensible á las desgracias del ajeno, así tampoco por una y otra causa, logró ponerse á cubierto de los golpes inherentes á quien es hombre y trata con hombres.

He aquí de ello dos pruebas elocuentes:

«Madrid 16 de Mayo de 1843.

»Mi querido padrino y amigo: Como tengo »más de una prueba del cordial interés con »que mira V. todo lo que tiene relación con»migo, al remitirle el adjunto oficio que me »han dirigido para V., creyendo hallarse usted »aquí, pongo en su noticia dos infortunios que »han caido sobre mí con pocos días de inter»misión. Es el primero, haberse declarado en »quiebra, no de muy buena fé, según acredi»tados rumores, un sugeto á quien había con»fiado yo, creyendo en su reputación de hon»rado y en sus protestas de amigo, hasta dos

»mil duros, producto de mis ahorros en tantos »años de afanosas vigilias.

»Mi segunda desgracia, aunque prevista, es »mucho más sensible. Mi anciana madre falle»ció veinte días há, y este golpe irreparable »hubiera acaso acabado conmigo sin el ángel »amoroso y consolador que la Providencia me »ha deparado en mi Tomasa, cuya ternura »crece á medida de mis pesares; dulce y único »lazo que ya me apega á este mundo verda»deramente réprobo y miserable. Pero digo »mal ó no sé lo que me digo. ¿No cuento tam»bién con V., con un verdadero amigo, y con »un padrino, no de mera ceremonia, sino de »corazón? En ambos conceptos he debido des»ahogar con V. la amargura del mío, aunque »el de V., justamente ulcerado, no está menos »menesteroso de consuelo. Adios, no deje us»ted de escribir á su afligido, pero muy afec»tuoso ahijado.»

No recuerdo si este golpe dado á su escaso caudal pudo repararse; de lo que estoy persuadido es, de que la herida causada á su corazón por el proceder de aquel amigo, dejó una cicatriz siempre visible: tal desengaño fué el principio de aquel retraimiento y oscuridad en el trato, que siguió aumentando de día en día y que llenó el resto de su vida.

La que llevaba en el período que acabamos

de examinar, demasiado bien descrita se halla en esos fragmentos de su correspondencia más íntima y amistosa.

A más alcanzan en mi entender; pues abrazan y colocan su figura moral de un modo admirable, y nos lo presentan tal y como era en realidad y no como someramente aparece.

En efecto, aquel escritor festivo, alegre, superficial, si se quiere, era ya á la sazón un hombre melancólico, amante del retiro, propenso á la concentración del espíritu: aquel decidor malicioso tenía un candor casi infantil, y aquel facilísimo y verboso dramático se explicaba, no con facilidad, y gustaba poco de darse en espectáculo.

Por lo demás ahí están sus cartas, ahí están los hechos de su larga y honrosa vida, compendiada en el célebre trienio de 1840 á 43. Hijo humilde, cariñoso, idólatra á punto de que la muerte de su anciana madre, de quien no se separó nunca, y á quien mantuvo con su pluma, le hubiera costado la vida sin la *compañera amorosa que la Providencia le deparó*, cuya ternura crecía *á medida de sus pesares* y á la que calificaba *de único lazo que le apegaba al mundo*.

Esposo enamorado, como estas expresiones manifiestan, y en tal grado, que su único dolor doméstico fué no ver reproducirse en el

fruto de su unión el cariño y las gracias de su compañera.

Viviendo además en los más altos círculos de la sociedad, y en la intimidad con hombres tales como los Duques de Frías y de Rivas, D. Juan N. Gallego, Martínez de la Rosa, Santa Cruz, D. José Muso, etc.

En política *moderado*, pero no estacionario; monárquico, pero no cortesano; acata el poder, pero no adula á cualquier poderoso.

Económico, en fin, y ordenado, porque el fausto no le halagaba, y porque buscaba en el orden su independencia y en el trabajo su gloria.

CAPÍTULO XXXVI.

BRETÓN DIRECTOR DE LA «GACETA» Y DE LA IMPRENTA NACIONAL.—SUS POCAS OBRAS DRAMÁTICAS EN ESTE PERÍODO.—«Á LO HECHO PECHO,» «CUIDADO CON LAS AMIGAS,» «AVISO Á LAS COQUETAS,» «LA MINERVA,» «LA FRENOLOGÍA.»

El empleo de Director de la Imprenta Nacional y redactor en jefe de la *Gaceta*, conferido á Bretón, no sólo era una reparación de la injusticia de que tres años antes fué víctima, sino un adelanto positivo en su carrera. Deja ya de ser subalterno para ascender á jefe; de vivir en el rincón de la Biblioteca, para participar de la confianza, y áun á veces de los secretos del Gabinete, ocupando además una bella casa, á la sazón en sitio principal de Madrid, con subordinados y sirvientes á sus órdenes. Por desgracia, ese mismo carácter político y esa condición activa de su empleo, no sólo no se prestaba, como algunos, y áun él mismo creía, al aplicado estudio de sus obras

y á la tranquilidad de su vida familiar, sino que era incompatible con uno y otra.

Muy desde luego lo experimentó amargamente, con motivo de la ruidosa acusación del ministro Olózaga. Era éste, como hemos dicho, su paisano, su amigo, su admirador, uno de los que más le habían favorecido en su carrera y se veía perseguido y acusado por González Brabo y por otros que todavía viven, amigos aún más íntimos del cuitado redactor de la *Gaceta*, que tenía un disgusto en la inserción de cada discurso de los muchos que se pronunciaron en aquellas memorables sesiones.

Aun sin que mediase negocio de tanto bulto, las molestias y compromisos de Bretón no disminuían. ¡Con cuán donosa manera se lamentaba de que él, que por su edad y achaques no gustaba de trasnochar, ni áun con las musas del Parnaso, tuviese que pasar á la sazón sus vigilias con las furias del Parlamento! Ahora se amostazaba con él un Ministro porque no había limado bien un discurso suyo; y los había tales y tan instruidos, que hacían huir á Cicerón en la batalla de Cannas, que atribuían á San Pablo dísticos de Ovidio y que hacían de género masculino la sal: luego se picaba con el atareado gacetero un novel Diputado porque la lima del crítico redactor se había llevado el trozo más patético y elocuen-

te de su peroración. Pasaba los días remendando preámbulos, y las noches corrigiendo pruebas, enmendando citas históricas falsas, latinajos macarrónicos y concordancias vizcainas; y áun así era acusado de tibio si en sus artículos no manejaba el bombo y el incensario, ó de adulador si defendía al Gobierno mismo que le pagaba. Dando, en fin, de mano á sus ediciones, que le eran productivas, y desviviéndose honradamente por mejorar la administración de la imprenta oficial, hecho más bien editor que poeta, y antes regente de imprenta que autor dramático. Así es, que en una epístola que me dirigió por aquel tiempo, dice:

Apenas si figuro en el registro
del Parnaso español, mi amor y el tuyo,
desde que *gaceteo* y *administro*.
En vez de estrofas *tórculos* construyo,
y *en prensa* día y noche—¡mal pecado!
al plectro el expediente sustituyo.
De *letras* por do quiera bloqueado,
solo ya las conozco por el tipo:
mi numen no es ya Apolo, es el Estado.
Y aunque lo rija el que escribió el *Edipo*,
el *Estado* es prosáico aquí y en Asia,
y yo de su influencia participo.
Háblame de *glosilla* y *atanasia*
y de alternar edictos y decretos
con noticias de Chile ó de Circasia;
Mas no de versos fáciles, discretos,
que sabe Dios, Mariano, lo que sudo
para hacer esta ristra de tercetos.

Si algún resto quedaba de las veleidades con que años atrás pensó Bretón emprender la carrera parlamentaria (pág. 215, cap. XXIII), debió disiparse del todo en este período de su vida, en que tan de cerca vió los compromisos del Gobierno, las ilusiones de la oposición, las exigencias de los partidos, los afanes y sinsabores de todos.

Pero aún más fallidas que tales esperanzas fueron las que concibieron algunos, y quizá él mismo, de que una posición decorosa y una hacienda desembarazada mudarían y mejorarían las cualidades de su fecunda musa. Sucedió tan al contrario, que aquel mismo ingenio que en el trienio precedente de persecución é impopularidad había producido 20 obras dramáticas, ó sean 53 actos, no dió al teatro en los tres años, en que ocupó los vastos salones de la calle de Carretas y dirigió la imprenta y la *Gaceta* del Gobierno, sino siete comedias, en todo 13 actos, á saber: *A lo hecho pecho*, *Cuidado con las amigas*, *Aviso á las coquetas*, *La minerva ó lo que es vivir en buen sitio*, *Frenología y magnetismo*, *Mi dinero y yo* y *Errar la vocación*; y áun esas obras menos perfectas y menos afortunadas que las precedentes.

De estos siete dramas hay que descontar desde luego la comedia titulada *Errar la vocación*, de que ya hemos hablado, y que como

hemos dicho (pág. 330), fué escrita, ensayada y anunciada en 3 de Junio de 1843: casi pudieran también descontarse *A lo hecho pecho* y *Cuidado con las amigas*, respectivamente representadas el 11 y 23 de Setiembre del 44; pero cuyo pensamiento, plan y marcha de las escenas estaban ya escritos en 1843. A estas dos comedias hay que añadir tres piezas en un acto, *Aviso á las coquetas*, *La Minerva ó lo que es vivir en buen sitio* y *Frenología y magnetismo*, que con otra comedia en tres actos, *Mi dinero y yo*, completan todo el trabajo del dramaturgo Director de la *Gaceta*.

A lo hecho pecho es una nueva, donosa y concluyente demostración de la antigua verdad *No puede ser guardar una mujer*. No tiene la elegante manera que nuestra comedia antigua, ni la profundidad filosófica que *L'ècole des femmes*, ni las miras políticas que *El barbero de Sevilla*; pero ni á Moreto, ni á Molière mismo, ni á Beaumarchais tiene que envidiar la miniatura *bretoniana* en gracejo de diálogo, en verdad de caracteres y en pintura de costumbres.

Para probar que la excesiva reclusión es perjudicial á las jóvenes, porque [1]

Si hoy su corazón novicio
de pasiones libre está,
la naturaleza hará

[1] Escena 2.ª

tarde ó temprano su oficio;
y cuanto más inesperta,
más fácil es que resbale.

. . . .

ó como D. Pablo dice al final de la comedia:

A las niñas de esa edad,
ten presente mi lección,
ni extremada sujeción
ni excesiva libertad.

En cuanto á la verdad de expresión y viveza de colorido en la pintura de caracteres y costumbres, recuerdo pocos trozos que puedan compararse á esta respuesta que da el celoso D. Tadeo á su hermano D. Pablo (escena 6.ª):

Mi resolución discreta
se funda en causas muy graves.
Mi mujer, si no lo sabes,
fué una solemne coqueta.
Educada en el gran mundo
antes de ser mi consorte,
era asombro de la corte
su talento sin segundo.
Su talle era el figurín
que estudiaban las modistas,
si bailaba ¡qué conquistas!
si cantaba ¡un querubín!
Con su gracia y su beldad
á todos tentaba el diablo...
Era, en fin, querido Pablo,
una *notabilidad.*
Como adorarla era moda,
yo también caigo en la red;

me declaro, y cate usted
que acepta, y se hace la boda.
No bien el cura nos vela,
cuando la elegante Julia
hace á mi casa tertulia
de toda su clientela;
y como un marido posma,
según la moderna táctica,
cosa es, que solo está en práctica
allá por el Burgo de Osma,
entre tanto hombre de pró,
con rubor te lo confieso,
todos tenian acceso
á su lado, menos yo.
Sólo reservarme quiso
el honor mi cara prenda
de acompañarla á la tienda
de *Ginés* ó de *Narciso*,
y ningún conde ó barón
se atrevió á hacerme la afrenta
de pagar por mí una cuenta
á madama *Petibón*.
Es decir, que mi Julieta
amable, que el cielo goza,
si coqueta cuando moza,
fué despues archicoqueta.
Quise volver sobre mí;
pero en vano, ¡ya era tarde!
y aunque nunca fuí cobarde,
no hubo arbitrio; ¡sucumbí!
Que á uno se da un puntapié;
más contra tanto adminículo,
¿quién?... Por no hacerme ridículo
me arruinaba *al ecarté*.
No era mi cara *mitad*,
ni mi cuarterón siquiera
Julia, porque era... en fin, era
una notabilidad.
Olvidando la lección
moral de la vid y el olmo,

un día exclamé en el colmo
de la desesperación:
¡Preciso será, Dios mío,
que nuestro lazo destruya
una pulmonía suya,
ó un pistoletazo mío!
No por mi plegaria impía,
sino porque plugo á Dios
darnos descanso á los dos,
envió la pulmonía.
Para ahorrarte la pregunta,
de si lloré ó no lloré,
confieso de buena fé
que no lloré á la difunta;
mas la culta sociedad
de la corte castellana,
lloró la muerte temprana
de *una notabilidad*.
Quedóme esta criatura,
que encerrada en un colegio,
tuvo el feliz privilegio,
de ignorar tanta locura.
¡Tan linda y en tierna edad
dije un día para mí!
¡Sus! no tengamos aquí
otra *notabilidad*.

Aún mejor, si cabe, que esta, es la versificación, y más vivo el diálogo de *Cuidado con las amigas*, teniendo además escenas y golpes teatrales de primer orden: por desgracia no corresponde á ellos el desenlace. Las otras piezas en un acto *Aviso á las coquetas*, *La minerva* y *La frenología* fueron no tanto inspiradas como arrancadas á la amistad del poeta por las exigencias de empresarios y actores, para atraer

el público en beneficios y nochebuenas de los años 44 y 45.

Aviso á las coquetas se representó á beneficio de García Luna la noche de 21 de Noviembre de 1844, al mismo tiempo que *La infanta Galiana* de Rubí. La comedia de Bretón es otra edición de *Marcela*, que aquí se llama Sofía. Hay un D. Alberto, tío casamentero como don Timoteo; item tres aspirantes, á saber: D. Miguel, empleado subalterno; D. Eulogio, viejo, rico propietario, y D. Matías, buen mozo, cumplido caballero, pero celoso é irascible. Elvira, prima y rival de Sofía, recuerda y casi copia el carácter de Isabel en *Muérete y verás*, y el desenlace es análogo. Sacóla, pues, Bretón de su antiguo y propio repertorio, sin reparar siquiera en que hay en la comedia versos que podrían llevarle á un drama más nuevo y trascendental; hablan de cierto dote de veinte mil duros, y dicen del novio:

> Quizá sin los veinte mil
> le pareciera un vestiglo;
> que *hasta el amor de este siglo*
> *es ateo y mercantil* 1.

Y en otro lugar emite esta idea nueva y eminentemente dramática:

1 Escena 5.ª

Mas confesar es razón
que en esta vida mortal,
se puede hacer mucho mal
con la mejor intención 1.

Estos argumentos desaprovechados y los de *La minerva* y *La frenología* son otras tantas pruebas de que el festivo genio de nuestro autor, si no se prestaba á flagelar los vicios de todo un pueblo, ó á censurar los errores de un siglo entero, era inimitable en la pintura de los afectos ridículos de una localidad, ó de las efímeras manías de un momento dado. Así se burla de los que por vivir en sitio vistoso y principal son víctimas de parásitos que invaden su casa para gozar de procesiones, revistas, serenatas y fuegos artificiales; y saca á la vergüenza la verdadera locura que el doctor Cubí introdujo con la frenología y con sus experimentos sobre el magnetismo animal.

1 Escena última.

CAPÍTULO XXXVII.

LAS TERTULIAS DE ESCOSURA.—TRES COMEDIAS.

Acabamos de citar dos versos que hicieron cierto ruido...

> **Que hasta el amor de este siglo**
> **es *ateo y mercantil.***

En las tertulias literarias, que semanalmente recibía á la sazón D. Patricio de la Escosura, en su casa calle del Amor de Dios, se discutieron largamente, con profundidad por unos, con alta filosofía por otros, con gracejo incomparable por el amo de la casa, con deleite de todos. Para persuadirse de ello, no hay más que saber que eran asíduos D. Juan Nicasio Gallego, Pastor Díaz, Donoso Cortés, Pedroso, Tejado, que allí perfeccionó y depuró su gusto; cierto D. Pablo Yáñez, de erudición copiosa y gracejo inagotable; Rubí, que allí leyó su comedia *La corte de Carlos II;* Nocedal, Pacheco, Romea, Vega en fin, que leyó (iba á decir representó) su *Hombre de mundo.*

De aquellas amenas reuniones y de otras semejantes, surgió la inspiración de *Un enemigo oculto* y de *La hipocresía del vicio*, de cuyas obras hablaremos más adelante, y en la ocasión presente de *Mi dinero y yo*: la comedia, que con más estudio y con menos éxito ha escrito nuestro fecundísimo ingenio.

Pertenece indudablemente al género de las de *intriga*, más bien que al de *costumbres* ó al de *caracteres*; y es lástima, porque muchos, el de Zabala, por ejemplo, pobre y orgulloso, son de suma originalidad.

En la tertulia que hemos nombrado, fué unánime la opinión de que era peligroso ponerla en escena; y no fué ligera carga la de quien tuvo que insinuar al autor el juicio condenatorio de los mismos oyentes, que habían reido, aplaudido y áun aprendido de memoria, muchos de sus chistes.

Bretón, en la edición de sus obras, al insertarla, se disculpa, creyendo que la acusaban meramente *de atentatoria á las buenas costumbres*. No, sino de inverosímil, de inaceptable, dramáticamente hablando, sobre todo el principal carácter, el de Aurora.

¿Qué público admitirá como teatralmente verosímil la escena 22 del acto 2.°, en que de buenas á primeras un hombre de mundo y de buena sociedad se atreve á proponer un rapto

á una muchacha á quien habla por primera vez, y que pasa por honrada? ¿Quién concederá, por el contrario, que otra joven, que no presume de virtuosa, pero que *es corrida*, se escape con quien no conoce, sin tener garantía alguna áun para el logro de sus fines interesados?

Sin embargo de esto, la comedia tiene bellezas de primer orden: quizá algunos años después el público la hubiera aplaudido; quizás entonces mismo, con un poco más de meditación, ó con menos amor á ciertos efectos, lo hubiera tenido favorable.

¿Qué hombre de gusto desconocerá el mérito de esta letrilla, en la que la protagonista se retrata? (Acto 3.° escena, 7.ª)

Yo vine al mundo
veinte años há
bajo el imperio
de astro fatal.
Desde la cuna
huérfana ya,
no tuve ¡ay triste!
casa ni hogar.
Yo no sé cómo
creció mi edad...
allá el alcalde
se lo sabrá.
Vivir por obra
de caridad
bajo el dominio
de un concejal,
no se avenía

á la verdad
con mi carácter
vivo y jovial.
Yo no pensaba
más que en bailar:
pasmaba al pueblo
mi habilidad;
y en mi ignorancia
del bien y el mal,
no me dolía
de mi orfandad,
ni me cuidaba
del qué dirán.
¿Fué culpa mía,
si entonces, ¡ay!
las sugestiones
de un charlatán
trocar me hicieron,
sin más, ni más,
la paz serena
de mi lugar
por el bullicio
de una ciudad?
Vagando luego
de aquí acullá
la inexperiencia...
la libertad...
Yo no me quiero
santificar,
mas diré al alma
de pedernal,
que no me otorgue
perdón, piedad:
si hija amorosa
nace en tu hogar,
que dé á tus penas
grato solaz,
¡ay! ¡Dios la libre
de tanto afán!
¡Ay! no se vea

cual yo jamás:
niña... y sin madre,
bella... y sin pan!
En fin, ¡paciencia!
otras habrá
que en sus adentros
me envidiarán,
aunque en tertulia
con las demás
digan «¡qué moza
tan inmoral!»
Mas ¡ay! el tiempo
pasa fugaz,
y ésta, á quien tantas
llaman deidad,
¡quizá mañana
mendigará
la triste sopa
de un hospital!
Mas ¡qué locura!
¡qué necedad!
Acerbo llanto
baña mi faz.
También ustedes...
ja, ja, ja, ja... (*Riendo*).
¡Afuera el tono
sentimental!
Broma, alegría,
nada de plan.
Abur, señores,
Dios proveerá...
¡Viva la danza!
Muera el pesar.
(*Vase tarareando y danzando.*)

Estos fáciles versos que dice la aventurera Aurora:

Si hija amorosa
nace en tu hogar,

que da á tus penas
grato solaz,
¡Ay! Dios la libre
de tanto afán.
¡Ay! no se vea
cual yo jamás:
niña... y sin madre...
bella... y *sin pan*...

Recuerdan aquellos otros de la *aventurera Clorinda* en la célebre comedia *La aventurière*, de Emilio Augier.

Enfant qui pour gardien de votre tendre honneur
avez une famille et surtout le bonheur.
¿Comment le saurez vous ce qu'en de froides veilles
la pauvreté murmure à de jeunes oreilles?
Vous ne comprenez pas, n'ayant jamais eu faim,
Qu' on renonce à l'honneur pour un morceau de pain.

Ni es esta sola analogía la que existe entre ambos dramas: en uno y otro es protagonista una mujer de teatro, comedianta en la obra de Augier, bailarina en la de Bretón, que persiguen la fortuna y la mano de un hombre rico: en una y otra comedia otro hombre, hijo en la francesa, amigo en la española, finge una rivalidad que liberta al engañado amante: en ambas hay rapto ó fuga de las aventureras: el borracho D. Aníbal de la comedia francesa, no dista mucho del presumido poetastro Zabala de la española: ambos son confidentes de las aventureras, el uno como hermano, el otro

como amante; y lo que más sobresale en una y otra es el contraste entre la pasión interesada, atea y *mercantil* de ellas, y el amor puro, y por desgracia, iluso de ellos.

Para que la analogía sea más sorprendente, lo mismo la comedia de Bretón, en la lectura en la calle del Amor de Dios, que las primeras representaciones del poema de Augier, en el teatro francés, no obtuvieron gran éxito, reformándola luego el francés y condenándola el español á perpétuo silencio. Si se nos preguntara cuál de ellos es el imitador: ninguno ciertamente: las comedias son esencialmente diversas, y lo que tienen de semejante no pudo ser copiado. El autor español remató y leyó su obra á principios de 1846; pero la guardó en su gaveta: el autor francés dió la suya en 23 de Marzo de 1848, cuando Bretón aún no había impreso la suya, que no vió la luz hasta 1850. Este hecho sólo prueba que cuando dos ingenios tratan asuntos iguales ó parecidos pueden coincidir y coinciden, sin duda, en situaciones y rasgos escénicos, sin copiarse, pero sin contradecirse en lo más mínimo.

Amor interesado y fingido como en Aurora y Clorinda, pasión desinteresada y pura como en Sabina y Celia... Hasta qué punto esta noble pasión puede sentirse en medio de la miseria, é inspirarse al través de la riqueza, ó á pe-

sar de los años... problemas son que se plantean en ambas comedias; pero, ¡por cuán diversa manera! ¡Cuánta profundidad y melancolía en los versos de Augier! ¡Cuánta gracia y ligereza en las inimitables rimas de Bretón!

Este, dando heróica prueba de abnegación y de docilidad, guardó en su gaveta el fruto de su inspiración, y sólo años adelante lo insertó en el tomo IV de sus obras, acompañado además de la nota ó alegato en su defensa, de que ya nos hemos hecho cargo.

Volviendo á las tertulias literarias es de notar que, como si en el mundo de las ideas existiese la misma ley que en el mundo de la materia, en el cual cuando unos seres desaparecen otros toman de ellos origen, aconteció que allí donde murió al nacer la comedia *Mi dinero y yo*, hallaron inspiración, y áun dicen que modelo, otras dos, *Un enemigo oculto* y *La hipocresía del vicio*.

La importancia trascendental de ambos argumentos aparece en su título: investigar quiénes fueron los sugetos que con su consejo, ó quizá con su propia conducta los inspiraron, fuera ahora impertinente, cuando no imposible.

Bretón, mal satisfecho, sino resentido del éxito que *Mi dinero y yo* obtuvo en la amistosa lectura, no renovó la prueba con los dos

dramas que en la tertulia habían sido concebidos.

La comedia *Un enemigo oculto* tiene mayor enredo que las más del autor, y, sin embargo, no pertenece exclusivamente á este género, sino más bien al de las comedias de *costumbres* y de *carácter*. Es de costumbres, porque pinta *bretonianamente* las de ciertos empleados de aquel tiempo, los cuales pretendían á toda costa conservar sendos destinos áun bajo el mando del mismo ministro, á quien habían injuriado; que publicaban epigramas, y no presentaban dimisiones, y que, en fin, jugaban á la bolsa, y hasta aplaudían á las bailarinas por espíritu de partido político. Es comedia de *carácter*, porque retrata principalmente la excepcional figura de D. Andrés, el cual

á lo que era necedad
llamaba fatalidad,

y creía que cuantos percances le acarreaba su propia imprudencia ó su falta de tacto, eran obra premeditada y traidora de *un enemigo oculto*.

Personaje verdaderamente digno de figurar, si estuviese retratado con más grandeza, al lado de los misántropos y de los hipócritas, y que cuando al fin del drama toca el resultado de su imprudente conducta, exclama:

A todo el mundo perdono:
sólo á mi enemigo oculto
le rompería el bautismo...
pero como soy yo mismo,
me comprendo en el indulto.

¡Cosa singular! que Bretón, acusado siempre de exagerar los caracteres, se quede corto en la pintura de éste; porque, en verdad, no todas las cuitas de D. Andrés son obra suya, ni está siempre *oculto su enemigo*.

Eslo sin duda, con más ó menos dañada intención, un D. Luis que le da consejos tales, que le enajenan la simpatía de su amada Camila: D. Luis la sirve, la obsequia, la devuelve un idolatrado pajarillo, que se había escapado de la jaula; la procura un palco en el Circo, por el cual la joven tenía empeño, y la gana, en fin, la voluntad, desbancando en ella al cuitado D. Andrés, sin que éste tenga en verdad toda la culpa.

Por lo demás, el lenguaje es ya de mejor tono que el de otras anteriores, con lo cual, de una parte acredita el autor su plausible docilidad á los consejos de la crítica, y por otra parte da indicio del más culto original de los cuadros que copiaba, sin que por ello pierda un punto de la singularidad y propiedad de su estilo, ni sean menos ó menores las bellezas que brillan en ésta como en sus mejores obras.

Dióse en el teatro del Príncipe el 14 de

Enero de 1848, con éxito favorable y buena ejecución; el autor fué llamado á las tablas, aunque no compareció en ellas... y así y todo, su obra desapareció del cartel á los cinco días, y no fué más benévolamente tratada por la prensa: cosa que vulneró su amor propio con tanta más justicia, cuanto que en aquellos días hacía gran ruido, no sólo el *Quevedo*, obra merecidamente aplaudida del entonces nuevo autor D. Eulogio Florentino Sanz, sino la farsa andaluza apologética del bandido *Diego Corrientes*.

Tercero y último argumento incubado, por decirlo así, en la tertulia de la calle del Amor de Dios, es el de la *Hipocresía del vicio*, que trae á la memoria aquellos versos de la célebre sátira de Jovellanos:

Ya la notoriedad es el más noble
atributo del vicio, y nuestras Julias,
más que ser malas, quieren parecerlo.

Siendo de notar que el dramaturgo moderno, en vez de aplicar su férula á las damas de tan alta alcurnia y de tan corrompidas costumbres como las Julias de Roma, emplea su estro contra

Un tronera, un cascabel,
que con nobles sentimientos
y un alma pura y sin hiel,
sin ser un hombre vicioso,
hoy lo quiere parecer.

Cándido personaje, que en vez de ser el burlador de mozas, como D. Juan Tenorio, es él burlado por sus criados, por sus parientes, por todo el mundo, probando así al concluir el drama, no como dijo el gran satírico, que

> hubo un tiempo
> en que el recato tímido cubría
> la fealdad del vicio; pero huyóse
> el pudor á vivir en las cabañas,

sino solamente como el protagonista D. Miguel exclama al final de la comedia:

> Que es un pecado muy tonto
> la hipocresía del vicio.

Guardóse Bretón de leer esta comedia, ni trozos de ella en la tertulia, donde había recibido la inspiración; tan escarmentado y retraido le tenían la frialdad del público, las críticas de los periódicos, el recuerdo añejo de *La Ponchada* y la censura reciente, aunque amistosa, de *Mi dinero y yo*. Presentó, pues, tres años adelante la estudiada comedia *anónimamente* á la comisión censoria del Teatro Español, y ¡oh dolorosa sorpresa! no fué admitida en la primera lectura. Descubierto después el autor del drama, y por respeto á su nombre, ó por mejor examen, fué aceptada. Pero este tardío desagravio, lejos de satisfacer al resentido ingenio, le obligó á guardar por

más de diez años en su gaveta la última producción de su numen y la más meditada tentativa suya del drama filosófico.

Años adelante, cuando cosas y personas habian cambiado (el 15 de Octubre de 1859), el actor Sr. Catalina puso en escena (como dice un crítico de aquellos días), la olvidada obra del *príncipe de nuestros modernos poetas cómicos;* y cosa al parecer inconciliable, el éxito como que dió en parte razón al resentimiento del poeta, y en parte á la severidad de los censores.

El crítico que hemos citado, y que no escasea los elogios de Bretón, á quien llama el *Molière español*, se explica así:

»*La Hipocresía del vicio* es un nuevo cua»dro de las costumbres de esa clase media, á »que el autor de *Marcela* ha dedicado su pin»cel. El pensamiento es demostrar cuán poco »vale la falsa gloria, la triste celebridad del »escándalo, que extravía tantas eminencias, »que vicia tantos corazones.

»El asunto es tan elevado, tan filosófico, »que no es extraño que no se acomode siem»pre á la entonación cómica, que no se pueda »desarrollar bien en la sencilla fábula que ha »inspirado al Sr. Bretón.

»De aquí que las situaciones dramáticas de »esta obra sean poco notables, y no estén pre-

»paradas ni presentadas con el arte necesario »para mover el sentimiento. De aquí que en la »colocación de las figuras sean las menos aca»badas las que campean por lo regular en pri»mer término; y de aquí, por último, que las »escenas, que las situaciones más aplaudidas »sean las cómicas, las en que las figuras de se»gundo y tercer orden ocupan el puesto de las »principales. En estas escenas, en toda la parte »episódica de esta producción, es en donde se »ve y se aplaude al *gran poeta cómico*, al distin»guido pintor de género, á esa *gloria nacional »que debe imponer admiración y respeto á la ju»ventud.*

»En cuanto al estilo, es español, español de »los buenos tiempos de nuestra literatura, de »las épocas en que en España se estilaba tener »estilo.

»La versificacion fácil, armoniosa y pican»te, levantada á veces, natural otras y rastre»ra en algunas.»

Novedades.—(26 Octubre 1859.)

Tal fué el éxito de las tres comedias filosóficas *Mi dinero y yo*, *Un enemigo oculto* y *La Hipocresía del vicio.*

Poner en contraposición aquel afecto puro, sencillo, cordial, que con mayor ó menor vehemencia y razón pueden inspirar nuestras

prendas morales y físicas, con la pasión interesable y efímera que despierta nuestra posición ó nuestro caudal; pintar el error de los que atribuyen á oculta enemistad ajena, ó á mala organización social los desengaños ó desventuras que les acarrea su torpeza ó su imprudencia; azotar, en fin, á aquellos hipócritas, que por atraerse el aplauso de los malos, alardean de faltas que no han cometido y ostentan vicios que no tienen, son argumentos dignos de la pluma de un gran dramático. Lo era, sin duda, Bretón. Cómo salió del empeño, no me atrevo á decirlo, bien que hay quien piense que los problemas quedaron no bien resueltos, y el autor acreditado de ser más apto para engrandecer bizarramente lo pequeño, que para abarcar con claridad lo grande.

Ahora es tiempo de dar un paso atrás, y volver á la calle del Amor de Dios, en donde Bretón concibió esas obras, y de donde nos hemos apartado demasiado.

CAPÍTULO XXXVIII.

CAMBIO DE LA DECORACIÓN POLÍTICA, DEL GUSTO DRAMÁTICO DEL PÚBLICO, Y CASI CASI DEL CARÁCTER DE BRETÓN. — «MEMORIAS DE JUAN GARCÍA.»

El fallo de la tertulia de Escosura sobre *Mi dinero y yo*, afligió mucho á su autor, tanto más, cuanto que tomaron parte muy activa en la discusión y sentencia personas que no podían ser tachadas de parciales en la materia, y menos de imperitas ó de desafectas al autor: tales eran, además de los nombrados, Pacheco, que ya hacía muchos años había renunciado al teatro, y Pastor Díaz, que no lo había nunca cultivado. Bretón, resentido, ocultó, como hemos visto, dos de sus más importantes obras originales, y trató aparentemente de consolarse y de ejercitarse á la vez, refundiendo con admirable acierto la comedia de Calderón *Fuego de Dios en el querer bien*, único trabajo que en 1847 presentó en escena, dándose en cuerpo y alma al cumplimiento de las obli-

gaciones de su empleo de *gacetear y administrar*, revisando y perfeccionando sus tres dramas filosóficos é inéditos.

En ello se empleaba cuando vino á conmover la máquina gubernamental una fuerza, si no desconocida en nuestra historia, por lo menos inerte y olvidada ya hacía mucho tiempo. No era esta la explosión del sentimiento nacional como en 1808, ni los pronunciamientos militares como en 1820, ni los ejemplos de naciones vecinas como en 1830, ni las exigencias dinásticas como en 1833, ni siquiera las corrientes más ó menos públicas de la opinion, y el impulso más ó menos secreto de los partidos. Sentimientos, exigencias, corrientes, impulsos, que aunque pueden pertenecer al drama, y áun á la comedia, tanto como á la historia, no deben entrar en esta biografía: dieron de improviso al traste con el Gabinete á la sazón existente que presidía el pundonoroso duque de Sotomayor, y en que se sentaban el ilustre veterano Oráa, el integérrimo ministro de Hacienda Santillán, el docto jurisconsulto Seijas Lozano, los ilustres estadistas Bravo Murillo y Oliván, y aunque sin mérito comparable á los de tales repúblicos, el joven que había planteado de nuevo el ministerio de Comercio, Instrucción y Obras públicas, y que ahora escribe estas páginas. Fué

aquel Gabinete, al día siguiente de obtener un voto de confianza de ambas Cámaras, despedido; y era de temer, que según costumbre en España, tan violento choque arrastrase tras sí á la Administración toda, máxime á funcionarios de índole eminentemente íntima y política como el director de la *Gaceta*.

El temor de Bretón fué grande, pero no duradero, porque á dicha suya entraron en la composición del nuevo Gobierno amigos particulares del poeta, no menos apasionados que los que caían; y ¡cosa singular! precisamente aquellos que más severamente habían juzgado en la tertulia de Escosura *su última nonnata comedia*.

Pacheco fué nombrado Presidente del Consejo en decreto refrendado por mí; Pastor Díaz me reemplazó en el ministerio que hoy se llama de Fomento, y el mismo Escosura, mi subsecretario en él, pasó al Gobierno civil de Madrid.

Fué, pues, nuestro autor comprendido en la mudanza; pero para ocupar puesto más grato y adecuado á su índole, el de Director de la Biblioteca nacional, en donde antes había servido.

He hecho especial é inusitada mención de dos Gabinetes de principios de 1847, el del duque de Sotomayor y el de Pacheco, porque

tuvieron gran parte en mejorar la suerte de nuestro autor, y además, porque á ellos se debieron grandes y merecidos beneficios en la repáblica de las letras.

Refrendado por mí en 4 de Febrero de 1847, y redactado con la cooperación de nuestro Gil y Zárate, Director de Instrucción páblica, presenté en 20 del mismo mes al Senado el proyecto de ley de Propiedad literaria, que esplané y defendí en la sesión del 11 de Marzo, y que sancionado luego con el refrendo de Pastor Díaz, sacó á los autores de la situación precaria y deshonrosa en que se hallaban. Todo lo cual contribuyó grandemente á asegurar la fortuna de Bretón, y á dorar su tranquila medianía en los últimos años de su vida.

Ni fué esto solo: por decreto de 25 de Febrero y 10 de Marzo, de cuya redacción y refrendo me glorío, se creó la Academia de Ciencias y se dió nueva forma á la Española, trocando la oscuridad y pobreza en que existía, por el estado brillante y desahogado en que todavía vive; y ciertamente, pocos, quizá ningún escritor ó autor dramático habrá en tal concepto, ó en el de académico, logrado mayores ventajas que nuestro autor.

El mismo honrosísimo puesto que le fué conferido, era un tributo de respeto á su preclarísimo ingenio, dado que ni sus aficiones

bibliográficas le designaban como predecesor del insigne bibliófilo D. Agustín Durán, ni había en largos y reflexivos viajes estudiado el modo en que se organizan y administran en el extranjero las bibliotecas públicas. Era, pues, su nombramiento, que por todos fué aplaudido, no otra cosa que un reconocimiento explícito de su mérito, y un homenaje público á su justa nombradía.

Pero ni esto, ni las diarias pruebas de estimación que le prodigaba la Academia Española, ni los consuelos que le llevaban á cada paso el amor conyugal y la más desinteresada amistad, fueron poderosos á compensarle en todo del alejamiento ó tibieza del público, que mientras aceptaba en sus conversaciones frases, modismos y versos enteros del gran dramático, desdeñaba sus obras, y al anuncio de cada una se aprestaba á repetir las mismas censuras. «El aura popular (dice hablando de »esto Hartzenbusch), que por espacio de quince »ó diez y seis años había corrido sin tropiezo, »tuvo su fin natural y preciso: la admiración »continuada se debilita y se desvanece; los »triunfos se pagan, y el Sr. Bretón había ob»tenido muchos. *Circunstancias* de varia índole »obraron una *revolución* en el gusto del pú»blico, etc. [1]»

1 Prólogo á las obras de Bretón.

Sin analizar nosotros aquellas *circunstancias*, hemos visto y seguido voluntariamente el progreso de esta *revolución*. La verdad que de ello resulta, es que la Musa dramática de Moratín y de Gorostiza no se complacía ya con las disquisiciones literarias del café, sujeta y obediente á la sazón á reglas aristotélicas, ni se contentaba con predicar en clásica prosa ó difusos romances *Indulgencia para todos*. No: la musa de Rivas, de Hartzenbusch, de Gil y más adelante de Tamayo y de Ayala, corría por los vastos horizontes de la historia, penetraba en los ásperos senderos de la novela; era á la vez influyente en el Gobierno ó influida por la política, y acometía al fin temerosos problemas filosóficos y sociales. Bretón, fatigosa y filosóficamente, la había querido seguir en sus primeras etapas; pero su genio era demasiado festivo para llevar su escalpelo hasta las entrañas de la sociedad; la sonrisa de su versificación se prestaba poco á la contemplación, á veces *severa*, á *veces dolorosa de aquellas cuestiones*; y cuando (como en *Mi dinero y yo* y en *La hipocresía del vicio*) quería terciar en su esclarecimiento y resolución, los personajes, los medios, el lenguaje mismo que empleaba, pertenecían á otra época que los problemas propuestos, y que los espectadores que asistían á su resolución.

De aquí un hecho lamentable que consignaba *El Heraldo* de 24 de Setiembre de 1848, al dar cuenta de la comedia *Memorias de Juan García*, representada el 16: «Se ha hecho moda, »dice, entre ciertas gentes no hallar bueno »nada de lo que el Sr. Bretón escribe ahora, »desdeñándole como un espíritu en decaden»cia, ó como un talento estacionario.»

De aquí las francas, aunque molestas observaciones, de contertulios amigos, y la repulsa de comisiones censorias, y los fracasos de la zarzuela y el frío silencio de las empresas, y la procáz y acerba crítica de algunos periódicos.

De aquí la resolución de nuestro escarmentado poeta de *adoptar un incógnito, esperando que algunos de los encarnizados y sistemáticos enemigos* (que él creía tener), *dejasen de serlo por algún tiempo.*

De aquí, por último, la amarga melancolía que paso á paso se iba enseñoreando de su antes festivo carácter, y que se esforzaban en combatir su familia, sus compañeros y sus amigos, en su casa, en la Academia, en la tertulia.

CAPÍTULO XXXIX.

OTRA MUDANZA DE DECORACIÓN. — DRAMA DE NUEVO GÉNERO EN EL TEATRO DEL PRÍNCIPE.— 26 DE MARZO.—SILBIDOS Y TRABUCAZOS. — POETAS Y RUISEÑORES.—7 DE MAYO.

Si los cambios de telones y bastidores se hiciesen en la escena con tanta facilidad y rapidez, y si las trasformaciones y apoteosis de los personajes fuesen tan frecuentes é imprevistas en las comedias de magia, como en el teatro político de España, cierto que no habría espectáculo más variado y entretenido. Dígolo, porque en el período á que me refiero, los vuelos y escotillones ministeriales anduvieron tan listos, que fué maravilla.

En aquel año (1847) hubo nada menos que cinco ministerios: los de Istúriz, Sotomayor, Pacheco, García Goyena y Narvaez; y los mismos sugetos que á fines de Marzo eran despedidos, volvían á ser llamados con instancia, y elevados con honor á principios de Octubre. En este número se contaban el Du-

que de Sotomayor, Bravo Murillo, Seijas Lozano y el que estos recuerdos escribe.

No tenía, pues, Breton por qué temer que le alcanzase la mudanza. El ilustre poeta contaba en el Gabinete nuevo admiradores de su genio españolísimo; el empleado apreciadores de su honradez y de su laboriosidad, y el gran dramático, no sólo amigos de su juventud, tales como yo, sino además un hombre de Estado, joven como Sartorius, que ya, cuando era propietario del periódico *El Heraldo*, le había defendido siempre, y que aspiraba ahora, en su administración, á conquistarse por su protección á la escena merecido aplauso, lo cual veremos más adelante. Sartorius había tomado á su cargo el ministerio de la Gobernación; yo me encargué del de Marina, dejando á Brabo Murillo el de Comercio, Instrucción y Obras públicas, de que fuí fundador.

Pero por sincera que fuese la voluntad, y por poderosa que fuere la influencia de Sartorius y mía, las circunstancias distraían la una y paralizaban la otra.

Pío IX había dado á los Estados Pontificios instituciones parlamentarias; á su ejemplo, otros soberanos de Italia habían otorgado sendas Constituciones; el entusiasmo liberal se había desbordado, y sus corrientes, sin que

los Alpes las detuviesen, habían penetrado en Francia.

Destronado allí Luis Felipe, fugitivo, disfrazado, tiene que acogerse á Inglaterra. La Infanta Duquesa de Montpensier se ve precisada á huir de las Tullerías y buscar un refugio, saltando barricadas y por medio del tumulto, el incendio y la muerte.

La República es proclamada: la revolución se propaga en Europa, como se propaga la llama por un bosque seco, cuando el huracán la empuja y la aviva.

Todo hace creer que existe una conspiración universal. En un mismo día hay tumultos en París, en Viena, en Berlín y en Cracovia. Son simultáneas las insurrecciones de Milán, de Stocolmo, de Munich y de otros Estados de Alemania. Los soberanos de Austria y de Baviera abdican sus coronas; el de Bélgica pone la suya á disposición de sus súbditos, y la conserva á ruego de los mismos.

En todas partes la revolución, ó aceptada ó impuesta, había regado de sangre las calles. Proclamado el principio de *las nacionalidades*, lo mismo la raza germánica, que la slava y que la magiar, habian entrado en un estado de terrible efervescencia, y á su fuerza caían los tronos y se alteraban los Estados.

No era, pues, tiempo aquél de volver los

ojos al arte dramático, sino de preservar á España de los sangrientos dramas que arrojaron de Roma al venerable Pontífice, iniciador inocente de aquel movimiento, tragedias que habían ya destronado á muchos soberanos, impreso á casi todos los Estados de Europa un sello indeleble, y que también en España habían principiado á ensayarse en las tristes veladas de 26 de Marzo y 7 de Mayo.

En efecto, parece que se trataba de algún espectáculo escénico, según eran repetidos, detallados y públicos los anuncios de desórdenes; señalábase el día del estreno y los personajes que como actores habían de tomar parte en la función, y el teatro y casi la hora en que había de representarse.

El Gobierno estaba apercibido, el público naturalmente alarmado; esperábanse ó temíanse ansiosamente los dos días 25 y 26 de Marzo, festivos ambos, el primero por la Encarnación, el segundo por ser domingo. Amaneció éste claro y sereno; lástima daba á los que habíamos pasado la noche en vela, saludar el alba tan risueña y respirar tan puro ambiente, habiendo de emplear aquel día de primavera lleno el ánimo, molestados los oidos y azorado el corazón con presagios de sangre y de trastornos.

Por la tarde, las noticias de los confidentes

fueron tranquilizadoras; los conspiradores se habían separado; los jefes habían dado orden de suspender ó diferir el alzamiento.

Serían las tres de la tarde, cuando tranquilizados todos, Soberana y súbditos, Gobierno y pueblo, se dieron á gozar del tiempo apacible y sereno (que era una de las más deliciosas tardes de la primavera). Salió la Reina al Prado en coche abierto acompañada del Gobernador de Palacio, marqués de Miraflores; el que esto escribe hizo otro tanto en carretela con el presidente del Consejo, duque de Valencia, y la población entera, que la víspera había apenas aparecido en calles y paseos, los llenó entonces más que satisfecha de la terminación del drama, ansiosa de aprovechar el entreacto para esparcirse. La Reina fué victoreada en el Prado; los ministros, cuando bajamos por la Puerta del Sol y calle de Alcalá, éramos mirados con cierta curiosidad, como quien examina en un termómetro el calor de la temperatura, ó en un barómetro las probabilidades de tormenta. Al atravesar por la desembocadura de la calle del Caballero de Gracia, echamos delante á una berlina, en cuya portezuela campeaba una lira de oro. «¿A quién saluda V. tan expresivamente?» me preguntó Narvaez.—«A Bretón de los Herreros.»—Buena señal.—¿Qué señal?—Que esté

en paseo.—¿Por qué?—Porque los ruiseñores no salen del nido cuando truena.

—Mi general, V. no tiene presente que el príncipe de nuestros poetas Garcilaso murió en el campo de batalla.—Tiempos antiguos.—Cadalso murió en el sitio de Gibraltar. Frías y Rivas son coroneles, y V. mismo ha tenido en Ardoz por jefe de E. M. al poeta Pezuela. —Pero Bretón de los Herreros no es militar. —Perdone V.: ha sido soldado, y lleva en su cuerpo testimonios de sus servicios.—No sabía si no que era tuerto. ¿Dónde perdió el ojo? —No lo sé; pero en todo caso, no fué volviendo la espalda al enemigo, según la cicatriz que tiene en la frente.—Vaya, no se enfade V., Sr. D. Mariano.—Yo no me puedo enfadar nunca con V., mi general.

En esto el coche de Bretón había vuelto hacia la Fuente Castellana, y el nuestro tomaba de prisa el camino opuesto. Delante del Botánico hallamos á Escosura á caballo, que seguía la misma vía; y como al llegar á la calle de Atocha, diésemos la vuelta, y quedase el ginete á la espalda, levantó de pronto el caballo casi á escape, y subió la áspera cuesta hacia Antón Martín. Reparólo Narvaez, y dijo:—«Ahí tiene V. otro ruiseñor, que de cierto no se va á su nido.»—Y con aquella especie de rugido que le era natural, añadió:—«Me

parece que haremos bien en retirarnos, para que no nos coja desprevenidos;» y sin aguardar mi respuesta, dió la orden al cochero.

En efecto; no habíamos llegado al monumento del Dos de Mayo, cuando vino corriendo un hombre de la ronda de policía á avisarle, que grupos revolucionarios armados se habían presentado en el barrio de Lavapiés, y que hacia la calle de la Comadre había sido muerto de una descarga Redondo, segundo jefe de la misma ronda, dando los sublevados el grito de *Viva la República*, rompiendo el bastón del infeliz, y exclamando: «*Ya no hay más autoridad que el pueblo*.» No era por entonces exacta la noticia; pues el herido vivió aún algunos dias.

Dejóme en mi casa en la calle de Alcalá el duque de Valencia, y como allí nos esperase un ayudante suyo, que nos participó que el motín se extendía á las plazuelas de la Cebada y del Progreso (donde decían que estaba un Escosura), y que en la Puerta del Sol había ya muchos grupos sospechosos, Narvaez me dió cita para Palacio, y se dirigió allá por las calles de Peligros y Jacometrezo, evitando así caer en poder de los sediciosos. El mismo camino seguí yo un rato después, ya de uniforme y á caballo; y antes de anochecer estábamos todos los ministros reunidos en Consejo.

Penoso fué éste, y terrible la situación que se nos presentaba, no tanto por las fuerzas materiales que nos combatían, cuanto por la incertidumbre moral en que oscilábamos. Las más de las gentes, áun aquellas que por su posición debieran mostrar mayor arrojo, parando mientes en el ejemplo de otros paises, cuyos Gobiernos habían capitulado ó sucumbido ante la revolución, calificaba nuestra resistencia, no ya de enérgica, sino de temeraria. Otros, presumiendo de bien enterados, ponderaban los recursos que ofrecía á los sediciosos Mr. Bulwer, con su bolsa abierta y su inmunidad diplomática: alentando sin saberlo, los que tal decían el arrojo de los sediciosos. Estos, en fin, contaban, según luego se vió, no sin algún fundamento, con la adhesión de jefes y cuerpos militares. Era, por tanto, de necesidad, y áun de pundonor, en quienes habían inclinado la balanza hacia la resistencia con su dictamen, ayudarla, llegado el caso, con su persona.

Pero dejemos en el Consejo á los ministros y volvamos á Bretón, que se apartó de nosotros en la Cibeles, siguiendo pacíficamente con su esposa y con sus hermanas, como él llamaba á las yeguas *bretonas* de su berlina, por las alamedas de Recoletos. Allí lo encontró Salamanca; y movido de compasión y amis-

toso afecto, preguntó al poeta:—¿Dónde va usted por estos barrios?—A pasear y tomar el aire.—Pues qué, ¿no sabe V. lo que pasa?—Sí tal: que se ha dado contraorden, y que por hoy no hay jarana.—Está V. equivocado, y no sabe de la misa la media; ya está armada: en la calle de Toledo, en el Rastro, en la plaza de la Cebada ha habido ya tiros y muertos: cuentan con la tropa.—Jesús mil veces, dijo la buena compañera del poeta: volvámonos y metámonos en casa.

Iba, en efecto, Bretón á dar la orden; pero el amigo les dijo:—Mejor es que sigan Vds. y vayan por la ronda, porque la Puerta del Sol, y áun la calle de Alcalá, no están libres. Diéronle las gracias y tomaron su consejo, entrando por la puerta de Santa Bárbara y por la Escuela Pía de San Antón; por aquellos mismos sitios que evocaban tristes recuerdos de los más entusiastas arranques de sus primeros años y de los días más apacibles de su juventud, encerrándose melancólico y aterrado en su modesto entresuelo de la Red de San Luis, núm. 29, junto á la iglesia.

Apenas anocheció, comenzaron á oirse á lo lejos descargas, que á medida que oscurecía parece que se iban aproximando; y así era la verdad, porque los insurrectos, partiendo de Lavapiés y de los barrios bajos, se adelantaban

hacia la Plaza Mayor y la de Antón Martín.

En las primeras horas de la noche, algún amigo ó pariente de la familia, tal cual vecino de la casa llegaba á informarse, y traía noticias, que unas veces exactas, otras abultadas, y las más mezclando lo cierto con lo falso, contribuían más á alarmar que á tranquilizar los ánimos. Me habían visto á caballo con Narváez en la Plaza Mayor, lo cual era cierto. Uno de su séquito había caido en una carga al entrar en la calle de Toledo, cierto también; pero este desgraciado ¿era yo?... conjetura, por fortuna mía, inexacta.

Escosura estaba al frente de los revoltosos, dirigiéndolos denodadamente en la Plaza del Progreso, cierto también... pero este Escosura no era el poeta amigo de Bretón.

En esto la noche avanzaba oscura y pavorosa, las calles estaban desiertas; sólo se oía de vez en cuando el galope de algún ayudante; las descargas menudeaban, oyéndose más cercanas, como hacia el barrio del Congreso.

De pronto llamaron á la puerta con la contraseña del entresuelo; abrieron de casa de Bretón, y un conocido vino á informarle, que 300 revoltosos habían formado una barricada en la encrucijada de las calles del Lobo y del Prado, valiéndose de bancos, enseres y trastos del teatro del Príncipe, que sacaron por la

puerta del vestuario, habiéndose apoderado del edificio; añadían que habían hecho prisioneros á dos oficiales, y que hacia allí se dirigía el brigadier Calonge con unas compañías de ingenieros.

¿Pero qué había sucedido de los actores, dispuestos á representar el *Quevedo* de Florentino Sanz? preguntaba con ansiedad Bretón.—*Sobrado* sabes, le respondieron, que sólo uno simpatizaba con el movimiento, por amor á sus charreteras de la benemérita.—Ya, pero puede comprometer á los otros.—¡Cá! cuando más á algún *parte de por medio*, á algún *traspunte* y tres ó cuatro *maquinistas*.—¿Y Julián y su hermano, qué se sabe de ellos?—Allí están puntuales á su obligación de artistas, y predicando la paz como hombres de orden.

La ansiedad de Bretón crecía á cada momento, á cada descarga que sonaba, á cada noticia que uno ú otro pariente ó amigo le traía, como si se tratara de su casa, de su hacienda, de su familia... y lo era en verdad; porque más constantemente había vivido en el teatro, que en los cuartos de alquiler; porque de allí había granjeado el pan para sí y para su familia, y porque de ella podían llamarse los actores. ¿No les había á muchos, por decirlo así, engendrado para el arte? ¿No les había puesto más de una vez nombres gloriosos?

En tanto, desalojados los revolucionarios de su barricada, tras bizarra defensa y con pocas víctimas, los más resueltos subieron á los edificios vecinos, á la casa del general Concha, calle de la Visitación, á un establecimiento de educación, y al propio teatro del Príncipe, para hacer allí su última desesperada defensa; la tropa ocupó asímismo otras casas, entre ellas principalmente la inmediata á la del duque de Noblejas, y de unos á otros balcones trabóse alternativamente plática y combate; tan cerca estaban. Gritaban los paisanos:—La tropa no debe hacer fuego al pueblo;—y respondían los soldados:—pues que el pueblo no apunte contra la tropa.—«Muchachos, veníos á nosotros,» gritaba con acento catalán un paisano de robusto ademán y aire un tanto distinguido.—«Veníos á nosotros; ¡viva la libertad, viva la república!»—y contestaban los soldados:—«¡Viva la Constitución, viva la Reina!—¡Alto al fuego! replicaba el catalán; todos somos unos, vosotros habéis salido del pueblo.»—Pero el fuego seguía y los sublevados hubieron de replegarse hasta el interior del teatro, donde estuvieron no poco rato luchando casi cuerpo á cuerpo, dándose al cabo prisioneros como unos cuarenta, entre ellos algunos jóvenes harto conocidos en la sociedad.

Al saber esto Bretón, exclamó:—«Apuesto »á que son los mismos que silbaron mi *Pon-*»*chada*... En ocho años los silbidos se han »vuelto trabucazos... Si no se ataja el mal, »¿qué sucederá de aquí á veinte años?»

Apreciación esta que, áun en medio de aquel conflicto, hizo reir; y que, sin embargo, envolvía una profecía, que el tiempo sacó verdadera en 1868.

Entre tanto, ocupado el coliseo exterior é interiormente por las tropas, los comparsas y tramoyistas, alegaron que estaban allí en cumplimiento de su deber, para poner en escena el *Quevedo*, y no la revolución. Calonge, prudente y noblemente, se contentó con esta disculpa, y dió suelta á los prisioneros, tratándolos de calaveras; que, en efecto, más eran aquellos mozalvetes eso, que no hombres políticos.

Muy de otra laya que los combatientes de la calle del Príncipe, era la turba que luchaba en los barrios bajos: gente allegadiza, forastera, atraida con la esperanza de pescar á río revuelto; en gran parte asalariada, que no articulaba argumentos, sino blasfemias; y que, sin embargo (fenómeno común en la plebe), tenía en el fondo y á su manera sentimientos religiosos. Aún me acuerdo de haberlos oido en boca de un infeliz, el cual, después de ha-

cernos con un trabuco no pocas víctimas, parapetado en el pilón de la fuente de la calle de Toledo, herido al cabo y moribundo, gritaba: «*Mare mígua, m' an engañat: Mare de Deu des Mamparats* (*sic*), *ampáreume.*»

Al combate casi general siguió, en fin, un silencio profundo y pavoroso, como el de un cementerio.

La luz del nuevo día hizo patente á la consternada población el triunfo del Gobierno; pero ni la derrota de los revoltosos, ni la prontitud con que fueron juzgados y sentenciados á muerte, ni la generosidad con que se les indultó, «no creyendo (como dice el céle»bre decreto de 1.° de Abril) justo derramar »la sangre de ebrios instrumentos lanzados »ayer para recibir las descargas del combate, »abandonados hoy para embotar la espada de »la ley; pero que de cierto no hubieran servi»do, si la suerte les hubiera sido favorable, »más que para arrastrar el carro de sus seduc»tores:» nada de eso, repito, bastó á calmar los ánimos, porque los que simpatizaban con la revolución, atribuían su vencimiento al casual olvido por parte de alguna tropa, de promesas y compromisos, que en mejor ocasión sabría cumplir, interpretando asímismo el indulto como prueba de debilidad ó de temor en el Gobierno.

Los hombres de orden, á su vez, juzgaban el mal inminente, mientras se dejasen impunes á sus principales instigadores; y como veían alardear á los autores y al empresario del drama, temían que en breve se volviese á poner en escena con otros comparsas y con éxito diferente.

En efecto; repetíanse con insistencia los anuncios; amenazaban con nuevos desastres, porque se contaba con elementos de mayor empuje.

Al cabo, en la noche del 7 de Mayo (domingo), algunos paisanos, el tambor mayor y pocos sargentos del regimiento de España, sacaron á éste del cuartel, verificaron nuevo y más sangriento alzamiento. Murió asesinado el capitán general Fulgosio; sucedióle con circunstancias nobilísimas Pezuela; jugó la artillería; y lo que semanas antes había sido un motín, fué ahora seria y tenaz sedición militar.

Vencida al cabo, llegó casi á un mismo tiempo á Bretón la noticia del nombramiento de Pezuela, y el riesgo que había corrido su fraternal amigo el traductor de la Jerusalén, y la victoria definitiva del principio de autoridad.

Todos habían llenado sus compromisos respectivos: los conspiradores, volviendo á la

calle; los seducidos soldados, sellando con su sangre una palabra en mal hora empeñada; las tropas leales, acudiendo con denuedo al peligro; Fulgosio, sacrificando su vida; Pezuela, sus ofensas; el Gobierno, usando la severidad de que en la primera ocasión prescindió; los tribunales, en fin, aplicando el rigor de las leyes militares: la justicia se satisfizo, el orden se afianzó; pero no faltaron víctimas al patíbulo.

Así y todo, las dos jornadas que hemos recordado, vinieron á acuitar más el ánimo ya contristado de nuestro poeta. En vano se encastillaba en su hogar, rodeándose como de doble impenetrable muralla, del culto de las letras y del amor de su familia: allí, á pesar de eso, habían llegado, como hemos visto, los rebatos y algaradas de la política.

La visita diaria de nuestro buen Bretón, era al cuarto de Romea, su paladión, una habitación modesta en la red de San Luis. Y quiso la fatalidad que se representaran en el teatro del Príncipe las sangrientas escenas, que valieron justamente á su protagonista D. Eusebio Colonge la faja de general. Por delante de su casa oyó y vió Bretón pasar á deshora de la noche, el 7 de Mayo, ebrios é insurreccionados los soldados del regimiento de España, que ocuparon la Plaza Mayor y regaron de sangre las calles de la capital.

Aquel mismo estudiante, que joven y entusiasta había atravesado las mismas calles acaudillando turbas y cantando é improvisando himnos de independencia, ahora académico, anciano, desengañado, presenciaba dramas fratricidas de rencor y de discordia; aquel voluntario robusto, que corría á alistarse contra el enemigo extranjero, ahora lisiado, oía las descargas de unos hermanos contra otros hermanos; y el que llevaba en su rostro testimonio indeleble de su denuedo, no tenía bastantes puertas y cerrojos para defenderse del patricida espectáculo.

Al cabo conjuróse el peligro y restablecióse la calma en los ánimos, merced al prestigio que conservaba el trono, que aunque disputado en la persona, no había sido, ni atacado en su principio, ni interrumpido en su ejercicio; gracias, amén de eso, á la lealtad de unos, á la sensatez de los más, y (¿por qué no he de decirlo?) al arrojo de los ministros, que prefirieron la lucha á la transacción. Yo tuve la fortuna de ser uno de ellos, y como toda acción honrada tiene aún aquí abajo su recompensa, hallé la mía logrando el honor de servir como ayudante en aquella lucha al bizarrísimo Narvaez; de trabar en la plaza de la Cebada, al son de las descargas, amistad verdadera con el denonado Lersundi, coronel

á la sazón del regimiento de América, y de poder, en fin, terminada la contienda, oir al duque de Valencia decir abrazándome, que *no todos los ruiseñores* (yo no me tengo por tal) *se meten en el nido cuando truena.*

El Gobierno, afianzado ya el orden en las calles y en las casas, pudo fijar la vista y el afecto en negocios más útiles al país, y así mismo más honrosos y civilizadores; entre otros, en los teatros y en las academias; pero así y todo, acontece que á veces es más facil volver la calma á la muchedumbre que al individuo, y más hacedera la paz de las calles que de los espíritus; y no es de extrañar que el de Bretón, desde tan largo tiempo inquieto y atemorizado, no se sosegase.

A lograrlo contribuyó más que los decretos y los bandos una cosa harto familiar y doméstica; pero ella constituye capítulo separado.

CAPÍTULO XL.

TERTULIAS LITERARIAS, EN LAS QUE PODRÁ NO ENTRAR EL LECTOR NO CURIOSO.

Pues ¿por qué escribes este capítulo? me preguntará alguno. Respuesta. Por tres razones:

1.ª Porque según el fallo de autoridad competente, las reuniones privadas de los literatos, al par y quizá más que los liceos y ateneos, distinguen aquella época de nuestra historia contemporánea. 2.ª Porque, dado que mi encargo y mi propósito no sean escribir sobre tan vasto asunto, sino meramente sobre la persona y las obras de Bretón, la verdad es, que en semejantes reuniones es donde más se muestran ciertas calidades distintivas de su ingenio, la espontaneidad fácil y pronta de la inspiracion, el dominio absoluto de la rima, la llaneza de su estilo, la riqueza, en fin, de su lenguaje. Y la 3.ª razón es, que el trato familiar de sus compañeros (no quiero decir de sus émulos) fué agente eficacísimo para la for-

mación de su ingenio; más aún; fué en dos decisivas ocasiones de su vida providencial auxilio. Allá en su aparición literaria, cuando su trato se había formado en los cuarteles y los campamentos, y su estilo se había ajustado al modelo de D. Diego de Torres y de Gerardo Lobo, su conocimiento con Vega, Pezuela, Pardo, Escosura, Frías, Gallego, Alonso, Ortíz, Romea, Grimaldi sobre todo, y en resumen El Parnasillo, desbrozaron, como él mismo dice, su inteligencia. Tiempos adelante, cuando desengaños y vicisitudes, no (segun él creía) singulares, sino comunes de la vida pública, habían agriado su carácter y destilado en su corazón una misantropía mortífera para su ingenio; en este período, digo, Rivas, Hartzenbuchs, Tamayo, Rubí, Nocedal, Cañete, Catalina, Pedroso, Tejado, Alarcón, los dos Madrazos, Ochoa, Selgas, Sartorius, Ferrer del Rio, Ayala, Auñón y otros que se escapan de mi memoria, los cuales formaban las tertulias, á que ellos y muchos más asistían, confortaron su ánimo y le mantuvieron hasta años muy avanzados en el culto festivo de las musas.

Tengo, sino por indispensable, por muy conveniente decir algo de las tales reuniones literarias; pero lo haré, más como biógrafo de uno de los asistentes á ellas, que como cronis-

ta de aquellas influyentes y doctas agrupaciones.

De la que Escosura recibía, y en donde se leyó y condenó una obra de Bretón, ya queda hecha memoria. Otras sociedades había parecidas, aunque todas entre sí diversas. Merece especial mención la que tenía en su casa número 65 de la calle de Atocha nuestro censor actual, entonces publicista militante, el señor Cañete; allí el Sr. Morphy hacía gratísima muestra de su habilidad en el piano y de sus disquisiciones histórico-musicales; allí, como luego veremos, patrocinado por Arnao, se dió á conocer oficialmente Selgas, y vió aparecer el sol de su fortuna administrativa, nunca, en verdad, muy esplendente; allí el jovencillo Zarco del Valle sorprendía con su prematura erudición bibliográfica; Vega, Campoamor y el amo de casa, iniciaban á muchos en el difícil y poco conocido arte que Legoubé aún no había escrito... la lectura en público; y, lo que es mucho más importante, en aquella casa donde también habitaba, Baralt leía sus correctísimas y clásicas poesías, y ellas y las de Bello, Olmedo, Pardo, Toro y otros, daban á conocer la eflorescencia de nuestra literatura en América. ¿Quién sabe si allí comenzó á arraigarse de nuevo, humilde como violeta, la fraternidad intelectual, cuyo aroma embal-

sama ahora el ambiente literario de los dos pueblos?

No menor utilidad producía la visita que recibía en sus casas de la calle de la Almudena, de la Concepción Jerónima núm. 16, y en la de Segovia núm. 10 nuestro bibliotecario actual, cada una de cuyas viviendas fué señalada por un suceso notable para la historia literaria. En la calle de la Almudena leyó Arnao algunas composiciones de *La Primavera* de Selgas, capullos primeros que cayeron en la senda de su gloria literaria, flores perpétuas con que comienza á tejerse su funeral corona. En la calle de la Concepción Jerónima se compuso y firmó la epístola con que me honraron clarísimos amigos en 1855. Obra gloriosa para su ingenio más aún para su corazón; que con no ser comunes las buenas epístolas en tercetos, aún son más escasos los buenos amigos en la desgracia. En la calle de Segovia, en fin, D. Aureliano Fernández Guerra, valetudinario á la sazón de cuerpo, pero quizá más que nunca robusto de entendimiento, recibía semanalmente escogida y poco numerosa concurrencia, dedicada muy especialmente á dilucidar problemas históricos ó literarios relativos á Quevedo: y tan al tanto de su vida, de sus obras y de su época estaba el amo de casa, que quien en ella hu-

biera entrado, se hubiera creido en el *antiguo mentidero* ó en las *gradas de San Felipe*; ni jamás supieron tanto, ni escribieron y hablaron con tanta autoridad los autores de *El para todos* ó de *La Perinola*. Las academias nacionales y extranjeras han hecho justicia á aquel insigne literato; la posteridad ignorará quizás, pero gozará el fruto de tales visitas en la admirable, aunque por desgracia incompleta edición de las obras de Quevedo, inclusa en la colección de Rivadeneira.

A investigaciones aún más antiguas se dedicaba la tertulia, poco numerosa también, que recibía á la sazón en su casa, calle del Lobo, núm. 5, D. Cándido de Nocedal. El comentador y colector de Jovellanos daba por alimento y regalo intelectual á sus amigos el siempre bello y siempre nuevo poema de Virgilio: allí fué la traducción de *La Eneida*, hecha en prosa, discutida y comentada; y á medida que cada tertulio presentaba su traducción, era motivo de deleitoso y fructífero entretenimiento. Allí confiesa Vega que adquirió mucha luz para la correcta versión que hizo en verso suelto del libro primero de *La Eneida*, la mejor que yo conozco en castellano, de acuerdo en esto con el más autorizado voto de Valera, y que por desgracia Vega no pudo continuar, ni áun insertar en la edición de sus obras.

Bretón, que no era dado á lo que pudiera llamarse *arqueología* de la literatura, ni á los primores de la latinidad, bien que ni á una ni á otra fuese profano, no asistía (que yo sepa) á esas dos reuniones, brillando, por el contrario, asíduamente en otras dos. Y en verdad eran las que lograron más duración y mayor concurrencia, las que recibían el Duque de Rivas en su elegante casa, que fué de Francisco Ramírez de Madrid, conquistador de Málaga y ascendiente del duque, plaza de la Concepción Jerónima, y la reunión que honró muchos años mi pobre morada.

De la primera, como es natural, no conservo documento alguno; allí, sin embargo, oí por primera vez las magníficas octavas de Ayala á un amigo, que comienzan: «*Perdido tengo el crédito conmigo.*» Obra en que se reveló desde luego aquel gigante ingenio, que siempre *se remontó en alas de su numen hasta la excelsa unidad de lo bello y de lo bueno;* allí se leyeron los *Cantos de Colón*, de Campoamor, y sus más originales doloras; allí declamó Zorrilla sus más interesantes leyendas; allí apareció, como en su hogar nativo, el marqués de Auñón en sus bellísimas composiciones *A un árbol*, *El canto de la Sirena* y *Humo y ceniza*.

Pero con ser todas estas tales, que guardadas en mi memoria, no se borrarán nunca, no

eran con todo, los mayores atractivos de aquella casa. ¿Quién olvidará nunca al egregio poeta, al amabilísimo procer señor de ella? Anciano conservaba verdor y lozanía de mancebo, enfermo alardeaba con espíritu ágil y con robusto ingenio. Preso en la doble cárcel de su posición y de su dolencia, su carácter franco, espansivo, verdaderamente popular, rompía todas esas prisiones para comunicar con todos. Nadie le igualaba en amenidad y jovialidad de trato: gustaba de defender paradojas, menos quizá para lucir su ingenio, que para dar ocasión á que se animase el debate: llamaba á Moratín el cleriguete; decía que la tabla del Pasmo de Sicilia era buena para cepillarse y hacer una mesa de billar. «Que la música era el más impertinente de los ruidos; y era de ver con cuánto gracejo, con qué originalidad y donosura defendía sus tesis; pero si algún lisonjero se ponía de su parte, hábilmente mudaba de posición, y era maravilloso cómo sabía de memoria, y recitaba como el mejor actor escenas enteras del inmortal autor del *Sí de las niñas*. ¡Cómo analizaba doctísimamente las bellezas de Rafael! No ya con crítica, sino con profundo sentimiento; y en cuanto á la música, basta decir dos cosas: de su drama *Don Alvaro*, sacó Verdi una de sus mejores obras, que puso en escena en Madrid,

oyendo á la sazón los consejos del Duque de Rivas: en su hogar, y con su estímulo, aprendió un hijo suyo, que es hoy uno de los mejores instrumentistas de nuestra corte. Pero en donde no tenía igual D. Angel de Saavedra, era en la manera de describir; tal viveza daba á su colorido, y tal era el movimiento de sus escenas, que lo que refería, parecía que se estaba viendo; lo que recordaba, como si al presente acaeciera. He tenido el gusto de conocer á dos personajes eminentes, que pasaban por los hombres más de sociedad y de más ameno trato de sus respectivas naciones: Alejandro Dumas, padre, y Máximo d'Azeglio; y debo confesar que, si el primero era más pronto en la réplica, y el segundo más melífluo en el discurso que el insigne Duque, ni uno ni otro le igualaban en lo vivo de las pinturas y en lo ameno de la conversación.

Por lo demás, las reuniones de casa del duque y las de la mía se parecían bastante, siendo la misma la concurrencia é iguales las leyes que se observaban. Estaba proscrita la política, y nadie se encumbraba á esas cuestiones, que á título de filosóficas y sociales, roban muchas veces la paz, debilitan la fé y enflaquecen la esperanza del alma; y menos aún se acometía la entretenida faena de deso-

llar al prójimo, si bien, conforme dice el autor de *Marcela*,

> por más que entre col y col
> se puede mezclar un poco
> de amable murmuración.

Había en verdad juego, pero no de naipes, sino de ingenio; crítica, pero no de personas, sino de libros; improvisaciones, pero no con campanillazos, sino con consonantes forzados.

Esta expresión, juego de ingenio, quizá traducida *de jeux d'sprit*, no está aceptada en nuestro diccionario, ni tampoco la de *juego de la quincena*, con que á la sazón designaban los académicos y toda la sociedad madrileña la diversión de esta especie más á la moda... No he de emprender yo por lo tanto aquí ahora la tarea de definirla, cosa siempre árida y difícil; prefiero, y en ello ganarán los lectores, copiar una festiva composición autógrafa é inédita del preclaro autor de *Don Alvaro*. Dice así:

REGLAMENTO PARA EL JUEGO DE LA QUINCENA.

> El juego de la quincena
> calculado por quinquenio
> para aguzar el ingenio,
> es una cosa muy buena.
> Pero el continuado uso,
> como en España vivimos,
> que da margen advertimos

á mucho más de un abuso.
Y aunque suele acrecentar
abusos un reglamento,
como lo demuestran ciento
que pudiéramos citar,
Reglamento ha de tener
el juego, aunque sea importuno,
y no lo observe ninguno,
como suele acontecer.
Y por mí, y *de motu propio*
(como se gobierna hoy),
un reglamento á dar voy,
y es el que en seguida copio.
Juéguese el juego entre dos,
uno que ha de preguntar,
y otro que ha de contestar
bien y con temor de Dios.
Propóngase la cuestión
siempre de asunto discreto,
en grandísimo secreto
enterando á la reunión.
Y el preguntón designado
salga de la sala á fuera,
en donde no oiga siquiera
el murmullo del estrado.
El respondedor se empape
bien del caso, y lo rumíe,
porque el otro no le líe,
y en un renuncio le atrape.
Tambien nómbrese un censor
para contar las preguntas,
y evitar que haga dos juntas
astuto preguntador.
Este, lo mejor que pueda,
preguntas vaya ensartando,
y que hable de cuando en cuando
consigo, se le conceda.
Mas no que de mala fé
entable conversación
para hacer que el respondón

se resbale y pierda pié.
Quien justo á las quince gana
queda bien; mas siempre ha sido
ganar presto más lucido
que ir á paso de pavana.
Quien gana antes de las ocho
aunque sea de tenazón,
logre completa ovación,
regálesele un bizcocho.
Quien no acierta ni á las quince
no queda perjudicado,
ni en lo docto, ni en lo honrado;
más no se tenga por lince.
En silencio sepulcral
espectadores y oyentes
deben estar y pendientes
de la conclusión final.
Y á ninguno se permita
chiste, pretesta ó pregunta,
reclamación á la junta,
ni latinajo, ni cita.
Ni echándola de discreto,
exclamar: «Ya lo acerté,»
ni al preguntón con el pié
darle, ó hablarle en secreto.
Y desde hoy en adelante
todos sepan la cuestión,
para no dar ocasión
á acertador vergonzante.
Nadie dispute, si hizo
bien ó mal el que responde
sobre el cuándo y sobre el dónde,
ó si habla ó no habla castizo.
No se oiga maligna tos,
ni monosílabos; sea
entregada la pelea
completamente á los dos.
Mas cuando el juego concluya
ande la marimorena,
dispútese enhorabuena,

y cántese la *aleluya*.
Y cada cual dé su voto,
y encaje crítica arenga,
al respondón reconvenga
y haga broma y alboroto.
Estas reglas efectivas
háganse sin condiciones
en las discretas reuniones
ya de Molins ya de *Rivas*.

En esta especie de adivinajas, en que se requería harta erudición y fuerza de raciocinio, ya preguntando para descender de lo general á lo particular y de lo abstracto á lo concreto, ya respondiendo, para distraer al interrogante, eran peritísimos el mismo Duque, D. Juan Nicasio, Pacheco, y otros, y pasaba por maestro Pastor Díaz, que tomó tanto gusto á semejante ejercicio, que á veces trasnochaba en el Casino, practicándolo hasta las dos ó las tres de la madrugada. Yo les ví acertar en pocas preguntas el *quos ego* de Virgilio; el árbol bajo el cual Rolando entregó su espada; la sensación que experimentó David al ver á Bethsabee, y el anillo de brillantes que dejó caer Carlos V en el aguamanil, y otras cosas, dichos y sucesos de este jaez.

Bretón era aficionado á tal juego, si bien no se prestaba fácilmente á ser en el actor, y nunca á responder, porque no presumía de su erudición, ni de su dialéctica; y sobre todo, por-

que no podía llevar en paciencia las disputas que se armaban al fin sobre la mayor ó menor exactitud de las respuestas; esto es, aquella *final marimorena*, que con tanta gracia describe el Duque diciendo:

> que cada cual dé su voto,
> y encaje crítica arenga,
> *al respondón reconvenga*
> y haya *broma* y alboroto.

Nuestro autor, á medida que iba entrando en años, se prestaba menos á esas *reconvenciones* y *bromas*; tomaba á agravio personal la más leve observación á sus dichos ó escritos; y en esto más que en nada demostraba la acedia creciente y la herida ya nunca cicatrizada de su carácter. Pero cuando á pesar de eso se veía obligado á ser el preguntón, eran de oir los comentarios que hacía á cada respuesta, los soliloquios que emprendía, las bizarrísimas ideas que se le ocurrían, llenas de *vis cómica*, muestras de la riqueza de su lengua y de lo fácil y risueño de su numen.

Propusiéronle en cierta ocasión, para acertar, la catástrofe de Montiel, y como lo adivinase á las pocas preguntas, dijo: *He muerto á D. Pedro á tenazón*; la frase quedó, y no sólo está usada por el Duque de Rivas, sino que se insertó en la undécima edición del Diccionario;

que á la sazón corría á cargo de nuestro poeta ya Secretario de la Academia, en esta forma: «A tenazón, ó de tenazón se aplica á lo que de pronto ocurre ó *se acierta.*»

Cuando le proponían cosa difícil ó poco sabida, la llamaba *reconditez*; y así, con aplauso unas veces y con gracia siempre, el gran hablista se mostraba y el misántropo se esparcía.

Con todo, por las razones apuntadas, no era el tal juego muy de su agrado: llamábale juego *dialéctico y enciclopédico*, y prefería el añejo y vulgar juego de prendas, que consiste en adivinar un objeto preguntando á cada uno de los circunstantes ¿para qué sirve? ¿cómo le gusta? y ¿dónde lo colocaría? Cuando tal diversión se proponía, era de ver qué desconocidos vocablos sacaba, qué de acepciones ocultas, qué de voces de múltiple significación proponía; cuánta riqueza de lenguaje ostentaba. A veces (y esta creo que fué invención suya) proponía una paranomasia; y entonces salían á plaza analogías y conexiones, en que nadie había caido, unas veces por lo extrañas y poco usadas (recuerdo una que fué entretenidísima, la de *Pamplona* y *pamplina*, por lo antitético de los dos significados); otras por la diversa pronunciación de una misma letra como *cana*, *cena*, *cina* y *cuna*; otras, en fin, y estas eran las más divertidas para Bretón, porque

casi no eran tales paranomasias, como *Manolito y monolito*, ó porque no lo eran en manera alguna, como *comentario* y *cementerio*.

Merece especial mención cierta paranomasia, porque además de ser ingeniosa muestra lo antiguo de la afición de nuestro autor á estos juguetes, dado que fué publicada en *El Correo Literario y Mercantil* de 1.º de Abril de 1831, estando además en verso, y siendo el primer escrito periodístico en que, como *redactor numerario*, puso su inicial.

Dice así:

QUISICOSA.

Con *a* demuestro quién soy;
con *e* me encuentro en la misa;
con *i* llamo á mi mujer;
con *o* soy sacerdotisa;
y con *u* soy en la iglesia
la persona más precisa.

La palabra es *cara*.

CAPÍTULO XLI.

FLORESTA POÉTICA, POR LA QUE PUEDE PASAR DE LARGO QUIEN NO GUSTE DE VERSOS IMPROVISADOS.

El hablista rico se ejercitaba, y el carácter infantil se gozaba en semejantes juegos; pero donde el fácil versificador y el rimador abundantísimo aparecía y superaba á todos, era en los sonetos de piés forzados ó en las composiciones fugitivas improvisadas. Citaremos algunas; y para hacer más clara la demostración, compararemos sus composiciones con otras de preclarísimos ingenios que, con él, fueron nuestros maestros, y que, como él, pertenecen ya á lo pasado.

Nos reuníamos á la sazón todos los miércoles en mi aposento, casa de Astrarena. El principal y nuevo adorno de mi despacho era un bellísimo retrato de mi mujer, recién pintado por D. Federico de Madrazo. En aquel cuarto, reducido y lleno de fumadores, se formaba

una atmósfera irrespirable, á pesar de lo cual el ama de casa permanecía entre nosotros, embelesada con los juegos de que he hablado y con la conversación de sus ilustres huéspedes.

En loor suyo, pues, propusieron escribir un soneto con consonantes forzados. El duque de Rivas, autor del pensamiento, fué el primero que concluyó su trabajo, habiendo entrado en el certamen Bretón, Vega, Cervino, Hartzenbusch y Pezuela. Ved aquí dos de estos sonetos:

Á LA MARQUESA DE MOLINS.

SONETO.

No merece, señora, tu *diseño*
que con garganta y paladar de *estaño*,
chupando en humo el vegetal *castaño*
á tu nariz se atente, y á tu *sueño:*
con proceder tan ruín y ber-*roqueño*
indigno de quien viste fino el *paño*,
yo propio, áun siendo cómplice, me *ensaño*,
y de jayán me acuso y de *cermeño*.
Tú, en la dulzura y la bondad dis-*tinta*,
tal crimen cubres con piadosa *manta*
cuando la huella de tu pié *sucinta*,
debiéramos huir como *Atalanta*,
y como se alejó doña *Jacinta*
cuando casó con Montpensier la *Infanta*.

Madrid 10 de Diciembre de 1851.—BRETÓN.

Á LA MARQUESA DE MOLINS.

SONETO.

Basta que aquí nos quede tu *diseño:*
vete, ó derretiráste como *estaño:*
pondráte el humo de color *castaño:*
vete, Marquesa, á disfrutar del *sueño*.
Para oir tanto verso ber-*roqueño*
salte á ese gabinete y ponte al *paño:*
vete, que ya con tu bondad me *ensaño*
y contra tanto fumador *cermeño*.
La pluma y el papel, y hasta la *tinta*
huele á tabaco ya, y hasta la *manta*,
y hasta la bagatela más *sucinta*.
Huye, Carmen, de aquí como *Atalanta*,
que no huele al tocayo de *Jacinta*,
y tú no vales menos que una *Infanta*.

VEGA.

Pretextando un castigo por exceso en fumar, se convidó á los poetas á una *paella*.

En celebridad, pues, de este arroz, improvisaron sonetos de rima forzada el miércoles 17 de Diciembre el Duque de Rivas y su hijo, Amador de los Ríos, Cervino, que escribió en valenciano; Bretón, y al que esto recuerda, séale permitido copiar aquí el que hizo, por la sola razón de que fué el primero presentado.

AL ARROZ.

Como el nauta que al ver la excelsa *roca*
acometido de hambre y de *escorbuto*,
tan sólo piensa en el cebado *bruto*
y no le da del «rumbo una *bicoca*.»
En tanto que á su olor la horrenda *foca*
alza del ancho mar su cuello *hirsuto*,
y le cobra á sus carnes un *tributo*
más ominoso que el usado en *Moca*.
Nosotros, al compás del *calendario*,
damos ensanche al vientre y *mesenterio*
tan ciegos como el pobre *Belisario*,
Sin ver que, áun sin contar el *cementerio*,
quiere ya cercenar el grano *acuario*
la foca de Prudom á este *hemisferio*.

ROCA.

He aquí el soneto de Bretón:

AL ARROZ.

Magnífico anfitrión, amigo *Roca*,
á quien preserve Dios del *escorbuto:*
en más te precio que á Catón y á *Bruto*,
y al vencedor de Liris y *Bicocà*.
El más sobrio en tu mesa es una *foca*
y vence en lo voraz al oso *hirsuto*,
bien que á ayudar su digestión *tributo*
pague el rico café que cría *Moca*.
Y lo que más celebra el *calendarin*
y da más espansión al *mesenterio*,
y hasta al difunto ciego *Belisario*,
Haría resurgir del *cementerio*,
es tu sopa feliz del trigo *acuario*
que es celebrada en todo el *hemisferio*.

Ya que de asunto gastronómico se trata, es oportuno citar otro certamen, que para celebrar, ó por lo menos definir *las sopas de ajo*, se propuso.

En él puede verse hasta qué punto el estilo puede elevar un asunto trivial en sí; y cómo nuestro Bretón, cuando se lo proponía, competía en la *dicción poética* con el mismo Ventura Vega, gran maestro en la materia.

He aquí la composición de nuestro autor:

LAS SOPAS DE AJO.

SONETO.

Dame, Belarda, si agradarme quieres,
no el pece raro, á que aludió Rioja;
no el costoso faisán de pluma roja,
ni ostras del Havre, ni pastel de Amberes.
Cortadas por tu mano, que á Citeres
por la blancura y suavidad sonroja,
en láminas me da, si no te enoja,
el predilecto fruto de alma Ceres.
Oleado luego el líquido bullente,
las bañará, que en rústica vasija,
á tu hogar tributó risueña fuente;
Y con sal, que de tí puede ser hija,
y el fruto que al buen Sancho hizo insolente,
hay lo que basta al hambre que me aguija.

BRETÓN. (En mi casa. 1854.)

Vega trató el asunto en octavas: son las siguientes:

LAS SOPAS DE AJO.

Cuando el diario suculento plato,
base de toda mesa castellana,
gastar me veda el rígido mandato
de la Iglesia Apostólica Romana;
yo, fiel cristiano, que sumiso acato
cuanto de aquella potestad emana,
de las viandas animales huyo,
y con esta invención la sustituyo.

Ancho y profundo cuenco, fabricado
de barro (como yo) coloco al fuego;
de agua lo lleno: un pan despedazado
en menudos fragmentos le echo luego:
con sal y pimentón despolvoreado,
de puro aceite tímido lo riego;
y del ajo español dos cachos mondo
y en la masa esponjada los escondo.

Todo al calor del fuego hierve junto
y en brevísimo rato se condensa,
mientras de aquel suavísimo conjunto
lanza una parte en gas la llama intensa:
parda corteza cuando está en su punto
se advierte en torno, y los sopones prensa;
y colocado el cuenco en una fuente,
se sirve así para que esté caliente.

VENTURA VEGA.

Cayó en miércoles la Nochebuena de 1851: celebróse, pues, la tertulia semanal con cena y versos; y amén de lo que está publicado de ella en el libro de las *Cuatro Navidades*, se compusieron muchos sonetos de piés forzados y

con argumentos bizarrísimos en el orden siguiente:

Hartzenbusch: Al Rey Baltasar.

Bretón: Nochebuena.

Cañete: Viriato.

Rivas: A la princesa recién nacida.

Quevedo: A la batalla de Marathón.

Auñón: A la reunión.

Ochoa: A la muerte de Arquímedes.

Y Molins: A S. M. la Reina con motivo de su feliz alumbramiento.

Copiaremos los dos primeros, obra de los insignes dramáticos, y que fueron también los que más brevemente se concluyeron.

AL REY BALTASAR.

¡Soneto á Baltasar! ¿Quién diantre *enhebra*
los catorce renglones á ese *socio?*
Necesitaba yo más tiempo y *ocio:*
mi cabeza se vuelve una *Ginebra.*
¿Se trata del que fué montado en *cebra,*
hasta Belén desde el confín *behocio*
para adorar al Salvador, *negocio*
que por favor de Dios salió sin *quiebra?*
¿Se trata del que en sucio *cipizape,*
entre vino y muchachas, grita y *jota,*
vió en el muro su muerte sin *escape?*
Yo no lo sé: mas ruede la *pelota;*
un verso falta, y como yo le at-*rape,*
nada me importa el consonante en... *chota.*

J. E. HARTZENBUSCH.

NOCHEBUENA.

Noche feliz, en que hasta el más *petate*
cena su besuguito y su *patata*,
y en que se alegra y trisca áun la *beata*:
¿serás sólo de ayuno al triste *vate?*
¡Ni siquiera unas magras con *tomate*,
tendrá la parnasesca *garrapata?*
¿Ni una musa ha de ser nuestra *azafata?*
Apolo es un pobrete, un *botarate*.
Mas no; ya un anfitrión en Roca *toco*,
que á nuestra hambre tenaz no se hace el *sueco;*
y el pavo que nos da, de idem no es *moco*.
Ea, pues, aflojemos el *chaleco*,
y al estómago ayuno demos *foco*;
que todo lo demás es *embeleco*.

BRETÓN.

El Duque de Rivas y yo nos propusimos recíprocamente consonantes para celebrar el feliz alumbramiento de la Reina y el nacimiento de la Princesa Isabel.

He aquí el

SONETO Á LA PRINCESA RECIÉN NACIDA.

Sin saber inocente que hay *mañana*,
duerme en la regia cuna almo *lucero*,
pues que Cupido con arpón *certero*
nos ha inflamado en tu beldad *temprana*.
No sólo glorias de la edad *lejana*
homenaje á tus piés rinden *sincero*
que fresca está la sangre en *Cenicero*
y aún viven los valientes de la *Habana*.
Angel seas del trono de *Pelayo*,

rival de aquella que nació en la *espuma*,
la más hermosa flor que engendró *Mayo*.
Tu nombre se alce en vaporosa *bruma*,
desde las altas crestas del *Moncayo*
hasta la capital de *Motezuma*.

RIVAS.

Á S. M. LA REINA CON MOTIVO DE SU FELIZ ALUMBRAMIENTO.

SONETO.

Mantuvo el trono de Isabel *segunda*,
el Ángel tutelar de las *Españas;*
cuando el pueblo con ínclitas *hazañas*,
la sima desleal cubrió *profunda*.
No temas, regia madre, que se *hunda*,
cuando el ángel, que dieron tus *entrañas*,
lo guarda; y desde el solio á las *cabañas*,
el llanto de placer la patria *inunda*:
Quizá recuerde de Isabel la *gloria*
tu hija, y vuelva á insólitos *pendones*
de Catalina y Blanca la *me moria*.
Sí, que del polo sur á los *triones*
la española virtud llena la *historia*
y pasma su lealtad á las *naciones*.

MOLINS.

Con motivo de este feliz alumbramiento se hicieron fiestas é iluminaciones: contemplando en la plaza de Oriente la lucida del Real Palacio, D. Juan Nicasio Gallego dió una caida, que juzgada al principio como de poca importancia, apareció luego como muy grave,

y ocasionó al cabo la muerte de aquel amabilísimo anciano, según dice Bretón en la noticia biográfica que precede á las obras de tan insigne poeta.

Merece especial mención la mercurial de 31 de Diciembre de 1851. En ella leí una Dolora que principia

Se deshace nuestra vida,

que logrando más fama que mérito, ha sido alabada por Hartzenbusch, glosada por Heriberto García de Quevedo, é impresa en varios manuales de literatura y en centones de poesía.

Echáronse luego años y estrechos; cada uno de los tertulianos contribuyó, por lo menos, con dos epigramas ó composiciones ligeras, para que el galán ó la dama felicitase á su año.

He aquí la composición de Bretón, escrita para pagar su escote, que pienso está inédita.

GALÁN. Pues eres mi año
¡oh feliz suerte!
y á mí me inspiran
aquellas nueve,
Bravo aguinaldo
mi amor te ofrece,
si no me matas
con tus desdenes.
Nectar á pasto
¿qué te parece?
y la ambrosía

que escancia Hebe.
La vía Láctea
si te apetece,
ora en natillas,
ora en sorbetes,
Cástor y Pólux,
si bien se advierte
para tortillas
son excelentes.
Será el asado
con buena pebre
aquel carnero
de Frixio y Hele.
Y á tu regalo
prepara peces,
el Dios que empuña
luengo tridente.
Tú le habrás visto
doscientas veces
haciendo gestos
á la Cibeles.
Si Baco niega
para el banquete
de Chipre y Chío
sendos toneles,
Agua fresquita
tendremos siempre
ya de Aretura
ya de Hipocrene.
Dará Minerva
la oliva verde
y áun su lechuza,
si á mano viene.
Frutas Pomona,
y tortas Ceres
bríndanme, y berros
Fauno silvestre.
Pero de todos,
el más solemne
será un bocado...

digno de Xerges.
Ya te relames...
¿saberlo quieres?
una pechuga
del ave Fénix.

Entre las mercuriales de 1850, debe mencionarse una, en la cual Vega compuso un soneto de piés forzados correcto, como del discípulo predilecto de Lista, y oportunísimo como todos los suyos; item, lo concluyó antes que todos los demás tertulianos... Verdad es, que el argumento era *El Teatro Español.*

Porque no debe dejarse de decir, que entre los bienes que semejantes reuniones habían ya producido, era uno considerable, que el ministro de la Gobernación, conde de San Luis, asistente á ellas, conferenciase con unos y otros, y acabase de madurar en su mente, y llevar á ejecución el decreto de 7 de Febrero de 1849, estableciendo y organizando el Teatro Español, de que fué Vega primer comisario regio, el cual muy desde el principio tropezó con las dificultades á que se refiere el siguiente

SONETO.

EL TEATRO ESPAÑOL.

Segunda vez sospecho que me *atranco,*
pues cuando quise antaño dar el *brinco*,
tan solo me siguieron cuatro ó *cinco*,

y caimos, por fin, en un *barranco.*
Hasta haber terminado el *sotabanco*
á edificar me arrojo con *ahinco:*
no será por malicia si *delinco;*
no será por mi culpa si me *estanco.*
Quiero un teatro establecer muy *cuco*
que el torpe vicio disminuya á *Baco*
y aleje vagos del villar y el *truco:*
Donde libres del humo del *tabaco*
gocen juntos de Hernani y de *Nabuco*
el hijo de Polonia y el *cosaco.*

Bueno es advertir que este hijo de Polonia no es el que refiere la geografía, ni el antiguo bando literario de polacos y chorizos, de que habla Moratín, sino que alude al nombre que se daba á la sazón á los amigos y partidarios políticos de Sartorius, fundador del Teatro Español.

Asunto también teatral, *Los hijos de Edipo*, tocó á Hartzenbusch en 1851; Nocedal cantó *El golpe de Estado*, de que entonces se hablaba mucho, y Bretón escribió una despedida á los amos de casa en este

SONETO.

¿Otra vez te encasquetas la *cachucha*,
Roca, y vas á correr de Ceca en *Meca?*
Voy á veranear con mi *Rebeca*
donde hay fresco salmón y rica *trucha*.
Buena tierra es Vizcaya, aunque no *mucha*,
y á fé si de algo peca, no es de *seca;*
mas, si vendrá la marquesita *llueca*

y sin poder calzarse la *babucha*.
Dicha será, que en pintoresco *kiosko*
nos inicies allí mozo de *chapa*
que herede tus virtudes y tu *ingenio*.
Tal es mi voto fiel, aunque algo *tosco*
pero en este de rimas, duro *mapa*
claudicaría el numen de *Celenio*.

Tenía razón el improvisador: los consonantes dados por Campoamor eran dificilísimos de acomodar; pero también tendrá razón quien diga (y áun á probarlo se dirige este capítulo) que en tal soneto se ve clara la índole del hombre y del poeta.

En el siguiente año de 1852, nuestro asendereado amigo tuvo otro nuevo percance, que le asemejó asímismo á su gran maestro Molière. Demandáronle en juicio los escribanos, porque en la zarzuela *Un novio pasado por agua* (Acto 2.°, esc. 10), había sacado á plaza á uno de su gremio, llamado Dimas Olea y Garroso, natural de Crevillente.

Semejante contratiempo fué asunto de improvisaciones: he aquí una:

BRETÓN Y LOS ESCRIBANOS.

SONETO.

Cuando triunfa cualquiera mata *siete*,
y la estafa procaz se pone en *facha*;
cuando vende su honor tanta *muchacha*,
y agranda sus talleres *Albacete*:

A tí, Bretón, te meten en un *brete*,
y á tu inocente numen ponen *tacha*,
los mismos que la impúdica *guaracha*
acompañan de aplauso y *sonsonete*.
Pues bien: no eches al numen los *cerrojos*,
que las niñas de quince á veinte *abriles*,
te pagarán con creces los en-*ojos*.
Y aún si has de usar del argumento *Aquiles*,
deja los nudos del bolsillo *flojos*
y te habrán de aplaudir los *ministriles*.

Roca.

El 4 de Febrero de 1853 se propusieron los mismos consonantes para hacer un soneto, á saber.

El Duque de Rivas, *A la batalla de Trafalgar*.

Bretón, *A la invención de la imprenta*.

Amador de los Ríos, *A la fuga de Mahoma*.

Rosell, *A la creación del mundo*.

Cueto, *Al fratricidio de D. Pedro*.

Cañete, *Turcos y Rusos*.

Á LA INVENCIÓN DE LA IMPRENTA.

Vinculadas las letras en la *curia*,
el claustro fué al talento áspero *dique*,
no valía lo escrito un *alfiñique*
y adorar á las musas fué una *injuria*.
Mas á la par que el nauta de *Liguria*
famoso Guttenberg, sí; Don *Fadrique*
á la ruda ignorancia echando á *pique*,
rompió del claustro la tiniebla *espuria*.
De entonces como en trigo la *amapola*,
reprodujeron tipos de *antimonio*

libros y libros en inmensa *cola*.
Mas yo sé (tentación de San *Antonio*)
quien por el garbo y sal de una *manola*
diera todos los libros al *demonio*.

BRETÓN.

Otro concurso: diéronse los consonantes que luego se verán, é hicieron sonetos por el orden siguiente:

Rivas: Paso de las Termópilas.
Bretón: Los cabellos de Sansón.
Pacheco: La guerra de Oriente.
Molins: Las naves de Cortés.
Amador: Los cabellos de Absalón.
Y Cervino: La venganza de Tamar.
He aquí el de nuestro poeta:

LOS CABELLOS DE SANSÓN.

Adoraste á Dalila como á un *astro*
y te dió la traidora pan de *perro*
pasándote la mano por el *cerro*
(no censure esta frase un *poetastro*):
¡Ay! del cabello te dejó sin *rastro*,
que creció en tu cabeza como el *berro*
y en noria vil trabaja con *cencerro*
quien antes rompió muros de *alabastro*.
Mas sonó de venganza la *trompeta*,
pues el pelo creció como el *Danubio*
donde hoy toca el cosaco la *retreta*.
Y otra vez más potente que el *Vesubio*
Sansón derruye el templo á la impía *seta*
¡qué magnífico apéndice al *Diluvio*!

BRETÓN.

A la guerra de Oriente hizo asímismo otra improvisación.

SONETO.

No bastaba á tu bélico *conato*
¡oh Zar en su fragoso *vericueto*
al circasiano perseguir *paleto*
hasta dejarle sin hogar, sin *plato*.
Mintiéndote ortodoxo *timorato*,
pero más ambicioso que *discreto*,
mientras cantas cismático *soneto*
de Atila quieres ser vivo *retrato*.
Mas Nesselrode, aunque es buen *periodista*,
no ahuyentará á los anglos de su *costa*
ni llenará su erario un *prestamista*.
Ni Dios permitirá que cual *langosta*
de tus calmucos bárbaros la *lista*
corra desde el Borístenes á *Amposta*.

27 de Mayo de 1854.—BRETÓN.

Pero entre todas las composiciones de este género, y con perdón de nuestro fácil y fecundísimo poeta, las dos que por aquel tiempo lograron más popularidad son los dos sonetos siguientes, de personas que por cierto meditaban despacio y corregían nimiamente sus escritos.

Á LA BATALLA DE LAS TERMÓPILAS.

SONETO.

Jerges dijo á su auriga: para, *chacho*,
y descendiendo de su ebúrneo *coche*,
vió á los persas matando á troche y *moche*

hacer de los trescientos un *gazpacho*.
Vió á Leonídas y dijo: ese *borracho*
¿no ve que va á sufrir un gran *desmoche*?
¿no ve que su valor se va á hacer *noche*?
¡Vamos, calaveradas de *muchacho!*
¡Leonídas infeliz! hambriento *chucho*
devoró luego tu sangrienta *chicha:*
y en este siglo mercantil *machucho*
Sólo se ve tu busto en una *ficha;*
con tu retrato se hace un *cucurucho*,
ó se envuelve una libra de *salchicha*.

VENTURA DE LA VEGA.

Compite con esta improvisación la siguiente, de autor no menos clásico y correcto:

Á LA BATALLA DE WATERLÓO.

SONETO.

Ea, quien tenga de valor un *cacho*
dijo Napoleón, sígame al *cerro*
donde fuego nos hace tanto *perro*,
y del pendón inglés no quede *hilacho*.
Yo á vuestro frente montaré en un *macho*
que pació solamente flor de *berro*,
y de esa hueste el enemigo *hierro*
quebraré cual juguete de *muchacho*.
Dijo; pero el soldado se hace el *sordo*,
y aunque le ofrecen de oro un *cucurucho*
el miedo de morir habla más *gordo*.
Cede el gran general á otro más *ducho*,
y mientras huye en su caballo *tordo*,
quema la guardia el último *cartucho*.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

CAPÍTULO XLII.

INFLUENCIAS DE LAS SOCIEDADES LITERARIAS EN LA LEGISLACIÓN, EN EL GUSTO Y EN LOS INTERESES DE LOS AUTORES.—VERANEO.

Entre los progresos de la ciencia moderna, no es el menor, ni el menos sorprendente y útil el anuncio que desde América se hace de la marcha y llegada do los temporales, con grande anticipación y matemática exactitud. Pues bien, este fenómeno, que en el orden físico es recientísimo, cuenta ya en España años de antigüedad en el orden político.

Aquí se predicen asímismo con precisión astronómica esotras borrascas, que nos han venido también de América con nombre de *pronunciamientos;* y tanto que, como queda dicho, allá en 1848 se anunciaban como en cartel de teatro los motines de 26 de Marzo y 7 de Mayo; y en la época que ahora historiamos, cuando Bretón, desapercibido, improvisaba, contendiendo con Pacheco en 27 de Mayo de

1854 el soneto que copiamos arriba, dedicado á la guerra de Oriente, la gente política esperaba ó temía más cercanas batallas. El barómetro político bajaba rápidamente; todo el mundo sabe por dónde viene la tempestad: prudente es, pues, como hacen los labradores, recoger y hacinar los haces de mies esparcidos por el campo, no sea que se los lleve el ímpetu de las aguas. Así lo haremos, examinando los frutos conseguidos.

Aparecen, en primer término, en el orden legal ó administrativo las academias reformadas, de suerte que el título de miembro de ellas, antes apenas codiciado y pretendido sólo de la ajena benevolencia, y para hacer cola en el encabezamiento de pasaportes y relaciones de méritos, es ahora apreciado más que los más altos y honoríficos; el ingreso, antes oscuro é ignorado, es ahora un acontecimiento público importante; las utilidades y productos de la venta de libros, que antes no alcanzaban á pagar las miserables velas de sebo que alumbraban las poco concurridas sesiones, dan hoy bastante para retribuir modestamente los trabajos, para premiar con largueza las obras laureadas, para celebrar, en fin, en fiestas ó monumentos la fama de nuestros hombres ilustres.

Aparecen luego la propiedad literaria, re-

conocida y garantizada por la ley de 10 de Junio de 1847. El Teatro Español fundado, y lo que es más, establecido y consolidado el derecho de los autores, de modo que una sola comedia de Zorrilla ó una traducción de Navarrete es hoy de mayor provecho que antaño fué el centenar de obras de Lope ó de Calderón. No pretendo yo, por cierto, que tales mejoras se deban exclusivamente á la exigencia ó al concurso de las sociedades literarias públicas ó privadas; pero tengo para mí que, sin su influencia, sin el esplendor que daban las unas y el deleite ó instrucción que inoculaban las otras; sin la atmósfera, en fin (como ahora se dice), que ellas creaban, las mejoras á que aludo, ó no se hubieran logrado, ó se hubieran reducido á tal ó cual pensión á un poeta favorecido, ó á algún auto acordado ó reglamento efímero, que ni en la administración ni en las costumbres hubiesen producido ventaja durable.

Pues si estos beneficios son grandes, y cuestionable la parte que en obtenerlos tuvieron las sociedades, donde el bien es mayor é indudable el origen, es en el mejoramiento del estilo, en la fijeza del lenguaje, en la perfección del gusto literario.

Cuando por causas distintas morían en la expatriación Meléndez, Cienfuegos y Mora-

tín; cuando Quintana decía al Rey Fernando VII:

> «Ved cómo yace envuelta en largo olvido
> mi inútil lira,»

y Gallego escribía á algunos jóvenes:

> «Mientras envuelta en polvo y telarañas
> descansa en un rincón mi pobre lira,»

las musas españolas habían enmudecido, y los pocos que á escribir en prosa ó verso se atrevían, vacilaban impelidos por dos corrientes diversas, contrarias ente sí, opuestas ambas á la misión del hombre de letras y del poeta, que es popularizar la idea expresándose noblemente y haciéndose entender de todos.

De una parte los maestros de las escuelas salmantina y sevillana, habían de tal manera elevado lo que se llama el dialecto poético, que casi no era comprendido más que de los doctos, y ni áun por ellos era *sentido;* porque no era fácil conmoverse con lo que difícilmente se entiende; no sólo la poesía lírica, sino la dramática, hablaba con un latinismo ajeno á nuestra lengua, más extraño aún á nuestro corazón. Testigo de ello el, por otra parte, benemérito D. Dionisio Solís.

Al lado de éstos, ó por mejor decir, contra éstos, campeaban otros, como D. Manuel Ca-

sal, Carnerero, Rementería y Fica, y otros que pretendían que la poesía llegase, no sólo al pueblo, sino al populacho. Para estos tales, las epístolas de Iriarte eran modelo de sublimidad, y *El Observatorio rústico* de Salas estaba lleno de poesía. Ni una ni otra escuela se contentaba con llamar al pan, pan, y al vino, vino, sino que aquellos hablaban de los dones de Ceres y del néctar de Lieo, y los otros no se regodeaban sino con la hogaza y el mosto.

Por desgracia, una y otra escuela contaba con adeptos en los días de Bretón: dos citaré, bien que iluminados por poderoso ingenio, guiados por sana razón, supieron alzarse á altura tal, que dominó en su tiempo, y se verá desde lejana posteridad: Gallego era gran adorador del dialecto poético; el Duque de Rivas no gustaba de apartarse del decir popular... Pero el uno supo cantar el Dos de Mayo, y el otro popularizar sus romances históricos.

Luego que con el Gobierno parlamentario se dió mayor libertad á las producciones del ingenio, las diferencias que antes se notaron en la forma, aparecieron en el fondo mismo de las lucubraciones poéticas.

Para unos no era la poesía ni digna ni aceptable, si no iniciaba ó seguía los grandes movimientos políticos, ó si no se remontaba á di-

lucidar los problemas filosóficos; para otros el canto de las musas había de ser medicina del mal político, descanso de los cuidados, compañero y guía de la felicidad privada.

Aquellos querían poner en verso los artículos de fondo, ó las proclamas de los partidos, ó las dudas y negaciones de los profesores; esotros no abandonaban la fresca orilla de los murmuradores arroyuelos y el melodioso canto de filomela.

Pues del teatro no hay que decir, porque harto se ha dicho: no hay sino recordar que cuando pasó el tiempo de Moratín y enmudeció Máiquez, las dos sectas literarias no hallaron más camino para sacar al numen español de *Las Cárceles de Lamber*, que levantarlo á las regiones greco-latinas de *Camila*, ó arrastrarlo por los figones del *Tío Canillitas*.

Ahora bien; el problema que ha de proponerse todo autor, consiste en resolver primero en el fondo hasta qué punto el ingenio ha de dejarse influir por los movimientos ocasionados y efímeros de la política, y cuánto tributo ha de pagar á usos, costumbres, dichos y personajes que no deben ni pueden subir con él

De la inmortalidad al alto asiento,
do nunca arriba, quien de allí declina:

y luego, en cuanto al lenguaje, fijar los linde-

ros, que por una parte lo separan de la vulgaridad y por otra del tecnicismo, por acá de la grosería trivial, y por allá de la afectación ó de la extravagancia rítmica.

A la resolución de este no fácil problema, contribuyeron mucho aquellas reuniones, en apariencia meramente recreativas; pero en realidad propagadoras del buen gusto. En ellas pudo Pastor Díaz elevarse hasta altísimos misterios de la religión, y Ayala tratar profundas cuestiones filosóficas: en ellas logró Hartzenbusch narrar sencillísimas fábulas, y graciosos cuentos: Bretón celebrar las prendas de *La Cantinera*, y el festivo Lafuente historiar hasta las excelencias del *pavo*.

Tales reuniones fraternales de personas de distinta edad y gerarquía, de opuestos partidos políticos y adversas escuelas literarias, inoculando en cada cual la emulación, en todos el buen gusto, sin amaneramiento de secta, sin vínculo de pandilla, mantenían en todos la tolerancia y el respeto recíproco. El honrado y esclarecido autor de *Los amantes de Teruel*, las define así: «Especie de academias de poe»sía y música, treguas dulces de afanosas ta»reas y acalorados debates políticos, y áun de »pesadumbres domésticas...» Y luego conmovido concluye: «Hay quien necesitaría una »reunión de aquellas todos los días.»

Por lo que toca á nuestro autor, ya quedan indicadas en varios capítulos las ventajas que recabó en tales compañías (puesto que no tuvo maestro alguno, y que se vió con muy pocos libros de qué disponer): por ellas, digo, renegó de millares de versos, que «había abor»tado su no *desbrozada imaginación*, y de que »afortunadamente ni borrador, ni áun fiel me»moria conservó,» según dice: «en tales reu»niones entró en cuentas consigo mismo,» »y resolvió abandonar la prosa y el romance »único, y «tantear sus fuerzas en una versifi»cación más artificiosa, más variada y más »galana;» es decir, dar al teatro un tesoro de joyas como *Marcela*, *Muérete y verás*, *La batelera* y otras muchas. En tales reuniones halló en 1840 reparación cumplida del doloroso fracaso de *La ponchada*. Merced á ellas pudo evitar otro mayor con *Mi dinero y yo.* De casa de Escosura sacó los argumentos de *La hipocresía del vicio* y de *El enemigo oculto*. A Rivas confiesa que debió *Una noche en Burgos*. Y en carta á mí, dice que con Larra había discutido el plan de *El qué dirán*.

Por desgracia las circunstancias eran ahora diversas: el público gustaba de poemas más complicados, de personajes más importantes, de caracteres más grandes, de pasiones y tesis más trascendentales. Así es, que el mismo

Bretón allá por los años de 1831, al publicar la primera edición de sus poesías, la encabezaba con esta breve y significativa dedicatoria: «Público, que con tanta benevolencia has »recibido mis producciones dramáticas, tú »eres mi único Mecenas. Sé favorable á estas »poesías que, agradecido, te consagro; y plegue á Dios, que tu aprobación justifique la »de mis amigos;» y ahora, aunque negándolo, buscaba *Mecenas*, ya en un Ministro ilustrado, ya en un General y poeta, su amigo desde la juventud. El público, que antaño recibía *con tanta benevolencia sus producciones dramáticas*, en *aquellas circnnstancias*, á juicio de Bretón, «*no juzgaba ni siquiera una producción suya* sin »preocupación adversa respecto del individuo, »de su escuela y de sus antecedentes.»

Pues en cuanto á lo que de sus amigos pensaba, no hay qué decir, si no que en 1831 deseaba meramente que «el público justificase »la aprobación de aquellos,» y á la sazón no hablaba sino de «censuras que no prueban »mucho amor al prójimo de parte de quien »tan oficiosamente las anticipa, y de sistemá»ticos y encarnizados enemigos, de quien sólo »con el incógnito se podía esperar que dejaran »de serlo por espacio de algunas horas.»

Ni siquiera consigo mismo estaba tranquilo; su conciencia poética andaba inquieta y vaci-

lante, sentía remordimientos de «haber huido »de su primitiva sencillez en cuanto á la ver»sificación, cayendo en el extremo contrario;» pensaba que «era ya tarde para purgar como »quisiera á su teatro de la exuberancia mé»trica en él derramada.» Sentía impulsos de «meter sin piedad la podadera en no pocas es»tancias de laboriosa é inconducente estructu»ra y en más de una página de esdrújulos, á »cuya confección no le movió otro deseo, que »el de embarazarse gratuitamente con nuevas »dificultades más ó menos felizmente supera»das, como si hartas no ofreciese de suyo el »arte dramático. Pero temía desnaturalizar en »lo pasado sus propias obras, y se sentía des»alentado y viejo para emprender nuevo ca»mino en las futuras.» Contentábase con reconocer que el *poeta no se podía ir á la mano*, y con *confesar humildemente su pecado*.

No es extraño que en tal disposición de ánimo, su carácter hubiera cambiado y su trato se hubiese hecho sombrío, receloso, taciturno: venía es verdad á nuestras reuniones; pero no como antes á buscar esparcimiento á su jovialidad, sino lenitivo á su melancolía; escribía improvisaciones, quizá por tomar menos parte en los diálogos; hablaba poco, y allá en sus adentros, estudiaba ó aprendía lecciones del estado y variaciones del gusto público.

¿Con que no basta ya la galana versificación y los caracteres festivos y el argumento natural, para conseguir el favor de los palcos y lunetas? ¿Con que los que sienten poca ternura en su hogar, quieren gimotear en el teatro? ¿Exigen tratar con duques y archiduquesas en las tablas, los que no asisten á sus recepciones?

Y luego no se contentan con personajes creados por el poeta, como D. Hermógenes, Marcela ó D. Frutos, quieren evocar las grandes y populares figuras de la historia... como Hernán Cortés, Guzmán, Quevedo.

Recuerdo que una noche, hablando del drama que con el nombre de este insigne poeta, había dado á las tablas D. Eulogio Florentino Sanz, y haciendo notar alguno de los concurrentes, que Escosura había hecho intervenir á Quevedo en su drama *La corte del Buen Retiro*, y que Larra, en unión de quien esto escribe, había trazado el plan de un drama, en que era el principal personaje el desventurado señor de la torre de Juan Abad; me llamó aparte nuestro Bretón, y con una curiosidad erudita, en él poco común, me preguntó si Fígaro y yo teníamos de Quevedo, de su vida y carácter la misma idea que el insigne colector de sus obras en la biblioteca de Rivadeneira; y si el drama por nosotros trazado se asemejaba algo al de Florentino Sanz. Contestéle como

era verdad, que áun antes de aprender yo lo mucho que he aprendido en las eruditísimas noticias del docto académico, había, por mis estudios particulares, llegado á casi iguales conclusiones: que Larra pensaba en todo como yo, y que el plan por nosotros trazado no tenía más punto de semejanza con el drama de Sanz, sino que uno y otro comenzaban por el lance de la plaza de San Martín, que consta en la biografía de Quevedo; y que nosotros también le suponíamos enamorado (no sensual, sino muy platónicamente) de la dama, por cuya defensa mató á un hombre.

Confieso que no dí importancia á esta curiosidad biográfico-teatral de nuestro Bretón, máxime cuando me dijo que estaba escribiendo *Los tres ramilletes*, de cuya pieza me recitó algunos versos. Por otra parte, encargado yo á la sazón del ministerio de Marina, y dedicado á él con toda la vehemencia de mi alma, no tenía vagar para entregarme á esotras curiosidades de la vida teatral y del gremio literario.

Entretanto adelantábase la estación; yo hube de acompañar á la corte en las jornadas de Aranjuez y la Granja, mientras que nuestro compañero acudía, para esparcir y fortalecer su contristado espíritu, á sus dos conocidos remedios: trasladarse al país vascongado, donde diese libre rienda á su numen, y arbi-

trar un ardid para ocultar su nombre cuando llegase el caso.

Así había nacido años atrás, en las playas de Guipúzcoa, la linda batelera de Pasages; así ahora en Lequeitio, mientras la compañera de Bretón buscaba la salud en las arenas de Carraspio, azotadas por las olas; él, paseando por los valles de Isparter y por los vergeles de Zubieta, remataba las lindas escenas de... pero no quiero decirlo, para no descubrir antes de tiempo mi secreto.

Mas como es posible que entre mis eruditos oyentes, haya quien ignore lo que es *Zubieta*, me atreveré á transcribir una lindísima letrilla que aclarará dudas geográficas, y lo que es más importante en nuestra tesis literaria, preludiará la obra, que entonces concluía el poeta y recordará (ó yo me equivoco), los inspirados acentos líricos del cantor de Laura, la bella cazadora de la quinta de Hortaleza. Fulgores del anochecer, que recuerdan el rosicler de la aurora. Dice así:

PARA EL ÁLBUM DE LA SEÑORITA DOÑA ADELAIDA TORRES EN EL PALACIO DE ZUBIETA, INMEDIATO Á LEQUEITIO.

Orillas del mar Cántabro
se alza modesta y linda,
y mil deleites brinda
al céfiro y á Flora,
mil sueños al poeta,

CAPÍTULO XLIII.

¿QUIÉN ES ELLA?

De allí á pocos meses traía el *Diario* el siguiente aviso: *Teatro Español. Función* 20 *de abono, para hoy* 30 *de Noviembre de* 1849, *á las ocho de la noche*:

¿QUIÉN ES ELLA?

comedia nueva original, en cinco actos y en verso. Nada más: ni indicación de autor, ni recomendación de la obra. Cosa desusada y que avivaba la curiosidad del público.

No tuvo lugar la representación, y aumentó el escozor de los curiosos y las revelaciones misteriosas y falsas de los que se suponían enterados.

Al cabo, el viernes 7 de Diciembre se repitió el anuncio y el reparto en él expresado; era el siguiente: La Condesa, B. Lamadrid; Isabel, T. Lamadrid; Doña Mencía, señora Córdova; Felipe IV, Valero; Quevedo, Arjona;

Martín, Boldún; Gonzalo, Osorio; D. Alvaro, Sotomayor; el alcaide, Maffey.

Mejor que atenerme á mis propios recuerdos, ó referirme á la narración de periódicos, me parece extractar lo que del asunto dice el propio Bretón [1]:

«Mucho dió que hablar y discurrir, no sólo »en los círculos literarios, sino en los meros »aficionados á los espectáculos dramáticos, y »áun entre muchas personas que sólo tienen »noticia de ellos por los anuncios dē los dia»rios, el rigoroso incógnito que el autor de »esta comedia guardaba... El autor de *¿Quién »es ella*? tenía además motivos particulares en »aquellas circunstancias, y áun antes, para »desear que siquiera una producción suya se »juzgase por lo poco ó mucho que intrínseca»mente valiera, y sin preocupación alguna fa»vorable ó adversa respecto del individuo, ni »de su escuela, ni de sus antecedentes.

»En las varias lecturas, tanto oficiales como »privadas, que de esta hija expósita de Talía »se hicieron, mereció encomios, á que su po»bre sigiloso padre no estaba tiempo había »muy acostumbrado...

»En esta letrilla, decían, en ésas quintillas, »en aquella escena se ve la mano de Bretón;

1. Nota en la edición de sus obras.

»pero esta situación interesante, estos endeca»sílabos filosóficamente tiernos, no pueden ser »de su cosecha; he aquí la pluma de Hartzen»busch: este diálogo conceptuoso, incisivo, es »evidentemente de Rubí... »Y ¿á quién se ocul»ta el estilo de Vega... su buen gusto y su tac»to dramático en más de un rasgo, en más de »una peripecia?

»El autor, á cuya noticia llegaban estos »juicios, y que muchos de ellos hubo de pre»senciar por no hacerse sospechoso con su au»sencia, veía muy satisfactoriamente cumplida »una parte de su designio; pero sufría indeci»bles angustias y tormentos.

»Y ¿qué diremos de las tretas que se pusie»ron en juego para sorprenderle ó arrancarle »su secreto? ¿Qué de las interpelaciones con »que á cada paso se le acometía? Fatigado, »aburrido, se hubiera cien veces esponta»neado, á no temer que luego se le tildase »de poco firme en su resolución, y á no ha»berle animado con sus consejos y su ejem»plo á perseverar en ella los señores Don »Ventura de la Vega y D. Juan Eugenio Hart»zenbusch, sus amigos y confidentes, el pri»mero en calidad de comisario regio del Tea»tro Español, y el segundo en la de represen»tante del autor para el repartimiento y ensa»yos de la comedia.

»En obsequio de la brevedad, y por otros »respetos, se suprimen muchos incidentes que »no dejaron de ser curiosos, ni de contribuir »á que el poeta se arrepintiese de tan ímpro»ba tentativa, y diese á mil diablos el momen»to en que se le ocurrió. Pero no es para omi»tida la mayor de las penalidades, que por »consecuencia hubo de imponerse: la de asis»tir *coram populo* en un palco (que pagó, por »supuesto) á la primera representación: ¡él, que »cuando se estrena alguna composición suya, »no encuentra rincón bastante tenebroso y »oculto donde esconderse, para esperar allí »el fallo del auditorio! Suplicio fué aquel que »no bastarían á resarcir todas las ovaciones »del mundo; y si el autor afirma que cuando »se le nombraba, por fin, en la escena, y be»névolos los oyentes, instaban porque se pre»sentase en ella, él se encerraba en su casa »calenturiento y convulso, no dirá ni más ni »menos que la pura verdad.»

De esta verdad, si fuese necesario, respondería quien esto escribe; pero debe añadir, y es también cierto, que no siempre sucedió así: ese temor, como ese sigilo, como ese estado de convulsión y calentura, lo trajeron las tempestades de *La Ponchada*; quizá la envidia de las masas, que no pueden por largo tiempo sufrir que á Arístides se le llame el justo y á

Bretón el fecundo; las vicisitudes, en fin, de los tiempos. En los ya pasados de *Marcela*, del *Hombre gordo*, y de *D. Frutos*, ni las cosas iban así, ni el autor se escondía; antes bien, es notorio que ponía detrás del primer bastidor una silla, y que desde ella era el primer espectador de sus obras y el que más ruidosamente reía de sus chistes.

Aún vive, á Dios gracias, quien desde la próxima luneta (hoy se llama butaca) oía distintamente sus carcajadas, y las acompañaba por su parte con merecidos aplausos.

Túvolos en el teatro y en la prensa esta comedia; pero en cuanto al incógnito del autor y á las dudas del público, no se concibe cómo pudieron existir el uno y abrigarse las otras, pues desde la primera escena, desde aquel fácil y bello romance en *ó ó*, se está descubriendo la índole especial del poeta; y al llegar á la tercera, nadie que conozca nuestro teatro antiguo y moderno podrá atribuir á otro autor que á Bretón las siguientes quintillas, en las cuales el enamorado Gonzalo contradice la mala opinión que de las mujeres en general, y de sus amores en particular, ha expresado Quevedo [1].

¡Se burla de mis amores (dice)
achaque de años mayores.

[1] Acto 1.º, escena 2.ª

Su corazón está yerto,
y es predicar en desierto,
pedir al invierno flores.
Mas mudará de opinión
quizá; que al fin es discreto,
y aprobará mi pasión
cuando vea el dulce objeto
que abrasa mi corazón.
¿Qué es el ajado oropel,
qué es el orgulloso porte,
y la envenenada miel
de las damas de la corte,
al lado de mi Isabel?
¿Son por ilustres más bellas
algunas que en las estrellas
ponen sus ejecutorias?
Pergaminos son sus glorias...
y pergaminos son ellas.
Amor manda que me rinda
á la que en el sí y el no,
desnuda el alma me brinda,
y sólo sabe que es linda
porque se lo digo yo.

¡Cuánto recuerda esta quintilla la primera estrofa de la letrilla á la Rosa de Zubieta, que se alza modesta y linda!

En dulce conformidad
para uno nos hizo Dios,
y á tanta felicidad
nos llama hasta la orfandad
en que vivimos los dos.
Así, con igual ternura
nos dió la naturaleza,
en la común desventura,
el crisol que nos depura
de toda humana flaqueza

Así, el amor que á tus piés
juro, y pagas tú, alma mía,
no es una víl mercancía,
de que el sórdido interés
hace torpe granjería.
Sólo así viva la llama
se alimenta y sin perfidia;
porque desigual la dama,
cuando pide, nos fastidia,
y cuando da, nos infama.

Hubo quien en estas quintillas quiso recordar el corte de aquellas redondillas de Hartzenbusch:

Al darme el humano sér,
quiso sin duda el Señor
destinar al fino amor
un hombre y una mujer.

Pero otros más maliciosos contestaban, que jamás el amante de Teruel hubiese dicho de ciertas damas:

Pergaminos son sus glorias
y pergaminos son ellas.

En donde las dudas iban desapareciendo, es en el segundo acto, escena 1.ª, en la letrilla que dice Quevedo, y que da título á la comedia:

Cuentan de un corregidor
nada bobo,
que siempre que al buen señor
denunciaban muerte ó robo,
atajaba al escribano,
que leía la querella

diciéndole: ¡al grano, al grano!
¿Quién es ella?
Y como hombre procedía
de gran seso,
quien tal actuación ponía
por cabeza del proceso,
que en vano más de una vez
se sigue al crimen la huella,
por no preguntar el juez:
¿Quién es ella?
En todo humano litigio
¡no hay remedio!
á no obrar Dios un prodigio,
habrá faldas de por medio:
danza en todo la mujer,
casada, viuda ó doncella,
luego el hito está en saber
¿quién es ella?
Si Adán perdió el Paraiso
fué por Eva,
que probar vedada quiso
no sé si manzana ó breva.
Desde entonces con profundo
pesar pudo conocella:
desde entonces sabe el mundo
quién es ella.
Si ves hecho polvo el muro
que fué Troya,
merced al griego perjuro
y á su bélica tramoya;
suspende el fallo severo
entre esta nación y aquella,
hasta que te diga Homero
quién es ella.
Si Blas no al lazo, la albarda
de Himeneo
sólo de su hacienda guarda
lo arrepentido y lo feo,
no preguntes: ¿cómo Blas

nació con tan mala estrella?
Pregunta y acertarás
quién es ella.
Si en la calle sientes ruido
de camorra,
y algún quidam mal herido
grita ¿no hay quién me socorra?
Requiescat, digo al difunto,
doy paso al que le atropella,
y en la taberna pregunto
¿quién es ella?
Si veis postrado en el lecho
del dolor
á algún mozo de provecho,
no le preguntes, doctor,
qué reuma ó qué tabardillo
en su salud hizo mella;
pregúntale... es más sencillo:
¿quién es ella?
Es un sexo amable, lindo,
sí, una plata:
yo lo confieso... y prescindo
de la vieja y de la chata;
pero escamado y cobarde
digo ¡zape! á la más bella;
que temo saber ¡muy tarde!
quién es ella.

Imposible es pintar el efecto que hicieron estos versos admirablemente leidos por Arjona: cada estrofa arrancaba una carcajada ó un aplauso; al fin, ya el público repetía el estribillo á la vez que el actor, y al terminar el acto, muchos decían:—«Sólo Bretón tiene esa facilidad y ese donaire de versificación.»—Sí tal, replicaba alguno... «pero no es de Bretón

la letrilla; quizá es de Rubí.—¿Por qué?—Si fuera de Bretón, hubiera puesto por lo menos dos pares de esdrújulos y una docena de rimas rarísimas...»—Pues es de Bretón; prueba de ello que habla de *la breva* y del...—Pues no es de Bretón; porque eso mismo arguye una erudición á que él no es aficionado:

Quevedo ha escrito:

> Padre Adán, no lloréis duelos;
> dejad, buen viejo, el llorar:
> . . . .
> un higo sólo os vedaron:
> sea manzana, si gustáis.

En esto cada cual procuraba recordar una estrofa, y se entraba recitándola y riendo á escuchar el acto siguiente. Las dudas se iban poco á poco disipando, y á medida de esto se flechaban más miradas, y se apuntaban más anteojos al palco en que Bretón procuraba hablar, reir, moverse indiferentemente; al cabo hubo de ponerse en los asientos de detrás, y en los entreactos siguientes sus adversarios; dando ya por suya la comedia, la acusaban de falta de sensibilidad y decían que toda ella era poco más ó menos una nueva edición de *D. Fernando el Emplazado*, con su rey seductor, su galán batallador y puesto en capilla, su dama llorona, etc., etc. Momento hubo en los corredores en que el éxito del drama

fué dudoso, y el tímido poeta abandonó el teatro; pero al fin, cuando en la escena última Quevedo canta la palinodia en aquellas fáciles y bien sentidas quintillas, los aplausos generales pronunciaron el fallo, y su mujer, y sus deudos y amigos, corrieron á anunciar el triunfo al *convulso* y *calenturiento* poeta. El cual pudo decir á la tierra mensajera:

Siervas en todo lugar
porque lo has dispuesto así,
¿no ves, hombre baladí,
que ellas no pueden pecar
sino contigo y por tí?
Sé indulgente, pues ya ves
que la equidad lo reclama
y lo pide tu interés;
¿por qué las quitas la fama,
si te arrastras á sus piés?
¿Por qué tu desprecio llora
la que con paciencia santa,
cuando niño te amamanta
y cuando joven te adora,
y cuando viejo te aguanta?
(En resumen).
Desde la planta al cabello
la mujer—insisto en ello,—
y lo pruebo y te confundo,
es el animal más bello
que Dios crió en este mundo [1].

Al siguiente día tampoco estuvo unánime la crítica, ni en cuanto á la conducta, ni to-

1 Escena última.

cante á la obra de nuestro compañero: «Hubo »censuras y sarcasmos y pullas contra la re»serva, la cual, si no indicio de laudable mo»destia, lo era por lo menos de legítima pre»visión; y al paso que su conducta era tan se»veramente calificada, otros sintieron que no »siguiese callando siquiera quince días más.» Pues del fondo de la composición se juzgó con igual diversidad, ó mejor dicho, oposición de pareceres; y mientras unos la trataron sin *misericordia*, otros la reputaban como la obra maestra del fecundo ingenio; y sin decir tanto, el primer crítico de la época, terminaba así en *El Heraldo* una bella serie de artículos:

«Nunca con tanta razón como ahora ha po»dido exclamar con Virgilio el Sr. Bretón de »los Herreros: *Et me fecere poetam Pierides*, »porque nunca, como en la ocasión presente, »se ha elevado al par de nuestros colosos dra»máticos del gran siglo, emulando ya la sen»cillez de Lope, ya la discreción de Moreto, »ya la profundidad de Alarcón, ya la *vis comica* »de Tirso, ya, por último, la grandeza de Cal»derón de la Barca [1].»

Prescindiendo aquí nosotros, tanto de las censuras que pudo envenenar la envidia, como de los elogios, que de cierto abultó la amis-

1 D. Manuel Cañete. *Heraldo* de 28 de Diciembre de 1849.

tad, consignaremos una conclusión para todos innegable, á saber: que entre *A la vejez viruelas* y *¿Quién es ella?* dos dramas, cuyos estrenos tan elegante y vivamente describe Hartzenbusch, se marca la inmensa distancia que había recorrido el gusto público, y que esta última comedia es el compendio y resumen de las concesiones que el gran dramático creía razonable hacer á las exigencias de los tiempos.

Un argumento que se desarrolle, no ya en la sociedad media del *Sí de las niñas* ó de *A la vejez viruelas*, sino en las más elevadas esferas; una acción en que intervienen no personas medianamente acomodadas, y hasta levantarse el telón desconocidas, como doña Irene y D. Diego, doña Francisca y D. Braulio, sino personajes de altísima gerarquía, y de antiguo y en todas partes conocidos, como Felipe IV y Quevedo; escenas en que se agitan las más vehementes pasiones, y se juega la vida de un hombre, la honra de un rey, la fama de un ingenio; caracteres no con ligeros rasgos bosquejados, ó con medias tintas coloridos, sino grande y enérgicamente retratados; todo ello, en fin, no ya dialogado en buena y castiza prosa, como en las comedias arriba citadas, ni siquiera en largos romances, como en *El viejo y la niña* y *A Madrid me vuelvo*, sino en armoniosa, rica y varia versifi-

cación, en la cual poeta ninguno le ha igualado.

Tal es, en resumen, si no el nuevo dogma, por lo menos la reciente y mayor suma de concesiones que hace á la crítica y á la moda, quien ni en su larga carrera, ni en su índole personal estaba dispuesto á tamaño esfuerzo. *A la vejez viruelas* y *Los dos sobrinos* son el programa; *¿Quién es ella?* es el epílogo de una doctrina: aquéllas son el cimiento, ésta el coronamiento de un edificio constante y gallardamente comenzado, continuado y concluido.

Hubo sin duda de creerlo así el autor, cuando aguardó á esta ocasión y eligió este momento para publicar la colección de sus obras, que en cinco volúmenes en cuarto mayor, dió á la Imprenta Nacional inmediatamente después de representarse la comedia de que hablamos, que aparecieron en el año siguiente, y de que muy pronto no quedó ejemplar alguno, prueba evidente de que el público, el verdadero público, no le había retirado su favor; porque, como dice Moratín, *el público no compra en la librería las piezas que silba en el teatro*.

CAPÍTULO XLIV.

LO QUE VA DE «MARCELA» Á «LA ESCUELA DEL MATRIMONIO,» REMATE DE LA CORONA DE BRETÓN.

Desde que se puso en escena en el Teatro Español *¿Quién es ella?* (7 Diciembre de 1849), hasta que se estrenó en el teatro del Drama *La escuela del matrimonio* (14 de Enero de 1852), trascurren dos largos años, en que el fecundo Bretón no compone ni da á las tablas más que dos piezas insignificantes, cada una en un acto, *Una ensalada de pollos* y *Por poderes.*

Del título de la primera hay que decir que sanciona y autoriza una acepción de la palabra *pollo*, hasta entonces no admitida en las diez ediciones de nuestro Diccionario, é introducida en la undécima, á saber: *mozo de pocos años, zagal.*

Pero fijándonos sólo en el número y escasa importancia de las producciones, un acto en cada uno de los años 50 y 51, preguntaremos las causas de esta relativa huelga de su nu-

men: la corrección de pruebas de cinco gruesos volúmenes de sus obras; la de la décima edición del Diccionario, que á la sazón estaba en prensa; la formación del Indice de la Biblioteca Nacional, podían ser motivo bastante para ingenio menos laborioso y fecundo, no para el que diez años atrás, en los de 1840 y 1841, había dado al teatro doce comedias originales, que componen treinta y cinco actos en verso.

Más razonable es inferir que Bretón, atento contínuamente al movimiento y vicisitudes del gusto del público, solícito en complacerle, sediento de sus aplausos, poco terco en sus propias doctrinas, y dócil, casi humilde á las advertencias de la prensa, meditaba, como dice un crítico, *cambiar el rumbo en sus inspiraciones escénicas*, al ver y sentir cuánto se había inclinado la moda á argumentos más íntimos, más filosóficos, más elevados. Así era la verdad.

Los que leyendo estas páginas recuerden aquellos tiempos en que nuestro autor, en toda la fuerza de su virilidad, ignorante en letras, inexperto del trato del mundo, tuvo la abnegación, el valor, la fuerza de encerrarse en un pobre aposento, para aprender de nuevo en el original los preceptos de Horacio, y para traducir en la lengua de Moratín las obras

maestras de Racine y los dramas de Delavigne; los que hemos sido testigos ó conocedores de tamaño esfuerzo, no nos sorprenderemos, antes bien gozaremos de ver al hombre ya encanecido, elevado á los más altos puestos de la gerarquía intelectual, dirigiendo la primera Biblioteca de España, encerrarse en ella para estudiar como alumno á nuestros grandes pensadores, seguir con oido atento y con vista de lince el movimiento filosófico de los dramáticos modernos sus compañeros; inquirir, escrutar el gusto del público, y proponerse de nuevo resueltamente obedecerle y deleitarle, utilizando la numerosa y brillante compañía del Teatro Español, la protección que el Gobierno le concedía, y la dirección acertadísima que dos grandes autores dramáticos le daban [1].

Pero ¡ay! la política, ese verdadero *enemigo oculto* de Bretón, que había sembrado abrojos en su camino, y que, tanto al principio como al fin de su carrera, le había puesto en el caso hasta de ocultar su nombre; la política, la fementida é invasora política, iba á dar al traste con sus esperanzas.

En efecto, cuando Bretón puso en escena *¿Quién es ella?*, protegía, más bien que presidía los espectáculos el Ministerio del duque de Va-

1 Los Sres. Vega y Rubí, comisarios regios.

lencia, en el cual los tenía á su cargo especial el conde de San Luis, que ansioso de gloria y amante de las artes escénicas, había concluido é inaugurado el Teatro Real y organizado el Español; motivos ambos de violentas, y áun en ocasiones de calumniosas censuras.

La sociedad elegante, que por la noche aplaudía allá á la Alboni, ó se entusiasmaba acá con *Isabel la Católica*, por la mañana murmuraba del ministro que tales goces le procuraba; la prensa y la caricatura peleaban en las guerrillas de la oposición, y en el parlamento mismo voces elocuentísimas le acusaban. Todo presagiaba un pronto y desastroso fin.

Coincidencia singular: el mismo día 14 de Enero, que se anunciaba en el Teatro Español la primera y una de las más bellas composiciones de un joven y á la sazón protegido del conde de San Luis, luego una de nuestras lumbreras literarias y políticas, drama que pertenecía á la nueva tendencia filosófica de la literatura, *El hombre de Estado*, de Ayala; ese mismo día hubo de suspenderse el estreno por la crisis que acabó con el Gabinete Narvaez.

No es esta ocasión de escribir su apología ó su acusación, ni puede hacerlo quien, como yo, formó de él parte; pero al decir de todos,

áun de sus propios enemigos, tenía por divisa la *fuerza* y por aspiración el *brillo;* y á tales condiciones se sustituyó otra menos combatida y más modesta, *la economía;* palabra que sirvió como de grito de guerra, de programa y de título de legitimidad al Gobierno que presidió el Sr. Bravo Murillo, y en el cual tomó á su cargo el departamento de la Gobernación el honrado D. Fermín Arteta.

Pues ahora bien: una de aquellas decantadas economías y de las primeras adoptadas, tocó al desventurado Teatro Español; negósele la modesta subvención que se le otorgaba, que consistía en una especie de seguro, de 4.000 reales de entrada; suprimióse el cargo de comisario regio, y á duras penas consiguió, el que á la sazón ocupaba aquel puesto, que se les cumpliesen las contratas hechas á los actores. Dispersáronse éstos, como era consiguiente. Valero y Teodora Lamadrid, permanecieron en el Teatro del Príncipe; los Romeas y Matilde Díez se establecieron en *Variedades*, calle de la Magdalena; Lombía, con Caltañazor, ya había tomado por su cuenta el teatro que se llamó del *Drama*, habilitado en la antigua iglesia de los Basilios, en la calle del Desengaño; Arjona se va á un teatrillo, calle de las Urosas, apellidado del *Instituto*, en donde Dardalla había casi creado el *género andaluz*; le pone

nombre de teatro de *La Comedia*, y hace allí revivir gloriosamente las de Moratín.

Al año siguiente, este inteligente y celoso artista toma el teatro del *Drama* (calle del Desengaño), organiza en él una escogida compañía con la T. Lamadrid, la Rodríguez y los hermanos Osorios, y emprende, con auxilio de nuestro Ventura Vega, llevar á cabo una mejora muchas veces intentada, y áun por desgracia ni hoy día conseguida: suprimir el apuntador, multiplicar los ensayos, y no ejecutar en público un poema dramático hasta que cada actor *jugase* verdaderamente con su papel, y el conjunto fuese tal, que por sí solo se realizase sin auxilio de traspuntes ni de consuetas.

Reprodujéronse allí los felices días de Máiquez y de Grimaldi; y por tal medio logró el drama de Scribe *Adriana Lecouvreur*, traducido por Vega, más de cuarenta representaciones seguidas, sin que el público se cansase de asistir á un espectáculo, que más parecía realidad de la vida que ficción escénica.

Allí, pues, en la noche del 14 de Enero de 1852 se puso en escena, como decía al día siguiente un periódico [1], la comedia nueva original del Sr. D. Manuel Bretón de los He-

1 *El Heraldo*.

rreros, titulada *La escuela del matrimonio*. «El »éxito de esta producción, la más importante »acaso por el pensamiento moral en que se »funda de cuantas ha producido la fecunda »pluma del primero de nuestros poetas cómi»cos, ha sido felicísima. Al final del segundo »acto, el autor fué llamado á la escena entre »infinitos aplausos, repitiéndose igual entu»siasmo á la conclusión del tercero, y siendo »llamados también los actores dos veces.»

Un diario añadía tres días después: «El se»ñor Bretón, á quien nadie puede disputar la »palma de gran hablista, y cuyo diálogo có»mico, sin rival en nuestro siglo, no encuen»tra superior ni áun en el de los grandes poe»tas dramáticos del siglo XVII, ha torcido el »rumbo de sus inspiraciones escénicas, modi»ficando singularmente su estilo, de modo »que, sin perder nada de su antigua esponta»neidad y lozanía, sin marchitar la frescura y »naturalidad de sus chistes, es hoy mucho »más rico en pensamientos profundos, mucho »más grave en el fondo de las creaciones, »mucho más severo en penetrar hasta en lo »más íntimo del corazón para descifrar el se»creto de las pasiones y dar á sus personajes, »además del barniz de actualidad que há me»nester la comedia para producir efecto en el »vulgo de los espectadores, el carácter uni-

»versal y humano, por decirlo así, que los »constituya esencialmente en tipos adaptables »á todos los tiempos, á todas las costumbres, »á todas las civilizaciones.»

Otro periódico, que por cierto no se había mostrado antes muy benévolo con nuestro autor, escribía en la misma fecha lo siguiente: «*La escuela del matrimonio* es una de las pro»ducciones más notables de nuestra época, y »en sentir de muchos inteligentes, la mejor sin »duda de cuantas ha producido el fecundo in»genio del autor de *Marcela*. Su triunfo ha »sido completísimo; unánimes aplausos han »saludado cada escena, casi pudiéramos decir »cada verso, pues toda la comedia es un ina»gotable raudal de chistes de la mejor ley y »una continuada sucesión de situaciones alta»mente dramáticas, en que el autor recorre »con indecible maestría todas las cuerdas del »genero cómico, desde el más filosófico y de»licado, hasta la más estrafalaria caricatura, y »en que se levanta alguna vez al tono patético »del drama de sentimiento, arrancando lágri»mas de aquellas que desahogan el pecho y »dejan en él, por fin, una sensación dulcísima, »como refresca y hermosea los campos una li»gera lluvia de verano [1].»

[1] *La España*: 18 Enero 1852.

El autor de *Marcela* llama á Bretón el periódico que hemos copiado; y, en efecto, así se le nombra comunnmente, porque D. Manuel Herreros, que con semejante semi-disfraz había vencido en alguna liza dramática, no ostentó sino en el palenque de *Marcela* por primera vez aquellas prendas que son propiamente su divisa: la riqueza de la versificación por nadie superada, y el donaire apacible y jovial en el retrato de caracteres, hecho con medias tintas y ligeros rasgos.

Consérvese en buen hora el renombre del autor de *Marcela*; pero, ¿qué inmensa distancia media entre este drama y *La escuela del matrimonio?*

Marcela es una viudita joven, alegre, escarmentada, amable, un poco coqueta y tres pocos burlona, que si no cede á pretendiente alguno, no es porque venza su pasión, sino porque quiere *vivir libre, independiente*; porque tiene por principio dar *buenas palabras á todos, su corazón á ninguno*; ni los tres pretendientes son personas capaces de conquistar corazones; no tienen virtudes que los eleven, ni vicios que los rebajen, sino defectillos más sujetos á risa que á censura: D. Martín el hablador, D. Agapito el goloso, D. Amadeo el melancólico, no es mucho que ni venzan la resistencia de la escarmentada viudita, ni concurran más que

á un argumento agradable por su sencillez misma, pero no de profunda y trascendental enseñanza.

En *La escuela del matrimonio* intervienen, no ya tres pretendientes, sino tres maridos; más aún, tres matrimonios desiguales y á punto de disolverse.

En uno, la esposa doña Micaela aventaja á su cónyuge en caudal, en años y en posición social, pedante de puro instruida, empalagosa y zalamera de puro amante, imprudentemente confiada de puro presumida, hace la desgracia de su marido Eusebio, que la pinta en los siguientes versos [1]:

EUSEBIO.
Callo y sufro ¿qué he de hacer?
Mas sería yo el modelo
de la humana estupidez,
si á solas no maldijese
la hora en que me casé.
¿Qué me importan sus riquezas
si no han de endulzar la hiel
de mi despecho? ¿Qué importan
los quilates de su fé,
si yo no puedo olvidar
la de su bautismo? ¿Y quién
de su amor empalagoso
resiste la pesadez
y ese aire de celestial
benevolencia cruel,
con que me humilla y me pudre,
y el pedantesco almacén

1 Acto 1.°, escena 4.ª

de trapos y de figuras,
que ensarta de diez en diez,
y sus idilios, en fin,
que maldiga Dios, amén?

Y en otra ocasión exclama [1]:

¡Gracias, inmenso poder,
que un breve instante me zafo
de la perdurable Safo
que me diste por mujer!

Reverso de aquella medalla, es el matrimonio del noble y brusco general y de la interesante y bella Carlota: aquí es el marido el viejo, rico y enamorado; la mujer es la víctima: no es el esposo, como doña Micaela, zalamero, confiado, entremetido, sino brusco, celoso, oscuro; y los defectos de éste y de aquélla están á punto de reavivar criminalmente el puro y legítimo amor que en los primeros años se tuvieron Eusebio, marido de la marisabidilla, y Carlota, esposa del general.

Véase aquí, como en un grupo fotográfico, los retratos del veterano y de su compañera [2]:

GENERAL. Bien me hallaba en Alaurín,
que es bello país aquel,
donde estaba de cuartel
cultivando mi jardín:
mas me sacan de mi burgo

1 Acto 2.°, escena 15.
2 Acto 1.°, escena 10.

y no para una campaña,
sino para ver qué maña
me doy yo para licurgo:
y pues mi Reina se digna
de acamparme en el Senado,
como obediente soldado
vengo á cumplir la consigna.
Pero nada se me alcanza
de fueros, ni garantías,
ni sistemas, ni utopías.....
Mi código es la ordenanza.
. . . .
Y yo que no hago misterio
de ser como Dios me hizo,
vengo á votar como un suizo
lo que vote el Ministerio.

Luego, sorprendido y receloso de ciertos usos recientes del trato social, dice:

GENERAL. ¿Y es también filantropía
el jovial desembarazo
con que damas y galanes
se aprietan aquí la mano?
LUISA. La moda...
GENERAL. Pues yo le niego
á esa moda *el execuatur*:
la mano de mi mujer
es sólo mía: el Vicario
me la dió; y se guardará
muy bien...
CARLOTA. ¿A quién se la he dado?
GENERAL. No es ella Reina ni Obispo
para que todo cristiano...
se la sobe.

Aquí aparecen ya los celos del anciano, y á este propósito dice Carlota, su mujer, en otra ocasión:

CARLOTA. De su flaqueza
me aflijo, no me sonrojo;
que si falta á mi ventura
la confianza de un esposo,
de mi conciencia, Señora,
me conforta el testimonio:
y como nacen de amor
sus celos... se los perdono [1].

Las dos parejas Eusebio y Micaela, el general y Carlota, se corresponden y se contrastan recíprocamente como el anverso y el reverso de una misma medalla; por lo cual, cuando llega el momento de la crisis, ¡cuán de distinto modo proceden los dos ancianos! La perdurable Safo grita, impreca, injuria, acusa y condena á su pobre marido: el noble veterano medita, se acusa á sí propio, y al cabo perdona.

Hay además en el cuadro otro notabilísimo grupo: el matrimonio del conde y la condesa: él aristócrata, ella de la clase media, jóvenes ambos, ricos y un día enamorados; ahora él, distraido y disipado en el mundo, cortejante y orgulloso; ella, perseguida por un falso amigo de su marido, y ansiosa de venganza, aunque no de desquite, humillada, pero no corrompida.

Aún falta la principal y más bella figura del

1 Acto 2.º, escena 12.

cuadro: la Marcela de este drama; Luisa, que con su espíritu religioso y su gracia, con su ingenio, con su carácter activo, amante, simpático, une todas las figuras, encauza la acción y la ilumina, hablando á cada uno en términos oportunos el lenguaje de la razón, y conciliándolos al fin á todos.

Ni carece tampoco cada una de aquellas parejas de un enemigo íntimo; tiene un adorador cada una de aquellas damas, excepto Micaela, según dice la comedia

que la mujer erudita
es vieja desde que nace;

pero las otras cuentan con sendos perseguidores: de la joven é inocente generala, lo es su antiguo y leal amante Eusebio; á la elegante condesa, asedian á porfía el artero y libertino Federico y el hipócrita y fatuo barón; y éste y el bolsista Luciano, atentan contra la fama de Luisa, amante de su marido.

Así, pues, Bretón, que ha pintado en esta comedia casi todas las más notables condiciones de desigualdad en el matrimonio, retrata asímismo en ella todas las formas de la seducción.

En el número de los seductores, y no incluyendo á Eusebio, que más bien evita que persigue á su antigua amada, merece el primer

lugar *D. Federico*, el cual lo es de oficio, y según lo retrata Luisa hablando á la condesa

> es un seductor protervo
> que con máscara de amigo
> proyecta tu perdición...
> que perseverante, asíduo,
> de los excesos del Conde,
> que halaga quizás el mismo...
> de tu mujeril flaqueza...
> de todo saca partido 1.

Este personaje, mejor se muestra en la acción del drama de que es importante agente, que no en los versos. Al par suyo aparece don Luciano el bolsista, el cual

> Porque á la bolsa y al agio
> debió lo que á tantos falta,
> no hay para él virtud tan alta
> que se libre del contagio 2.

Pero para su propia humillación y desengaño, dirige sus asechanzas á la discretísima Luisa, ausente de su marido y con todos afectuosa:

> LUCIANO. Como V. es tan amable.
> LUISA. Suponiendo que lo soy,
> porque una hable con dulzura
> á todos, sin distinción,
> y á ciertas galanterías
> dando su justo valor,

1 Acto 3.º, escena 1.ª
2 Acto 1.º, escena 2.ª

no muerda al que se las dice
como una loba feroz,
¿se ha de entender que renuncia
á su fama, á su pudor?

LUCIANO. No tal; pero ¿quién es dueño
de dominar su pasión?...
Usted bella, viva, alegre,
donosa, yo emprendedor...
las costumbres... el ejemplo
de otras... el clima español...
y si á todo esto se agrega
el estar ausente Don...

LUISA. Nunca está el marido ausente
para una mujer de honor.

Completa el grupo de seductores el barón [1] hipócrita filántropo, que acaba de poner en una bolsa de pedir limosna para una obra benéfica, un billete amoroso dirigido á la condesa: oigamos lo que de sí propio dice el interesado [2]:

BARÓN. Yo por moda y por carácter
naturalmente soy blando
de corazón, expansivo...
los niños desamparados,
el Colegio de la Paz,
el Refugio, y otros varios
píos establecimientos
disponen de mis... sufragios.
Escribo sobre reformas
del sistema carcelario,
y promuevo suscriciones
para las viudas del barrio,

1 Acto 2.°, escena 8.ª
2 Acto 2.°, escena 11.

para las pobres monjitas,
para la escuela de párvulos;
y ya una rifa de alhajas
proyecto, ya un espectáculo
circense... ya distribuyo
socorros domiciliarios,
hilas, vendas... Soy en fin
la misericordia andando.

He aquí, pues, todas las formas de seducción: el amor, la astucia, el dinero, la hipocresía, todas las asechanzas del espíritu del mal.

A todas las domina, y sobre todos los caracteres descuella la protagonista Luisa, ángel de la guarda humanado, verdadera personificación de la virtud, del talento y del sentido común. En el copioso teatro de nuestro poeta, no conozco colección de caracteres más numerosa, ni más magistralmente retratada.

El diálogo tiene una facilidad y fluidez superior á todo encomio; la versificación fácil y rica, sin que peque en artificiosa; el movimiento de la acción, grande; los contrastes y peripecias naturales, el fin moral patente y tan importante, que áun hoy día es el tema favorito de la musa dramática, puesto á discusión en la literatura, y por desgracia también en la legislación. He aquí cómo lo resuelve nuestro autor:

Que miren cómo y con quién
antes de casarse dos,
y si no les sale bien,
¿qué hacer? Llevarlo por Dios.
Pero antes que otra locura
aún más grande los disperse,
con talento y con cordura
pueden llegar á entenderse:
que cuando enferma un consorcio
de achaques de desamor,
mal remedio es el divorcio
y el escándalo peor.

Finalmente, porque nada falte en esta admirable composición, su inspirado autor la termina con una nota, que rarísima vez suena en sus obras, y que es marca ó indicio de la importancia que dió á esta, presagio además de que se acercaba ya para él aquel momento en que la luz eterna de la divinidad, más claramente nos alumbra.

Cuando Luisa, merced á su discreción y á su virtud, ha alejado á todos los perseguidores de la tranquilidad y de la honra ajena; cuando ha afianzado los vínculos próximos á romperse, y conciliado simpatías y afectos, ya casi disueltos, es aclamada por aquéllos, cuya separación ha impedido, y cuya felicidad ha consolidado; y cuando estos gritan entusiastas y enternecidos:

¡Gloria á Luisa!
¡Viva!
¡Viva!

contesta terminando el acto:

Esos vítores ¡no á mí!
queridos, al que está arriba (*Señalando al cielo*).
se deben.
—Y á tí, y á tí,

responden todos, y el telón cae aquí como en *El sí de las niñas*.

También en la obra maestra de Moratín cuando los interlocutores, dirigiéndose á Don Diego, exclaman: «Bendita sea tanta bondad!» Este replica: «Hijos, bendita sea la de Dios.»

Dios autor, prototipo, y corona de toda bondad, como de toda belleza.

Sin pensarlo escribimos por epígrafe de este capítulo que *La escuela del matrimonio* era el *remate de la corona de Bretón*, y ahora notamos, que así como las coronas que no son de triunfo, sino de *soberanía*, tienen por *remate* la cruz, símbolo de religión y de fé, esta corona del príncipe de nuestra escena, remata asímismo *Bendiciendo á Dios*, última, consoladora, infalible esperanza [1].

1 Esta comedia se estrenó en el teatro del Drama (calle del Desengaño), el miércoles 14 de Enero de 1852.

Brillaron en ella Arjona, Teodora Lamadrid y los Osorios, y duró hasta que el intentado regicidio de Merino (2 de Febrero de 1852), llevó á otros dramas más terribles el interés y la curiosidad de Madrid.

CAPÍTULO XLV.

«EL VALOR DE LA MUJER.» — «EL ABOGADO DE POBRES,» Y OTRAS COMEDIAS NO INCLUIDAS EN SU EDICIÓN PRÍNCIPE.—CESANTÍA.—1850-54, 66.

La escuela del matrimonio es, en mi entender, el último incontestado y más merecido triunfo de nuestro Bretón. Según algunos, no consiste esto en que el raudal de su numen se pareciese á ciertos veneros pobres, que en determinadas estaciones menguan ó alteran la saludable condición de sus aguas, ó cambian de dirección, ó en fin, se agotan; no, sino que más bien era la inspiración del poeta como aquellos ríos que subsisten con poca ó ninguna alteración en su caudal y corriente, y que sin embargo se ven abandonados por las poblaciones á que dieron salud y riqueza. Sigue hoy, como desde la creación, su majestuoso curso el Eufrates; aún sonríe en los campos béticos el Guadalquivir; pero ¿dónde están las cien puertas de bronce y las altísimas mura-

llas de Babilonia? ¿Qué se hicieron los palacios de alabastro oriental y los jardines colgados de Semíramis? ¿Dónde buscaremos las mil quinientas columnas de jaspe y las tarbeas de mármol, y los enmaderados de alerce dorado, y el cisne de oro, y la taza de pórfido á donde corría el raudal de azogue, y la perla de Amir, que valia un imperio? ¿Dónde, en fin, encontraremos las maravillas de Medina Zahara?

La civilización de Oriente, como la de Occidente, ha llevado á otros sitios la afición y la industria de los naturales. Corren aún los ríos; pero las ciudades han desaparecido, porque los hombres han mudado su asiento como su gusto.

Nada menos que veinte poemas dramáticos cuenta Bretón desde que se aplaudió el 14 de Enero de 1852 su *Escuela del matrimonio*, hasta que se despidió de la escena en el teatro de Jovellanos el 16 de Enero de 1867, con *Los sentidos corporales* [1].

1 *La escuela del matrimonio:* 14 Enero 1852.
El novio pasado por agua: 18 Marzo 1852.
El valor de la mujer: 16 Octubre 1852.
La cabra tira al monte: 2 Abril 1853.
El duro y el millón: 19 Noviembre 1853.
La niña del mostrador: 15 Marzo 1854.
Cosas de D. Juan: 9 Setiembre 1854.
Al pié de la letra: 13 Diciembre 1854.

En todos estos veinte dramas abundan las bellezas que habían valido al autor merecida fama y estrepitosos aplausos en los mejores años de su vida; ni uno sólo deja de estar marcado con aquel sello original de su originalísimo ingenio.

El valor de la mujer, que fué dado en el teatro de Variedades al mismo tiempo que en el del Príncipe se estrenaba *La hija de las flores*, de la Abellaneda, se vió tachado de inmoral por los amigos de aquella ilustre poetisa. ¡Asombro da decirlo! pero ya que de flores se trata y al teatro de Variedades se nombra, y de inmoralidad se habla, preguntaré: ¿Qué se diría si se hablase de *Bocacio*, de *Los dos mirlos*, ó de otras piezas que á menudo se representan en los teatrillos de Madrid? Bretón se propone en su drama demostrar que el valor de la mujer

Por una hija: 1856.
El Ebro: 19 Julio 1857.
Mocedades: 29 Octubre 1857.
La hipocresía del vicio (escrita anteriormente).
Entre dos amigos: 11 Enero 1860.
Elvira y Leandro: 13 Noviembre 1860.
El peluquero y el cesante y *Entre santa y santo* (publicadas en el Museo).
La hermana de leche: Enero 1862.
María y Leonor: 16 Enero 1863.
Cuando de cincuenta pases... 24 Diciembre 1854.
El abogado de pobres: 26 Enero 1866.
Los sentidos corporales: 16 Enero 1867.

no consiste en aquella cualidad varonil y brillante del alma, que arrostra los peligros ansiosa de triunfos, y que después de la victoria ambiciona, si no reclama, el ruido de la fama; no, no es ese el valor de la mujer, sino más bien la fortaleza pasiva, modesta, callada, que tiene en sí misma impulso y galardón suficientes.

La bella joven Jacinta es la personificación de esta virtud; como decía un crítico de aquellos días, ella «es débil en las cosas pequeñas »y fuerte y valerosa hasta la abnegación más »sublime en los grandes infortunios... se asus»ta de una sabandija, y arrostra las llamas de »un incendio; y sacrifica, no sólo su amor, »sino, en cuanto es posible, hasta su honra, »cuando llega la ocasión de mostrar su fé y de »acreditar su gratitud.» Este bellísimo carácter resalta más y se muestra mejor por el contraste con su prima Jacoba, «fuerte hasta la vi»rilidad en los accidentes menos importantes, »y débil hasta la abyección en las grandes »amarguras de la vida; fuerte para regir un »caballo ó disparar una pistola, débil para »conservar su honor ante un amante ó su dig»nidad ante una rival [1].»

Difícilmente se hallará en el teatro moder-

1 *Heraldo* del 2 de Noviembre de 1852.

no nacional, ni áun en el extranjero, escena de mayor viveza, de más acción ni de sentimiento más elevado y tierno que aquella con que concluye el cuarto acto entre las dos jóvenes: la una que todo lo sacrifica por amor al bien en sí mismo; la otra que todo, hasta su amor propio y su conveniencia, lo pospone al bien parecer exterior é inmerecido.

Dos años después, en Setiembre de 1854, naufragaba lastimosamente en el teatro del Circo la zarzuela *Cosas de D. Juan*, porque por lo visto la Musa bretoniana no se acomodaba á pagar feudo á la música; y además en esta ocasión, como en otras, en la carrera del ilustre académico, los reveses literarios coincidían con los políticos; así es que la revolución que en Julio de aquel año de 54 había triunfado, le alejó por segunda vez de la Biblioteca Nacional, que á la sazón dirigía.

Coincidencias eran estas que el agriado carácter de Bretón hacía observar á sus amigos. En 1.° de Octubre de 1840, tras el pronunciamiento de Setiembre, naufraga ante Espartero *La Ponchada*, y en Noviembre pierde su empleo de Bibliotecario segundo; en 9 de Setiembre de 1854, triunfante el alzamiento de O'Donnell, zozobran las *Cosas de D. Juan*, y un mes después, el 26 de Octubre, tiene que dejar la dirección del mismo establecimiento;

y tales coincidencias, que para cualquier otro quizá no fuesen reparables, para el ánimo ya predispuesto y para el espíritu ya suspicaz de Bretón, eran motivo de ásperas quejas y de rigoroso retraimiento; así es que ni áun á aquellas amistosas reuniones que en otro tiempo sanaban su tristeza concurría ahora. No le vemos tomar parte en el Belén, y figura en *apéndice* en *El romancero de Africa*, monumento poético-histórico, el más importante de nuestra literatura contemporánea.

Pero volvamos al teatro: la comedia *El abogado de pobres*, ó como la llamó el autor al principio, *La enfermedad reinante*, esto es, el ansia de ostentar un falso brillo superior al caudal y á la posición de cada cual, tiene, como desde luego se ve, miras más filosóficas y sociales que de ordiaario logran las lucubraciones del festivo poeta; y dado que no lo alcance completamente, ¿quién será insensible á la frescura, la belleza, la lozanía y los animados diálogos de aquella preciosa comedia?

Fué la penúltima que dió Bretón al teatro; representóse en el del Circo el 16 de Enero de 1866, y nada menos que 23 representaciones consecutivas tuvo en su estreno.

Ultimas refulgentes llamaradas de una antorcha próxima á consumirse, fulgores de despedida de una luz que se apagaba. Porque lo

cierto es, que en los dramas que median entre *La escuela del matrimonio* y éste del *Abogado de pobres*, ni el entusiasmo, ni el favor, ni la indulgencia, ni la curiosidad siquiera del público se había despertado. ¡Ah! es que su gusto, su interés, había, por decirlo así, emigrado desde el país de Marcela y de D. Frutos á otras regiones, y en vez de aprender de memoria las sonoras décimas y las agudas letrillas de Bretón, ó de reir con las bizarras rimas, con los salados equívocos ó con las inocentes alusiones de sus damas y galanes, se complacía en los difíciles problemas de la historia, y sentía las palpitantes pasiones de la política, que habían sacado á las tablas Gil, Hartzenbusch, García Gutiérrez, Rubí, Tamayo, Guerra, Ayala y otros varios, ó bien pretendía investigar los arcanos oscuros de la humana conciencia y las temerosas cuestiones filosóficas y sociales á que habían dado cuerpo y vida en dramas como *El hombre de Estado*, *El tanto por ciento*, *El drama nuevo*, *Lances de honor* y *No hay mal que por bien no venga* el insigne Adelardo Ayala y el admirable escritor que se oculta bajo el pseudónimo de Joaquín Estévanez.

Otras concausas de menor importancia sin duda perjudicaban á nuestro autor. El sistema absoluto que privaba en el antiguo régimen á

los actores de la libre disposición de sus talentos y hasta de sus personas, sujetándolos (parece increible) al embargo del corregidor de Madrid para que representasen en los coliseos de la corte, como si fuesen presidiarios á quienes se fuerza á trabajar en una carretera determinada, había mantenido en la capital, si no una compañía unida y entusiasta, por lo menos una organizada: cuadro completo y apto para poner en escena cualquiera fábula dramática. Abandonado con justicia este sistema, fué ventajosamente sustituido con la creación del Teatro Español, á la manera que existe el Francés desde el célebre decreto de Moscow. Pero suprimida también esta acción protectora, como lo había sido la opresión anterior, y abandonado cada artista á las sugestiones de su personal interés, y á veces á la de su envidia y de su orgullo, las empresas teatrales se han multiplicado, y las compañías perfectas se han reducido tanto, que no sé si puede contarse con una completa.

Una sola razón de cuantas se alegan para explicar el disfavor de Bretón no me parece admisible, á saber: que haya disminuido la afición del público á los espectáculos escénicos, y singularmente á la comedia y á los poemas festivos. En los buenos tiempos de Moratín, de Gorostiza, de Martínez de la Rosa y

de Bretón, apenas podían mantenerse, como ya se ha dicho, dos teatros, y esos fabricados y más ó menos auxiliados por el Gobierno. Hoy existen veintidos [1], los más construidos, y todos explotados por empresas particulares.

Si, por otra parte, se cuentan diez comedias de Bretón, de las que más fama han logrado, desde *A la vejez viruelas*, que fué la primera, hasta *Los sentidos corporales*, que es la última, y se suma el número de representaciones que de ellas pudo ver el autor en su medio siglo de vida escénica, desde 1824 á fin de 1873, no equivaldrán á las que se han dado casi sin interrupción de farsas como *¡A la plaza! ¡A la plaza!* [2]. Ni áun cuando se sumen

1 TEATROS EXISTENTES EN JUNIO DE 1882.

Teatro Real (ópera y baile).—Príncipe ó Español (calle del Príncipe).—Zarzuela (calle de Jovellanos).—Príncipe Alfonso (paseo de Recoletos).—Apolo (calle de Alcalá).—Variedades (calle de la Magdalena).—Alhambra (calle de la Libertad).—Novedades (plazuela de la Cebada).—Eslava (junto á San Ginés).—De la Comedia (calle del Príncipe).—Price (plaza del Rey).—Capellanes (plaza de las Descalzas).—La Risa (calle de los Estudios).—De Madrid (calle de la Primavera (San Lorenzo).—Martín (calle de Santa Brígida).—Lara (corredera de San Pablo).—Recoletos (calle de Olózaga).—Recreo (calle de la Flor Baja).—Infantil (calle de Carretas).—Buen-Retiro (Jardín de idem).—Guiñol (en el Prado).—Circo de verano (idem).

2 Diez comedias de Bretón de las más populares, y representaciones de ellas en Madrid en vida del autor:

los productos ó las representaciones de las veinte comedias de Bretón más repetidas durante ese largo periodo, apenas alcanzaremos el guarismo de tres farsas contemporáneas [1].

Primera. A la vejez viruelas..	10	*Suma anterior*. .	200
A Madrid me vuelvo.. . .	40	El cuarto de hora.	23
Marcela.	66	La escuela del matrimonio..	22
El pelo de la dehesa.. . .	37	El abogado de pobres. . .	23
Muérete y verás.	34	Última. Los sentidos corporales..	6
La batelera de Pasages. .	13		
Suma. . . .	200	*Suman las diez*. . .	274

La pieza *¡A la plaza! ¡A la plaza!* El 21 de Mayo, representaciones, 282. Diez comedias de Bretón, 274.

1 Veinte comedias de Bretón que más se representaron en Madrid durante la vida del autor:

A lo hecho pecho.	80	*Suma anterior*. .	589
Una de tantas.	75	El pelo de la dehesa. . . .	37
Marcela.	66	Muérete y verás.	34
El qué dirán y el qué se me da á mí.	59	Me voy de Madrid.. . . .	30
Mi secretario y yo.. . . .	57	El pró y el contra.	27
Pascual y Carranza. . . .	49	Todo es farsa en este mundo..	26
Un tercero en discordia. .	45	El poeta y la beneficiada..	26
Un hombre gordo.	42	Un novio á pedir de boca..	24
A Madrid me vuelvo.. . .	40	El cuarto de hora..	23
Ella es él..	39	Un abogado de pobres.. .	23
No ganamos para sustos..	37	*Suma*.. .	839.
Suma. . .	589		

La soirée de Cachupín, según afirma su traductor D. Ramón de Navarrete, ha sido representada en Madrid más de.	600
La canción de la Lola, de Ricardo Vega, llevaba en 1882. .	255
¡A la plaza! ¡A la plaza!.	298
Suma.	1.153

CAPÍTULO XLVI.

«LOS SENTIDOS CORPORALES,» ÚLTIMA COMEDIA DE BRETÓN.—1867.

No es necesario para explicar la declinación del aura popular de nuestro poeta, estudiar las variaciones del gusto, ni comentar las disposiciones gubernativas relacionadas con el teatro, ni seguir ó analizar los inmotivados caprichos de los aficionados, ni las erráticas evoluciones de los comediantes: basta tener presente que si bien las obras, los nombres y la fama de los ingenios son inmortales, sus personas y hasta las cualidades mismas de sus inteligencias, son caducas y perecederas. Corneille, el vigoroso autor que en la devota corte de Luis XIII, y en la no muy austera de Luis XIV, hizo revivir los tiempos heróicos de los Horacios, el feroz republicanismo de Cinna, el casto y cristiano amor de Poliouto y Paulina y la caballerosidad severa del Cid, acaba por empalagar al público con los amoríos de Berenice, de Pulcheria y de Surena,

y escribe aquél *Agesilas* que arrancó á Boileau su célebre *¡helas!* ¡Agesilas! que ha quedado en proverbio. ¿Quién en nuestros días reconocerá al ingenioso autor de *Nôtre damme de París*, ó al gran poeta de *Las orientales* en la novela de *L'homme qui rie*, ó en los libros en prosa y verso, que para pasto de sus supersticiosos adoradores aborta Víctor Hugo? Aun admitido el género de que se tiene por patriarca, ¿qué diferencia entre Hernani y Torquemada?

Dentro de nuestro propio país recordamos aquel tiernísimo y armonioso poeta que ponía en labios de *Los amantes de Teruel* poesías y afectos que no reconocen superioridad en otros ningunos; y le hemos visto cediendo á la injuria del tiempo, escribir versos casi faltos de número y de cadencia. No llegó á tanto ni á mucho menos nuestro Bretón; muy al contrario, en la última comedia que dió á las tablas, completando con ella el número 104 de sus dramas originales y el 175 de sus obras dramáticas, en 16 de Enero de 1867, es decir, cuando acababa de cumplir 71 años de edad, prodiga los mismos tesoros de gracia y de poesía que ostentaba en su juventud.

Titúlase esta comedia *Los sentidos corporales*; y, según decía un periódico contemporáneo [1],

1 Epoca de 20 Enero 1867.

«la fábula que ha escogido el autor de *Marcela* »no es de gran interés: despojada de todos los »atavíos, se reduce pura y simplemente á que »una joven, bella, modesta, de talento, con »todas las prendas de la mujer que puede rea»lizar el bello ideal de la familia, quiere, con »el ejemplo y el cariño, corregir á un hombre »(D. Bruno), bueno en el fondo, pero un tanto »escéptico; el cual, por haber sufrido un des»engaño de una mujer, piensa ya mal de »todas.»

Pero ¡con cuánto lujo de poesía y con cuánta amenidad de caracteres, de incidentes y de diálogos está adornada! En la exposición describe el autor los cinco sentidos en sendas poesías líricas, á saber: el olfato en romance agudo en *i*, el oido en una letrilla con esdrújulos, el gusto en quintillas, que son un estudio lingüístico digno de la Academia; la vista en octavas reales, que no tienen que envidiar á las mejores de *La mosquea*, y el tacto en otra letrilla con estribillo, rica en aquellas sales de que nunca es avaro nuestro autor. Cuando, en fin, parece agotada la materia, resume el debate el misántropo D. Bruno, haciendo descripción y elogio de otro sentido más importante, en esta forma:

Solo á la sensualidad
se ha pagado aquí tributo,

triste y amarga verdad
que cubre mi alma de luto.
Quién con la solfa delira
en academia tan sabia;
quién por el tacto suspira;
quién por las drogas de Arabia;
quién la óptica pone en boga;
quién los salmones de Irún...
¡Y nadie, gran Dios, aboga
por el sentido común!
Y el hombre, quizá el peor
de todos los animales,
¿es á ellos superior
en sentidos corporales? 1

Trata entonces de probar que no lo es, alabando en lindos versos la vista del lince, el oido de la liebre, el olfato del podenco y concluye:

No trato de convenceros
de que honran á los mortales
no esos instintos groseros,
sino las prendas morales.
¿Las hay aún? No lo sé,
en mundo tan corrompido.
¿Dónde está la buena fé?
¿Dónde el pudor se ha escondido?
Yo... será desgracia mía,
sólo en hombres y mujeres
veo infame idolatría
al oro y á los placeres.
Y pues tanta es la crueldad
de que hizo gala conmigo,
me hastía la sociedad
la detesto y la maldigo 2.

1 Acto 1.º, escena 4.ª
2 Idem id.

Convertir, pues, á este hereje, curar á este apestado, ó mejor dicho, sacar á este aprensivo maniaco del estrecho lazareto en donde voluntariamente se ha encerrado por temor del contagio, es el propósito del autor, el plan de su drama y la misión de su protagonista. De que lo consigue plenamente da testimonio el mismo D. Bruno al fin de la comedia [1].

Dice D. Desiderio:

Bien ¡Víctor! Todos contentos...
(¡Ah!) ¿Qué opinas hoy, querido,
del gusto, el tacto, el oido
y demás emolumentos?

y responde D. Bruno:

Hoy negando aún más que ayer
á los sentidos la palma,
veo en las dotes del alma
el timbre de nuestro ser.
Si el Sumo Hacedor dispuso
proveer á los mortales
de sentidos corporales,
bien que vedando su abuso,
Sostengo, contra la usanza,
que no con dárselos quiso
formar en el Paraiso
el hombre á su semejanza.
¡Qué! ¿Deja de ser su hechura
quien perdió brillo y salud?
¿No es acaso la virtud
más bella que la hermosura?
No padre, sino tirano

1 Acto 2.º, escena última.

á no ser esto verdad,
sería de la mitad
del triste género humano.
En cuerpo mortal se encierra
lo que nunca morirá,
y del alma al cuerpo va
lo que del cielo á la tierra.
Y ver sólo en sus iguales
falsedad, traición, perfidia,
es ¡ay! después de la envidia
el mayor mal de los males.

Tiene razón el D. Bruno... pero hay quien sospecha que Bretón, que no conoció jamás la envidia y que al principio de su vida exageró la confianza é inocencia infantil, adoleció al fin de ese otro *mal*, el *mayor de los males;* y no falta quien asegura que las palabras de esta escena describen el último periodo oscuro y aislado de su vida.

Pues para con Dios impía
que se la dió por castigo,
llevaba el cáncer consigo
de horrible misantropía.

Pero felizmente pudo añadir, y él lo dijo en mil maneras y ocasiones hablando de su esposa:

Mas de tal enfermedad
no plugo á Dios que yo muera,
y esta ha sido mi enfermera,
mi hermana de caridad.

En efecto, el amor de su esposa, su reclu-

sión tranquila y familiar, fueron su último refugio y el lenitivo de su dolencia moral verdadera ó imaginaria. Al propio periodista que hemos citado [1] se le escapa en el análisis de esta última comedia una nota biográfica importante y fehaciente, que dice así:

«En vano el Nestor de nuestros poetas dra»máticos procura conservar su preciosa vida »con el cuidado, con el sosiego, con las como»didades: su imaginación bulliciosa, activa, »joven siempre, en tanto que su dueño perma»nece al amor de la lumbre rodeado de tres ó »cuatro amigos que le ayudan á pasar agra»dablemente la noche; la imaginación, repito, »le abandona, recorre los saraos, va al tea»tro, á los gabinetes, á los cafés, á los bailes »de máscaras; lo recorre todo, lo observa todo, »y vuelve luego para contar á su dueño lo que »ha visto.»

Tres amigos y una mesa de tresillo... he aquí el último placer de Quintana, de aquel insigne lírico cuyas odas y cuyas proclamas habían hallado eco estrepitoso en toda España... Tres amigos y una mesa de tresillo, y además *una hermana de caridad;* he aquí el consuelo, la ocupación y el deleite de aquel fecundísimo autor que durante medio siglo ha-

1 D. Julio Nombela.

bía arrancado carcajadas en todos los teatros de España.

Del retraimiento del autor de Pelayo no hay que hablar; había el poeta ascendido á los primeros puestos del Estado; la educación de la Reina, y con ella quizá la salud y la gloria de la patria se le habían confiado: colmado ya de honores, más que de años, había sido pública y solemnemente coronado... honra á ningún otro en estos tiempos y en España concedida. Su popularidad, merecida sin duda, había sido obra de todos; su retraimiento era obra exclusivamente suya.

En cuanto al antes festivo autor de *Marcela*, ahora aquejado *de horrible misantropía*, puede dudarse de si esta es, efecto, de personal ilusión ó de injusticia pública. Si lo primero, inclinémonos ante el autor de la naturaleza, que como ha puesto la arruga en la frente de la hermosa, ha encerrado la tristeza en la mente de todo ingenio y el hastío en el corazón de todo poderoso, para probar

> Que es sin duda la virtud
> más bella que la hermosura.

Pero si, por el contrario, el desvío y la frialdad del público fueron causa de tal soledad y de tan inmerecida tristeza, convengamos en que procedía con gran ingratitud tratando así

á quien le había recreado durante medio siglo, y le había dedicado cerca de doscientos dramas, y no lejos de tres mil noches de ameno solaz, sin vulnerar siquiera ni en una de ellas sus creencias morales, sus recuerdos históricos ni sus inclinaciones características.

CAPÍTULO XLVII.

BRETÓN, ACADÉMICO.

Dice no sé cuál de nuestros místicos que la vida no es más que una serie de muertes, y que principiamos á morir apenas acabamos de nacer. Muere, en efecto, con nuestra infancia la rosa de nuestras mejillas y el oro finísimo de nuestro cabello y el candor angelical de nuestro sér: muere con nuestra niñez la agilidad de nuestro cuerpo y la inocencia de nuestra alma: muere en breve, con nuestra juventud, la donosura y gracia de nuestra persona y las vanidades de nuestro espíritu; y cuando acaba nuestra edad viril, encerramos como en un sepulcro las pocas ilusiones que nos restan, y nuestro cuerpo comienza á vestirse la mortaja de las canas y de las arrugas; de modo que, si llegamos á la vejez, no hereda la huesa otra cosa que un tronco sin acción ni vida para subsistir sobre la tierra.

Pues este fenómeno, que en lo corpóreo observamos y padecemos; esta sucesión de muer-

tes á que llamamos vida física, la experimentó en su vida literaria nuestro autor; y está patente en sus obras.

Aun sin tomar en cuenta los arranques patrióticos de su adolescencia, ni los arrebatos liberalescos de su juventud, con sus coplas á lo Gerardo Lobo y sus improvisaciones á lo Diego Torres, tan perdido todo como el caballo de cartón ó el fusil de caña de su niñez; bien observamos en él, á la hora á que hemos llegado en esta biografía, perdida ya aquella tierna y lírica pasión con que celebraba á la cazadora Laura en la quinta de Hortaleza, ó lloraba á la ausente Silvia en las alamedas de Sevilla: el poeta lírico había muerto á manos del ingenio dramático, ó quizá del hombre casado. No existe tampoco aquella risueña, fecunda y mordaz inspiración con que satirizaba *El furor filarmónico*, *La manía de viajar*, *Los vicios de nuestra época* y *Los defectos de los malos pintores y comediantes*: el poeta, puramente satírico, había muerto, dejando su herencia al folletinista político. Este á su vez, que tanta fecundidad gozaba y que tanta vitalidad prometía, había sucumbido al airado golpe de los amotinados de 1836.

¡Y cuántas cosas habían muerto también al rededor de aquella naturaleza tan vigorosa y espansiva! El Liceo y las improvisaciones en

él á menudo coronadas; el Parnasillo y sus chistes rimados y sus salados epigramas; las tertulias fraternales de sus amigos, que le consolaban y alentaban en su carrera.

Habían muerto asímismo sus efímeras aspiraciones políticas y sus más arraigadas esperanzas administrativas: unas y otras consumidas por largo esperar y amargo desengaño. Quedábale el teatro, su gran pasión, su *consagración* antigua, su segunda naturaleza; y también poco á poco, á la manera que van debilitándose y paralizándose los miembros del anciano, se había baldado su musa cómica.

Aun á pesar de todo esto, le quedaban dos objetos, dulces y amadas prendas en que había reconcentrado todos sus recuerdos pasados, todo su amor presente, toda su seguridad y esperanza en lo futuro: su familia y nuestra Academia.

Como ambas estaban cubiertas por un mismo techo, él las envolvía en el mismo afecto, y yo llego á dudar si las diferenciaba en el trato. Como hemos visto (cap. XX), casi al mismo tiempo (1837), fué académico y esposo; las mismas personas le dieron en aquellos dos faustos sucesos los primeros plácemes; recién casado procuró presentar á su compañera nuevos laureles y nuevos amigos: novel académico, se afana en atraer nuevos co-

laboradores que ilustren nuestra compañía.

En verdad no puedo resistir al deseo de aducir en prueba de esto y de su antiguo afecto á nuestra Corporación, lo que á este mismo propósito de la Academia me escribía á bien poco de su ingreso y de su matrimonio: allá en «30 »de Abril de 1838: se trata, dice, de admitir »en la Academia á Mesonero; muy digno es de »este honor y también lo merece Gil, para cu»ya recepción empiezo á dar pasos, que espe»ro no serán infructuosos.» En 28 de Junio del año siguiente añadía: «Después de la bue»na adquisición de *El curioso parlante*, ha hecho »la Academia Española otra que no osaré »calificar tan ventajosamente. El nuevo ini»ciado es el Sr. Cavorreluz. Creo que han me»diado compromisos y consideraciones, cuyo »origen no puede ocultarse á la perspicacia »de V. (Era maestro de la Reina Isabel II).— »Ha de saber V. también que se me ha ascen»dido á *supernumerario*.

»¡Peregrina denominación! Cuando reclutas »se nos honra (se entraba con la denominación »de *honorarios*) y al primer paso de nuestra ca»rrera académica se declara que estamos *de* »*más*. Pero como en este país y áun en los ta»lleres donde se fabrican diccionarios, rara vez »las cosas se representan exactamente por me»dio de las palabras con que se indican, ello

»es que yo he ascendido, he *progresado*, y mi »satisfacción (que no dejo de tenerla en esto, »diga lo que quiera Quintana [1]) hubiera sido »mayor siendo V. partícipe de ella, como yo »lo esperé. Cónstame que la Academia quiso »hacerla extensiva á V. y á Bigüezal, que más »que yo la merecen, pero parece que los Es»tatutos no permiten que se ascienda á los au»sentes.

»¿Qué pasto literario da V. ahora á su ima»ginación? No la creo ociosa. ¿Desentraña V. »crónicas para ordenar otro drama histórico? »¿Pulsa V. la lira para dar fomento al Liceo »Valenciano? ¿O algún acceso político le mue»ve á V. á hacer gemir la *prensa periódica*? ¿O »bien sigue V. numismatizando y no conten»to con secar su brillante imaginación, quiere »cegar sobre el oxidado y destruido busto de »un déspota borracho ó de una meretriz san»tificada? Infórmeme V. de su vida literaria y »de si piensa ó no volver pronto á gesticu»lar conmigo oyendo hablar por los codos á »Navarrete, disputar á Duaso en favor de los »derechos existentes á propósito de vocablos, »decir chascarrillos y gargajear á Gallego, que »ha escapado de buena, y viendo en fin la »oportunidad con que siempre despierta el

1 Alude al dicho de Quintana, referido en el cap. XX.

»Presidente á la hora de tocar la campanilla.»

Ó yo me engaño, ó estas frases escritas por Bretón en el abandono de la amistad, ahorran toda prueba para convencerse del noble orgullo y familiar cariño que desde el principio esperimentó por nuestro instituto: y tales afectos, como los del niño criado en la admiración de su linaje, crecieron con el tiempo uniéndose á cierta noble ambición de aumentar el lustre de la familia, y á una constante laboriosidad para alcanzarlo.

Así es que, acreditada ésta, ascendió á plaza de número en 14 de Mayo de 1840, no por la muerte, sino más bien en la antigua vacante del Conde de Montijo.

Puso desde luego mano en la novena edición del Diccionario que á la sazón estaba en prensa, encargándose gratuitamente de la enojosa tarea de la corrección de pruebas.

Publicada que fué en 1843 aquella edición, aún le tocó mayor trabajo y le cupo más distinguido honor en la siguiente; porque su íntima amistad con D. Juan Nicasio que, como se ha dicho, le había dado la bendición nupcial, y que por sus achaques se iba inhabilitando, le comprometió cariñosamente á tomar sobre sí las tareas de aquel eruditísimo secretario.

Ayudóle en la del Diccionario D. Francisco Cutanda, que con ello hizo ó aumentó mé-

ritos para ingresar tiempos adelante en la Academia.

Dióse á luz la décima edición en 1852, y casi al mismo tiempo bajó al sepulcro Gallego, el cual, á pesar de larga y penosa enfermedad, no se creía dispensado de la asistencia á nuestras juntas.

La ocasión de su muerte fué ésta. Presenciando los fuegos artificiales que en honor del nacimiento de la Princesa de Asturias Doña Isabel se dispararon en la plaza de Oriente el 22 de Diciembre de 1851, se rompió el anciano sacerdote una pierna; y así y todo, haciéndose bajar en silla autorizó muchas juntas del año 52, firmando con trémula mano el acta de 18 de Noviembre. Murió pocas semanas después, el 9 de Enero de 1853, dejando nombrado á Bretón por su albacea testamentario, y recomendándole así indirectamente á la Academia, que en efecto le eligió para suceder á Gallego, nombrándole su Secretario perpétuo el 20 de Enero.

Ni fué éste solo importante cargo el que la Academia le confió, sino que en el siguiente año de 1854 le encomendó la redacción é impresión de la Gramática, y á su cuidado estuvieron las ediciones subsiguientes hasta 1870.

Creadas en 24 de Noviembre de 1859 dos comisiones importantísimas, una con el fin de

preparar la publicación de un Diccionario de sinónimos, y otra para la reforma de la Gramática, que la Academia resolvió redactar con espíritu más filosófico que la antigua, Bretón fué nombrado individuo de ambas. Si la primera aún no ha dado á luz el fruto de sus tareas, no por eso ha dejado el laborioso comisionado de presentar 497 artículos escritos con una perspicuidad y, si cabe, con una gracia digna del autor de *Marcela*. En cuanto á la redacción y publicación de la nueva Gramática en 1870, que indudablemente marca un gran progreso científico y filológico en el estudio de nuestra lengua, no cupo sólo á Bretón la honra: compartiéronla con él sus compañeros de comisión; pero ellos atestiguarán que á ninguno cedió en laboriosidad y celo.

Escribió asímismo el *Compendio* de dicha Gramática *dispuesto para la segunda enseñanza*, corrigiendo por tanto las numerosas ediciones hechas desde 1857.

La Academia, que algún tiempo obtuvo del Gobierno el favor de que sus tratados sobre Gramática fueran obligatorios, perdió pronto este privilegio; pero el crédito que habían alcanzando sus libros y su autoridad no menguó en el público; tanto que fué necesaria mayor premura en la publicación de sus ediciones, corriendo las más de ellas á cargo de su incan-

sable secretario. Quizá la que más le fatigó fué la undécima del Diccionario, cuya coordinación definitiva, revisión de materiales y corrección de pruebas llevó á cabo por los años de 67 y 68.

Publicado este Diccionario en el siguiente de 69, la Comisión de que Bretón era Presidente, presentó para redactar la próxima edición un nuevo plan, que la Academia aprobó tras largo examen, confiando á la Comisión redactora en 13 de Enero de 1870 el comenzar y ordenar la duodécima publicación del Diccionario que ahora se está dando á la estampa.

Al par que esto, redactó Bretón los *Resúmenes de actas y tareas académicas* desde el año 1859, primero en que se celebró sesión pública inaugural, hasta el de 1868, último documento de esta especie que escribió.

Al llegar en su biografía á esta fecha, no puedo menos de parar mientes en la extraña correspondencia que descubro en las vicisitudes de su carácter personal y de sus producciones literarias: con (¿quién lo diría?) con los sucesos políticos.

Los de 1812 le lanzan del aula al campamento, y los de 1820 le llevan del cuartel de caballería á la Intendencia. La reacción de 1823 le da el teatro como único medio de

procurarse el pan. Con la aurora liberal de 1830 y 33 entra en el periodismo. En 1836, el motín de La Granja rompe su donosa pluma de folletinista y su lira casi emula la de Beranger. En 1840, el pronunciamiento llamado glorioso y el *tole tole* de *La Ponchada*, le roban para siempre su confianza en el público. En 1854, otro alzamiento apellidado honroso, le arranca sus esperanzas administrativas, apartándole de la Biblioteca. En 1868, en fin, con la caida de la realeza en el Estado, y con la introducción del realismo en la literatura, se aleja él definitivamente del teatro, y se le inocula una acedia de espíritu que labró su desgracia en los últimos años de su vida.

De los vientos y tempestades que por todos lados le combatían, procuraba él abrigarse ó defenderse en el seguro y repuesto asilo de la calle de Valverde; allí se reunía la Academia, que confortaba su ánimo; allí moraba su familia, que dulcificaba su corazón; y tan mezclados estaban en él estos dos afectos que, como ya se ha insinuado, apenas sabía distinguirlos, ni reparaba bien la diferencia que media entre la autoridad soberana del padre de familia y la igualdad fraternal del socio literario. Para Bretón, ahorrar á la Academia un gasto, áun cuando fuese destinado á honrar el nombre de nuestros grandes predeceso-

res, era aumentar meritoriamente el patrimonio de nuestros descendientes; para él la aprobación de un acta, ó la aceptación de un vocablo, era cuestión de honra personal; discutía con vehemente amor é incontestable buen sentido, pero con inquebrantable tenacidad; y cuando era vencido en las votaciones por el número, se contentaba con decir: «supongo que nada de esto constará en actas;» y obteniéndolo así por el respetuoso cariño que todos le tenían, se consolaba con que la opinión contraria á la suya no se perpetuase en la historia académica.

Con tales antecedentes, á nadie sorprendió, aunque á todos fué doloroso oirle en la sesión de 5 de Enero de 1870, participar oficialmente á la Academia que estaba en disidencia fundamental con sus colegas de la Comisión de Diccionario, y que en la sesión próxima sometería el punto á la Academia en pleno. En efecto, tres días después, el 8 de Enero, se discute ámpliamente el sistema que había de adoptarse para remunerar los trabajos de la Comisión de Diccionario, y, tras largo y concienzudo debate, sujeto el fallo á votación, queda Bretón en minoría.

Todavía asistió á la sesión inmediata del miércoles 12 de Enero de 1870, en que leyó el acta de la anterior, que fué aprobada; pero

esta fué la última vez que presenció nuestras discusiones, porque al siguiente día, jueves 13 de Enero, se excusó por enfermo y le sustituyó Ferrer del Río.

A la semana siguiente, el 19 (ausente ya Bretón), dió cuenta Segovia, á nombre de la Comisión de Diccionario, de que su ilustre y laborioso Presidente estaba *irrevocablemente* decidido á no formar parte de ella, *porque le tenía vendido el trabajo*; añadió Segovia que «él esperaba que Bretón no insistiera en tal designio, porque todos sus compañeros le habían hecho ver que les honraría con solo dirigirles, y sería utilísima su experiencia: bajo el concepto que le relevarían de toda fatiga, y se reunirían en su casa y á la hora que fuese de su gusto.»

En tanto la enfermedad, ó abultada ó poco creida del resentido secretario, llegó á ser efectiva; agregóse una grave pulmonía al catarro asmático que le aquejaba; y la Academia atenta á ello y solícita en agradarle, declaró en 17 de Febrero de 1870 que se le consideraría como presente á toda junta ó acto académico: honor que los Estatutos permiten para rarísimos casos, y que hasta entonces sólo había sido dispensado en 13 de Mayo de 1787 á Huerta, el autor de la *Raquel*, y en nuestra época á Vega, autor de *El hombre de mundo*.

Inútil fué todo, infundadas las esperanzas que Segovia había concebido; Bretón, que contaba á la sazón 1368 asistencias, no volvió á ocupar una sola vez su silla. En vano por escrito y de palabra se le mostraron los deseos que todos teníamos de verle en nuestras juntas: algunas veces le encontrábamos en el rellano de la escalera, sentado en el banco que está á la puerta de nuestra Academia; rodeábanle todos, preguntábamosle por su salud cariñosos, instábamosle solícitos que siquiera á descansar entrase... Nunca condescendió, nada fué poderoso á desfruncir su ceño.

Enojóse aún más, cuando habiéndose Ferrer del Río estropeado un dedo de la mano derecha, se nombró á Segovia secretario interino; y conforme á un acuerdo y práctica recientemente establecida, se le adjudicaron los emolumentos de tal oficio, mientras interinamente lo desempeñase.

Al saberlo Bretón, resolvió tomar un partido extremo. Las comunicaciones que en el particular mediaron constan en actas; pero aunque honrosas todas, son esencialmente íntimas y demasiado tristes para que con ellas oscurezcamos este escrito.

A nadie sorprendió, pues, el contenido de la de 5 de Abril de 1871, que dice testualmente: «El Sr. Bretón de los Herreros comunica de

»oficio al infrascrito Secretario accidental, »que ha trasladado su habitación á la calle de »la Montera, núm. 43, cuarto principal, y que la »ofrece á los señores académicos.—Se le con»testará agradeciendo el cortés ofrecimiento y »diciendo que la Academia ha visto con pe»sar que S. S. deja la vivienda que en esta casa »tenía, la cual quedará á su exclusiva disposi»ción; y que sus compañeros desean que muy »pronto le permita su salud volver á ocu»parla.»

Sincero, general y profundo fué el sentimiento á que aquí se alude; quien fué de él partícipe y testigo lo afirma honrada y francamente, y al cabo de tantos años aún lo recuerda con dolor.

Presumo yo que lo tuvo igual ó parecido aunque despechado el ilustre académico. Que no se desprende nadie sin pena de lo que, adquirido con honra, se pierde sin culpa, ó al menos sin intento de cometerla. Honores hay que ni áun rogados se aceptarían si se previese el dolor que causan cuando se pierden.

CAPÍTULO XLVIII.

CASA NUEVA, SEPULTURA ABIERTA.

Muy poco disfrutó Bretón de la casa que cortesmente había ofrecido á sus compañeros de la Academia; y áun presumo que he usado impropiamente del verbo disfrutar; porque el nuevo inquilino de ella más la tenía por cárcel que por vivienda; como en destierro entró en ella y no como en su domicilio: y lo que era en verdad era enfermería.

Agraváronse sus dolencias físicas con el peso de sus sinsabores morales; y lo melancólico de su carácter, y lo acre y taciturno de su trato, se aumentaba al compás de sus padecimientos corporales.

Nadie hubiera entonces podido reconocer en el anciano triste, receloso y apocado, aquel festivo, confiado y franco ingenio, que tan verídicamente retrata Mesonero en el precioso libro [1] que en este momento llega á mis ma-

[1] *Memorias de un setentón*, tomo II, cap. IV.

nos, en donde dice hablando de *El Parnasillo:*

«Allí Bretón de los Herreros, con su alegre »y franca espontaneidad característica, su »prodigiosa facultad para versificar, aunque »fuese una noche entera, y la homérica y co»municativa carcajada con que él mismo ce»lebraba sus propios chistes.»

No fué poderoso para aliviar sus males el cuidado de una esposa idólatra, de unos parientes que más parecían hijos amantísimos, de un distinguido facultativo, deudo suyo también, que le asistía con solicitud y cariño de hermano [1]. No desarrugaron su ceño los honores que le habían concedido, sin que él lo pretendiese, dos dinastías entre sí rivales: la Católica con la banda que lleva el nombre de aquella gran Reina, y la de Saboya con la que fundó la virtuosa Doña María Victoria. Ni lograron siquiera distraerle sucesos, que de puro lisonjeros llegan á ser fenomenales, y no sé que se puedan contar en la biografía de ingenio alguno de nuestra España.

Él logró en vida que se inscribiese su nombre en bronce á propuesta y expensas de persona que, como Olózaga, no era (según ahora se dice) de su comunión política, ni inclinado (según todos saben) á prodigar alabanzas; él

1 El malogrado Dr. D. José Antonio Moñino.

alcanzó que la humilde casa en que había nacido fuese (viviendo él) señalada al respeto público, como las de Cervantes, Lope y Calderón, siglos después de la muerte de aquellos ingenios [1]. Él pudo leer, si hubiese vuelto á la casa número 1 de la calle del Medio en la villa de Quel, esta sencilla y honorífica inscripción:

EL 19 DE DICIEMBRE DE 1796
NACIÓ EN ESTA CASA
EL FECUNDO Y POPULAR POETA
DON MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS.

Él consiguió ver agotada la edición de sus obras, aunque voluminosa y relativamente cara; saber asímismo que otras fraudulentas se repetían en Europa y América: cosa que, si no aumenta su hacienda, atestigua su popularidad, y que no impedía que muchos editores se brindasen con instancia á imprimir otra más completa y lujosa, incluyendo cuanto en los últimos años había escrito, y ofreciéndole por ello considerable suma.

La Academia, por recados y repetidas visitas, se informaba del estado de su salud, considerándole como presente en las doscientas

1 Celebróse la inauguración de este monumento conmemoratorio el dia 24 de Octubre de 1870, con gran pompa. Hicieron composiciones alusivas, Segovia, Hartzenbusch, Borao, D. Cándido Bretón y otros.

doce juntas que se celebraron desde la última á que Bretón había asistido.

El Emperador del Brasil, apenas llegado á Madrid el jueves 15 de Febrero de 1872, y al salir de la sesión de la Academia, no creyó satisfecho su propósito de honrar á los cultivadores de la literatura española, si no veía y trataba al ilustre heredero de Tirso y de Moratín, cuyas obras además conocía y admiraba; así, pues, pasó personalmente á visitarle, acompañado de su Ministro el Sr. Gama y, según creo, del Sr. Foronda, deudo, á lo que pienso, del poeta.

La emoción de éste al anunciarle la imperial visita fué tal, que le costó algún tiempo reponerse; al cabo él, que antaño había hecho larga y enfadosa antesala á Quintana, tuvo en la suya á un Emperador descendiente del Duque de Viseo, recibiéndole al cabo como amigo y colega. Tendióle la mano D. Pedro de Braganza con cariño de hermano; sentáronse todos en aquel sencillo aposento, rogóle el Emperador que le presentase á su mujer; llegada ésta, y cual si de antiguo se conociesen, discurrieron no brevemente sobre materias literarias y sobre el viaje que D. Pedro pensaba hacer *desde Madrid á Toledo*, «al revés que Vm.,» dijo el Príncipe, aludiendo á la comedia *Desde Toledo á Madrid*, refundida por

Bretón. «En todo caso, replicó éste, no irá V. M. en la alegre compañía de Tirso.» «Iré, dijo el Emperador, en la de V. y de Hartzenbusch que valen tanto.» Bretón hablaba con dificultad y procuraba en lo posible llevar modestamente la conversación á la historia y estado general de nuestra literatura dramática. El Emperador, por el contrario, torcía delicada y cortesmente el asunto hacia las obras del ilustre anciano, y no escaseaba citas de *Marcela* y de *El cuarto de hora*. Aumentaba con esto la confusión del poeta; preguntóle D. Pedro cuántas comedias había escrito desde la última inserta en sus obras *¿Quién es ella?* «Señor, más de veinte,» le contestó Bretón. «No conozco, repuso el Emperador, más que *La escuela del matrimonio.*» «Pues si V. M. las acepta, yo tendré el honor de enviárselas todas.» Mostróse á esto muy agradecido el Emperador, y con pocas palabras más y muy cordiales muestras de afecto, se despidió.

Al día siguiente S. M. I. envió recado al poeta para informarse de cómo estaba, y para decirle que hubiera prolongado más la conversación si no hubiese temido molestarle: que no considerase su visita meramente como la de un viajero curioso, sino como la de un admirador de su talento, *como la de un príncipe de la san-*

gre á un príncipe del ingenio. idea que ya había insinuado verbalmente.

En efecto, de príncipe á príncipe se agasajaron con regalos: Bretón remitió á D. Pedro las comedias que había dado al teatro desde 1850 á 1868, encuadernadas lujosamente por Ginesta en dos preciosos volúmenes con una expresiva dedicatoria: y D. Pedro le envió luego la gran cruz de la Rosa del Brasil, con una no menos afectuosa misiva.

¿Quién de nuestros poetas ha visto erigidas lápidas en honor suyo, y recibido visitas de emperadores? ¡Cuán lejos estaba todo esto de las humillantes censuras del P. Carrillo, y de los amenazadores silbidos de *La Ponchada!* Pero ¡ay! aún estaban á mayor distancia la regocijada condición de sus primeros tiempos, y las confiadas ilusiones de su juventud.

Sin embargo, cuando pensase que había, por espacio de medio siglo, llevado el estandarte de la hueste dramática; y mantenido por largo y difícil periodo, con sus solas fuerzas, aquel nobilísimo templo de nuestra gloria literaria; que había escrito ó dado á la escena 175 dramas de todos géneros, ó sean 475 actos, proporcionando así culto solaz al público madrileño por más de 2.800 noches; que había dado á la estampa con el poema *La desvergüenza* (portento de estudio rítmico) seis gruesos vo-

lúmenes, conteniendo uno de ellos 211 composiciones de todos los géneros de poesía lírica y satírica; que amén de eso, sin adular á los partidos ni lastimar á las personas, sin desertar de sus opiniones ni calumniar á las ajenas, había publicado en periódicos 97 letrillas y romances satírico-políticos, y 353 artículos de doctrina ó de costumbres; que, en fin, cuando hubo obtenido el sillón académico, que para muchos es de mero honor y de reposo digno, él se había empleado, sin tregua ni descanso, en honrarle y enaltecerle.... cuando todo esto pensase bien podía, contando lo avanzado de sus años y la multitud de sus trabajos, exclamar con el orador latino: *Mihi auten ferè satis est quod vixi vel ad etatem vel ad gloriam.*

Y esta tranquilidad de su conciencia de hombre de bien, y este fallo de su juicio de hombre de letras, unido al cansancio de la vejez, á los desengaños de la vida y á una dolencia crónica, en la cual (como si fuese carga de la Secretaría académica) había reemplazado á D. Juan Nicasio Gallego, hacían que se negase á todo trabajo, á todo trato, y áun á toda nueva lectura, contentándose con arreglar sus manuscritos y repasar sus obras, principalmente sus comedias, reverdeciéndose en su memoria sus pasados triunfos y sus juveniles años.

En esta distracción se hallaba la noche de Todos los Santos de 1873, al lúgubre doblar de las vecinas campanas de San Luis, que anunciaban la próxima conmemoración de los difuntos, cuando entró en su despacho, á muy pocos abierto, D. Cándido Bretón, sobrino digno y amantísimo del ilustre poeta, á quien, como hijo ufano de su propio nombre, veneraba. Y aquí ha de permitirme la Academia que copie un párrafo de carta del mismo D. Cándido, al cual debo, no este solo dato, sino muchos y muy preciosos que he utilizado en la presente biografía, y que en este caso tiene doble valor por la mayor excepción del testigo y por la llaneza misma del estilo en que resalta la veracidad.

Dice así la carta:

«El 1.º de Noviembre, á eso de las nueve de »la noche, fuí á su casa para jugar al tresillo, »que era su entretenimiento favorito.» (Semejante en esto á Quintana.) «Así que entré en »su despacho, donde se hallaba sentado á la »mesa de juego repasando su preciosa come»dia *El cuarto de hora*, cerró el libro colocando »antes entre las páginas 2.ª y 3.ª un naipe que »le servía de señal para continuar la lectura. »Desgraciadamente no tuvo ocasión de utili»zar tan extraño registro, pues aquellas pági»nas fueron las últimas que leyó. A poco llegó

»D. Mariano Pastor, primo del economista don »Luis María, y en seguida comenzamos la par»tida, que fué poco animada, porque el buen »anciano, en lucha desde el 29 de Octubre con »la pulmonía que había de causarle la muerte, »iba perdiendo por momentos fuerzas.

»Estas le abandonaron por completo á las »diez y media; y diciéndonos que no podía con»tinuar, se levantó; mas no pudiendo tenerse »apenas en pié, se vió precisado á apoyarse en »mí para trasladarse á su alcoba.

»Ni en los ocho días que estuvo en cama, ni »en las angustias y sufrimientos de su antigua »enfermedad (me escribe el Dr. Moñino) de»cayó su ánimo, antes bien siguió ocupándose »de todo y áun queriendo escribir algunas no»tas, y firmar varios papeles. Todos los días »pedía la *Gaceta* y la leía ó se la hacía leer. En »ella vió la muerte de Ríos Rosas, y le impre»sionó tanto, que desde entonces á cada mo»mento hablaba de ella, y cuando en los últi»mos días de enfermedad tuvo delirio, éste »versó casi únicamente sobre la muerte de »aquel académico y sus funerales, aconsejan»do á su familia que fuese á verlos; porque, de»cía, serán magníficos, como que ha sido Mi»nistro y Presidente del Congreso y jefe de »partido, y no pobre poeta...»

Ya en días anteriores había tenido frecuen-

tes sub-delirios, y pocos ratos pudo contar con plena lucidez de inteligencia. Felizmente esos intervalos se aprovecharon por parte del enfermo, en prodigar á su esposa y á sus parientes muestras de un acendrado cariño y en escribir ó firmar papeles de importancia según dice su Doctor; y por parte de la familia en facilitarle y allanarle el sendero de aquella gloria que no se acaba y de aquel laurel que no se marchita. Ayudóles en esta fácil y á la vez ardua tarea, amarga á un tiempo y consoladora, el insigne sacerdote y Académico Dr. Don Miguel Sanz, que, admirador en vida del poeta, tuvo á dicha probar al cristiano su paternal solicitud en la hora suprema.

Llegó ésta á las once y media de la noche del sábado 8 de Noviembre de 1873; es decir, cuando le faltaba poco más de un mes para cumplir setenta y siete años, y cuando había ocupado dos años y siete meses la habitación en que murió.

CAPÍTULO XLIX.

EL DIA DE LAS ALABANZAS.

Cuando la prensa dió cuenta del triste acontecimiento, ni un solo periódico de ningún partido vaciló en hacer justicia al mérito de Bretón; ni uno solo dejó de lamentar la pérdida del que llamaban: «Fundador del moderno »Teatro español, niño mimado de Talía, re»gocijo de toda una generación, valiente de»tractor de los vicios sociales de este siglo, »Molière y Goldoni español, sucesor de Mora»tín, el más fecundo y el más jovial de los es»critores dramáticos de nuestra época, Tirso »de Molina del siglo XIX, y en fin, Fénix de »nuestros autores cómicos contemporáneos.»

Apunto aquí estas frases copiadas al acaso, y extractadas de periódicos de opuestas opiniones políticas y literarias, para consignar un hecho, fijando el fallo de la opinión de aquel momento; como estampa la fotografía instantánea el movimiento de las olas del mar.

Si en vez de esto quisiera, á manera de oración fúnebre, elegir uno de los muchos artículos necrológicos que entonces se dieron á luz, me bastaría trascribir el que con título de *Los Dioses se van*, apareció en *El Imparcial* del 11 de Noviembre, firmado por quien era asímismo un popular poeta cómico, que muy de cerca siguió á Bretón en la tumba, D. Luis Eguílaz: lo omito por no vestirme con demasiadas plumas ajenas; basta, sin embargo, una frase para venir en conocimiento del notable y patético escrito: «Bretón ha muerto, escribe; »el hueco que al bajar á la tumba deja en la »falange literaria, *no se llenará*. Dos siglos ha »necesitado España para dar este sucesor á »Tirso de Molina; tal vez en otros tantos no »logre engendrar un hijo que suceda digna»mente á Bretón de los Herreros.»

Permítame ahora la Academia no escrutar voto alguno más, ni emitir el mío; bastan estos para apreciar el fallo de la opinión en cuanto al poeta.

Lo que es en cuanto al juicio del ciudadano y sus virtudes, del funcionario y sus servicios, del académico y sus trabajos, no lo necesitáis vosotros, compañeros suyos, ni quizá há menester que se lo formule el que haya pacientemente leido estas incorrectas, pero verídicas páginas.

Para nuestros venideros, mejor testimonio que mis argumentos serán los escritos mismos de Bretón.

Era éste en lo físico de mediana estatura, de corpulencia regular, más bien recio, aunque no obeso, ni áun en la vejez; corto de vista, en el único ojo que conservaba, por la herida, cuya cicatriz le señalaba el lado izquierdo, cortándole la ceja; por esto usó siempre anteojos de oro no muy sutiles: los labios gruesos y risueños, las facciones abultadas, las maneras no desenvueltas ni áun en la juventud; la fisonomía jovial en la mocedad, algo parada en la edad madura, melancólica en los últimos tiempos.

Nunca fué verboso, aunque sí agudísimo; más fácilmente improvisaba en verso que discurría en prosa; en sus palabras, como en sus pensamientos, había al principio cierto candor gracioso, cierta malignidad en el decir, inocente en el pensar... á todo lo cual la edad y los desengaños no cambiaron, pero impusieron silencio.

Sus funerales (decía *El Imparcial*) estuvieron desnudos de grande aparato, demostrando así que la gloria literaria no es el camino de la riqueza. Ni hubo en ellos tropa tendida en la carrera, ni salvas de artillería, ni conflicto de autoridades. A su entierro, modesto como

había sido la vida entera de Bretón, concurrieron los personajes notables de todas las aristocracias, la de la cuna, la del poder, la de la riqueza, principalmente la del ingenio.

La Academia en cuerpo presidió el duelo: en él se agrupaban los literatos y los artistas, los poetas y los actores, los que en la tribuna, en la prensa y en el foro, cultivaban la lengua que Bretón había estudiado en el pueblo é ilustrado en el teatro.

Más de un general señalado en la república de las letras, tributó los últimos honores al soldado-poeta: «Presidían el duelo (dice »*El Imparcial*) el sabio y respetable sacerdo»te D. Miguel Sanz, el Marqués de Molins, »Director de la Academia Española; el emi»nente literato Hartzenbusch, Bibliotecario »mayor, y el Sr. Castelar, Presidente del Po»der Ejecutivo, como académico y grande »orador; luego, añade, asistían Rubí y Nú»ñez de Arce, que llevaban las cintas del fére»tro; Tamayo, Campoamor, Ayala, Eguílaz, »Cueto, Cañete, Montemar, Amador de los »Ríos, Retes, Silvela, Jove y Hevia, Canale»jas, Vidart, Emilio Cánovas, Romea, Catali»na, Oltra.»

Las masas (como ahora se dice) tomaron en verdad escasa parte; los que asisten á las entradas triunfales de los tribunos, á las serena-

tas y entierros de los toreros, brillaban por su ausencia. ¿Quién les daba vela en este entierro? ¿Qué les importaba á ellos Bretón?

Él había retratado á muchos y divertido á todos, pero no había fusilado á ninguno; había hecho reir á tres generaciones, pero no había hecho llorar á una sola víctima.

Si como se cuenta de D. Juan de Manara, hubiese podido Bretón ver en vida su propio entierro, no hay duda que le hubiese sorprendido que le acompañasen tristes, y le elogiasen apasionadas, las clases mismas que más severas le habían criticado; y que aquellas otras á cuyo estudio y mejoramiento consagró su vida, y en cuyos retratos empleó su ingenio, le viesen pasar indiferentes, echando si acaso menos alguna charanga militar ó algún discurso político; y por otra parte si, según se refiere en la historia de San Bruno, que aconteció á cierto canónigo de Grenoble, hubiese podido nuestro poeta alzarse del féretro y hablar con los que asistían á sus exequias, presumo yo que no les hubiera hecho las terribles revelaciones que aquel precitó; sino que más bien les hubiera repetido los célebres versos de su comedia:

Para aprender á vivir
no hay cosa como morir...
y resucitar después.

Sí, resucitar para verlo todo con aquella luz cuya claridad es inefable y cuyo fulgor es eterno [1].

LEQUEITIO 8 de Setiembre de 1882.

MARIANO ROCA DE TOGORES.

1 Sus restos mortales yacen en el cementerio de San Luis y San Ginés, galería trasversal derecha, nicho número 367, sin más epitafio que su nombre.

LISTA DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS DE D. MANUEL BRETÓN DE LOS HERREROS

POR ORDEN CRONOLÓGICO.

FECHAS.	TEATROS.	TÍTULOS.	GÉNERO.	REPRESENTACIONES DADAS	Y ACTORES EN EL ESTRENO.
14 Oct. 1824	Príncipe.	A la vejez viruelas.	Com. or. 3 p.	10	C. Rodríguez, Cabo; * Casanova, Caprara, Guzmán.
29 Enero 1825	Id.	Lujo é indigencia.	Com. tr. 5 p.	7	
30 Mayo 1825	Id.	Los dos sobrinos.	Com. or. 5 v.	14	Torres, Cabo, Velasco, Baus; * Luna, Casanova, Caprara, Guzmán.
20 Junio 1825	Id.	Andrómaca.	Trag. tr. 5 v.	2	Torres, Rodríguez, Llorente; * *Ant. Herreros*, Caprara, Casanova.
6 Dic. 1825	Id.	La llave falsa ó los dos hijos.	Com. tr. 3 p.	16	
1825	Id.	Mitrídates.	Trag. tr. 5 v.	»	
18 Enero 1826	Id.	Valeria ó la cieguecita de Olbruc.	Dram. tr. 3 p.	20	
28 Junio 1826	Id.	Ifigenia y Orestes.	Trag. tr. 5 v.	11	Rodríguez, Llorente, Velasco; * Latorre, Viñolas, Caprara.
6 Set. 1826	Id.	Los Tellos de Meneses.	Com. ref. 5 v.	19	
13 Set. 1826	Id.	Doña Inés de Castro.	Trag. tr. 5 v.	22	Rodríguez, Peluffo, Baus; * Latorre, Caprara, Silvostri.
14 Oct. 1826	Id.	La carcelera de sí misma.	Com. ref. 5 v.	6	
23 Oct. 1826	Id.	Dido.	Trag. tr. 5 v.	13	Rodríguez, Peluffo, Baus; * Latorre, Caprara, Silvostri.
6 Dic. 1826	Id.	¡Qué de apuros en tres horas!	Com. ref. 5 v.	3	

6 Enero 1827	Id.	Los tres novios ó el caballero á la moda	Com. tr. 5 p.	13	
6 Mayo 1827	Id.	El príncipe y el villano..	Com. ref. 5 v.	5	
1827	»	Antígona.	Trag. tr. 5 v.	»	
»	»	La codicia en posta..	Com. tr. 1 p.		Pieza de circunstancias por el regreso de Fernando VII y Amalia desde Cataluña.
6 Nov. 1827	Príncipe.	No hay cosa como callar.	Com ref. 3 v.	3	
25 Enero 1828	Id.	A Madrid me vuelvo.	Com. or. 3 v.	40	Baus, Velasco; * Avecilla, Casanova, Viñolas, Guzmán, Fabiani, Cubas.
6 Abril 1828	Id.	El sitio del campanario ó los viajeros atolondrados.	Com. tr. 3 p.	10	
15 Abril 1828	Id.	Engañar con la verdad.	Com. tr. 4 p.	17	
25 Mayo 1828	Id.	El legado ó el amante singular..	Com. tr. 1 p.	40	
20 Junio 1828	Id.	¡Si no vieran las mujeres!.	Com. ref. 3 v.	25	
»	»	Las confesiones difíciles.	Com. tr. 1 p.	»	
22 Junio 1828	Príncipe.	La autoridad paterna..	Com. tr. 3 p.	4	
18 Julio 1828	Id.	Un paseo á Bedlán ó la reconciliación por la locura.	Com. tr. 1 p.	95	
7 Ag. 1828	Id.	La joven india..	Com. tr. 5 p.	13	
11 Ag. 1828	Id.	El rival de sí mismo.	Com. or. 1 p	4	Rodríguez; * Montaño, Fabiani, Guzmán, Azcona.
7 Nov. 1828	Id.	María Estuarda.	Trag. tr. 5 v.	30	Torre, Rodríguez, Llorente; * Latorre, Caprara, Fabiani.
13 Nov. 1828	Id.	El ingenuo.	Com. or. 5 v.	4	Baus, Samaniego; * Luna, Campos y Tamayo.
24 Nov. 1828	Id.	Ingenio y virtud ó el seductor confundido.	Com. tr. 3 p.	5	
29 Ag. 1829	Id.	La constancia contra la fuerza ó los tres presos.	Com. tr. 1 p.	20	
» 1829 Rep. 14 Feb. 1847	Id.	El que menos corre vuela ó los tres matrimonios.	Com. tr. 1 p.	8	

FECHAS.	TEATROS.	TÍTULOS.	GÉNERO.	REPRESENTACIONES DADAS Y ACTORES EN EL ESTRENO.
15 Nov. 1829	Cruz.	Las paredes oyen.	Com. ref. 5 v.	19
12 Dic. 1829	Príncipe.	El templo de Himeneo.	Com. or. 1 v.	1 Baus, Generoso, Alonso; * Luna, Martínez, López.
10 Feb. 1830 / 30 Mayo	Sevilla. / Madrid.-Cruz	La falsa ilustración.	Com. or. 5 v.	3 Llorente, Baus; * Luna, Montaño, Guzmán.
15 Feb. 1830	Sevilla.	El suplicio en el delito ó los espectros.	Dram. tr. 5 p.	24
24 Julio 1830	Id.	La sorpresa.	Com. or. 1 p.	Pieza de circunstancias escrita para los días de la Reina Cristina.
24 Julio 1830	Id.	Achaques á los vicios.	Com. or. 3 p.	»
1830	Id.	El ensayo.	Com. or. 1 p.	Pieza de circunstancias escrita en 1827. Reformada y dada en la Granja, 1830.
1.º Oct. 1830	Cruz.	El Contumaz.	Com. tr. 1 p.	2
»	Id.	Ariadna.	Trag. tr. 5 v.	»
»	Id.	El cómico de la legua ó la hospitalidad.	Com. tr. 1 p.	»
25 Nov. 1830	Id.	El colegio de Tonigtón ó la educanda	Dram. tr. 3 p.	15
2 Enero 1831	Id.	El regañón enamorado.	Com. tr. 3 v.	7
4 Enero 1831	Id.	El viaje á Huelva.	Com. tr. 1 p.	1
15 Mayo 1831	Príncipe.	Los primeros amores.	Com. tr. 1 p.	75
27 Mayo 1831	Id.	Desconfianza y travesura ó á la zorra candilazo.	Com. tr. 1 p.	39
30 Mayo 1831	Id.	El confidente.	Com. tr. 1 p.	2
2 Junio 1831	Id.	El amante prestado.	Com. tr. 1 p.	73
»	Id.	Romeo y Julieta (el 5.º acto).	Trag. tr. 1 v.	»
2 Junio 1831	Id.	Querer mandar en casa.	Com. tr. 1 p.	19

12 Junio 1831	Id.	El médico del difunto.	Com. tr. 1 p.	15	
28 Junio 1831	Id.	Jocó ó el Orangután.	Dram. tr. 3 p.	49	
11 Julio 1831	Id.	El poetastro ó la boba fingida	Com. tr. 1 p.	39	
1.º Oct. 1831	Id.	Mi tío el jorobado	Com. tr. 1 p.	42	
15 Nov. 1831	Id.	La morena y la rubia ó la madre política.	Com. tr. 3 p.	13	
30 Dic. 1831	Id.	Marcela ó ¿á cuál de los tres?	Com. or. 3 v.	66	Rodríguez, González; * Latorre, Valero, Mate, Guzmán.
7 Feb. 1832	Cruz.	Ielva ó la huérfana rusa.	Dram. tr. 5 p.	10	
13 Mayo 1832	Príncipe.	La familia del boticario.	Com. tr. 1 p.	102	
30 Mayo 1832	Id.	Por la novia y por la dote.	Com. tr. 3 p.	9	
24 Junio 1832	Id.	El albañil ó el vestido hace al hombre.	Com. tr. 3 p.	5	
24 Julio 1832	Id.	El segundo año ó ¿quién tiene la culpa?	Com. tr. 1 p.	16	
24 Julio 1832	Id.	La hermanita ó la lección indirecta.	Com. tr. 1 p.	12	
1.º Enero 1833	Id.	Un año de matrimonio ó el casamiento por amor.	Com. tr. 3 p.	2	
»	»	Wallanstein.	Dram. tr. 5 p.		No representado.
»	»	Marión Delorme.	Dram. tr. v.		Sólo tradujo acto y medio
»	»	Cómo se pasa el tiempo	Com. tr. 1 p.	»	
8 Feb. 1833	Príncipe.	Con quien vengo vengo.	Com. ref. 3 v.	27	
15 Feb. 1833	Id.	No más muchachos ó el solterón y la niña.	Com. tr. 1 p.	52	
21 Mayo 1833	Id.	La nieve.	Com. tr. 1 p.	14	
30 Mayo 1833	Id.	El músico y el poeta.	Com. or. 1 p.	4	Rodríguez, Lamadrid, González; * Latorre, Guzmán, Noreu.
23 Junio 1833	Cruz.	El templo de la gloria.	Com. or. 1 p.	1	Baus, Bravo; * Luna, Montaño, Galindo.
25 Junio 1833	Príncipe.	El triunfo de la inocencia.	Com. or. 1 p.	6	Rodríguez, Lamadrid; * Latorre, Mate, Noreu.
5 Dic. 1833	Id.	La loca fingida.	Com. tr. 1 p.	17	
25 Dic. 1833	Cruz.	Un tercero en discordia.	Com. or. 3 v.	45	Baus, Pinto; * Luna, Montaño, López, Galindo.

FECHAS.	TEATROS.	TÍTULOS.	GÉNERO.	REPRESENTACIONES DADAS Y ACTORES EN EL ESTRENO.
4 Feb. 1834	Príncipe.	La fé de bautismo.	Com. tr. 1 p.	4
30 Marzo 1834	Id.	Un novio para la niña ó la casa de huéspedes.	Com. or. 3 v.	10 Rodríguez, Llorente, Fabiani; * Latorre, Guzmán, Romea (J.)
15 Abril 1834	»	Los carlistas en Portugal.	Com. or. 1	Impresa en *El Universal*.
24 Abril 1834	»	Carolina ó el talento á prueba.	Com. tr. 1 p.	3
23 Oct. 1834	Príncipe.	Elena.	Dram. or. 5 v.	4 Rodríguez, Baus, Llorente; * Latorre, Mate, Fabiani, López.
31 Oct. 1834	Id.	Asinus asinum fricat, ó los dos preceptores.	Com. tr. 1 p.	60
19 Nov. 1834	Id.	Mi empleo y mi mujer.	Com. tr. 1 p.	16
6 Enero 1835	Id.	Un hombre gordo.	Com. or 1 p.	42 Baus, Llorente, Infante; * Mate, Romea, Infantes.
26 Abril 1835	Id.	Mérope.	Trag. or. 3 v.	3 Rodríguez; * Latorre, Romea, López.
13 Mayo 1835	Id.	Todo es farsa en este mundo.	Com. or. 3 v.	26 Rodríguez, Llorente, Roldán; * J. Romea, Guzmán, F. Romea.
3 Oct. 1835	»	¿Se sabe quién gobierna?.	Com. tr. 1 p.	29
4 Oct. 1835	Príncipe.	Los hijos de Eduardo.	Dram. tr. 5 v.	29 Rodríguez, Martín, Infante; * Latorre, Romea, Romea, Hernández.
22 Oct. 1835	Cruz.	El plan de un drama ó la conspiración.	Com. or. 1 p.	18 (Cooperación con Vega.) Díez, Lamadrid; * Luna, Pacheco, etc.
16 Nov. 1835	Id.	Otro diablo predicador ó el liberal por fuerza.	Com. or. 1 p.	5 Díez, Lamadrid; * Luna, Pacheco.

5 Dic. 1835	Príncipe.	1835 y 1836 ó lo que es y lo que será..	Com. or. 1 p.	17 (Cooperadores Grimaldi y Vega.) Infante, Casanova; * Latorre.
21 Dic. 1835	Cruz.	Me voy de Madrid..........	Com. or. 3 v.	30 Lamadrid, Díez, Baus; * Lombía, Luna, Pérez.
27 Abril 1836	Príncipe.	Un agente de policía ó el espía sin saberlo...............	Com. tr. 3 p.	49
5 Julio 1836	»	La redacción de un periódico.....	Com. or. 5 v.	7 Pérez, Llorente; * Luna, Guzmán, Campos.
28 Set. 1836	Príncipe.	El desertor ó el diablo.........	Com. tr. 1 p.	13
10 Oct. 1836	Id.	El amigo mártir...........	Com. or. 4 v.	6 Bravo, Pérez, Llorente; * Luna, Valero, Lombia.
30 Enero 1837	Id.	Las improvisaciones.........	Com. or. 1 p.	3 Bravo, Pérez, Llorente; * Luna, Silvostri, Lombía.
2 Marzo 1837	Id.	Una de tantas..............	Com. or. 1 v.	75 Pérez, Lapuerta; * Luna, Romea.
26 Abril 1837	Id.	¡Muérete y verás!..........	Com. or. 4 v.	34 Díaz, Pérez, Lapuerta, Casanueva; * Latorre, Luna, J. y F. Romea, Fabiani.
12 Julio 1837	Id.	La primera lección de amor......	Com. tr. 3 p.	20
30 Nov. 1837	Id.	D. Fernando el Emplazado......	Dram. or. 5 v.	11 Díaz, Lapuerta, Casanova; * Luna, Latorre, Romea.
24 Dic. 1837	Cruz.	Medidas extraordinarias ó los parientes de mi mujer............	Com. or. 1 v.	19 Samaniego, Palma, Llorente; * Luna, Mate, Sobrado.
15 Feb. 1838	Príncipe.	Ella es él...............	Com. or. 1 v.	39 Díez, Baus; * Romea, Sobrado, Guzmán.
15 Marzo 1838	Id.	El poeta y la beneficiada........	Com or. 2 v.	26 Pérez, Llorente; * Luna, Mate, Guzmán.
24 Marzo 1838	Id.	El pro y el contra...........	Com. or. 1 v.	27 Palma, Llorente, Lapuerta; * Romea, Mate, López.
7 Abril 1838	Id.	El hombre pacífico...........	Com. or. 1 v.	7 Fabiani.
26 Oct. 1838	Id.	Flaquezas ministeriales........	Com. or. 5 v.	5 Llorente, Díez, Casanova; * Luna, Guzmán, Sobrado.

FECHAS.	TEATROS.	TÍTULOS.	GÉNERO.	REPRESENTACIONES DADAS Y ACTORES EN EL ESTRENO.
29 Nov. 1838	Príncipe.	El qué dirán y el qué se me da á mí.	Com. or. 4 v.	59 Díez, Llorente, Vierge; * Luna, Guzmán, Sobrado.
4 Marzo 1839	Id.	Un día de campo ó el tutor y el amante.	Com. or. 3 v.	4 Pérez, Llorente, Fabiani; * Latorre, Luna, Guzmán.
22 Marzo 1839	Id.	El novio y el concierto.	Zarz. or. 1 v.	4 B. Lamadrid, Pérez; * Luna, Salas, Sobrado.
12 Mayo 1839	Id.	No ganamos para sustos.	Com. or. 3 v.	37 Díez, Llorente; * Luna, Romea, Guzmán.
30 Nov. 1839	Id.	¡Una vieja!	Com. or. 4 v.	5 Baus, Lamadrid, Llorente; * Luna, Romea, Guzmán.
13 Dic. 1839	»	Vellido Dolfos.	Dram. or. 4 v.	6 Baus, Bravo; * Luna, Lombía, Fabiani.
19 Feb. 1840	Príncipe.	El pelo de la dehesa.	Com. or. 5 v.	37 Lamadrid, Llorente; * Luna, Lombía.
21 Marzo 1840	Id.	Lances de Carnaval.	Com. or. 1 v.	11 Lamadrid, Fabiani; * Lombía, Alverá, Zafra.
8 Abril 1840	Liceo, en 1842 en el P.	Pruebas de amor conyugal.	Com. or. 2 v.	4
1.º Oct. 1840	Príncipe.	La Ponchada.	Com. or. 1 p.	1 Cooperación de J. Romea.
10 Dic. 1840	Id.	El cuarto de hora.	Com. or. 5 v.	23 Díez, Llorente; * J. Romea, Sobrado.
11 Feb. 1841	Id.	Dios los cría y ellos se juntan.	Com. or. 3 v.	5 Díez, Lamadrid, Llorente; * J. y F. Romea, Guzmán.
6 Marzo 1841	Id.	Cuentas atrasadas.	Com. or. 4 v.	5 Los anteriores.
11 Abril 1841	Id.	Mi secretario y yo.	Com. or. 1 v.	57
5 Mayo 1841	Id.	¡Qué hombre tan amable!	Com. or. 3 v.	4
22 Oct. 1841	Id.	Lo vivo y lo pintado.	Com. or. 3 v.	14 Díez, Casanova, Llorente; * Romea, Guzmán.
3 Nov. 1841	Id.	La pluma prodigiosa.	Mag. or. 3 v.	17

24 Dic. 1841	Id.	La mansión del crimen	Com. tr. 1 p.	45	
13 Enero 1842	Id.	La batelera de Pasages	Dram. or. 4 v.	13	Díez.
1.º Abril 1842	Id.	La escuela de las casadas	Com. or. 4 v.	17	
3 Mayo 1842	Id.	El editor responsable	Com. or. 3 v.	7	Díez, Lamadrid; * Romea.
9 Enero 1843	Id.	Los solitarios	Zarz. or. 1 v.	5	Díez, Lamadrid; * Romea.
» 1843	»	El carnaval de los demonios	1 v.		Impresa en el periódico *La Risa.*
19 Enero 1843	Príncipe.	¡Estaba de Dios!	Com. or. 3 v.	16	
23 Marzo 1843	Id.	Un novio á pedir de boca	Com. or. 3 v.	24	
28 Abril 1843	Id.	Un francés en Cartagena	Com. or. 2 v.	4	
30 Mayo 1843	Id.	Por no decir la verdad	Com. or. 1 v.	5	
3 Junio 1843	Id.	Errar la vocación (anunciada)	Com. or. 3 v.	8	
2 Nov. 1843	Id.	Finezas contra desvíos	Com. or. 4 v.	4	
8 Nov. 1843	Id.	La sombra de Isabel I.	Com. or. 1 v.	1	Cooperación con Rubí y Vega
19 Dic. 1843	Id.	Una noche en Burgos ó la hospitalidad.	Com. or. 3 v.	15	
24 Dic. 1843	Id.	Pascual y Carranza	Com. or. 1 p.	49	
19 Enero 1844	Id.	La independencia	Com. or. 4 p.	4	
11 Set. 1844	Cruz.	A lo hecho pecho	Com. or. 1 v.	80	Tablares, Bardán; * Guzmán, Caltañazor, Aznar.
23 Set. 1844	Príncipe.	¡Cuidado con las amigas!	Com. or. 3 v.	17	Pérez, Tablares, Bardán; * Lombía, Sobrado.
21 Nov. 1844	Id.	Aviso á las coquetas	Com. or. 1 v.	10	Lamadrid, Díez; * Luna, Romea, Lumbreras.
24 Dic. 1844	Id.	La minerva ó lo que es vivir en buen sitio	Com. or. 1 v.	9	Chafino, Lapuente; * Luna, Lombía, Caltañazor.
27 Enero 1845	Id.	D. Frutos en Belchite	Com or. 3 v.	8	Pérez, Lamadrid, Lapuerta; * Luna, Lombía, Caltañazor.
24 Dic. 1845	Cruz.	Frenología y magnetismo	Com. or. 1 v.	1	
16 Enero 1846	Príncipe.	Errar la vocación (representada)	Com. or. 3 v.	8	
» 1846	»	Mi dinero y yo	Com. or. 3 v.		No se representó.
16 Oct. 1847	Príncipe.	Fuego de Dios en el querer bien	Com. ref. 4 v.	17	
24 Dic. 1847	Id.	Desde Toledo á Madrid	Com. ref. 5 v.	29	
14 Enero 1848	Id.	Un enemigo oculto	Com. or. 4 v.	5	
16 Set. 1848	Id.	Memorias de Juan García	Com. or. 3 v.	4	

FECHAS.	TEATROS.	TÍTULOS.	GÉNERO.	REPRESENTACIONES DADAS Y ACTORES EN EL ESTRENO.
20 Oct. 1848	Príncipe.	El Intendente y el comediante.	Com. or. 1 v.	4
7 Dic. 1849	Español.	¿Quién es ella?	Com. or. 5 v.	10 B. y T. Lamadrid; * Valero, Arjona, Boldún.
13 Marzo 1850	Id.	Los tres ramilletes.	Com. or. 1 v.	10 Noriega; * Calvo, Caltañazor.
25 Oct. 1850	Id.	Una ensalada de pollos.	Com. or. 1 v.	3 B. y T. Lamadrid; * Valero, Arjona.
14 Dic. 1851	Drama.	Por poderes.	Com. or. 1 v.	20 Lamadrid, Rodríguez; * Arjona.
14 Enero 1852	Id.	La escuela del matrimonio.	Com or. 3 v.	22 A. Lamadrid, Run, Campos; * Arjona, González, Ossorio.
18 Marzo 1852	Circo.	El novio pasado por agua.	Zarz. or. 3 v.	4 Rizo; * Salas, Calvet.
16 Oct. 1852	Variedades.	El valor de la mujer.	Dram. or. 5 v.	10 Lamadrid, Campos, Rodríguez; * Arjona, Ossorio, Bullón.
2 Abril 1853	Id.	La cabra tira al monte.	Com. or. 3 p.	6 T. Lamadrid, Rodriguez; * Arjona, Calvo, Ossorio.
19 Nov. 1853	Príncipe.	El duro y el millón.	Com. or. 3 v.	4 Rodríguez, Campos; * Arjona, Calvo, Ossorio.
15 Marzo 1854	Id.	La niña del mostrador.	Com. or. 3 v.	6 Lamadrid, Rodríguez, Ossorio; *J. y E. Arjona, Ossorio
9 Set. 1854	Circo.	Cosas de D. Juan.	Zarz. or. 3 v.	5 Rizo; * Calvet, Salas, Caltañazor.
13 Dic. 1855	Príncipe.	Al pié de la letra.	Com. or. 3 v.	4 Lamadrid, Rodríguez, Campos; * Romea, Arjona, Ossorio.
» 1856	Id.	Por una hija	Com. or. 1 v.	4 Rodríguez; * Dardalla, Ossorio.

19 Julio 1857	En Tortosa.	El Ebro.	Com. or. 1 v.		Cruz, Lamadrid, Pérez; * Valero, Bermonet, Aguirre.
29 Oct. 1857	Novedades.	Mocedades.	Com. or. 3 v.	5	Rodríguez, Cairón, Cruz; * Calvo, Roldán.
15 Oct. 1859	Príncipe.	La hipocresía del vicio.	Com. or. 3 v.	14	Palma, Cairón, Pelayo; * Calvo, Catalina, Fernández.
11 Enero 1860	Id.	Entre dos amigos.	Com. or. 3 v.	6	Palma, Cairón; * Catalina, hermano, Calvo.
30 Nov. 1860	Id.	Elvira y Leandro ó el premio.	Com. or. 5 v.	6	Lamadrid; * P. Delgado.
»	Publicadas en El Museo de Familias.	El peluquero y el cesante.	Com. or. 1 v.	»	
»	Publicadas en El Museo de Familias.	Entre santa y santo.	Com. or. 1 v.	»	
Enero 1862	Variedades.	La hermana de leche.	Com. or. 3 v.	8	Berrovianco, Sanz; * J. y F. Romea.
16 Enero 1863	Príncipe.	María y Leonor.	Com. or. 3 v.	11	Díez, Tenorio; * M. y J. Catalina, Pizarroso, Casañer.
24 Dic. 1864	Id.	Cuando de cincuenta pases.	Com. or. 3 v.	14	Díez, Sanz, Dansant; * M. y J. Catalina, Pastrana.
26 Enero 1866	Circo.	El abogado de pobres.	Com. or. 3 v.	23	Díez, Zapatero; * M. y J. Catalina, Oltra, Casañer.
16 Enero 1867	Jovellanos.	Los sentidos corporales.	Com. or. 3 v.	6	Díez, Lombía, Genovés, Dansant; * Catalina, Oltra, Mario.

OBSERVACIONES.

La primera columna se refiere á la época en que fueron escritas ó estrenadas las obras.

En la cuarta columna se usan las abreviaturas siguientes: Com., comedia; Trag., tragedia; Dram., drama; *Zar.*, zarzuela; or., original; tr., traducida; ref., refundida; el número se refiere á los actos; v., verso; p., prosa.

Los guarismos estampados en la última columna se refieren al número de representaciones dado en Madrid durante la vida de Bretón.

Los primeros nombres son de las actrices, y los que siguen al asterisco son de los actores.

ÍNDICE.

Páginas.

Páginas.